

2288
1462962

1327

14
6
29
2
13
8

436641
(2)

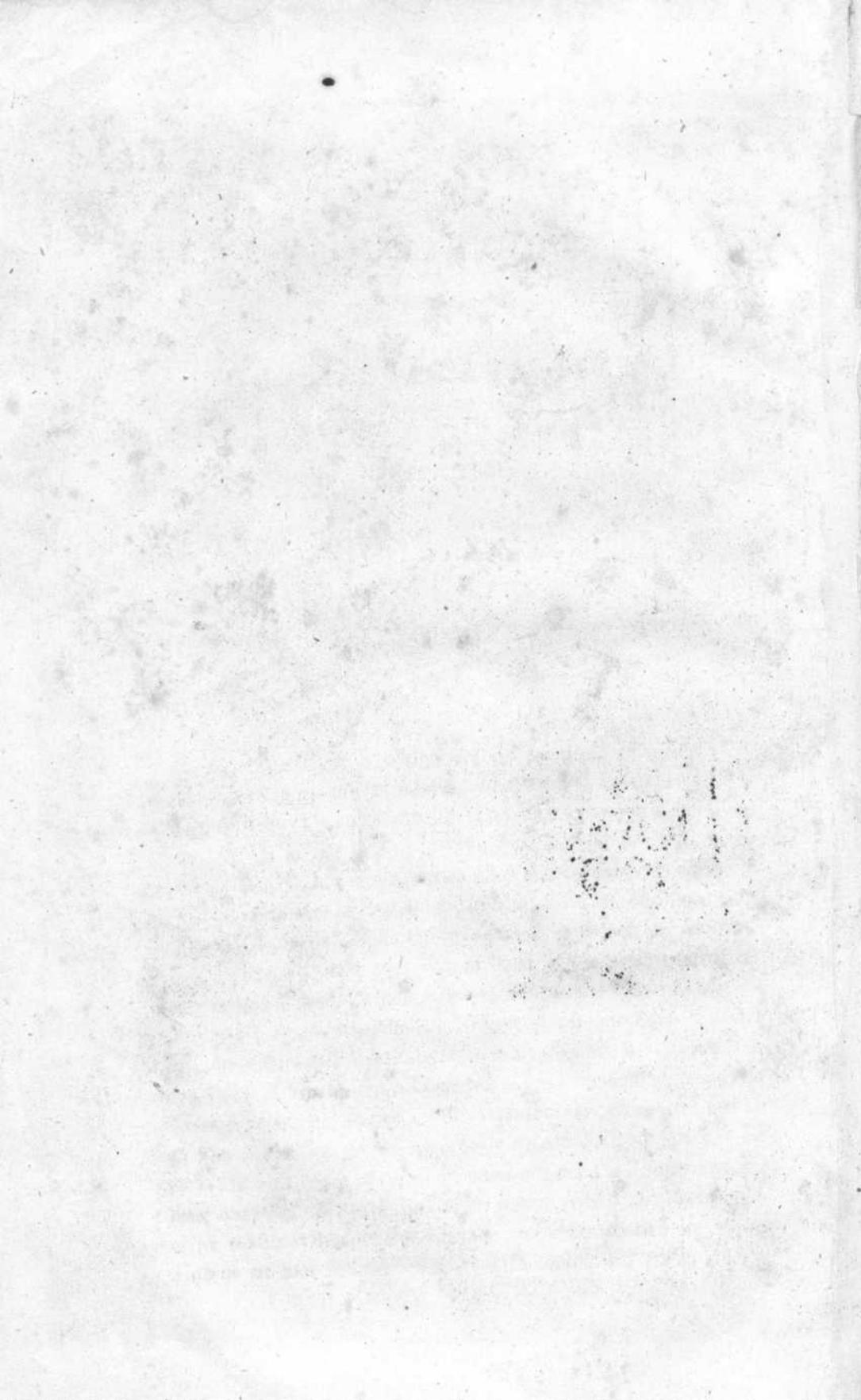
D 6 C
A
(V.)



POR F. Y GONZALEZ.
M. PRATS EDITOR.



C. 11 24701



~~El Pastero~~
EL PASTELERO

N.º 78

DE MADRIGAL.

(MEMORIAS DEL TIEMPO DE FELIPE II.)

POR

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

DE LA BI-
BLIOTECA
DE JOSE M. TOMO II.
SERRET
MORENOGIL

MIGUEL PRATS, EDITOR.

CALLE DEL AVE-MARÍA, NÚM. 7, CUARTO SEGUNDO.

MADRID: 1862.



Aprobada por la Censura.

ES PROPIEDAD DEL EDITOR.

Imp. de C. Gonzalez, San Vicente Alta, 52.

SEGUNDA PARTE.



ESTEFANA BARBARIGO.

(CONTINUACION.)

CAPITULO PRIMERO.

En que volvemos á encontrarnos en Venecia para asistir á nuevos é interesantes sucesos.

I.

Gabriel de Espinosa vivía soñando.

Hasta ahora, como han podido juzgar nuestros lectores, nos hemos ocupado muy poco del protagonista de nuestra historia.

Esto consiste en que todo lo que llevamos relatado, no es otra cosa que el prólogo, ó mejor dicho, la justificacion de los terribles sucesos que acontecieron cuando aportó á España el misterioso pastelero de Madrigal.

Que la empresa de su restauracion ó de su posesion como falsario del trono de Portugal, fuese prematura, y como tal, desastrosa, consistió en su conducta imprudente en Venecia, que creó circunstancias que le lanzaron fatalmente á la realizacion de sus proyectos, cuando el éxito no estaba bastante preparado.

Gabriel de Espinosa se valió para ser rey, sino era más que un aventurero, ó para recobrar su trono si realmente era el rey don Sebastian, que nosotros no lo sabemos, ni lo sabrá jamás nadie, de una escala falsa, cuyos escalones se rompian al poner los piés y las manos en nuevos escalones, que se rompian

á su vez á medida que ascendia , lo que quiere decir, que Gabriel de Espinosa estaba suspendido sobre un abismo.

Adelantaba dejando tras sí imprudencias , dolores y venganzas: haciendo inútiles los oficios interesados de la república de Venecia : aislándose de cuanto le habia protegido: entregándose á nuevas manos , de cuya fidelidad y de cuya fuerza no podia estar seguro.

Los agentes del rey de España sabian que existia ; sabian que conspiraba ; y el Consejo de los Diez empezaba á encontrar pesado á aquel imprudente protegido que ponía al descubierto con sus locuras la tenebrosa política de Venecia.

II.

El Consejo de los Diez, pues, empezaba á prescindir de Gabriel de Espinosa, porque éste empezaba á hacersele demasiado pesado.

Felipe II se preparaba.

Sus medios de represion aumentaban en Portugal, y la severidad del duque de Alba se exasperaba, si es que podia exasperarse la dureza del terrible don Fernando Alvarez de Toledo.

Aunque el Gabriel de Espinosa hubiese sido realmente el rey don Sebastian, aunque todos los portugueses hubiesen arrostrado el martirio, resueltos á morir por reconquistar su independencia, peleando como héroes en nombre de su rey, nada hubieran podido hacer. Portugal tenia sobre sí la guerra sangrienta del leon de España: estaba ahrojado, atado, y el duque de Alba, que aunque no necesitaba excitaciones, estaba continuamente excitado por el sombrío Felipe II, apretaba las ligaduras incesantemente, sordo á los alaridos de Portugal.

Fué necesario que Felipe II muriese; que pasase el reinado de Felipe III; que llegase el débil y desastroso reinado de Felipe IV, y que tuviesen lugar las torpezas, las miserias y las traiciones del conde-duque de Olivares, para que Portugal recobrase su independencia, despues de setenta años de tiranías y de sufrimientos.

III.

Gabriel de Espinosa, sin embargo, era siempre el loco y audaz aventurero de los campos de Alcazar-Kivir, ya fuese el insensato rey don Sebastian, ya el soldado de fortuna Gabriel de Espinosa.

Fuese ó no el rey don Sebastian, se parecia á él hasta confundirsele con él, no solo en la figura, en la altivez y en el valor, sino que tambien en el carácter.

Gabriel de Espinosa fué un hombre que vivió y murió soñando, y delante de cuya memoria flota un misterio sombrío y fatídico.

IV.

Sabemos de qué manera habia pagado los inmensos sacrificios de Sayda-Mirian.

El desagrado y el egoismo de Gabriel de Espinosa habian amargado el noble y grande corazon de aquella mujer.

Salvos algunos momentos de amor loco é impetuoso, habia visto siempre en Gabriel de Espinosa un hombre altivo, frio é irritado: un hombre dominador que le imponia su tiránico dominio; que ansioso de sensaciones, habia gastado sus tesoros, convirtiéndose en un pirata negativo, que con elementos puramente africanos, batia sobre el mar á los africanos en favor de los cristianos.

Sayda Mirian se explicaba todo esto mirando á Gabriel de Espinosa á través de una fascinacion, de un sueño.

Para ella, el sombrío y continuo disgusto de Gabriel de Espinosa, era la situacion natural de ánimo en que debia encontrarse un rey vencido, desterrado, tenido por muerto, protegido por los enemigos á quienes habia creído venceria.

Por lo mismo, Sayda Mirian habia procurado acercarse cuanto le era posible á aquel á quien creia rey de Portugal, ol-

vidando la historia de su familia, haciéndose cristiana, adoptando en cuanto le era posible las costumbres europeas, siendo dócil y sumisa á la voluntad de aquel hombre, envolviéndole en el perfume de su ardiente amor; de un amor violento; de un amor puramente africano, embellecido por el poético sentimiento de su corazón impresionable, vírgen de la falsía en que marcha envuelta la civilización.

Pero Sayda Mirian veía con dolor, que todos sus esfuerzos, todos sus sacrificios, toda su abnegación, eran inútiles.

Gabriel de Espinosa, no era á su lado el amante ni el esposo, sino el cautivo; el hombre dominado por una fortuna adversa; el sér altivo que siempre veía en Mirian una hija de aquella raza bárbara que había pretendido dominar.

Sayda-Mirian había sufrido durante muchos años un horrendo martirio, y se había resignado á él, porque hasta entonces no se había envenenado con los celos.

V.

Pero cuando ya en Venecia, Mirian se apercibió de que la mirada de Gabriel de Espinosa se fijaba en otra mujer, empezó á cargarse la nube que, como veremos más tarde, decidió la suerte de Gabriel de Espinosa.

VI.

Antes de su expedición á Africa, Gabriel de Espinosa aún no había amado.

Era muy jóven; como que solo contaba veintidos años.

Su pasión favorita era la guerra.

Sus aventuras con las mujeres no habían pasado del galanteo, del libertinaje.

Gabriel de Espinosa ó el rey don Sebastian, este misterioso personaje, en fin, tenía el corazón vírgen de amor cuando fué encontrado casi muerto por Sayda Mirian en el campo de batalla de Alcazar-Kivir.

Cuando recobró la salud y las fuerzas por los amantes cuidados de la sultana, la hermosura de esta le deslumbró, le fascinó, le hizo sentir una pasión puramente material, que desapareció con la posesión, gastada por el hastío.

Sayda Mirian se le hizo familiar, y llegó un momento en que le fué completamente indiferente: más que indiferente, enojosa.

Cuando Gabriel fué á Venecia, podía decirse que aún no habia amado.

La mujer aún no habia sido para él ese sér que llena todas las aspiraciones del alma del hombre; que se convierte en el negocio más sério y más trascendental de su vida; que refunde en su alma el alma del hombre amado; que sumerge en un océano de pasión, en un infinito de felicidad todas las aspiraciones de un hombre por ambicioso que sea, y le domina haciéndole sentir una felicidad suprema con su dominio.

Gabriel de Espinosa no habia sentido nunca nacer, crecer, desarrollarse en su sér ese sér divino que tiene el semblante y la mirada de una mujer que la imaginación idealiza y embellece, convirtiéndole en un ángel humano, en un mar de delicias, flotando entre las cuales se enlanguidecen el cuerpo y el alma en una dulce locura.

VII.

Pero vió á Estefana Barbarigo, y brotó la chispa del amor en el corazón hasta entonces indomado de Gabriel de Espinosa.

La organización terrible, la pasión violenta, el orgullo y la valentía de Estefana, eran lo más á propósito para excitar el amor violento y antojadizo que dormía en el corazón de aquel hombre aventurero.

Estefana y Gabriel, se comprendieron á la primera mirada y se amaron, y se sintieron arrastrados el uno hácia el otro.

A Estefana la enloquecía el pensamiento de ser amada por un rey, que tal le creía, de las condiciones del rey don Sebastian.

Le amaba con el corazón y con el orgullo.

Gabriel de Espinosa, por su parte, que no sabia el estado de divorcio completo en que se encontraba Estefana respecto á su padre Giacomo Barbarigo, veia en ella, no solo á la mujer fuertemente hermosa y excesivamente simpática para él, sinó un medio poderoso para que el estado de Venecia por la gran influencia de Giacomo Barbarigo, protegiese sus pretensiones al trono de Portugal de una manera decisiva.

Pero no podia llegarse á esto, sinó por medio de un enlace con Estefana, y entonces fué cuando se pidió á Roma el divorcio absoluto de Gabriel de Espinosa, de su mujer doña María de Souza.

VIII.

El Consejo de los Diez habia creido conveniente el casamiento del rey de Portugal con Estefana Barbarigo, porque para conspirar contra el rey de España, le convenia tener una influencia veneciana al lado del rey de Portugal.

Entonces se meditó aquella intriga tenebrosa, para la cual sirvió de instrumento Elena Karuk.

La fatalidad que acompañaba siempre á Gabriel de Espinosa, que determinaba los sucesos de su vida, que los preparaba para un desenlace terrible, habia hecho que Elena y Estefana estuviesen puestas en relacion, y en una relacion sumamente peligrosa, á causa de un hombre.

Este hombre era César Malatesta.

Para que los sucesos se complicasen más, César Malatesta habia contraido un amor violento por Sayda Mirian.

De manera, que César Malatesta se encontraba colocado en el centro de un triángulo, en el vértice de cada uno de cuyos ángulos habia una mujer que le atraia á sí de una manera poderosa.

Sayda Mirian era para él el amor intenso, el deseo voráz, la dificultad ardiente.

Estefana la mujer con la cual le unia un duelo á muerte, empeñado por el orgullo.

Por último, la comunidad del crimen, la identidad de afec-

tos y de pasiones y la influencia y el mandato de la república, le enlazaban á Elena Karuk.

Y este triángulo en cuyo centro estaba colocado César Malatesta, venia á ser para Gabriel de Espinosa ó para el rey don Sebastian, la caja de Pandora, que encerraba dentro de sí un cúmulo infinito de horribles desgracias.

IX.

Por eso nos hemos visto obligados á ocuparnos de la historia de esas tres mujeres, y á prescindir de la historia del pastero de Madrigal, al ocuparnos de ella, que venian á ser tres historias correlativas á la historia de Gabriel de Espinosa.

X.

Despues de esta manifestacion, volvemos á emprender nuestro relato en el capítulo siguiente.

CAPITULO II.

En que volvemos á encontrar en la plaza de San Márcos á algunos de nuestros personajes.

I.

Era el oscurecer lánguido y poético de un hermoso dia de Venecia.

Al pié de la columna de San Márcos, en la plaza del mismo nombre, estaba sentado un mendigo que pedia con voz plañidera y enferma, limosna á los transeuntes, y cada vez que recibia una ínfima moneda de cobre, rezaba apresuradamente una oracion por el que le habia dado la limosna, y acabado el rezo, que duraba pocos segundos, volvia á su compungida demanda de socorro.

A espaldas de la columna y á bastante distancia de ella, se paseaba lentamente y al parecer distraido, un hombre de buena estatura, de continente gallardo, de andar noble y majestuoso, cubierto con un birrete de ala ancha, y embozado en una cumplida capa, bajo la cual, al último reflejo de la luz de la tarde, se veia relucir la contera de una larga espada. Detrás del pilar del ángulo de los soportales del palacio del Dux, se veia un bulto informe, pardo, oscuro, replegado, en la actitud del gato que acecha.

Sobre cuyo bulto se veia envuelta por una ancha caperuza, una cabeza cuyas narices estaban enfiladas al mendigo que al

pié de la columna pedía limosna , y al hombre que detrás de la columna se paseaba.

II.

Llegó un momento, en que á un mismo tiempo se acercaron tres personas á aquellos tres hombres.

Habia saltado á tierra en el puerto , un griego alto, cenceño, moreno, como de treinta años, lujosamente vestido, y que demostraba ser allá en su isla levantisca del archipiélago, un gran personage.

Aquel hombre era en una palabra, el jefe tártaro gobernador de Corfú, Manuel Karuk.

Manuel Karuk se dirigió via recta al mendigo que estaba al pié de la columna de San Márcos.

III.

Al mismo tiempo, de la basílica habia salido una mujer alta y de continente bello , como el que deja ver una mujer hermosa, por más que vaya completamente envuelta en un manto, y se dirigió hasta llegar al hombre que paseaba detrás de la columna, y que al ver cerca á la mujer, se detuvo y la salió al encuentro, entablando conversacion con ella.

IV.

Tambien al mismo tiempo, otro hombre embozado que habia bajado rápidamente por la escalera de los Gigantes, salió por la puerta principal del palacio del Dux, y se dirigió al pilar del ángulo del palacio, donde hemos dicho estaba agazapado un hombre.

V.

Oigamos lo que Manuel Karuk habia dicho al mendigo.

—Tú eres un bribon, que de nada necesitas menos que de pedir limosna.

—Buena manera de consolar á los desventurados, dijo el mendigo con la voz gangosa y doliente: para hacer eso, es necesario tener el corazon de hierro de un corsario del archipiélago.

—Tú esperas aquí á alguien que viene de allá, dijo Manuel Karuk.

—Yo estoy esperando siempre, mi señor, y esperando se me pasa el tiempo, y cada dia que pasa me aprieta más la mala suerte: con que si no habeis de socorrerme, pasad de largo, que mientras vos esteis hablando conmigo, nadie me socorrerá.

Manuel Karuk sacó de entre su faja un largo bolsillo de seda, en cuyos dos extremos habia dinero, rodeó con aquel bolsillo el pomo de un puñal, y entregó aquel puñal con el bolsillo adjunto al mendigo.

VI.

El mendigo se levantó apoyándose en una muleta que estaba tendida sobre las gradas de la columna, y echó á andar cojeando de tal manera, que á cada cojeo hacia una profunda reverencia, en direccion al Gran canal.

Pero á pesar de su cojera, corria de tal manera el cojo, que aunque Manuel Karuk era fuerte y robusto, y acostumbrado á la fatiga, casi se veia obligado á correr para seguir de cerca al lisiado.

VII.

Muy pronto el cojo y el tártaro se perdieron junto al borde del Gran canal, á cuya entrada el mendigo se detuvo, castañe-

teó los dedos de una manera tan particular, que sonaron como si hubieran sido de madera, á cuya seña atracó al borde del canal una larga góndola negra.

El mendigo saltó dentro, como hubiera podido saltar una cigarra, saltó tras él Manuel Karuk, y la góndola arrancó, y se perdió en el canal en la sombra, en direccion al interior de Venecia.

VIII.

La mujer que habia llegado al hombre que se paseaba detrás de la columna, le dijo:

- ¿Sois extranjero?
- Sí, contestó el embozado.
- ¿Español, ó portugués?
- Sí, tanto dá.
- ¿Teneis el nombre de un arcángel?
- Sí.
- Seguidme.
- ¿Quién os envia?
- Un ángel que os ama.
- Os sigo.

Y Gabriel de Espinosa, que tal era el embozado, siguió á la encubierta, que le llevó al vestibulo de la basílica de San Marcos, donde sentada al pié del cajon destinado á colocar los ex-pósitos, estaba sentada otra mujer.

IX.

Antes de seguir adelante, sepamos lo que dijo el embozado que habia salido del palacio del Dux, al hombre que estaba agazapado detrás de la pilastra del ángulo.

—Toma, y obra en un caso extremo como si tú fueses el Consejo de los Diez.

—Yo no puedo partirme en dos, dijo el hombre, que continuó

encogido; si Nicolino Razzi y el rey don Sebastian toman distintas direcciones, ¿á quien sigo?

—Al rey don Sebastian.

—Pues decidme, monseñor, lo que hubiéreis de decirme pronto, porque una mujer se acerca al rey, y este no tardará en seguirla.

—El papel que te he entregado, te dirá lo que tienes que hacer. Parte.

El que habia salido del palacio del Dux, se volvió y entró en él, y el hombre encogido se estiró, se puso de pié, echó á andar rápidamente á lo largo del costado del palacio del Dux, dobló el ángulo de la plaza, y se colocó en observacion entre dos pilastras de la basilica, embebido, perdido en la sombra, y á poca distancia del lugar en donde se encontraban Gabriel de Espinosa y las dos mujeres.

X.

—Gabriel, dijo con voz trémula la dama que esperaba al pié del cajon de los expósitos; al fin es lo que quieres; al fin me decido á ser tuya y á asistir al lugar donde hemos de unirnos para siempre; pero antes es necesario que me sigas á otro lugar; que te armes de valor, para ver lo que ha de suceder en aquel lugar.

—¿Y dónde hemos de ir, mi adorada Estefana? dijo Gabriel de Espinosa.

—A un lugar muy bello, donde todo es ruido y alegría: á los jardines de Apolo.

—¡A donde van todas las Mesalinas de Venecia! ¡y tú has de concurrir á ese lugar impuro!

—Bajo la careta desaparecerá Estefana Barbarigo: pura he salido de allí mil veces, y pura volveré á salir; pero allí dejaré un hombre, á quien sacarán muerto.

—¡César Malatesta!

—Sí; no me atrevo á unirme á ti estando vivo ese hombre.

—¡Qué importa ese hombre! dijo con desprecio Gabriel.

—Ese hombre no perdonaría medio para exterminarte, si te viese mi esposo.

—¡Te ama!

—Peor que eso: le he humillado, y me aborrece; él saludaría con placer á su venganza, si viese la ocasion de desgarrarme el alma, de abatir mi orgullo. César Malatesta está rodeado de todo lo que de perverso encierra Venecia: él tendría mil medios para acabar contigo: por eso yo acabaré antes con él.

—No, y cien veces no; nunca he temido ni al cielo ni al infierno: César Malatesta es para mí un sér despreciable.

—Tú no le conoces: yo que le conozco, te declaro que no me uniré contigo mientras Malatesta viva.

—Pues bien; le buscaré, le azotaré el rostro, y cuando quiera vengar su injuria, le mataré.

—En ese caso me vuelvo á mi casa: sus puertas no se abrirán más para tí; no me volverás á ver.

Y Estefana se puso de pié.

—Vamos, Laureta, dijo á la otra mujer; volvamos á buscar nuestra góndola; el hombre que ha venido contigo, no es el que yo esperaba.

Y echó á andar.

—Espera, le dijo con voz tímida Gabriel de Espinosa.

—Pues bien, sígueme, dijo Estefana.

—¿Irá César Malatesta al lugar donde quieres ir? dijo Gabriel de Espinosa.

—Sí, contestó Estefana, porque yo le he hecho avisar de que esta noche me encontraría allí.

—¡Oh! pues entonces, vamos.

Y Gabriel de Espinosa dió su brazo á Estefana que se asió á él y echó á andar hácia el Gran canal.

Laureta los seguía de cerca.

Al llegar al borde del canal, Estefana dió tres palmadas.

Inmediatamente se acercó una góndola que atracó al borde del canal.

Estefana, Gabriel de Espinosa y Laureta, entraron en ella.

Apenas habian penetrado en la litera de la góndola, y antes de que esta arrancase, saltó á su popa un bulto negro que no

se sabia por donde habia venido, y que dijo en voz muy baja al gondolero que estaba al timon:

—¡San Márkos y Venecia!

El gondolero permaneció inmóvil como si nada hubiera acontecido, y el bulto que habia saltado á la góndola se replegó en la popa.

—A los jardines de Apolo, dijo desde dentro de la litera la voz de Estefana.

Y la góndola arrancó.

CAPITULO III.

Un hermano llovido del cielo.

I.

De la plaza de San Márkos habian partido, llegado al borde del canal y entrado en una góndola, el mendigo cojo, que ya sabemos era el antiguo esbirro Nicolino Razzi, á quien aquella noche convenia sin duda pasar por cojo y por mendigo, y Manuel Karuk, que ya sabemos la mision con que habia ido á Venecia.

El gondolero habia recibido orden de llevarlos al palacio Conti, lo que no le habia parecido muy bien por la fama de endiablamiento del palacio, y á lo que se hubiera negado, á no ser porque habia olido al esbirro en el mendigo cojo.

II.

La noche era tenebrosa, y la lancha tardó una hora en llegar al palacio.

Cuando habian llegado, Manuel Karuk y Nicolino, saltaron al borde.

—¿Y dices que no nos abrirán? preguntó Manuel Karuk.

—Aunque estuviéramos llamando desde ahora hasta el dia

del juicio. Al que llama á ese palacio no se le abre: cuando se quiere que alguien entre en él, ó se le espera y no tiene necesidad de llamar, ó se le envía una llave con la cual pueda por sí mismo abrir.

—¿Y te esperan á tí, ó te han enviado la llave?

—Ni lo uno ni lo otro: monseñor Pietro Mastta me ha escrito y me ha dicho:—Nicolino, vuelve á ser esbirro durante una noche: mañana al oscurecer, espera al pié de la columna de San Márcos, á que te se presente un hombre que irá vestido al uso de los de levante, y te entregará un puñal, en cuyo pomo irá un bolsillo: lleva á ese hombre al palacio Conti, y franquéale el postigo del palacio.

—¿Y quién te ha dado las llaves de ese postigo?

—En Venecia se encuentra con mucha facilidad una llave maestra que abre todas las puertas.

—¿Conoces tú el interior del palacio?

—Una noche estuve en él hace diez años, y tales cosas ví, que no he podido olvidar el sitio por donde fui y por donde vine.

—Pues ábreme, y procura que una vez dentro, lleguemos á la habitacion de Elena Conti.

III.

Nicolino llegó al postigo, le abrió, y entró en el palacio con Manuel Karuk, cerrando despues el postigo.

Apenas el postigo se habia cerrado, un bulto se deslizó á lo largo del muro por la parte de afuera, llegó al postigo, y se escondió en su hueco.

Entretanto, por la parte de adentro, Nicolino que habia sacado de debajo de sus harapos de mendigo una linterna sorda, y la habia abierto alumbrándose con su escasa luz, subia con Manuel Karuk las estrechas escaleras que conducian á las habitaciones superiores.

Al entrar en una crugia, al fin de la cual habia un opaco farol encendido, Nicolino dijo:

—Es ya inútil que os acompañe, y yo debo esperar fuera; seguid hasta aquel farol, torced á la derecha, y la primera

puerta á la izquierda, es la de las habitaciones de Elena Conti.

—Espera atento, y avisame de lo que suceda, dijo Manuel Karuk.

—Descuidad, dijo Nicolino.

Manuel Karuk adelantó, y Nicolino retrocedió, llegó á las escaleras, bajó por ellas, abrió el postigo, y al abrirle tropezó con el bulto que poco antes se habia pegado al hueco.

—¿Qué novedad hay? preguntó á Nicolino en voz muy baja aquel hombre.

—Lo que has visto, contestó Nicolino; he entrado con él, y le he dejado en camino de las habitaciones de Elena Conti.

—Pues vuelve á entrar, dijo el bulto, observa y escucha cuanto suceda y cuanto se diga, y sé fiel, si quieres que te se perdone tu pasada traicion.

Nicolino volvió á entrar, y cerró el postigo.

El bulto que habia hablado con Nicolino, permaneció oculto en el hueco.

IV.

Manuel Karuk siguió el camino que se le habia indicado: torció á la derecha, y se detuvo junto á la mampara de cuero estampado de la primera puerta de la izquierda.

Nada se oia en aquella habitacion.

Manuel Karuk abrió la mampara, entró, y se encontró en un espacio oscuro.

Adelantó, y llegó á los tapices de terciopelo de una puerta, entre los cuales penetraba el reflejo de una luz.

Más allá de estos tapices, Manuel Karuk se encontró en una magnífica antecámara pintada y dorada, muellemente alfombrada y ricamente amueblada, de cuyo techo pendia una lámpara encendida.

Al frente habia una gran puerta, cuyas hojas*estaban delicadamente labradas é incrustadas en márfil, nácar, cobre y plata: una de aquellas magníficas muestras de la ebanistería del siglo XVI, que entonces eran muy comunes en los palacios, y de las que ahora hay rarísimas muestras.

Manuel Karuk empujó aquella puerta que solo estaba entornada, y se encontró en la misma cámara, por una de cuyas ventanas habia huido pocos dias antes Aben-Shariar.

V.

Al entrar Manuel Karuk en la cámara, por una puerta contraria, entró tambien Elena, ricamente prendida y bellamente ataviada, con un traje de seda completamente blanco, bordado de oro.

De sus magníficos cabellos negros pendia un largo y trasparente velo, y ceñía su cabeza una corona de flores blancas.

Aquel era á todas luces un traje de desposada.

VI.

Al ver á Manuel Karuk que adelantaba hácia ella, Elena se detuvo; pero no gritó, ni se puso pálida, ni retrocedió.

Solamente miró con atencion y con una seria fijeza á Manuel Karuk, que seguia adelantando, abarcándola en su mirada conmovido.

Cuando estuvo cerca de ella, Elena le dijo con la mayor naturalidad:

—Vos sois de tierra de levante.

—Sí, Elena, contestó con la voz trémula, á pesar de su valor y de su serenidad Manuel Karuk: yo soy de la isla de Corfú.

—¿De la isla de Corfú? yo he tenido allí parientes.

—Tu madre María Zinea Karuk, nació en Corfú, como tu abuela Magdalena Krasna Karuk.

—¿Quién te ha dicho eso? respondió Elena aceptando el tú con que tratan á todo el mundo las gentes de levante.

Manuel Karuk sacó de entre su faja y de junto á uno de sus puñales, el manuscrito que ya conocemos, y le mostró á Elena.

—¿Quién te ha dado estos papeles? dijo Elena reconociéndolos.

—Un antiguo amigo mio; un valiente y noble hombre; un corsario tunecino.

—¿Y cómo han ido á manos de tu amigo estos papeles, que son la triste y sangrienta historia de mi familia?

—Un hombre á quien tú amas te los pidió para darlos al corsario de Tunez.

—No: me los pidió para darlos á un patricio de Génova y de Venecia: á monseñor Pietro Mastta.

—Pues bien: monseñor Pietro Mastta, senador, y uno de los del Consejo de los Diez, Yhayeben-Shariar, emir de Africa, y corsario en Tunez, son una misma persona.

—¡Cómo! ¿pues no murió ahogado en el canal de Monforte ese hombre? pero es verdad, él llevaba consigo esos papeles, que si Pietro Mastta hubiera perecido, hubieran desaparecido con él.

—Estos papeles tienen sobre sí las muestras de haberse mojado: todo consiste en que Aben-Shariar tiene bastante aliento para nadar bajo la superficie del agua un largo espacio, y así burló la vigilancia de los esbirros y se salvó. Pero como él no puede venir á Venecia porque su vida corre peligro, me ha buscado en mi isla de Corfú, me ha hecho conocer el contenido de estos papeles, y me ha enviado á tí.

—¿Y para qué te ha hecho conocer Pietro Mastta la historia de mi familia?

—Porque la historia de tu familia es la historia de la mia.

—¡Cómo! ¿qué hay de comun entre mi familia y la tuya?

—Mi madre se llamaba María Zinca Karuk.

—¡Tú te llamas Manuel Karuk! dijo profundamente Elena.

—Sí.

—Entonces, tú eres hermano mio.

—Tu hermano soy.

Manuel Karuk que temblaba de emocion, habia dado un paso hácia Elena, que á pesar de la situacion estaba friamente tranquila, y le contuvo con un ademán.

—¿No sabías tú que tenias una hermana? dijo Elena con acento friamente interrogador.

—No, dijo Manuel Karuk, que cada vez estaba más conmovido; yo lo ignoraba hasta hace ocho dias que fué á buscarme

á Corfú Aben-Shariar, y me entregó esos papeles: si lo hubiera sabido antes, antes hubiera venido á buscarte; pero tú sabias que tenias un hermano, porque conoces estos papeles, y, sin embargo, no has buscado á tu hermano, no has procurado saber si vivia ó si habia muerto.

—Cuando yo conocí la historia de mi familia, hace diez años, ya estaba mi suerte decidida: en mi situacion, un hermano hubiera sido para mí un peligro, no un apoyo; yo estoy sola en el mundo, y no quiero que nadie se crea con derecho á pedirme cuenta de mis acciones: ahora mismo no sé si tengo en tí un amigo ó un enemigo, porque has entrado en mi casa valiéndote sin duda de un esbirro, lo que prueba que la república de Venecia te conoce. No sé por qué te envian, ni lo que quíeres, ni á qué vienes.

—Si es un esbirro el que me ha abierto el camino hasta tí, yo no le conozco, ni le tengo más que por un mendigo, para quien me ha dado una señal monseñor Pietro Mastta, como tú llamas á mi amigo, á mi compaffero de combate Aben-Shariar. Me importa poco por otra parte, que ese mendigo sea esbirro ó no, porque yo estoy protegido por la república de Venecia, y considerado como su hijo adoptivo. En cuanto á lo de si tienes ó no que temer de mí, ya ves, que yo, que nunca he temblado, tiemblo al hablarte; ya comprendes que te amo tanto como puede amar un hermano á su hermana.

Y adelantó de nuevo.

Por aquella vez Elena no le impidió que se acercase á ella, y Manuel Karuk la abrazó, la estrechó á su pecho, y la besó con ternura en la frente.

Elena no se conmovió, pero besó á Karuk en la megilla.

Elena no amaba á nadie, ni podía amar más que á César Malatesta, y aún así, de una manera violenta y terrible.

VII.

—Siéntate, dijo Elena á Manuel Karuk, separándole suavemente de sí y sentándose á su lado.

—Dime ahora con qué objeto vienes á verme ; porque tú no has venido por conocerme solo, hermano.

—Por esto solo hubiera venido; pero vengo además á prestar un servicio á mi amigo Aben-Shariar.

—¿Se trata sin duda de ese á quien llaman el rey don Sebastian y de su esposa?

—Sí, Elena, sí, dijo Manuel Karuk; segun me ha dicho Aben-Shariar, ese rey misterioso ha obtenido del papa el divorcio que le separa absolutamente de su esposa, y le permite casarse con Estefana Barbarigo, de quien está enamorado.

—Bien, que se case, dijo Elena, cuyas megillas cubria una palidez de odio; así César Malatesta perderá toda esperanza.

—Mejor la perdería, dijo sombríamente Manuel Karuk, si Estefana muriera.

—¡Matarla! dijo con acento singular Elena, matarla sería mejor: muchas veces mis celos y mi cólera me han inspirado ese pensamiento; pero ese rey se la llevará de Venecia; la apartará de César Malatesta.

—Para los que aman, dijo lúgubrementes Manuel Karuk, no hay distancia posible: César Malatesta buscaría un dia y la encontraría á Estefana Barbarigo; mientras exista, no se puede esperar que Malatesta deje de buscar su amor, de dar ocasion á terribles sucesos; pero si entre los dos se pusiese la distancia de la eternidad, nada habria que temer: á los muertos se les olvida, Elena.

—Tú has venido á ser mi demonio tentador, hermano; y en qué dia, y en qué hora! dentro de poco habrán de celebrarse en este mismo palacio dos casamientos: el uno, el del rey de Portugal con Estefana Barbarigo.

—¿Y el otro?

—¿No ves el traje que llevo, hermano?

—¡Ah, sí! es verdad; un traje de boda; ¿pero estás segura de que esa boda llegará á hacerse?

—¿Y por qué no? un cardenal romano espera en mi palacio, para unir los destinos del rey de Portugal y de Estefana: el de César Malatesta y el mio.

—Aben-Shariar me ha hablado largamente de este negocio: Aben-Shariar lo teme todo de César Malatesta. Amante cansa-

do de tí que ha consentido en la apariencia en enlazarse contigo, obedeciendo un mandato de la República, de quien como yo, eres hija adoptiva; pero César Malatesta tiene empeñados su orgullo y su amor por otras dos mujeres: amó á Estefana Barbarigo, le despreció ésta y le burló, y la aborrece y necesita humillarla: ha visto á la esposa del rey de Portugal, y la amó; la ama con locura, y no perdonará medio de hacerla suya: en cuanto á tí, Elena, César Malatesta no se unirá contigo jamás: tanto más, cuanto que la República no extremaría con él su severidad, por la sola razon de que se negase á ser tu esposo: además, estoy yo aquí, y no te consentiré tal locura.

—¿Vendremos á parar al fin, en que te convertirás en mi enemigo?

—No por cierto; tal vez, á estas horas, César Malatesta estará obrando del tal modo, que hará imposible su union contigo.

—¿Sabes tú algo? exclamó con ánsia Elena.

—Solo sé lo que tú me has dicho; pero me basta con saber que dentro de poco llegará la hora en que César Malatesta deba unirse á tí, y estoy seguro de que él hará todo lo posible por impedirlo.

—¿Y cómo?

—¿Quién sabe!

—El rey don Sebastian y Estefana Barbarigo, entrarán por la puerta principal, solos, y sin más compañía que algunos señores venecianos que serán testigos de la boda. Esta se efectuará en secreto. En cuanto á César Malatesta, entrará en el palacio por el postigo, cuando hayan salido de él los futuros reyes de Portugal, y se unirá tambien conmigo en secreto, sin ruido y sin ostentacion, sirviendo de testigos mis criados.

—Giacomo Barbarigo no tardará en llamar á tu puerta con la voz de la República, dijo Manuel Karuk; con Giacomo Barbarigo vendrá alguien á quien hace mucho tiempo no vés: una persona á quien debes querer y respeta, á la que todo el mundo cree perdida.

—¿El padre Giuseppe acaso?

—Sí; pero ya no es el padre Giuseppe, el religioso benedictino; sino José Kaivar, el gefe tártaro de la tribu Kaivar.

—¿Y á qué viene ese hombre aquí? dijo estremeciéndose de los piés á la cabeza Elena.

—Le ha traído, como me trae á mí, el aviso de Aben-Shariar, de lo que iba á suceder en Venecia.

—Pues bien, suceda lo que quiera, dijo Elena con energía, se me presenta una nueva lucha, y la acepto. César Malatesta ha de ser mi esposo, ó ha de ser horrible lo que suceda.

VIII.

En aquel momento sonaron grandes golpes á la puerta, é inmediatamente despues de ellos, una voz robusta, acentuada é imperiosa que gritaba:

—¡San Márcos y Venecia! abrid vuestra puerta á la inquisicion del Estado, so pena de traicion.

Al oír esto, Elena corrió á una ventana, abrió sus vidrieras de colores, y miró al pié del muro.

Lucian tres ó cuatro linternas, y á su luz se veian algunos hombres envueltos en ropones negros, y muchos soldados de la República con corazas y picas los unos, y arcabuces los otros.

—¿Es monseñor Giacomo Barbarigo el que llama á mi puerta? dijo Elena procurando aparecer tranquila por la seguridad de su voz, mientras su corazon latía violentamente; me parece haberos reconocido por la voz, monseñor.

—Quien llama á las puertas de vuestro palacio, Elena Conti, contestó una voz distinta, es la República: mandad que esas puertas se abran.

—La República vá á ser obedecida al momento, monseñor.

Elena se separó de la ventana, atravesó rápidamente la cámara, y salió de ella llamando á sus criados.

Manuel Karuk la seguia de cerca.

Un momento despues, las puertas del palacio se abrian, y entraban tres hombres.

Los demás se quedaron fuera; pero algunos soldados ocuparon el vestibulo, como constituyendo una guardia que no debia dejar entrar ni salir á nadie.

IX.

La República se presentaba de ceremonia á Elena, y esto la hizo temerlo todo.

Dos de los hombres que habian entrado, llevaban birretes y ropones talaros rojos, con la diferencia de que el más anciano de ellos, llevaba sobre los hombros una especie de estola dorada, y orlados de galon de oro los bordes del ropon, y el otro, el más jóven, no llevaba dorado alguno. El otro hombre, vestía un birrete negro, una ancha dalmática negra tambien con una águila roja sobre el pecho, una espada corta, y unas botas altas de cuero leonado, y guantes de ámbar en las manos.

El anciano del ropon rojo con estola y galones dorados, era monseñor Giacomo Barbarigo: el jóven con ropon liso, el señor Rugiero Maffei, uno de los secretarios de estado del Consejo; y el hombre del águila roja con ropon negro, ya le conocen nuestros lectores; era José Kaivar.

X.

Al ver Barbarigo á Manuel Karuk con su magnífico y abigarrado traje levantisco, dijo á Elena:

—¿Quién es ese hombre? ¿qué hace aquí?

—Ese hombre, contestó Kaivar antes de que pudiese responder Elena, es mi buen hijo, el gefe tártaro Manuel Karuk, gobernador de Corfú, que ha venido precediéndome y que se encuentra aquí cumpliendo lealmente con su encargo.

—Bien venido sea á Venecia el hijo adoptivo de la República, el bravo caudillo de la tribu Karuk, dijo Barbarigo adelantando y dando la mano al tártaro, que la estrechó con efusion.

—Es para mí una grande alegría y una grande honra, monseñor, contestó con respeto Manuel Karuk, al estrechar mi mano con la del ilustre héroe de Venecia.

—Abreviemos las cortesias, dijo modestamente Barbarigo, y

tú, Elena, llévanos al lugar donde tienes aposentados al cardenal romano y al fraile portugués.

Elena, precedida por sus criados, que llevaban candelabros encendidos en las manos, se encaminó á la escalera principal, y subió por ella.

A su lado y á su derecha, iba Giacomo Barbarigo: detrás Rugiero Maffei: algo más atrás, José Kaivar á la derecha, Manuel Karuk á la izquierda.

Después de haber subido las escaleras, y de haber recorrido dos lados de la magnífica galería sobre el patio, Elena abrió con un llavín una mampara, y se apartó para que pasase Barbarigo.

—No, hija mía, no, dijo el anciano; precédeme tú para anunciar la presencia del Estado á esos señores.

Elena pasó, y tras ella pasaron Barbarigo y Rugiero Maffei.

—Entrad vosotros también, mis buenos tártaros, dijo Barbarigo deteniéndose y dirigiendo la palabra á Kaivar y á Karuk, que pasaron.

Entretanto Elena había abierto una segunda mampara, y había dicho al cardenal y al fraile agustino que habían salido cuidadosos á su encuentro:

—Señores, la inquisición de Venecia os busca.

El cardenal romano y el agustino portugués, se pusieron muy pálidos, y el terror no les dejó contestar una sola palabra.

En aquel momento entraron Barbarigo, Maffei, Kaivar y Karuk.

Barbarigo se volvió hacia un ostentoso altar que se veía al fondo de la cámara, cubierto de candeleros dorados con velas que aún no se habían encendido.

—¿Para qué se ha levantado aquel altar, monseñor? dijo Barbarigo al cardenal Montalto; espero que me respondais la verdad; porque no creo posible una mentira en la boca de un príncipe de la Iglesia.

—Decís bien, monseñor, contestó el cardenal Montalto; no oireis de mi boca más que palabras de verdad. Ese altar se ha levantado para celebrar delante de él el casamiento del rey de Portugal con vuestra hija la señora Estefana Barbarigo.

Y el cardenal acentuó de una manera intencionada sus últimas palabras.

—¿Y no debía celebrarse otro casamiento delante de este altar? dijo Barbarigo.

—Sí, monseñor, contestó Montalto; el de la señora Elena Conti con el señor César Malatesta.

—¿Ignorábais que Gabriel de Espinosa está bajo la protección y la vigilancia de Venecia? dijo severamente Barbarigo; ¿por qué no habeis dado conocimiento á la República, y le habeis pedido permiso para celebrar ese casamiento?

—Yo no reconozco más autoridad que la autoridad del papa, dijo el cardenal, y tengo órdenes terminantes de Su Santidad, para celebrar por mí mismo ese casamiento.

—Pues bien, monseñor; Venecia no reconoce otra autoridad que la que proviene del Estado, y estamos en Venecia; por lo mismo, voy ha haceros oír el decreto cuya ejecucion me ha cometido el Estado: leed señor secretario.

Rugiero sacó de debajo de su ropon un grueso papel enrollado, y leyó con voz sonora y grave lo siguiente:

«El Consejo de los Diez, en nombre de la república de Venecia, á monseñor Giacomo Barbarigo, senador y miembro del mismo consejo: sabed y ejecutad el siguiente nuestro decreto:

Existiendo en Venecia secretamente aposentados en el palacio Conti el cardenal de la santa Iglesia romana, monseñor Genaro de Montalto, y el religioso agustino portugués fray Miguel de los Santos, y no conviniendo al servicio de la República la permanencia de estos sujetos en Venecia, se lo comunicareis así por medio de un secretario de Estado á quien vos acompañareis por honra á la alta dignidad y al sagrado carácter del uno y del otro; y notificado que les sea este decreto, les mandareis que sigan al secretario de Estado, que los conducirá en una góndola con suficiente guardia por honor á sus personas, al puerto, donde se embarcarán en la galera Triunfante, en la que los acompañará el mismo secretario y la misma guardia, hasta los Estados romanos, dejándolos con todos los honores debidos á su dignidad, en el puerto de Civittavechia.

De órden del Consejo de los Diez, el secretario de Estado, Rugiero Maffei.»

—Protesto con todas mis fuerzas en nombre del Soberano Pontífice; por el agravio que en nuestras personas se le hace, dijo con altivez Genaro de Montalto, que habia perdido el miedo al ver que solo se trataba de echarle de Venecia, y que no habia nada de prision ni de calabozos de Estado.

—Protestad en buen hora; pero protestad desde Roma, dijo blandamente aunque con firmeza Barbarigo: por el momento solo os toca obedecer á la suprema autoridad del Estado, sobre cuyo territorio os encontrais, como á mí el hacer que se cumpla lo que respecto á vos, monseñor, y á fray Miguel de los Santos, ha decretado el Consejo de los Diez.

—¿Y habeis vos hecho tambien, monseñor, ese decreto? dijo con sarcasmo Montalto.

—Naturalmente, monseñor, y de mí ha partido la iniciativa: como que soy el senador más viejo de los Diez, contestó sonriendo Barbarigo.

—¡Y habeis impedido el casamiento de vuestra hija con el noble rey don Sebastian!

—Ya lo veis, monseñor; no conviene á la República ese casamiento, que seria un reto imprudente al rey de España, y porque no conviene á la República, me resigno á perder la gloria de ser padre de la reina de Portugal, contestó Barbarigo, dejando ver en su boca una sonrisa, en que habia tanto de grandeza como de desprecio.

—Estamos á vuestras órdenes, monseñor, dijo el cardenal de Montalto inclinándose dominado por la majestad que emanaba del anciano y noble senador.

—Sí, vais á partir al momento: es necesario, indispensable, que partais; dijo benévolaente Barbarigo: siento el disgusto que esta imperiosa medida, imperiosa por necesidad, os causa sin duda; pero Roma es tenaz é imprudente, y es forzoso precaverse de sus imprudencias. Nuestro Santísimo Padre Clemente VIII, ha querido proteger tanto á Gabriel de Espinosa, ó al rey don Sebastian, que le ha perdido, como le perdió Gregorio XIII, excitándole á su insensata expedicion al Africa. Venecia antes de enviarle á recobrar su trono, le hubiera preparado el triunfo, un triunfo seguro; pero Venecia nada puede hacer ya, más que arrojar de sí á un huesped peligroso: Dios quiera que

un día próximo no tenga que arrepentirse el papa de su impaciencia por suscitar obstáculos al rey de España, por una horrenda desgracia que casi puede decirse acontecerá al rey don Sebastian.

—Solo Dios sabe lo que ha de suceder, dijo el cardenal.

—Pero Dios ha dado al hombre la experiencia y la reflexión para que pueda precaverse de las desgracias. Adios, señores: rendid al Santo Padre el homenaje que yo le hago, como á gefe de la Iglesia, á nombre del Estado.

—Adios, monseñor; yo rogaré al cielo para que nuestro Santísimo Padre pueda seguirse llamando amigo de Venecia.

Y el cardenal y el agustino siguieron á Rugiero Maffei, que se habia puesto en marcha á una señal de Barbarigo.

XI.

—Salgamos de aquí; no quiero ver ese altar, que me irrita; porque aparte de su santidad, aviva en mí el sentimiento de una traicion y de una locura: Dios proteja á ese insensato.

Y Barbarigo siguió detrás de Elena.

Pero al llegar á un ángulo de la galería, Barbarigo se detuvo.

Por el fondo de aquella galería venia corriendo un hombre que traía una linterna encendida, y que debia ser un esbirro.

—Monseñor, dijo al ver á Barbarigo; acaba de acontecer una desgracia.

—Habla, le dijo el senador.

—El señor Rugiero Maffei, secretario del Consejo de los Diez, me mandó vigilar esta noche, á un hombre que pascaba en la plaza de San Márcos.

—¿Le ha sucedido una desgracia á ese hombre? dijo roncamente Barbarigo.

—No, no señor, dijo el esbirro; pero ese hombre ha dado de estocadas en los jardines de Apolo, al señor César Malatesta.

Elena dió un grito horrible, y escapó bajando apresuradamente las escaleras y lanzándose en el vestibulo.

Kaivar y Karuk la habian seguido.

Barbarigo murmuró:

—Es preciso, indispensable, que Gabriel de Espinosa salga al momento de Venecia.

Y en paso tranquilo siguió la galería adelante acompañando del esbirro, bajó las escaleras, y al llegar al vestíbulo vió que Elena disputaba con los soldados que no la dejaban pasar.

—Vamos todos; yo voy con vosotros, dijo Barbarigo; que arrimen la góndola, y á los jardines de Apolo.

CAPITULO IV.

De lo que dió lugar á que Gabriel de Espinosa diese de estocadas á César Malatesta.

I.

Retrocedamos.

La góndola en que habian entrado Estefana Barbarigo, Gabriel de Espinosa y Laureta, y á cuya popa se habia colocado un esbirro, siguió el Gran canal adelante, recorrió algunos canales, entro en las Lagunas, y á un extremo de ellas atracó delante de un edificio, entre una multitud de góndolas que iban y venian cargadas de gente alegre y bulliciosa.

Aquel edificio, que era bello y estaba profusamente iluminado, constituia la entrada de los jardines de Apolo.

Estos jardines eran uno de los muchos lugares donde se ofrecia á la alegre Venecia un largo, múltiple y animado espectáculo nocturno.

Un lugar á donde concurrían por centenares las damas galantes y los buscadores de aventuras, encubiertos bajo el antifaz, y de donde todas las noches sacaban los esbirros alguna gente presa.

Pero el buen pueblo de Venecia se divertia á sus anchas de una manera fenomenal, en aquella orgía que empezaba al principio de la noche, y concluía al principio del dia siguiente.

Un pueblo que se divierte no conspira, y el Consejo de los

Diez dejaba por lo mismo que se divertiese á sus anchas el buen pueblo de Venecia, aunque sus costumbres se fuesen corrompiendo más y más por estas continuas orgías.

II.

Antes de saltar en tierra Estefana pidió á Laureta los antifaces, y dió uno de ellos á Gabriel de Espinosa.

Cuando saltaron en tierra Estefana, Gabriel de Espinosa y Laureta, tenían completamente cubiertos los rostros con antifaces negros, y era imposible reconocerlos.

Apenas se habian retirado tres pasos del borde de la Laguna, saltó de la popa de la góndola un hombre cubierto tambien con un antifaz.

Era el esbirro que habia acompañado desde la plaza de San Márcos, sin ser notado por ellos, á Estefana, á Gabriel de Espinosa y á Laureta.

—¿No te dijo César Malatesta, preguntó Estefana á Laureta, que para ser reconocido por mí llevaria sobre la parte izquierda del pecho un lazo de oro y diamantes?

—Sí señora.

—¿No te dijo además, que le encontraria en uno de los pabellones del Laberinto?

—Sí señora.

Cuando tenia lugar este diálogo entre Estefana y su doncella, iban envueltos entre la multitud que se apiñaba al entrar por el pórtico de los jardines de Apolo.

Estefana no notó que inmediatamente junto á ella, una mujer que se apoyaba en el brazo de un hombre, prestaba suma atencion á este diálogo, y no apartaba su negra mirada que brillaba ardiente á través de las estrechas aberturas de su antifaz negro, en Gabriel de Espinosa.

La gente se aglomeraba y no podia pasar, porque los que iban llegando á la puerta interior del vestibulo se detenian para pagar: asi es, que todos estaban parados, y la máscara que escuchaba la conversacion de Estefana y Laureta, no perdía una sola palabra.

—No comprendo, dijo con irritacion Gabriel de Espinosa, de modo que lo oyó perfectamente la máscara que escuchaba, por qué ese empeño de ver á César Malatesta antes de nuestro casamiento.

—Tú no le verás, dijo Estefana; en cuanto entremos, Laureta y yo nos separaremos de tí.

—¡Ah, no! yo no te dejaré soltarte, dijo Gabriel de Espinosa.

—¡Ah, sí! dijo riendo ligeramente Estefana; ya encontraremos medio Laureta y yo de perdernos: por lo mismo, voy á decirte donde nos podemos encontrar.

—Es inútil, porque no te soltaré.

—Escucha por si acaso: dos horas despues de que nos hayamos perdido, espérame en el jardin del Lago, junto á la estatua de Niove.

—¿Y por qué no he de estar yo á tu lado?

—Porque no quiero que se espante el señor César Malatesta; es necesario precaverse de ese miserable, y basto yo sola: no quiero que tomes tú parte en ello.

La máscara que observaba no pudo oir más.

Un grupo de estudiantes que habia sobrevenido, se habia metido como una cuña entre ella y Estefana.

Grupos que fueron llegando sucesivamente, los separaron más y más.

III.

La máscara que habia escuchado, por su apostura, por ese no sé qué característico que emana de ciertas mujeres, parecia ser muy hermosa, á pesar de que iba completamente envuelta en un ancho albornoz de lana blanco, con rayas pardas, y el capuz echado sobre la cabeza.

Aquel albornoz era completamente moro, cosa que no se extrañaba en Venecia, que tenia comercio con el mundo entero, y mucho más con Africa que estaba frente á ella.

El hombre en cuyo brazo se apoyaba esta máscara, iba cubierto por un albornoz completamente blanco y completamente africano.

—Es necesario que no te olvides de su traje, dijo la mujer del albornoz rayado al hombre del albornoz blanco: él está vestido á la veneciana, con birrete de grana y oro, loba de terciopelo negro con armiño, justillo de raso blanco y negro con cuchilladas tomadas de oro, calzas blancas y zapatos de terciopelo negro con cuchilladas como el justillo.

—Aunque fuera envuelto de los piés á la cabeza le conocería, señora, dijo el hombre.

—Ella, añadió la mujer del albornoz rayado, lleva manto de terciopelo negro, y debajo traje de raja blanca de Florencia bordado de oro: la doncella lleva manto de terciopelo negro, y debajo traje de damasco encarnado con adornos de seda negros.

—No lo olvidaré, señora; y aunque se nos han perdido, los encontraremos.

—No te olvides, dijo la dama del rayado albornoz, de buscar un hombre que debe llevar en el pecho, sobre el corazón, un lazo de oro y diamantes: ese hombre debe estar en el Laberinto; pero yo no he estado nunca aquí, y no sé hacia qué parte puede estar ese Laberinto.

—Él nos lo dirá; pero si es un verdadero laberinto, nos exponemos á perdernos.

—Más perdida que estoy, no puedo estarlo; ni más vendida, ni más olvidada. ¡Oh! ¡qué ingratitud tan horrenda!

Una oleada de gente que se aglomeraba más y más á la entrada del pórtico los lanzó dentro del vestibulo, y poco despues estaban junto á los cobradores, á quienes pagaron el precio de la entrada, y pasaron, entrando en los jardines.

IV.

Tras ellos entró un hombre de aspecto singular, del cual emanaba un no sé qué de terrible y astuto.

Iba completamente vestido de negro, envuelto en una especie de manto de gruesa bayeta negra, con una gorra de lo mismo y un ancho antifaz negro de seda.

Aquel hombre era el esbirro que habia seguido desde la

plaza de San Márcos hasta los jardines de Apolo, á Gabriel de Espinosa y á Estefana Barbarigo.

Ya nos hemos ocupado de este esbirro en otra ocasion: era Brachioforte, el hombre de más confianza del Consejo de los Diez.

El traje que Brachioforte llevaba, era puramente un traje de estudiante veneciano.

Pero el estudiante veneciano como el estudiante de todas partes, dejaba conocer la alegría y la travesura de su carácter á cien leguas de distancia: y si algo emanaba de Brachioforte, era una gravedad amenazadora y sombría.

V.

Inmediatamente que se pasaba del vestibulo, no habia motivo para que la gente estuviese apretada.

El vestibulo era como el cáuce de un rio que arroja su corriente en el mar: porque los jardines de Apolo eran extensísimos.

Asi es, que la concurrencia se esparcia libremente en los jardines apenas entraba en ellos, y se dirijia á su placer á las avenidas de árboles, iluminadas por festones de faroles de colores, en la circunferencia del ancho espacio que se encontraba inmediatamente despues de la salida del vestibulo, cubierto de arena blanca y apisonado, y en cuyo centro se alzaba una fuente monumental, con una gigantesca estátua de Apolo en la parte superior.

Bajo los caprichosos juegos de agua de esta fuente, que formaban fanales, palmas y abanicos, lucian, produciendo un efecto admirable, una multitud de vasos de colores.

Esta fuente, las avenidas de árboles iluminadas, el cielo despejado dejando ver ese azul incomparable de una noche tranquila, en que la luna no amortigua el vivo resplandor de los luceros, hacian de aquel lugar de placer, uno de los encantados lugares que encontramos descritos en los cuentos persas.

VI.

Brachioforte adelantó en paso lento hasta cerca de la fuente, y allí se detuvo, con la cabeza alta, en la actitud del podenco que toma el viento para conocer el rastro de la pieza.

Podía comprenderse que vacilaba en la dirección que debía seguir, cuando vió pasar junto á él un caballero galana y ricamente vestido, que sin vacilar tomó la dirección de una ancha avenida situada en el centro del semicírculo de árboles que constituía el límite del espacio, en medio del cual se alzaba la fuente de Apolo.

—¡El señor César Malatesta! dijo Brachioforte refiriéndose al caballero que acababa de pasar, y á quien á juzgar por su dicho, había reconocido á pesar de su antifaz: á donde él vaya irán ellos, y donde ellos se encuentren con él, será donde esté el peligro.

Y Brachioforte, rebujado en su manteo, tiró detrás de César Malatesta que andaba de prisa, como quien vá con gran interés á un lugar determinado.

VII.

Muy pronto empezó á oirse una alegre música que resonaba á lo lejos, y que se iba apercibiendo distintamente, á medida que César Malatesta y su seguidor adelantaban rápidamente, dejando atrás á la multitud de máscaras que marchaban por la avenida.

A la salida de ella se detuvo de repente Brachioforte. Había visto á Gabriel de Espinosa, solo, que miraba á derecha é izquierda, como aquel á quien acaba de perdersele entre una multitud una persona de quien iba acompañado.

—Atencion, se dijo á sí mismo Brachioforte; el señor Gabriel ha perdido á la señora Estefana Barbarigo, ó más bien, se le ha escurrido ella; Dios tenga piedad del señor César Ma-

latesta, si yo no ando listo; me parece que esta noche hace una de las suyas la medicina de los Borgias: adelante.

Y se lanzó fuera de la avenida, entrando en un espacio en medio del cual se extendía una pequeña laguna, con la vista fija en César Malatesta, que en aquel momento pasaba junto al pedestal de una magnífica estatua de Niove.

Cerca del lugar por donde iba marchando César Malatesta, se extendía una intrincada espesura de árboles, en la que se abrían una multitud de estrechos senderos, iluminados opacamente acá y allá, por un farol de vidrios azules, que producía una claridad débil, blanda, ténue.

Aquellos senderos constituían lo que se llamaba el Laberinto de los jardines de Apolo.

A ellos se dirigían máscaras de ambos sexos, y á uno de ellos se dirigió César Malatesta.

Brachioforte apresuró el paso, corrió, llegó casi al mismo tiempo que Malatesta á la entrada del sendero; pero se inclinó á la derecha y se metió entre los árboles, siguiendo por entre ellos y sin ser visto, á Malatesta, que adelantaba con rapidez por entre aquel enmarañamiento, y con una seguridad tal, que demostraba que en aquellos lugares era muy práctico.

La música sonaba ya muy cerca, como partiendo del centro del Laberinto.

César Malatesta marchaba sin duda de una manera segura, porque á medida que adelantaba, se apercibía más cercana la música.

Brachioforte no perdía de vista á Malatesta, deslizándose en la sombra por entre los árboles.

Al fin, Malatesta desembocó en un gran espacio circular, cubierto de césped, en medio del cual se alzaba un edificio, á través de cuyas vidrieras de colores se veía el fuerte reflejo de la iluminación del interior.

Dentro de aquel edificio sonaba la música, y á él se dirigían máscaras provenientes de todos los senderos del Laberinto.

César Malatesta se detuvo cerca de una de las puertas del gran pabellon oriental de que ya hemos hablado.

Brachioforte salió de entre los árboles, se encogió, ade-

lantó encogido, y se tendió entre la yerba, oculto por ella, y fuera de los senderos.

VIII.

Pasó algun tiempo: al fin, dos mujeres, una de las cuales llevaba bajo su manto un traje blanco, como la otra llevaba bajo el suyo un traje encarnado, salieron por entre los árboles y se detuvieron, sin ver á Brachioforte, muy cerca de ellas.

—Laureta, dijo Estefana, que ella era; aquel que está parado cerca de la puerta, es sin duda César Malatesta: aquí debemos separarnos, porque yo sola debo hablarle, y tú, además, tienes que ir á encontrar á Bempo y avisarle. Lo que te he dado debe ponerlo en las confituras secas: César Malatesta sabe que yo no las como, y él gusta mucho de ellas, particularmente de las peras; que haya una hermosa pera entre las confituras: vete ya.

Laureta se separó de Estefana, y se dirigió al pabellon, donde entró.

Estefana, en tanto, se dirigia lentamente hácia el sitio donde esperaba de pié y con marcadas señales de impaciencia, César Malatesta.

—¿Qué haces aquí guardando esta puerta? dijo Estefana alterando la voz cuando hubo llegado á César: te expones á tener un mal encuentro; porque á tí te conoce todo el mundo, y te conoce de mala manera.

—El encuentro bueno ó malo que esperaba, le tengo ya, dijo Malatesta.

—¿Sabes quién soy? dijo riendo Estefana: estoy segura de que te engañas.

—Mi corazon latiría menos si fueses otra, dijo César Malatesta.

—¡Ah! ¿tú corazon late por mí?

—Como no ha latido por ninguna mujer.

—Dicen que te casas, César, y puede suceder que creas que quien te habla es tu esposa.

—Si tú consintieras en ser mi esposa, Elena Conti, á pesar de todos los poderes del mundo, se quedaria sin casar.

—¿Quién crees que soy yo?

—La mujer que adoro, y de quien he recibido una cita para el pabellon turco de los jardines de Apolo.

—¡Que has recibido una cita de mí! tú estás loco, César.

—Esta mañana he recibido una carta en que se me daba una cita, y al pié de la cual se leia Estefana Barbarigo.

—En buen hora; la carta puede no ser de Estefana, como muy bien puedo yo no serlo.

—Yo te conozco, dijo Malatesta; se desprende de tí un perfume que no tiene ninguna otra mujer.

—Gracias en nombre de Estefana, que es lástima que no sepa lo enamorado que estás de ella. ¿Pero cómo es que siendo tú quien eres, no te ama Estefana?

—Tú lo sabes, y hé ahí por qué tu cita me extraña, y me extraña mucho más el que no hayas faltado á ella.

—Repito que te engañas.

—¿Y cómo es que estás aquí sola conmigo? ¿que para acercarte á mí has despedido á tu doncella?

—Vengo buscando á un hombre á quien amo, y te he confundido con él; por lo mismo, y puesto que he conocido al verte, mi equivocacion, quédate con Dios, César.

—Espera, espera, dijo Malatesta asiéndola una mano y deteniéndola: ¿díme quién es el hombre á quien amas?

—Yo no amo: me caso simplemente.

—¿Sin amor?

—Así se casan la mayor parte de las mujeres.

—¿Y por qué eso?

—Porque generalmente el hombre á quien amamos, no quiere ó no puede casarse con nosotras.

—Hablas con una franqueza que espanta.

—Como que tengo puesto el antifaz.

—Las mujeres estais siempre enmascaradas.

—Para todo el mundo, sí; para el hombre á quien amamos, no.

—¿Y dices que no amas al hombre con quien te vas á casar?

—No.

—¿Y por qué te casas con él?

—Por desesperar al hombre que me ama, y de quien no me atrevo á mostrarme enamorada, aunque le amo con toda mi alma.

Latió violentamente el corazón de César Malatesta, y su sangre ardió.

—¿Y no conoce el hombre que te ama, dijo, que le amas tú? Y la voz de Malatesta temblaba.

—No, dijo Estefana; porque en vez de amor, le he mostrado ódio, le he hecho concebir esperanzas, y le he burlado: es demasiado presuntuoso y vano, y yo he humillado su vanidad con un desprecio tan bien fingido, que él le ha creído verdadero.

—¿Es esta una nueva traicion, Estefana? ¿es esta una nueva burla?

—Me alegraría de que te oyese Estefana; porque una de dos, César; ó á fuerza de seducir mujeres, has aprendido á mentir como las mujeres, ó estás enamorado de Estefana Barbarigo con toda tu alma.

—¿Y puedes dudarlo? ¿no te he dado pruebas de mi locura, de mi desesperacion? ¿no me veo por tí despreciado y maldecido por mi segundo padre, por tu noble padre Giacomo Barbarigo?

Estefana soltó una carcajada tan natural, tan burlona, que César Malatesta dudó.

—¿Si no eres Estefana, dijo, cómo sabes lo que me has dicho?

—Como sé muchas otras cosas más: ¿dime, César, añadió Estefana acercándose al oído de Malatesta con acento ardiente, aunque siempre perfectamente fingido; para cuántos amores tienes tú corazón?

—Para ella sola, dijo Malatesta estrechando contra su pecho la suave y mórvida mano de Estefana, que ardía.

—¿Y dime, César; si la que te hablase fuese tu sultana mora, la esposa de ese extranjero que se murmura es el rey don Sebastian, responderias lo que me has respondido á mí, creyéndome Estefana.

—Yo estoy loco, dijo Malatesta; yo busco amores desesperados para calmar el dolor que me causa el desprecio de Estefa-

na, de mi diosa, de mi ángel terrible, de mi destino: yo he acabado por dudar quién eres tú: tienes la misma estatura, el mismo aspecto, la misma morvidez que tres mujeres, entre las cuales me encuentro colocado. Pues bien, aunque tú seas esa sultana mora, doña María de Souza, la esposa repudiada por el rey don Sebastian; aunque seas Elena Conti, la mujer á quien me unen, no el amor, sino lazos fatales que no pueden romperse sino cuando uno de los dos haya exterminado al otro; seas cualquiera que conozca por una causa que no adivino mis secretos, sábelo: yo amo á Estefana Barbarigo: ella es la única mujer de quien he sido esclavo, de quien seguiria siendo esclavo.

—Estefana se casa esta misma noche, dijo con voz opaca, y alentando apenas Estefana; tú lo sabias, tú te vas á casar tambien esta noche con Elena Conti: ¿qué has hecho tú?

—Venir á una cita de Estefana.

Estefana estrechó fuertemente la mano de César Malatesta, y con la mano izquierda, trémula y presurosa, se despojó del antifaz, y arrancó el suyo á César Malatesta.

IX.

Lo que pasó inmediatamente fué solemne, terrible: las miradas de aquellos dos jóvenes, hermosos ambos como una tentacion, se cruzaron, se confundieron, abrasadoras, terribles, inmensas.

Entrambos estaban pálidos y temblaban.

—Hay un destino comun á los dos, César, dijo Estefana: entrambos nos encontramos envueltos en una nube de fuego: yo no sé lo que siento por tí, si es amor ó aborrecimiento; pero á tí me arrastra un poder invencible: necesito oírte, necesito que me digas cuánto eres capaz de hacer por mí: dudo, vacilo; estoy á punto de decidir mi destino, y no quiero dudar ni vacilar.

—Romparamos por todo, Estefana, dijo Malatesta; yo estoy amenazado por el Consejo de los Diez, obligado á casarme con Elena Conti, empeñado mi orgullo, que mi amor no, por la

mujer de ese rey, sin reino y sin corona: de una parte, tengo amenazada la vida; de la otra, empeñado mi orgullo en un duelo á muerte: pues bien, Estefana, mi alma está bebiendo por mis ojos el alma tuya que arde en tu mirada: el fuego de tu sér se trasmite á mi sér por tu hermosa mano que tiembla entre mi mano: tu hermoso seno se agita cerca del mio, y oigo los latidos violentos de tu corazon: tú me amas, Estefana; tú no sabias que me amabas, hasta que ha llegado el momento de consagrarte, de entregarte á otro hombre: tú has necesitado saber cuanto era mi amor hácia tí, y me has citado; nos hemos encontrado, tú próxima á unirte á ese extranjero, yo faltando á la hora y al lugar, donde obligado por la República debía unirme con Elena Conti; pero esto ha sido un sueño; una terrible pesadilla que nos ha envuelto á los dos, Estefana; pero hemos nacido el uno para el otro; no hay poder ni destino que puedan separarnos: viéndote, oyéndote, adorándote, nada existe para mí en el mundo más que tú: toda la hermosura junta de todas las mujeres que me han amado, desaparece, se borra de mi memoria, por una sola mirada de tus ojos: ¡qué importa lo que haya de suceder! ¡qué importa que me despedace el Consejo de los Diez por inobediencia, si he gozado en un solo momento una eternidad de gloria contigo! ¡ah! ¡no me engañes, Estefana! ¡yo temo que todo el amor, toda la turbación, toda la alegría que veo en tus ojos, que me embriaga en tu aliento abrasado, sean mentira! pero no, no, tú no mientes ahora, ¿no es verdad? tú no mientes ahora como me has mentado otras veces; pero insensato de mí: á qué dudar, si todo tu sér me está diciendo, ¡yo te amo!

—Sí, contestó Estefana, lanzando aquel sí envuelto en un suspiro: ¡yo estoy loca! el infierno te ha dado sin duda todo su poder; mi cabeza se pierde; no me acuerdo á qué he venido aquí: ¡ah, sí! exclamó Estefana con un acento en que se revelaban el miedo y el horror: había venido á matarte.

—¿Tú! ¿tanto me aborreces? exclamó dolorosamente Malatesta.

—No, no te aborrecia, dijo Estefana; te temia, César; he humillado demasiado tu orgullo, te he irritado demasiado; eres harto terrible para que yo no temiese por la vida del hombre á quien vieses esposo mio.

—Pero esto es volverse loco, dijo Malatesta: ó tu amor, ese amor que veo en tí, es una fascinacion que te embriaga, ó te unías sin amor con ese hombre.

—Yo no te conocia, César; no te he conocido hasta esta noche, hasta hace un momento: nunca me has hablado tú con tanta sinceridad: cuando tú me enamorabas, veia yo en tí la intencion de humillarme, y esto me irritaba, me obligaba á humillarte á mi vez: nosotros hemos sido enemigos; no podiamos olvidarnos el uno del otro, y creiamos ódio lo que sentíamos el uno por el otro, César: tú has enamorado á otras mujeres por irritarme; yo por irritarte, he escuchado los amores del rey don Sebastian: el mismo dia en que ese rey me vió y me siguió, fui yo á casa de Tieppolo Albano á comprarle el tósigo de los Borgias; ese tósigo, le he entregado yo hace poco, antes de venir á hablarte, viéndote ya, para que lo entreguen á Bempo, el cocinero que prepara las viandas que se sirven en ese pabellon donde debiamos entrar juntos, donde no entraremos, César, porque yo que nunca he asesinado; yo, que no he nacido para matar, al verte, al unir mi mano con la tuya, me he estremecido: he pensado en que si no retrocedia, en que si te halagaba, si te engañaba, dentro de poco tiempo, tu mano que ardia en mi mano, seria la mano helada de un cadáver. ¡Oh! no puedes dudar de mí, César, porque te lo revelo todo; porque al revelártelo todo, te doy la seguridad de que mi alma es tuya.

—Tengo miedo, Estefana, dijo con acento cobarde Malatesta; tengo miedo, porque me parece imposible que Dios me permita gozar la felicidad de tu amor: en mi memoria se levanta todo el mal que he hecho, todos los dolores que he causado, toda la sangre que he vertido: tengo la conciencia negra, he sido un infame, y la felicidad no puede ser nunca el premio de la infamia.

—¡Oh, no! Dios tal vez tiene misericordia de tí, y te dá mi amor para que te conviertas, para que hagas tanto bien como mal has hecho. ¡Dios mio! yo no sabia lo que era amar, y era dura, fria, terrible; no he hecho daño á nadie, he amargado el corazon de mi buen padre, de mi anciano padre: yo conozco ahora que te amo, y que te amo como Dios quiere que ame la mujer, porque me siento ansiosa de virtud; porque mi alma se ha hecho tierna y dulce de repente.

—A cada momento siento más miedo; porque á cada momento me siento más feliz, dijo Malatesta.

—¡Ah, no! Escucha, yo he entrado en los jardines con el rey don Sebastian; por él, á quien yo creia amar, fascinada por su historia, por su nombre, por sus desgracias, por la grandeza que de él rebosa; yo venia á matarte, porque temia que tú, al verte esposo mio, le matases: él esta aquí, yo voy á buscarle; yo le diré: señor, perdonadme si engañada he podido engañaros; yo no os amo; lo he comprendido hace un momento; porque al ir á matar á César Malatesta; he comprendido que le amaba, que no habia amado ni podia amar á otro más que á él: perdonadme, señor, y olvidadme ó tomad de mi la venganza que querais, porque yo no puedo engañaros, porque yo no puedo sacrificarme, porque yo no puedo hacerme horriblemente desgraciada, envolviéndoos en mi desgracia.

César Malatesta estrechó contra su seno en silencio á Estefana, que reclinó la cabeza sobre su hombro y lloró.

Era la primera vez que Estefana lloraba.

X.

Es necesario convenir en que Gabriel de Espinosa era muy desgraciado.

Todas las empresas que acometia tenian un resultado desastroso.

Por la primera vez de su vida habia amado, y cuando por su amor se habia indispuerto con su conciencia, abandonando á su esposa, á quien nunca habia amado, pero á quien todo lo debía; abandonando á su hija arrastrado por la locura, cuando ébrio de amor y de deseo se creia próximo á gozar del cielo que habia soñado en Estefana, Estefana comprendia delirante de placer, que no amaba al hombre á quien creia haber amado; que amaba con toda su alma al hombre á quien habia creido aborrecer con todo su ódio; que el rey don Sebastian le era completamente indiferente, y que César Malatesta era su felicidad, el ardiente destino de su vida.

Lo repetimos: Gabriel de Espinosa no podía ser más desgraciado.

XI.

—El tiempo se pasa, dijo Estefana, y yo también tengo miedo: el rey don Sebastian es terrible, y comprendo que sería insensato decirle lo que había pensado decirle: ese hombre está loco, César: ese hombre tiene la locura de la grandeza y del orgullo: ese hombre me despreciaría y te buscaría á tí.

—Me aborraría la mitad del camino, porque yo voy á buscarle; porque ese hombre ha oído palabras de amor de tu boca, y necesitó que me pague con su vida la felicidad de haberlas oído: él y yo no cabemos juntos en la tierra; es necesario que el uno sea arrojado en la tumba por el otro.

—Tú me has dicho que serás mi esclavo, dijo pálida de terror Estefana, y si yo no te veo dócil á mi voluntad, creeré que no me amas, y seré horriblemente desgraciada: tú harás lo que yo te mande, ¿no es verdad?

—¿Y qué te importa la vida de ese hombre? mira no crea que aún queda en tu alma para él un resto de amor.

—¿Lo creerías así, César? dijo solemnemente sería Estefana.

—¿Por qué cruzarse entre las espadas de dos hombres que deben aborrecerse? exclamó con acento amenazador Malatesta.

—¡Por tí! ¡porque temo por tu vida!

—¡O por la suya, Estefana!

—¡Dios mio! tú no puedes decir eso: yo venia á matarte, y en vez de matarte te he dado mi alma entera, porque ha sido necesario que yo arrostre esta situación terrible, para que conociera que te amaba.

—¡Oh! ¡insensato de mí! exclamó Malatesta ahora lo comprendo todo: Satanás te ha dado el arte del engaño.

—¿Qué dices, César?

—Sí, es verdad; tú no estás acostumbrada á matar; te habías creído bastante fuerte para cometer el crimen, y al verle de cerca, al tocarle, has retrocedido espantada.

—¡No; he comprendido que te amaba!

—Mientes: á quien tú amas es á ese rey de farsa; á ese aventurero: sabías que yo me habia de cruzar en vuestro camino, que yo habia de matarle antes de que llegase contigo al altar; al mismo altar en que en vano han pensado me uniria con Elena Conti: has sido cobarde, y ahora mismo no sabes-lo que debes hacer.

—¡Ah! ¿crees tú que yo vacilo, que yo dudo, que yo tengo miedo, que no soy tan valiente como tú, que no soy como tú capaz de todo, que podia yo amarte como te amo si no fuese semejante á ti? pues bien, voy á darte una prueba de que no miento. Óyeme, César: si yo salgo de aquí contigo, dejando solo y esperándome en vano á ese hombre, si yo te hago completamente mi señor, si despues voy á arrojarme á los piés de mi padre á rogar su perdon, á pedirle su bendicion para nosotros dos, ¿creerás que te amo?

—Sí; si eso haces, lo creeré, respondió Malatesta con la mirada resplandeciente de alegría.

—¿Y qué harás tú por mí en premio de mi amor, de mi delirio?

—Cuanto me pidas, Estefana.

—Oye; yo creo que ese hombre, que ese rey don Sebastian, es incontrastable; en algunos momentos, veia en su mirada algo de la mirada de la fiera, del valor indómito y sanguinario del leon; yo tengo miedo; yo tiemblo al solo pensamiento de que os encontréis frente á frente y espada en mano: hay momentos tambien, en que creo que tú eres invencible, y cuando loca y fascinada creia amarle, temblaba por él, como ahora tiemblo por tí: ten lástima de mi agonía, César: al conocerte, he conocido que te he amado siempre sin saberlo; y te amo tanto, que todo me espanta: yo conseguiré el perdon y la bendicion de mi padre, estoy segura de ello: yo le diré: señor, vos sois prepotente en Venecia, yo tiemblo al solo pensamiento de que se busquen y se encuentren César y el rey don Sebastian; valeos de vuestro poder, y apartad de Venecia al rey. Y mi padre que me ama, que me ama porque soy su hija, que cree haber olvidado que yo existo, porque está irritado contra mí, me acojerá amoroso cuando yo le busque arre-

pentida, y apartará de Venecia al rey; porque tiene para con el rey un deber de lealtad, y para contigo el deber de velar por el esposo de su hija.

—Por tu amor, todo; hasta la deshonra, dijo Malatesta.

—¡Oh! yo tambien lo arrostro todo por tí; hasta la muerte.

—¿Y quién puede poner asechanzas á tu vida? dijo Malatesta.

—La mujer con quien debias unirte; Elena Conti.

—¡Oh! ¡Elena Conti! la mujer con quien me manda casarme so pena de traicion la República.

—Y bien, que nos hagan pedazos el Consejo, Elena Conti ó el rey don Sebastian: el amor se ha rebelado en nosotros, y mi amor es valiente: yo siento lo mismo que tú sientes; una eternidad de gloria en un momento de felicidad contigo, y despues, que nos reduzca en buen hora á ceniza el fuego del cielo. Ven.

—¿Y no esperas á Laureta?

—Ella se volverá sola á casa.

Y Estefana se asió del brazo de César Malatesta, y tiró con él hácia la entrada de uno de los senderos del Laberinto, pasando muy cerca de Brachioforte, que estaba escondido entre la yerba.

XII.

Pero aún les faltaba un gran espacio para llegar á los árboles, cuando por otro sendero apareció un hombre que marchaba apresuradamente.

Aquel hombre llevaba un birrete rojo bordado de oro, una loba negra con pieles de armiño, un jubon de raso blanco y negro, y calzas blancas.

Aquel hombre era Gabriel de Espinosa, que en su precipitacion tropezó con Malatesta y Estefana, la reconoció, lanzó un rugido de rabia, se hizo atrás, y quedó mirándolos frente á frente.

En aquel momento salió de entre los árboles una dama ricamente vestida á la veneciana, con el semblante descubierto.

Era la sultana Sayda Mirian.

Tras ella, con traje condotiero veneciano, con el semblante descubierto, terciados en el brazo izquierdo dos albornos, venia un hombre.

Aquel hombre era Yezid, el leal servidor de Aben-Shariar, que se habia salvado por un milagro de la muerte, y servia con su ardiente fidelidad africana á Sayda Mirian.

Esta y Yezid se detuvieron á alguna distancia de Gabriel de Espinosa, atentos á lo que iba á suceder.

Por la otra parte, Brachioforte se habia puesto de pié, habia probado si su espada salia bien de la vaina, y observaba atento.

Del mismo modo Yezid empuñaba con la mano trémula de coraje su espada.

XII.

Nuestros lectores no saben cómo y por qué razon Gabriel de Espinosa se encontraba frente á frente de Estefana Barbarigo y de César Malatesta.

Pueden sin embargo adivinar, al ver allí tambien á la sultana Sayda Mirian, que esta era la causa de aquel encuentro.

XIII.

Yezid servia á la sultana, como hubiera podido servirla el más inteligente esbirro.

Yezid habia podido averiguar quién era entre la servidumbre de Estefana Barbarigo la persona que más gozaba de su confianza, y supo que esta persona era su doncella Laureta.

Laureta fué comprada á un tiempo por Yezid, por amor y por dinero.

Aunque Yezid tenia ya más de cuarenta años, era todavía un buen mozo; Laureta que era muy linda, inspiraba la elocuencia, sino del amor, del deseo, á Yezid, que era vehemente como buen africano, y esto junto á la esplendidez con que re-

galaba á la muchacha, hizo que Laureta se enamorase ciegamente de Yezid, lo que es lo mismo que si dijéramos que Laureta era toda en cuerpo y alma del bravo corsario.

Por este medio Sayda Mirian sabia cuanto pasaba en el palacio Barbarigo entre Estefana y Gabriel de Espinosa, que sus amores se acercaban dignamente al matrimonio, que nada en fin, grave existia entre Estefana y Gabriel, más que el sério compromiso de un enlace próximo. Sayda Mirian, abandonada á sí misma, repudiada, privada de la ayuda de Aben-Shariar, estaba resuelta á todo para impedir aquella boda.

Habia recurrido al Consejo de los Diez, y el Consejo de los Diez la habia respondido declarándose incompetente; pero tomándola á ella y á su hija de una manera independiente de sus asuntos de familia bajo la proteccion de la República, lo que era lo mismo que decirle: no os faltará una renta para vivir, ni una casa donde habitar.

Por lo demás, el Consejo de los Diez no podia oponerse al repudio decretado por el papa en uso de su poder legitimo como representante de Dios sobre la tierra, como la mano suprema que tenia la potestad de atar y desatar.

Sayda Mirian, pues, se vió reducida á su propio esfuerzo, y á los leales servicios de Yezid.

Éste habia sabido aquel dia por Laureta, que aquella noche debia celebrarse secretamente el casamiento de Gabriel de Espinosa y de Estefana; pero que antes, Estefana iría con Gabriel de Espinosa á los jardines de Apolo, para donde Estefana habia citado á César Malatesta.

Yezid habia tenido en sus manos la carta que Estefana habia dado á Laureta para que la llevase á César Malatesta, la habia abierto cuidadosamente, la habia leído, la habia copiado, y la habia vuelto á cerrar de tal modo, que no podia conocerse que habia sido abierta.

Por esto habia asistido la sultana aquella noche á los jardines de Apolo: desde antes de que su puerta se abriese, habia esperado, habia reconocido á pesar de su disfraz á Gabriel de Espinosa, le habia oido, como sabemos, lo que habia hablado con Gabriel y con Laureta, Estefana á la puerta de los jardines.

Otra persona que hubiese oído las palabras de Estefana, nada hubiera podido comprender por ellas; pero para Sayda Mirian, fueron una alegría, porque la permitían obrar con grandes probabilidades de buen éxito.

Así es, que apenas entró en los jardines, buscó la laguna y la estatua de Niove, á alguna distancia de la que, se puso en observacion con Yezid.

Estefana habia aprovechado una ocasion oportuna, se habia desasido de Gabriel de Espinosa, se habia perdido por entre los árboles inmediatos, y Gabriel de Espinosa se habia encontrado solo.

Esto le habia contrariado gravemente.

Gabriel de Espinosa veia con extrañeza, y tenia razon para extrañarlo, la excéntrica conducta de Estefana, su incalificable entrevista en la misma noche de su casamiento con César Malatesta, y esto le hizo recelar, y le puso en muy mala disposicion de espíritu.

Vagó algun tiempo por los jardines, por ver si encontraba á Estefana, y no consiguiéndolo, se fué á esperar, á cada momento más colérico, al lado de la laguna y al pié de la estatua de Niove, donde Estefana le habia dicho que volveria á buscarle.

XIV.

Aún no habian pasado cinco minutos desde que esperaba, cuando se acercó á él lentamente una máscara magnífica, afectada de una manera completa en su modo de andar; que se comprendia no era su paso acostumbrado, y deslumbrantemente vestida con un ostentoso traje de patricia veneciana, y de patricia riquísima.

Gabriel de Espinosa, ni aún llegó á sospechar que aquella dama fuese Sayda Mirian.

De tal manera desfiguraba esta su paso, su actitud y hasta su estatura, encorvándose para parecer menos alta, porque, como sabemos, Sayda Mirian tenia una estatura aventajada.

Gabriel de Espinosa no estaba de humor de aventuras, y recibió de una muy mala manera á Mirian, que se habia detenido cerca de él.

—Déjame en paz y sigue tu camino, la dijo: no me conoces de seguro, y yo no quiero conocerte. Anda con Dios.

—Me causa pena que estés solo mientras Estefana Barbarigo habla libremente con su antiguo amante César Malatesta.

—Mientes, dijo Gabriel de Espinosa: César Malatesta jamás ha sido amante de Estefana.

—¿De qué mujer hermosa, jóven y patricia, no ha sido amante César Malatesta?

—¿Porque haya sido amante tuyo, mujer, dijo con desprecio Gabriel, ha de haberlo sido tambien de Estefana? Véte.

—¡Amante mio! ¿cuándo he tenido yo amante? exclamó Sayda Mirian, olvidándose de finjir la voz.

Gabriel de Espinosa la reconoció, tembló y se hizo atrás.

—¡Mirian! exclamó.

—Pues bien, sí, no quiero mentir más, no quiero encubrirme más, no tengo necesidad de mentir ni de encubrirme. ¡Sí, yo soy tu esposa Sayda Mirian! ¡tu esposa ante Dios y ante los hombres, á pesar de tus traiciones, á pesar del papa y del mundo entero! ¡la sultana Sayda Mirian, que se acuerda de que es africana, de que la debes la vida, de que la perteneces entero! ¡la sultana Sayda Mirian, á la que siempre encontrarás á tu lado como la encuentras ahora, si no la matas, en lo que la harías un favor! ¡la sultana Sayda Mirian, que no ha podido hablarte cuatro palabras sin decirte: ¡yo soy Mirian que te ama, á pesar de tu desagradecimiento y de tus traiciones! ¡que viene aquí á ponerse á tu paso, á irritarte, á obligarte á que la mates, porque prefiere morir á verte esposo de otra mujer!

—Yo no soy un hombre, dijo Gabriel de Espinosa dominado por la pasion que emanaba de la mirada, de las palabras, de la actitud de Sayda Mirian.

—Sí, es verdad, dijo Mirian, tú no eres un hombre, tú eres una fiera, que ni aún tiene amor á sus hijos.

—¡Yo soy rey! yo me debo á mi reino, que sufre á un señor extraño: mi casamiento con esa mujer, es una necesidad; por ella obtendré todo el favor de la República, porque ella es hija del senador Barbarigo; del poderoso Barbarigo, que dispone de los destinos de la República.

—¡Mientes! ¡calumnias al generoso anciano que ha arrojado

de sí á su hija Estefana avergonzado de ella! ¡mientes, y calumnias á tu reino, porque el noble reino de Portugal veria con placer y sobre su trono á la mujer que todo lo ha sacrificado por su rey, que se lo ha salvado, que se lo ha conservado! ¡pero mientes! tú no eres rey, tú no tienes del rey don Sebastian más que la semejanza: el rey don Sebastian murió en Alcázar-Kivir: tú has sido conmigo un villano, y un rey no incurre jamás en una villanía.

Gabriel de Espinosa se puso encarnado hasta en lo blanco de los ojos, é instantáneamente pálido con la densa palidez de la cólera, llevó instintiva y enérgicamente la mano á su puñal.

—¡Sí, mátame! dijo Mirian; eso es lo que deseo; á eso he venido aqui: no importa que nuestra hija quede huérfana, porque el noble Barbarigo la ha obtenido la generosa adopción de la República de Venecia.

—¿Qué hombre es ese? dijo Gabriel de Espinosa al ver cerca de Mirian á Yezid, que al poner Espinosa la mano en su puñal se habia acercado.

—¡Soy yo, Yezid el africano: Yezid, que se acuerda de lo que era hace diez y siete años la sultana Sayda Mirian, y vé lo que es ahora! ¡Yo, que por respeto á la sultana y estando ausente el emir Sidi-Yhaye, he debido pedirte cuenta de lo que has hecho, seas quien fueres! ¡yo, que no te he dado el castigo que mereces, porque la sultana ha detenido mi brazo; porque la infeliz te ama, y yo soy su esclavo!

—¡Yezid! exclamó Sayda Mirian mientras Gabriel de Espinosa callaba, porque la terrible violencia de su cólera le enmudecía: ¡Yezid, véte!

—¡No! exclamó Yezid: no me apartaré de aqui, hasta que ese hombre haya dejado de amenazarte, sultana.

—¡Véte! dijo Sayda Mirian; ¡retírate! Gabriel es demasiado noble, demasiado valiente, para ensangrentarse en una mujer.

Yezid se retiró lentamente y murmurando, como el mastin á quien su amo contiene.

—Hé aqui: á lo que hemos llegado, dijo Sayda Mirian; pero yo no he traído á ese hombre, no, para que me defienda; yo no quiero más defensa contra tí, que mi dolor y mi infortunio; pero yo no podia venir sola; no puedo impedir tampoco que su

lealtad le obligue á defenderme : deja pues de amenazarme , Gabriel ; si me aborreces , si necesitas mi sangre , yo me iré sola contigo , yo te seguiré donde puedas saciar en mí tu cólera sin que nadie lo vea , sin que nadie te pueda hacer cargo : ¿ para qué quiero la vida , si no tengo tu amor ?

Y Mirian se echó á llorar .

XV.

Las lágrimas de Mirian apagaron la cólera de Gabriel .

No era un malvado , sino un loco , y se conmovió .

Comprendió todo lo terrible de la situacion de Mirian , y sintió remordimientos .

Y entonces le pareció Mirian tan hermosa como Estefana , y más pura , más enamorada que ella .

Entónces , en un momento de reaccion , comprendió toda la enormidad de lo que habia hecho ; vió con cuánta razon estaba Mirian desesperada y resuelta á todo ; y el recuerdo de su pequeña hija ardió en su corazon y le dominó .

—Yo estoy loco , dijo pasándose la mano por la frente , como si hubiera querido arrancar de su cerebro la locura .

—¡ Sí , sí ! ¡ eso es ! dijo Sayda Mirian con ánsia , aprovechándose de aquel buen momento : tú estabas loco , pero ya no lo estás , no ; porque conoces tu locura , y yo te amo Gabriel , ¡ yo te amo ! añadió asiendo sus manos , y tú me amas tambien , ¡ oh , Dios mio ! tú amas á tu hija , á nuestra hija . ¡ Si tú no podias dejar de amarme ! ¡ Si es que esa infame mujer te ha enloquecido ! ¡ te ha engañado ! ¡ si esa mujer no te ama , no puede amarte ! ¡ si ama á otro hombre !

—¡ Que ama á otro hombre ! exclamó con la mirada vaga y el acento frio , pero colérico , Gabriel .

—¡ Sí , á otro hombre que ha sido su primer amante ! ¡ á otro hombre á quien en estos momentos habla sin duda enamorada , allá en el pabellon del Laberinto , en un lugar en estos jardines que yo no conozco , porque yo nunca he venido ! pero nos lo dirán , sí , nos lo dirán ; iremos los dos , y la sorprenderás en su traicion .

Y sin dejar á Gabriel que contestase, Mirian se llegó á Yezid.

—Vé, le dijo, busca á uno de los criados, á uno de los servidores de estos jardines, y pregúntale por donde se vá al pabellon del Laberinto: vé.

Yezid se puso en marcha, y se alejó como temeroso de dejar sola á la sultana con Gabriel.

XVI.

—¡Oh! este es un sueño horrible, dijo Gabriel pasándose de nuevo la mano por la frente.

Y luego asió las manos de la sultana, la miró con extravío, y exclamó:

—Pero esto no puede ser; yo no he podido olvidarme de tí sin un encantamiento; dicen que los venecianos conocen filtros que enloquecen, como conocen venenos que matan: ¡esa mujer!... ¡Estefana!... ¿dices, que ella tenia aquí cita con un hombre que ha sido, que acaso es su amante?

—¡Sí! exclamó con acento ardiente Mirian, acompañando su afirmacion con la ansiosa expresion de su semblante, y con un movimiento enérgico de cabeza.

—Ella, Estefana, me habia dicho algo de eso, que queria matar á un hombre, porque era un peligro para mí, para ella.

—¡Miserable! exclamó con indignacion Mirian.

—Deja, deja, continuó Gabriel, en cuya mirada habia á cada momento más vaguedad: yo he sido débil, yo me he dejado arrastrar por ella á estos jardines; pero yo no habia consentido en el cobarde proyecto de asesinar á ese hombre, á ese César Malatesta; le hubiera matado yo á estocadas, en el momento mismo en que se hubiera cruzado delante de mi paso; pero yo no sé asesinar; yo no puedo asesinar; yo no puedo incurrir en la infamia de aniquilar á un hombre bravo, tenido por invencible en Venecia, valiéndome de la mano débil y traidora de una mujer; yo estaba resuelto á no separarme de ella, á ponerme entre ella y él en el momento en que nos encontrásemos, y á concluir como concluye un asunto de honor un caba-

llero; pero ella se me ha escapado perdiéndose entre la gente; ella ha ido.....

—A ver á su amante, antes de ser tu esposa, dijo con desprecio Mirian; á convenir sin duda en el medio de seguirte engañando, porque ella no matará á César Malatesta, no; le ama demasiado; por él ha caído sobre ella la maldición de su padre: todo lo que ella te ha dicho no ha sido más que el principio de una farsa convenida, para confiarte, para seguir engañándote: ¡oh! ¡la impura, la miserable, la infame! pero vivía yo, estaba atenta yo; yo que soy tu esposa, aunque el papa te haya declarado libre; yo que te amo más que á mi vida, más que á mi salvación; yo que he llegado á tiempo para decirte: despierta, mira lo que es la mujer por quien has olvidado, has sentenciado á la desesperación y á la agonía, á tu buena Mirian, que te ama; á la madre de tu hija.

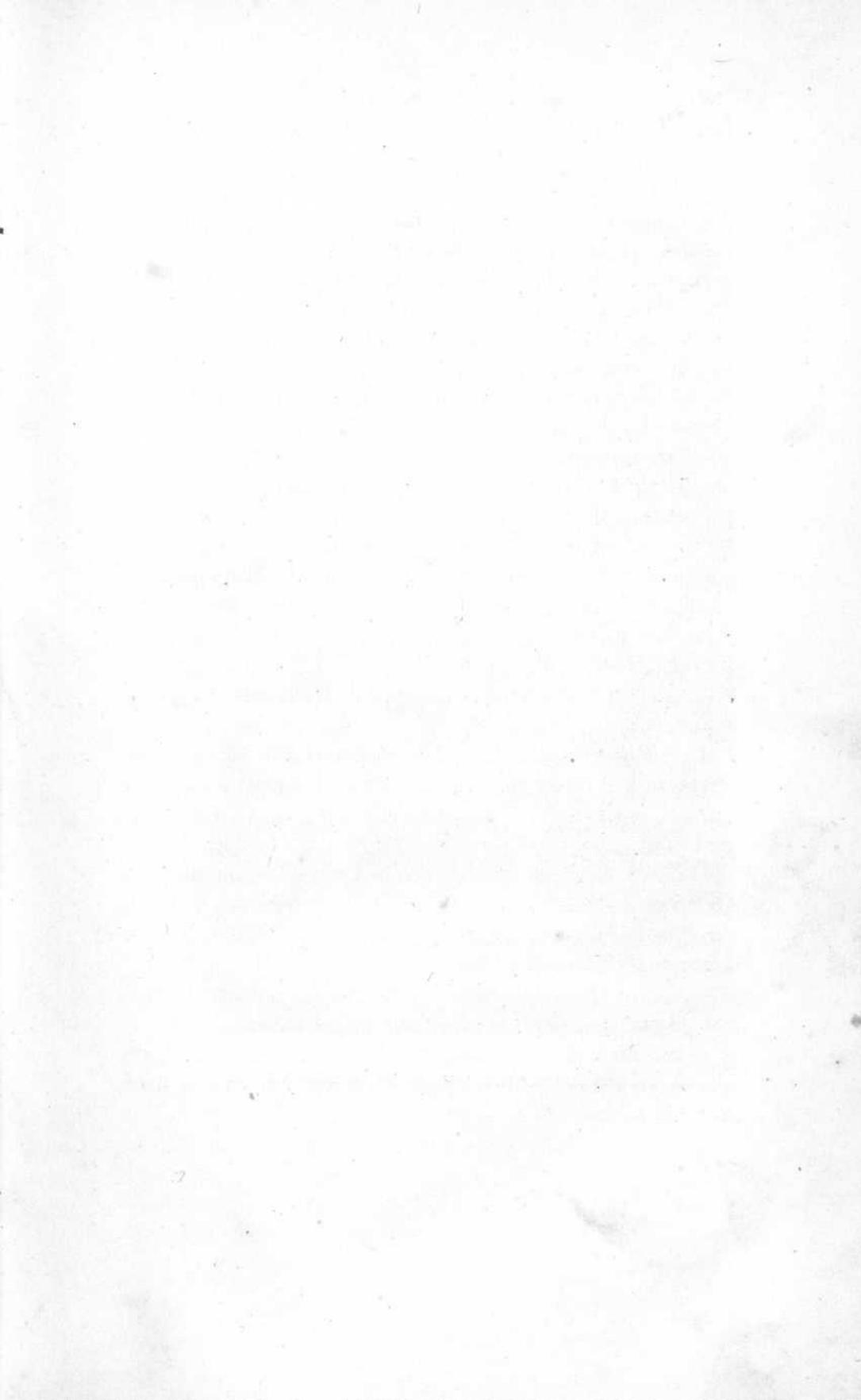
—Salgamos, salgamos cuanto antes de esta situación, dijo con una colérica impaciencia Gabriel: has venido á despertarme y me has despertado; y al despertar, he visto á mis pies el horrendo abismo en que he estado á punto de caer; pero he visto también que se me burla, que se me escarnece, y necesito venganza.

—¡Qué más venganza que el desprecio! dijo Mirian: ¡qué más venganza que volver amante á mis brazos, romper ese decreto que nos separa, y vivir amantes, unidos por el amor de nuestra hija!

—César Malatesta creería que le tenía yo miedo, dijo con acento sombrío Gabriel: unámonos en buen hora; yo lo deseo; pero que nadie pueda decir que yo he tenido miedo: vamos á buscar á ese hombre.

—¡Oh! ¡si te mata, Gabriel!.... dijo Mirian juntando las manos, dicen que es terrible, que nadie resiste su espada.

—Por lo mismo es necesario probar si él resiste á la espada que en Africa me rodeó de cadáveres, antes de que mi mano inerte la soltase.





.....SE LANZO ESPADA EN MANO SOBRE CESAR.

XVII.

En aquel momento apareció Yezid, cuyo rudo y terrible semblante se dulcificó al ver á Gabriel y á Mirian cariñosamente asidos de las manos.

—Al pabellon del Laberinto, dijo acercándose, se vá por entre esos árboles de la izquierda, siempre adelantando, y torciendo siempre á la derecha.

Oir esto Gabriel de Espinosa, desasirse de las manos de Mirian, y partir á la carrera hácia los árboles de la izquierda, fué cosa de un momento.

Mirian y Yezid le siguieron.

Y así, en paso rápido, él delante y ellos detrás, entraron en el Laberinto, le atravesaron, y llegaron á su centro en el momento en que Estefana y César Malatesta se encaminaban asidos el uno del otro á la salida del Laberinto.

XVIII.

Gabriel de Espinosa comprendió á primera vista en la manera de apoyarse Estefana en el brazo de Malatesta, que le amaba.

La rabia de verse burlado, la traicion descubierta, porque Gabriel apareciendo de repente habia sorprendido el descuido de su amor, obraron en Gabriel de Espinosa con la fuerza y rapidez de la electricidad.

Ciego de cólera, rugiendo como un leon hambriento, se lanzó espada en mano sobre César Malatesta, que apenas tuvo tiempo para desnudar su espada.

De una parte Brachioforte, y de la otra Yezid, se lanzaron con las espadas desnudas para interponerse; pero habian llegado tarde.

A pesar de la destreza, del valor y de la serenidad de César Malatesta, habia sido desarmado á la primera embestida de Gar

briel de Espinosa, y habia recibido una tras otra, en el pecho, tres furiosas estocadas, tiradas con una rapidez horrible.

Cuando llegaron junto á Gabriel el esbirro y el corsario, cuando Mirian se abrazó á él convulsa y aterrada, César Malatesta estaba por tierra arrojando la sangre á borbotones por sus tres anchas heridas.

Afortunadamente para Estefana, Mirian habia abrazado á Gabriel de Espinosa, y Brachioforte y Yezid se habian interpuesto.

De otro modo, Gabriel de Espinosa hubiera cerrado á estocadas con Estefana despues de haber tendido á Malatesta.

Porque Gabriel de Espinosa estaba embriagado por la passion febril que le habia inspirado Estefana, y la rabia, el dolor, los celos, le enloquecian.

XIX.

Estefana se lanzó sobre César Malatesta y se tiñó en su sangre.

—¡Muerto! exclamó lanzando un grito horrible, vibrante, agudo, arrancado del fondo de su alma.

Y luego, alzándose rígida, cubierto de estensas manchas rojas su blanco traje, con la mirada fiera y centelleante, con los brazos temblorosos y estendidos hácia Gabriel de Espinosa, gritó:

—¡Maldito seas tú, y que su sangre y mi desesperacion caigan sobre tu cabeza, y que me vengue de tí la mano de un verdugo!

Y vacilando luego, é inclinándose hácia el cadáver, cayó sobre él con los brazos estendidos.

—¡Ah! exclamó Gabriel de Espinosa envainando su espada y lanzando una larga y hueca carcajada, ¡yo estaba loco!

Y se volvió á Mirian, la estrechó entre sus brazos, y exclamó:

—¡Tú sí que me amas!

Luego se volvió, y llevando á Mirian asida de la mano, se alejó en paso lento.

Yezid los siguió.

Brachioforte envainó su espada y se quedó inmóvil al lado del cadáver y de Estefana, que estaba desmayada sobre César Malatesta.

XX.

En Venecia brotaban los esbirros de entre la yerba, de los troncos de los árboles, de debajo de las piedras, de las paredes, del pavimento, del fondo de los canales, de todas partes, en cuanto un hombre daba el más ligero motivo para ser preso.

Aún no había entrado entre los árboles Gabriel de Espinosa, y ya cinco ó seis esbirros que no se sabía de donde habían salido, se dirigían á él.

Brachioforte tocó un silbato, y todos aquellos esbirros se detuvieron y vinieron al rededor de Brachioforte.

—Nadie prenda á ese hombre, dijo Brachioforte, de órden del Consejo de los Diez: levantad á esa dama, llevadla al pabellon, y que sea socorrida: quedaos dos de vosotros junto á ese cadáver, y que nadie le toque.

Después de esto, Brachioforte partió, atravesó el Laberinto á buen paso, salió de los jardines de Apolo, entró en una góndola, y dijo al gondolero:

—Al palacio Conti.

XXI.

Brachioforte había cumplido con su deber, dejando ir libre á Gabriel de Espinosa.

La órden que le había dado el secretario del Consejo de los Diez, Rugiero Maffei, decia lo siguiente:

«Que ningun dependiente de la República prenda al extranjero Gabriel de Espinosa, sea cualquiera el delito que cometiese. Pero que se dé parte inmediatamente de lo que hubiese hecho al Consejo de los Diez.»

CAPITULO V.

Que sirve de epilogo á la segunda parte.

I.

El Consejo de los Diez habia encontrado ya demasiado lo que sucedia, y habia decidido librarse de la carga de aquel protegido que comprometia á la República obrando de una manera tan imprudente.

No era la muerte de César Malatesta causada en un lugar público y concurrido lo único que habia tenido lugar.

Se hablaba con hondo escándalo y con grande conmocion, de la desgracia que habia acontecido en una de las primeras hosterías de Venecia.

En ella, dos damas de la alta nobleza veneciana, Estefana Barbarigo y Elena Conti, habian causado uno de esos sucesos que no pueden oirse sin estremecimiento.

II.

Aquellas dos damas habian llegado la una despues de la otra una noche ya tarde á la hostería del Gato Azul, y la primera, al tomar la habitacion, habia dicho al hostelero:

—Cuando venga una dama preguntando por otra dama que debe esperarla, traedla aquí: cubrid entretanto la mesa de viandas, y traed vino de Chipre.

La mesa fué servida.

Poco despues llegó otra dama, preguntó por la que habia llegado anteriormente, y se encerró con ella.

Aquellas dos damas iban vestidas de luto.

Pasó mucho tiempo, y ninguna de ellas llamó.

Pasó aún más tiempo, y ya se observó el aposento donde estaban encerradas.

Pero dentro reinaba el más profundo silencio.

Pasó, en fin, tanto tiempo, que la puerta fué forzada, y se encontró.....

III.

Antes de decir lo que vieron los que penetraron en aquel aposento forzando su puerta, debemos decir lo que aconteció en él.

La primera dama que habia entrado, era Elena Conti.

Iba rigidamente vestida de luto, y en su semblante se veia una desolacion y una palidez espantosa.

Apenas Elena Conti se quedó sola despues de haber sido servida la mesa, y puesto sobre ella dos grandes jarros de cristal llenos de dorado vino de Chipre, Elena sacó una caja de oro, y arrojó los polvos blancos semejantes á mármol de Carrara molido que la caja contenia, la mitad en el uno de los jarros, la otra mitad en el otro.

Despues se sentó en un sillón, y permaneció inmóvil, muda y terrible.

Media hora despues se abrió la puerta y volvió á cerrarse, y apareció en el aposento otra dama rigorosamente enlutada tambien.

Era Estefana Barbarigo.

Al verla, Elena se levantó rígida, y se quedó mirándola frente á frente.

—Me habeis citado aquí á nombre de César Malatesta, dijo Estefana Barbarigo.

—Sí, os he citado para un festin mortuorio, dijo Elena Karuk; para un festin en que no estamos solas; porque está entre nosotras la sombra de César. Sentaos á aquel extremo ó á este extremo de la mesa; donde gustéis; y bebamos por el alma de nuestro amante.

Estefana se acercó á uno de los sillones que estaban colocados delante de uno de los extremos de la mesa.

En aquel extremo habia uno de los grandes jarros de cristal que contenian el vino de Chipre.

Elena Karuk se acercó al sillón colocado delante del otro extremo de la mesa donde se veia el otro jarro.

Entrambas damas permanecieron algun tiempo contemplándose sombríamente.

—Entre nosotras, dijo Elena Karuk, existe algo que nos une.

—Sí, dijo Estefana Barbarigo; el luto que llevamos por un mismo hombre.

—Nosotras debemos amarnos, dijo Elena Karuk.

—Sí, debemos amarnos hasta el punto de exterminarnos.

—Pues bien, dijo Elena, brindemos por nuestro amor ó por nuestro ódio.

—Brindemos, dijo sobreexcitada Estefana Barbarigo, llenando su copa al mismo tiempo que Elena Karuk llenaba la suya.

—Que nos odiamos en la eternidad como ahora nos odiamos, dijo Elena Karuk levantando su copa.

—Sea, contestó Estefana levantando la suya.

Y ambas extendieron los brazos, chocaron las anchas copas, y bebieron.

IV.

Apenas hubieron bebido, Elena Karuk soltó una horrible carcajada, y su mirada se fijó con una burla y un sarcasmo horribles en Estefana Barbarigo.

—¿Por qué os reís, por qué me mirais de ese modo? dijo con irritacion Estefana; ¿es acaso porque me habeis invitado á

venir, y he venido? ¿qué encontráis de extraño en esto? he venido á miraros frente á frente; á conocer á la mujer que se creía con derecho á provocarme porque su amante ha muerto entre mis brazos: ¿qué hay de comun entre nosotras? vos habeis sido desde hace mucho tiempo la manceba de César, que en vano ha pretendido ser su esposa, y yo la mujer pura, que no hubiera sido suya sino cuando le hubiera tenido por esposo.

—Vos le habeis seducido cuando yo le esperaba para unir á él mi suerte y mi vida, y vos le habeis entregado á la terrible espada del rey de Portugal; no, no es el rey de Portugal el que le ha muerto, habeis sido vos, vos que temblábais por la vida del rey don Sebastian desde el momento en que fuéreis su esposa, por los celos y por el furor de Malatesta! Por eso yo no he pensado en vengarme del rey de Portugal; él no ha sido más que una víctima vuestra: él no ha sido más que el instrumento, y vos habeis sido el pensamiento infame: por eso, yo os he buscado para mi venganza; yo os he provocado, para obligaros á venir aquí, y habeis venido. ¡Oh, gracias, Estefana, porque estais aquí, y yo estoy vengada ya de vos!

—¡Vengada! ¡es decir, que creis que yo no he venido tambien á tomar venganza de vos!

—¡Oh! es ya tarde: dentro de poco os vereis dominada por un dulce enlanguidecimiento; el sueño pesará sobre vuestros ojos, y os dormireis para despertar en la eternidad.

—¡Ah! exclamó Estefana, ¡vos sois la dueña, la moradora maldita de ese palacio en que dicen vive el diablo!

Y Estefana dió un paso hácia Elena.

Y aquellas dos mujeres quedaron mirándose frente á frente, sombrías, convulsas, lívidas, desfiguradas, espantosas.

Durante algun tiempo, ninguna de ellas habló una sola palabra.

V.

Elena Karuk dió á su vez un paso hácia Estefana.

Casi se tocaban ya.

—¡Escucha! dijo Elena Karuk con voz sorda y concentrada:

yo adoraba á César desde hace mucho tiempo; era mi amante; nos unía un lazo terrible, un lazo de crimen; un lazo que en vano pretendia romper; pero yo no podia dominarle; yo no podia obligarle á que partiese conmigo su nombre, á que fuese mi esposo. Habia una mujer (y el acento de Elena se hizo más sordo y más concentrado), una mujer hermosa que irritaba al mismo tiempo el deseo y la soberbia de César: una mujer funesta, que estaba colocada entre él y yo. Esa mujer eres tú: ¡tú, á quien hace mucho tiempo aborrezco yo con toda mi alma! ¡tú, á quien yo no he exterminado porque he tenido miedo al aborrecimiento de César! ¡tú, que habiendo causado la muerte de César, me has llevado al colmo de la desesperacion y de la rabia, y me has enloquecido en furor de venganza!

—¡Yo te desprecio! contestó Estefana con una altivez y un desden insoportables.

Elena lanzó una carcajada.

—¡Pobre mujer! dijo con un desprecio superior al de Estefana: ¡insensata, que me desprecia! ¡imbécil, que no sabe cuánto abrasa la sangre tártara que corre por mis venas! ¡que me aborrece como yo la aborrezco á ella, y no ha buscado la ocasion de perecer conmigo, como la he buscado yo!

—¡Ah! ¡tú crees que yo podia ni aún acordarme de tí? ¡qué me importabas tú! ¡quién eras tú, más que una manceba despreciada por él! ¡una mujer olvidada, que le esperaba en vano, cubierta con las galas nupciales, mientras él me dejaba sentir todo el ardiente fuego de su amor! ¡No! ¡tú no has existido nunca para mis celos, y no puedes existir para mi venganza! ¡He venido porque me has provocado: he venido porque estoy desesperada, porque sabia que habias de hablarme de él, y yo queria hablar de él! ¡he venido no sé por qué, porque no existes para mí!

—¡Tú has sido la matadora de César, y has venido á morir, á morir conmigo! dijo con un acento espantoso Elena Karuk.

—¡A morir contigo! exclamó Estefana acreciendo en su desprecio.

—¡Sí! ¡no te he dicho ya que amo á César, que soy tártara, que corre por mis venas fuego en vez de sangre, que estoy desesperada y enloquecida por el furor de la venganza! ¡no te

he dicho ya que no puedo vivir, que la vida es ya para mí un tormento insoportable, y que no quiero dejarte sobre la tierra, para que olvidada de César, ofrezcas tu amor á otro hombre! ¡Ah! ¡no sabes que las copas con que hemos brindado por César Malatesta, tenían dentro de sí la muerte!

Estefana palideció de cólera, y buscó algo apresuradamente entre sus ropas.

—¡Ah! ¡tú tienes en tu alma la cobardía y la traición! exclamó: ¡no hemos bebido de un mismo vino; sobre esa mesa hay dos jarros; la copa que tú has bebido, sin duda que no llevaba en sí la muerte; pero tú no sabías quién era Estefana Barbarigo, y te has acercado demasiado pronto á mí!

Y Estefana asió vigorosamente con la mano izquierda una mano de Elena, y dejó ver en la otra un puñal, que cayó sobre el pecho de Elena Karuk.

—¡Ah! ¡gracias!.... exclamó Elena cuyas rodillas se doblaron, cayendo sobre ellas; me has librado del insoportable sopor del tósigo de los Borgias. ¡oh! ¡gracias! yo te perdono..... mis celos..... y mi dolor.....

Y Elena cayó de costado sobre la alfombra, manchándola con la sangre que salía en un copioso raudal de su pecho.

Las palabras que siguió murmurando, ininteligibles y roncacas, se apagaron al fin.

Estefana estaba inclinada mirando de una manera horrible á Elena que moría.

Al fin, Elena quedó completamente inmóvil: su débil respiración cesó: una palidez cadavérica cubrió como un sudario su semblante.

VI.

Y Estefana empezó á sentir una dulce languidez, pero pesada, densa: un frío leve, que crecía, crecía helando su sangre, enlanguideciéndola más y más, causándola una soñolencia invencible, dominando, oscureciendo su razón y su conciencia.

Lentamente, los ojos de Estefana se fueron cargando é in-

yectándose de sangre, y su semblante blanco y nacarado, fué tomando un leve matiz lívido, desencajándose, convirtiéndose en el semblante de un cadáver.

Al fin se doblgó más y más, sus ojos se cerraron, vaciló, y cayó junto á Elena, sobre el charco de sangre que se extendía sobre la alfombra.

VII.

Y así pasaron algunas horas, hasta que el hostelero acompañado de algunos criados y de algunos esbirros, entró en el aposento y vieron el horrible espectáculo que ofrecía.

VIII.

Barbarigo escuchó impasible la noticia de esta catástrofe, pero cuando se quedó solo, los ojos del anciano se llenaron de lágrimas: se arrodilló, y dijo con la cabeza inclinada y la voz trémula:

—¡Señor, Señor! ya que esa desdichada ha dejado de existir, perdónala como yo la perdono.

Después se alzó, concentró su dolor en su alma, se acercó á la mesa, agitó una campanilla, y dijo á un secretario que se presentó á su llamamiento:

—Id vos mismo al palacio Sforzia, y decid al extranjero Gabriel de Espinosa, que os siga hasta mi presencia, de órden del Consejo de los Diez.

IX.

La catástrofe de Estefana Barbarigo y de Elena Conti, habia causado una profunda sensacion en Venecia: era el asunto de todas las conversaciones, y la opinion pública enlazaba por una misteriosa adivinacion esta catástrofe con la muerte de César Malatesta, causada por un extranjero que se decia ser un rey misterioso.

Y decimos que la opinion pública decia esto por adivinacion, porque ningun proceso se habia instruido, y se habia guardado un profundo secreto acerca del matador de César Malatesta, á quien solo conocian algunos esbirros, que habian sidó desde sus escondrijos en los jardines de Apolo, testigos del lance.

Lo que demuestra, porque no se puede creer buenamente en las adivinaciones, que los esbirros de Venecia no guardaban completamente el sigilo que les estaba recomendado bajo severas penas por la República.

X.

En Gabriel de Espinosa se habia operado una reaccion completamente favorable á Sayda Mirian.

Parecia como que Gabriel de Espinosa habia recobrado la razon, despues de haber estado dominado muchos años por una locura incomprensible.

Mirian le encontraba, no solo tranquilo y dulce, sino enamorado.

Desde el momento en que Gabriel de Espinosa se habia convencido de la traicion de Estefana, al mismo tiempo que del ardiente é inalterable amor de Mirian, le habia mirado como nunca se habia visto mirada la sultana por Gabriel de Espinosa.

No parecia sino que la hermosura de Mirian le embriagaba, le inundaba de una felicidad desconocida.

La pobre Sayda Mirian era feliz.

Habia encontrado por fin el amante en el esposo.

La disolucion de su matrimonio por el papa, estaba anulada de hecho, por la conducta de Gabriel de Espinosa: pero existia de derecho, y debia existir, porque el papa no podia deshacer lo que en un asunto de tanta importancia habia ya hecho.

Los dos esposos, sin embargo, se adormecian en su amor. Gabriel se habia olvidado de sus locuras, y Mirian le habia perdonado lo que por aquellas locuras habia sufrido.

Los sucesos, sin embargo, crecian en gravedad, y se condensaban como una tormenta, sobre la cabeza de Gabriel.

XI.

El secretario de Barbarigo llamó á la puerta del palacio Sforzia , poco despues del amanecer, cuando aun no habia dejado el lecho Gabriel de Espinosa.

Sin embargo , fué despertado á causa de la terminante intimacion del secretario del Consejo , escuchó la orden , la obedeció , y salió de su casa con el secretario , dejando llena de ansiedad á Mirian.

XII.

Acababa de salir el sol , cuando Gabriel de Espinosa se presentaba á Giacomo Barbarigo.

El anciano senador nada le dijo acerca de lo acontecido en la hosteria del Gato Azul: pero le puso en las manos la orden terminante del Consejo de los Diez , en que se ordenaba al soldado español Gabriel de Espinosa salir inmediatamente de los estados venecianos.

—¿Y á dónde iré? dijo Gabriel de Espinosa.

—A donde quiera que vayais , dijo Giacomo Barbarigo; evitad las imprudencias , de que tan pródigo os habeis mostrado entre nosotros , no sea que los que de nuevo os amparen , se vean como nosotros obligados á echaros de sí.

—En buen hora , señor Giacomo Barbarigo , saldré de Venecia , y será de mí lo que Dios quisiere.

—El Estado se vé en la dura necesidad de no teneros por más tiempo en su seno. Se nos avisa que ya en el Consejo de Estado del rey de España , se trataba de vos y de nosotros ; lo que quiere decir , que se sabe que existis , lo que pretendéis , y lo que por vos hacemos nosotros. Si hubiérais sido más paciente , si hubiérais conservado rigorosamente el incógnito que se os encargó , si por vuestra impaciente ansiedad no hubiérais cometido las imprudencias que han causado lamentables desgracias promoviendo el escándalo en Venecia , nosotros os hubiéramos fa-

cilitado el camino, y antes de mucho, hubierais pisado como rey las playas de vuestro reino de Portugal, sublevado ya contra vuestro tío el rey don Felipe. Pero habeis obrado como un mancebo loco; os habeis olvidado de las canas que blanquean vuestra cabeza, y en vano Venecia se esforzaria por llevar á feliz término vuestros negocios: antes que por vos, nuestra lealtad y nuestro amor á la patria, nos obliga á mirar por Venecia; y cumpliendo con nuestra obligacion, os mandamos salir de ella sin la demora de un solo instante. Pero la república que conoce vuestra situacion, no os pone en un apuro: en la *Bella Genovesa* encontrareis una fuerte cantidad de oro. En cuanto á vuestra mujer y vuestra hija, sea cualquiera vuestra suerte, nada temais; están bajo la proteccion de la República de Venecia, á quien todo el mundo respeta.

—Gracias, señor Giacomo Barbarigo, dijo profundamente conmovido Gabriel de Espinosa, comprendo que la República no se atreva á desafiar por mí la cólera del rey don Felipe: nunca lo habia yo pretendido; no lo pretenderé ahora: sea cualquiera el destino que Dios me tenga reservado, estoy dispuesto á arrostrarlo. Por lo demás, nunca olvidaré lo que por mí ha hecho Venecia, y la proteccion generosa que otorga á mi mujer y á mi hija: y si alguna vez mis proyectos llegan á feliz término, Portugal, mientras yo le rija, será inalterable amigo de Venecia.

—Quiera Dios, señor rey de Portugal, que pronto Venecia os cuente por su amigo y su aliado. Adios, señor: graves asuntos me obligan á apresurar mi despedida de vos. Hola, señor Rugiero Maffei, preparaos á cumplir inmediatamente, dijo Barbarigo al jóven secretario que se habia presentado en la puerta, otra comision como la que habeis cumplido, llevando á Civitavecchia á las dos personas que se os ha encargado. Vais á conducir á este caballero y á su familia de una manera secreta á la nao *Bella Genovesa*, que está anclada en el puerto. Cuando los hayais dejado allí, pasareis á bordo de la galera de la República San Márcos, y tomareis su mando de orden del Consejo de los Diez: hé aquí la orden, añadió Barbarigo dando un pliego cerrado á Rugiero: cuando haya levado anclas y héchose á la mar la *Bella Genovesa*, vos levareis anclas y la ireis convoyando desde lejos, pero dispuesto á defenderla de toda acom-

tida, ya sea de un barco corsario, ya de un barco de rey: cuando la Bella Genovesa haya dejado en tierra en el punto que más le convenga al señor Gabriel de Espinosa y á su familia, vuestra comision habrá terminado, y os volvereis al puerto de Venecia. Adios otra vez, señor Gabriel de Espinosa; que Dios os dé la buena suerte que deseamos.

—Adios, señor Giacomo Barbarigo; recibid la expresion de mi profundo agradecimiento, y trasmitidla al Consejo.

Despues de esto, Gabriel salió, pálido, contrariado, conteniendo mal su cólera.

El verse lanzado de Venecia, le humillaba, le irritaba.

Era el hombre violento y soberbio de siempre; pero se veia obligado á callar y obedecer, y obedecia y callaba.

Rugiero Maffei le seguia impasible á una distancia medida por el respeto.

Porque como Giacomo Barbarigo, y como el Consejo de los Diez, Rugiero Maffei estaba en la creencia de que Gabriel de Espinosa era el rey don Sebastian.

CAPITULO VI.

Que es la segunda parte del anterior.

I.

Estamos en alta mar.

Pero el alta mar, no es ahora para nosotros un desierto de agua.

Una magnífica nao, la Bella Genovesa, boga inclinada sobre la banda de estribor á impulsos de un fresco nordeste, que hincha sus grandes velas latinas.

Avante se vé un buque sospechoso que se mantiene á la capa sobre el rumbo de la Bella Genovesa.

A barlovento, una magnífica galera de dos bandas, artillados los alcázares de proa y popa, ciñendo el viento para colocarse entre la Bella Genovesa y el buque que se distingue avante capeando.

Por último, se vé á sotavento una galera corsaria que lleva desplegada una bandera roja, y carga las velas y hace uso de los remos para alcanzar á la Bella Genovesa.

II.

—No tengais duda, decia Yezid asomado con Gabriel de Espinoza y Sayda-Mirian á una de las galerías del alcázar de po-

pa de la Bella Genovesa : esa galera que se acerca á nosotros por sotavento, es la Leona, que ha izado su bandera para que no la impida acercarse á nosotros la galera San Márcos, que está ya puesta en caza de aquella otra galeota que se vé al noroeste.

Aquella galeota es la de Manuel Karuk ; tendremos de seguro combate ; pero segun las muestras, el tal combate nos divertirá sin incomodarnos ; porque será entre la San Márcos y la galeota de Manuel Karuk.

—Que tengamos á la vista y entrando en nuestras aguas á la Leona, es cosa que no me extraña, porque en ella viene sin duda Aben-Shariar, dijo Gabriel de Espinosa, mientras Sayda Mirian miraba con un antejo la galera de Manuel Karuk, que estaba lo menos á una milla de distancia ; pero lo que no puedo comprender, es que aquel corsario que se vé al oeste, capee para esperar á una galera de la República.

—Sobre el alcázar de aquella galera, dijo Sayda Mirian, que no cesaba de mirar con el antejo, hay dos hombres uno de los cuales tiene el aspecto más horrible del mundo ; parece un espectro, un cadáver que se ha levantado de su tumba : está armado con un fuerte arnés, y sobre él lleva un ropon con una águila roja sobre el pecho, y se apoya en una hacha enorme.

—Dame el antejo, María, dijo Gabriel de Espinosa ; quiero ver á ese hombre.

Mirian dió el antejo á Gabriel, y miró con él, y vió lo mismo que habia visto Sayda Mirian.

—No conozco á ese corsario, no le he visto nunca ; pero conozco mucho al griego que está junto á él : como que le he hecho huir muchas veces.

—Como que vos cuando andábais por la mar, érais enemigo de todos los corsarios habidos y por haber, menos de mi señor Aben-Shariar ; pero yo conozco á esos hombres, que eran amigos de mi señor. El uno es Manuel Karuk, gobernador tártaro de la isla de Corfú, aunque parece griego por el traje que viste, y el otro hombre que parece un espectro, es José Kai-var, á quien llaman el Resucitado.

—¿Y por qué se ponen esos hombres sobre nuestra vía? dijo Gabriel de Espinosa.

—No lo sé: lo que sé es, que ayer á esta misma hora cuando vos, y vuestra esposa, y vuestra hija entrábais en la góndola que os condujo á la Bella Genovesa, ví adelantar apresurados, sombríos, hácia el palacio Sforzia, á Manuel Karuk y á José Kaivar, que cuando os vieron entrar en la góndola con el secretario del Consejo que nos acompañaba, se detuvieron y entraron en otra góndola, en la cual nos siguieron hasta el puerto, y observaron nuestra entrada en la Bella Genovesa, despues de lo cual se perdieron entre los barcos anclados.

—Repito que no sé qué interés pueda tener en salirnos al encuentro ese corsario.

—Si la San Márcos apresa, como es probable, á la galera de Manuel Karuk y le coje vivo, lo que no es muy fácil, sabremos por qué nos busca.

—El encuentro hubiera sido un poco fastidioso, si no nos convoyara la San Márcos, ó si no tuviéramos ya casi á la voz la valiente Leona, dijo Gabriel de Espinosa, y se volvió á mirar al buque que se veía á sotavento.

Estaba ya cerca, y Gabriel de Espinosa pudo ver distintamente con el antejo, hasta las pestañas de un hombre que estaba apoyado en la banda de estribor de la Leona, y tenía el porta-voz en la mano.

—Id á buscar nuestro porta-voz, Yezid, dijo Gabriel de Espinosa: estoy viendo á nuestro hermano Aben-Shariar que se prepara á hablarnos.

Yezid entró en el alcázar, y apareció á poco con un enorme porta-voz dorado.

—¡Ah de la Bella Genovesa! sonó entonces partiendo de la Leona que ya estaba cerca; aguantad á la capa, que voy á arriar la chalupa.

Gabriel de Espinosa tomó la bocina y contestó:

—Bien venido seas, hermano; y luego dijo á Yezid: ya lo oís, es necesario capear; id, y mandad la maniobra.

III.

Aún no había pasado media hora, cuando atracaba una chalupa al costado de babor de la Bella Genovesa, y entraban por el portalon, Aben-Shariar y veinte y cinco corsarios tune-
cinos.

—¡Oh! gracias á Dios dijo Aben-Shariar arrojándose en los brazos de Gabriel de Espinosa, que os veo á tí y á mi hermana fuera de esa maldita Venecia.

—Y sin saber á donde ir, dijo tristemente Gabriel: perdidas casi las esperanzas, malgrado todo.

—Los puertos españoles conocen ya á la Bella Genovesa: iremos á fondear á Barcelona: hemos emprendido ya el camino, y no debemos retroceder: dejemos de capear, Yezid; sírveme de algo, ya que por fortuna estás vivo; y ya que ha sucedido así, no me pesa; dejemos de capear, y sobre la vía: ¡oh! añadió dirigiéndose á Gabriel y á Mirian; Venecia ha debido ser nuestra tumba, por tus temeridades, hermano.

—No hablemos, no hablemos más de lo pasado, dijo Sayda Mirian.

—¡Ah! Manuel Karuk está loco, exclamó Aben-Shariar oyendo un cañonazo, al que contestó instantáneamente otro: se conoce que lleva á bordo al Resucitado; como si no hubiera más que ponerse en facha con una galera de la República tal como la San Márcos: como si no estuviera pronta á entrar en combate mi Leona para ayudar á la San Márcos, puesto que os viene convoyando, y como si mi buena Genovesa no pudiese también hacer algo con sus dos culebrinas de proa: me parece que de esta vez José Kaivar no resucita.

IV.

En efecto, la San Márcos se había puesto al alcance de sus cañones, respecto á la galeota de Manuel Karuk, y sin pararse en cumplimientos, había roto el fuego sobre ella.

El Buitre, que así se llamaba la galeota de Karuk, había contestado bravamente; había armado las palamentas de sus dos bandas, había arriado entenas, y entraba al remo por la proa á la San Márcos.

La San Márcos había hecho la misma maniobra, y avanzaba con una gran rapidez hácia el Buitre.

La Leona viraba, y cargaba sus numerosos remos, disparando aunque muy de lejos sobre el Buitre.

Solamente la Bella Genovesa no había arriado las entenas, ni armado sus palamentas, ni hecho su zafarrancho.

Estaba lejos, no la alcanzaban los proyectiles, y ni Aben-Shariar ni Gabriel de Espinosa querían hacer sufrir el terror de un combate naval á Sayda-Mirian.

La Genovesa, pues, por quien aquel combate se libraba, era una tranquila espectadora de él.

V.

Tales y tan buenas condiciones marineras tenía la Leona, que muy pronto estuvo verdaderamente en combate.

El Buitre, sin embargo, seguía cargando por la proa á la galera veneciana, á pesar de que sufría en su banda de estribor el fuego del alcázar de proa de la Leona, al que no podía contestar, como no presentase su costado de babor á la San Márcos.

El Buitre venía á ser el vértice de un ángulo, cuya abertura formaban la Leona y la San Márcos.

Las circunstancias en que el Buitre se encontraba, no podían ser peores.

Y, sin embargo, continuaba avanzando hácia la galera veneciana.

Llegó, al fin, un momento en que se aproximaron, forzaron los remos, y se embistieron con un empuje terrible, aferrándose por las proas.

Entonces cesó el fuego de artillería, y solo se oyó el de los mosquetes de los venecianos, y el de las espingardas de los griegos, que cesó también, trabándose al arma blanca el abordaje.

VI.

La Leona forzaba más y más sus palamentas y avanzaba disparando aún sobre el alcázar de popa del Buitre.

Al fin, muy próxima ya la Leona, dejó de disparar, y poco despues embistió en el costado del Buitre, clavando en él su espolon.

VII.

Aconteció lo que debía acontecer.

En vano Manuel Karuk acudió á la parte de popa de su galeota con parte de sus corsarios, mientras Kaivar se batía á proa con los soldados y los marinos venecianos mandados por Rugiero Maffei, que aunque jóven, daba muestras de ser un gran soldado.

Los de la Leona, mandados por uno de los arraez (1) de Aben-Shariar, mulato feroz que blandía una pesada hacha, tardaron muy poco tiempo en saltar á bordo del Buitre, en arrollar á Manuel Karuk, que á pesar de su valor indómito, tenía muy poca gente con que resistir, y en atacar por la espalda á los corsarios, que teniendo á su frente á José Kaivar, peleaban á proa con los soldados y los marinos venecianos.

—¡A pique con la galeota, para que esto se acabe más pronto! gritó el arraez mulato.

Algunos corsarios de la Leona descendieron rápidamente por la escota del Buitre, y rompieron á hachazos su fondo por tres ó cuatro lugares.

Despues de lo cual, subieron de nuevo y gritaron:

—¡A la Leona el que no quiera perecer!

El arraez y los corsarios de Aben-Shariar, saltaron de nuevo á la Leona, mezclados con algunos del Buitre, entre los cuales iba Manuel Karuk, que creyó que los corsarios tunecinos huían.

(1) Capitan.

Pero la Leona se desaferró del Buitre haciendo fuerza de remos, se separó á alguna distancia, viró por la popa del Buitre, y pasó de largo, haciendo cautivos á Manuel Karuk y los seis ú ocho corsarios griegos que habian entrado á su bordo.

VIII.

El Buitre empezó á hundirse rápidamente por la popa.

Las vías que habian abierto al agua en su fondo los corsarios de la Leona, eran terribles.

—¡Nos vamos á pique! gritaron algunos de los corsarios del Buitre pálidos de espanto.

A aquella voz terrible, los piratas griegos de Manuel Karuk que aún combatian en la proa sin obtener ventaja sobre los venecianos, y sin que estos la obtuviesen, dejaron de combatir y se rindieron.

El arracz mulato de Aben-Shariar al echar á pique al Buitre, habia ahorrado mucha sangre, obligando á rendirse á los numerosos y feroces corsarios griegos de Manuel Karuk.

Solo quedó éntre los rendidos un hombre de pié, combatiendo aún con una rábía y una pujanza extraordinaria.

Aquel hombre era José Kaivar.

Pero habia recibido muchas heridas; perdía mucha sangre, y su brazo, cansado ya, no pudo sostener el hacha, y fué hecho prisionero.

Los corsarios griegos arrojaron las armas y saltaron presurosos á la San Márcos, por en medio del lugar que les abrian los venecianos al verlos rendidos.

Entonces, la galera de la República desaferró su proa de la del Buitre, cuya popa se hundía más y más, y se separó de él virando por delante de su proa y pasando de largo.

En el Buitre no habia quedado nadie.

Manuel Karuk y algunos corsarios estaban, como hemos dicho, á bordo de la Leona y cautivos.

El resto de la tripulacion con José Kaivar, estaba á bordo de la galera veneciana.

IX.

El Buitre se hundió al fin , desapareciendo bajo las ondas. La galera San Márcos recojió sus remos, izó sus antenas y continuó navegando al noroeste, como si nada hubiera acontecido.

La Leona continuaba remando y acercándose á la Bella Genovesa.

X.

Llegó al fin cerca de ella, y Aben-Shariar mandó echar al agua la chalupa , entró en ella con los veinte y cinco corsarios que habia traído para defender si era necesario á la Bella Genovesa , y pasó á bordo de la Leona.

XI.

Manuel Karuk estaba sentado al pié de un mástil, sombrío y terrible.

—¡Ah! ¡estás aquí, hermano! dijo Aben-Shariar.

—¿Por qué me llama hermano quien ha ayudado á Venecia para que me venza ? dijo Manuel Karuk.

—¿Y por qué tú, dijo Aben-Shariar , has amenazado á mi Bella Genovesa , donde van las personas que más amo en el mundo ?

—He cedido al amor de mi hermana, muerta de una manera terrible, y al mandato de José Kaivar, á quien ha vuelto loco la muerte de Elena.

—¿Y en qué son culpables de la muerte de tu hermana, las personas que van á bordo de la Bella Genovesa ?

—Entre ellas se encuentra el maldito Gabriel de Espinosa: el hombre por quien han sucedido horrendas desgracias.

—¿Es acaso Gabriel de Espinosa el asesino de Elena Karuk?

—No ; pero ha sido la causa de su muerte.

—Yo he estado lejos de Venecia y nada sé, dijo Aben-Shariar; ven á mi cámara, y cuéntame lo que supieres.

Y asió de la mano á Manuel Karuk y le llevó á su cámara.

XII.

Manuel Karuk contó á Aben-Shariar la muerte dada por Gabriel de Espinosa á César Malatesta, y la horrible catástrofe de la hosteria del Gato Azul, donde se habian encontrado muertas la una á manos de la otra, envenenada Estefana Barbarigo y envenenada tambien y con una puñalada en el corazon á Elena Karuk.

XIII.

—Dios quiera, dijo Aben-Shariar profundamente conmovido, que sean estas las últimas desgracias que provengan de ese hombre.

—Ese hombre está maldito de Dios, dijo Manuel Karuk; has debido dejar perecer á ese hombre; sin tu ayuda, nuestro combate con la galera veneciana, hubiera sido largo, sangriento, horrible, pero la hubiéramos apresado; y luego, Gabriel de Espinosa hubiera sido nuestro.

—Gabriel de Espinosa tiene el amor de mi hermana la sultana Sayda Mirian, dijo Aben-Shariar; los remos de mi valiente Leona no podian estar ociosos, ni mudos mis cañones, cuando estaba amenazado el esposo de mi hermana, que al verle muerto, hubiera muerto tambien. ¡Dios lo ha querido! ¡pero cómo José Kaivar que es tan prudente y tan experimentado, ha cometido la locura de ponerse en facha con dos galeras tan terribles como la San Márcos y la Leona?

—Por su loca desesperacion y por una equivocacion mia. Oye, Aben-Shariar: ayer por la mañana se nos avisó en la hosteria del Leon de Venecia, donde nos aposentábamos José Kaivar y yo, que en la hosteria del Gato Azul se habian encontrado muertas á las patricias venecianas Estefana Barbarigo y Elena Conti.

Fué horrible lo que pasó por José Kaivar.

—¡Venganza! gritó con una voz tan espantosa, tan sobrehumana, como no la he oído nunca: esas dos desgraciadas se han exterminado por la muerte de César Malatesta, y el matador de César Malatesta ha sido ese Gabriel de Espinosa, ese rey de Portugal: ¡vén conmigo, Manuel!

Y salió frenético.

Cuando llegamos al palacio Sforzia, entraban en una góndola ese extranjero y su familia acompañados de un veneciano y de tu corsario Yezid.

Se nos escapaba.

José Kaivar y yo entramos en otra góndola y seguimos á aquella en que iba Gabriel de Espinosa.

La góndola salió al puerto y atracó al costado de la Bella Genovesa, y entraron en ella Gabriel, su esposa, su hija y Yezid, y el patricio veneciano pasó á bordo de una galera de la República.

La Bella Genovesa se hizo á la vela, y poco después tras ella la galera San Márcos.

José Kaivar y yo, entramos en una pequeña embarcación, y salimos del puerto á buscar al Buitre, que nos esperaba siempre bordeando á la vista de las costas de Venecia.

Tuvimos la fortuna ó la desgracia de encontrarle pronto, pasamos á su bordo, é inmediatamente nos pusimos en demanda de la Bella Genovesa que nos llevaba algunas horas de ventaja.

Pero el Buitre era muy ligero.

Navegamos bien durante lo que quedaba del día, y durante toda la noche, y al amanecer, nos encontramos avante de dos buques que se veían al este.

Los reconocimos y vimos que eran la Bella Genovesa y la San Márcos, á las que habíamos adelantado durante la noche.

—Es necesario capear y esperarlas, dijo sombríamente José Kaivar.

—La San Márcos, le dije, es una galera terrible, y no me parece prudente empeñar con ella un combate.

—Esa galera, dijo José Kaivar, no tiene más porte que nuestra galeota, ni más remos en sus bandas, ni más cañones en crugía: tenemos doscientos demonios para cada uno de

los cuales se necesitan diez venecianos, y de seguro, el capitán de esa galera vale mucho menos que cualquiera de nosotros, como capitán y como marino.

—Sea como quisieres, dije á José Kaivar.

Y puse el Buitre á la capa, para esperar á la San Márcos y á la Bella Genovesa: poco despues, apareció al este tu galeota.

—Yo cruzaba, dijo Aben-Shariar, cuando ví pasar á la Bella Genovesa convoyada por una galera de la República: me puse en su demanda, y entonces avisté al Buitre que capeaba, con todas las señales de esperar á la Bella Genovesa y á la San Márcos. Continúa.

—Cuando mi catalejo me hizo conocer que el barco que se veia al este era la Leona, me animé: yo no sabia hasta qué punto estabas tú interesado por las personas que venian á bordo de la Bella Genovesa; porque yo no conocia tu historia; porque yo no sabia que la esposa de Gabriel de Espinosa era hermana tuya: tu presencia en nuestras aguas me animó: ya no estamos solos, dije para mí; ya somos dos tremendos corsarios amigos; más que amigos, hermanos, contra la galera de la República; y no vacilé en disparar sobre ella, en cuanto se puso al alcance de mis cañones; pero cuál fué mi sorpresa, cuando al verte cerca, á babor de la San Márcos, en vez de disparar sobre ella, disparaste sobre el Buitre. Ya no era tiempo de retroceder; y por otra parte, José Kaivar estaba furioso, y ansiaba el momento de embestir. Lo que despues ha sucedido, era lo que debia suceder; el Buitre ha sido echado á pique; y José Kaivar y yo nos encontramos cautivos: él en la San Márcos, yo en la Leona. Sea lo que Dios quiera.

—Tú no eres mi cautivo, Manuel, dijo Aben-Shariar, si te he combatido, es porque no he podido hacer otra cosa; pero mi Leona te llevará libre y respetado á tu isla de Corfú; de la misma manera voy á ver si puedo librar á José Kaivar y á tus corsarios, que pasarán á bordo de la Leona, y como tú, serán conducidos á Corfú.

—Mira no seas tú tambien hecho cautivo, dijo Manuel Karuk.

—No, acabo de prestar un servicio á la República, y estoy seguro de ser respetado.

Aben-Shariar salió á la cubierta, dió algunas órdenes, y un momento despues disparó uno de los cañones de crugia, y al mismo tiempo fué izada al tope del árbol mayor de la Leona la bandera de parlamento.

La San Márcos contestó con otro cañonazo, y dejó ver su bandera de parlamento en su árbol mayor, y viró para acercarse á la Leona.

Media hora despues, una chalupa en que iba solo con seis remeros Aben-Shariar, atracaba al costado de la San Márcos.

XIV.

Aben-Shariar saltó á bordo.

En vez de su traje levantisco, llevaba un hermoso traje de patricio veneciano.

Al verle Rugiero Maffei, le miró profundamente y le dijo:

—¡Qué es esto, monseñor! en qué situacion y en qué lugar tan extraño volvemos á encontrarnos.

—Vicisitudes de la vida, mi querido señor Rugiero Maffei; pero ¿por qué me dais el tratamiento de monseñor? sin duda por costumbre, ¿no es eso?

—No ciertamente, monseñor; sino porque como aún no se os ha juzgado ni se os ha depuesto, para mí sois todavía miembro del Consejo de los Diez.

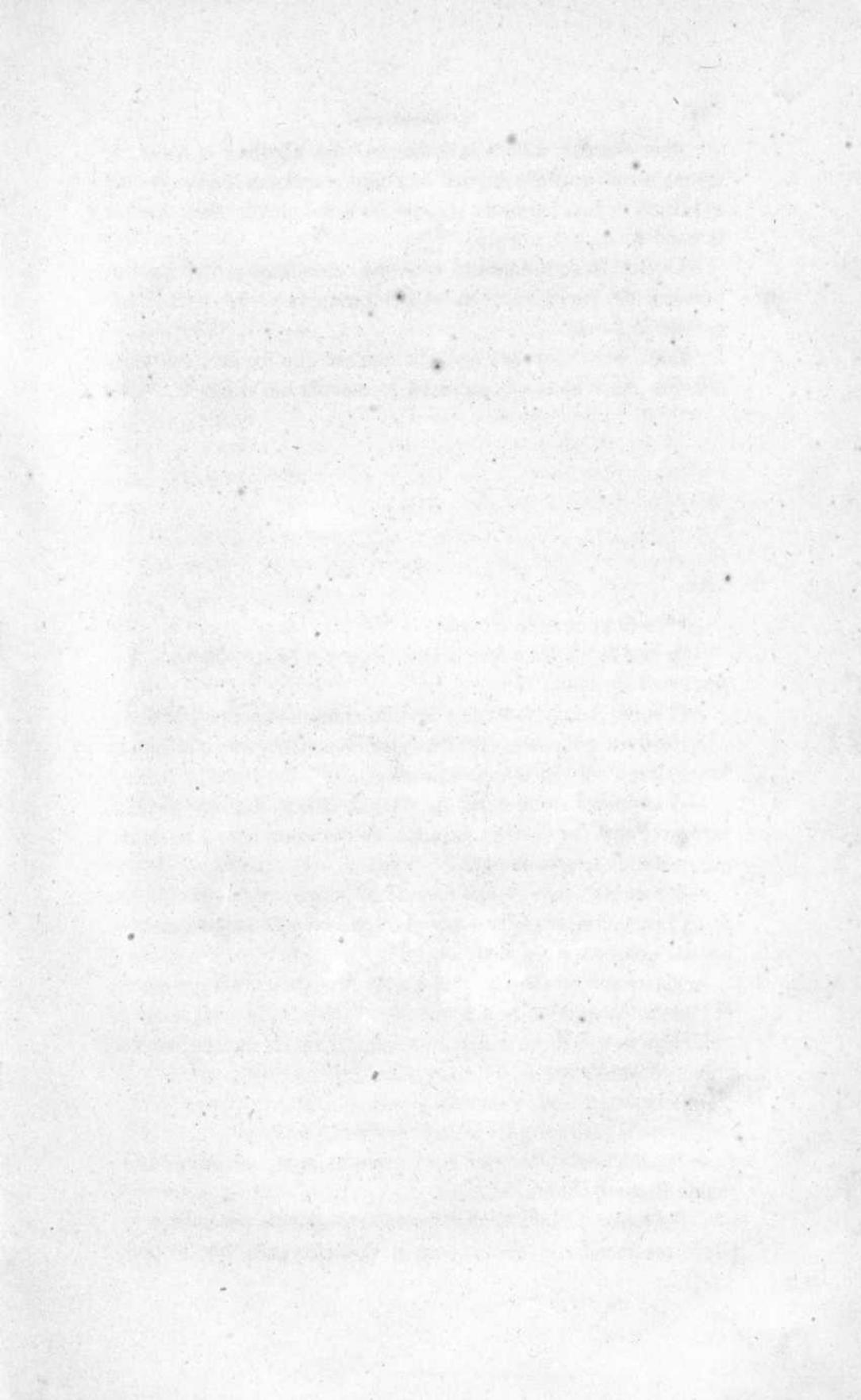
—Me alegro de saberlo, señor Rugiero Maffei, porque como el Consejo ha querido prenderme dos veces sin haberlo conseguido, yo me daba ya por sentenciado. ¿Teneis vos la tercera orden de prenderme?

—No ciertamente, monseñor.

—¿Puedo preguntaros qué órdenes teneis?

—Sí, monseñor; pero no puedo responderos, contestó sonriendo Rugiero Maffei.

—Perdonad mi indiscrecion; pero creo que sin ser indiscreto puedo recomendaros eficazmente al Consejo, para que os pre-





¿QUE ME QUIERES?

mie por vuestro valor en el pasado combate. Pasemos á la cámara.

—Iba á proponéroslo, monseñor.

Aben-Shariar delante, y Rugiero Maffei detrás, entraron en el alcázar de popa de la San Márcos, en el que quedaban señales del combate, en algunos agujeros abiertos por las balas del Buitre.

Aben-Shariar se sentó junto á una mesa, tomó un pliego de papel, y escribió por algun tiempo.

Despues cerró el escrito, le puso sobre al Consejo de los Diez, y le entregó á Rugiero Maffei.

—Estoy seguro, le dijo, de que el Consejo os premiará por lo que habeis hecho: en ese pliego vá una calorosa y justa recomendacion mia.

—Gracias, monseñor.

—Ahora, vengamos al objeto que me ha traido aqui: quiero que me entregueis el capitan corsario que habeis apresado: en cuanto á los otros corsarios, os los dejo para que desembarqueis con ellos en Venecia.

—Si ese capitan corsario pudiese sobrevivir á sus heridas, tendria el sentimiento, monseñor, de no poder entregároslo; pero en el estado en que está, me es igual entregaros su cádáver ó arrojarle al mar.

—¡Cómo! dijo Aben-Shariar.

—Sí, monseñor, ese corsario está espirando.

—Llevadme á donde está.

—Seguidme al alcázar de proa, monseñor.

XV.

Un momento despues, Aben-Shariar se encontraba delante de José Kaivar, que moria abandonado en un rincon de la cámara de proa.

—¿Qué me quieres? dijo Kaivar terrible aún en su agonía.

—Quería salvarte, Kaivar, dijo Aben-Shariar.

—¿Y para qué? muerto lo único que yo amaba en el mundo, y vencido, lo mejor que me puede acontecer es morir: déjame pues, morir en paz.

—Manuel Karuk me envía.

—Pues bien, si Manuel Karuk te envía y eres leal, dile que yo le maldigo, sino venga á su hermana Elena. Vete, y no me hagas sufrir más.

Aben-Shariar pretendió en vano hacerse oír de José Kaivar; en vano Rugiero Maffei pretendió que se dejase auxiliar en sus últimos momentos por el capellan de la San Márcos.

Al oír esto Kaivar, contestó estas solas palabras:

—Todo auxilio seria inútil; yo estoy condenado; dejad á Satanás que se apodere de su presa.

Y pocos momentos despues espiró.

XVI.

—Adios, dijo Aben-Shariar á Rugiero Maffei; nada tengo que hacer aquí: puesto que por lo que veo vais convoyando á la Bella Genovesa, nos volveremos á ver cuando volvais, despues de cumplido vuestro encargo.

—Adios, y hasta la vista, monseñor, dijo Rugiero Maffei.

Y Aben-Shariar bajó á su chalupa, y se volvió á bordo de la Leona.

XVII.

En el portalon le esperaba Manuel Karuk.

—¿Por qué vienes sin José Kaivar? le dijo.

—José Kaivar ha muerto, contestó Aben-Shariar.

—Dios lo ha querido, dijo triste y resignadamente Manuel Karuk: ¿y mis corsarios?

—El capitán de la San Márcos los retiene en nombre de Venecia, contestó Aben-Shariar; seria necesario un combate para libertarlos.

—Seria inútil; al presentar el combate á la San Márcos, para librarse del cuidado de ellos y combatir más desembarazadamente, los arrojarían delante de nosotros atados al mar: mejor es rescatarlos con oro, si es que tú cumples tu promesa de enviarme á mi isla de Corfú.

—¡Aben-Alí! dijo Aben-Shariar, contestando de este modo á Manuel Karuk.

Inmediatamente se presentó á Aben-Shariar el arraez mulato que habia mandado la Leona durante el combate.

—Estoy completamente satisfecho de tí, le dijo Aben-Shariar; has cumplido perfectamente las órdenes que te dí en el pasado abordaje: escucha ahora las que voy á darte.

—Tu esclavo escucha respetuosamente, poderoso emir, contestó inclinado de la manera más humilde Aben-Alí.

—Voy á pasar á bordo de la Bella Genovesa; cuando haya vuelto la chalupa, toma el rumbo de Corfú; cuando llegares, deja en tierra á mi hermano Manuel Karuk y á sus cinco corsarios que están aquí: despues, sin aceptar la más pequeña recompensa, partes de Corfú, tomas el rumbo á Tunez, y esperas allí mis órdenes. Vete.

Aben-Alí se inclinó, y se alejó.

—Espero que no me tengas ódio por lo que ha sucedido, dijo Aben-Shariar á Manuel Karuk; me he visto obligado á hacer lo que he hecho; por otra parte, de las desgracias de tu hermana no es culpable Gabriel de Espinosa: yo respeto y deploro tu dolor; pero no quiero tu enemistad.

—Dios lo ha querido; contestó Manuel Karuk, y tú has sido conmigo tan leal y tan generoso, que no puedo odiarte.

—Entonces, hermano, hasta la vista.

—Hasta la vista, hermano.

Y los dos corsarios se estrecharon fuertemente las manos.

Despues de esto, Aben-Shariar pasó á bordo de la Bella Genovesa.

Poco despues, la Leona viró, y tomó el rumbo al archipiélago griego.

A puestas del sol, la Leona había desaparecido en el horizonte.

La galera San Márcos continuaba á la vista de la Bella Genovesa, convoyándola.

Aquellos dos buques se fueron perdiendo al oscurecer entre las sombras de la noche, sobre el desierto mar, con rumbo á las costas de España.

Por último, cuando la noche cerró oscurísima, los dos buques se perdieron completamente entre las tinieblas.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.

TERCERA PARTE.



MARIA DE SANTILLANA.

CAPITULO PRIMERO.

Los dos conventos.

I.

Madrigal es una antigua y fea villa de Castilla la Vieja, que lo único recomendable que tiene, es el recuerdo de haber pasado su infancia en ella, en un viejo y destartalado alcázar que ya no existe, nuestra grande y santa reina doña Isabel la Católica, con su madre la reina viuda doña Isabel de Portugal, que á la muerte del rey don Juan el segundo, su esposo, fué relegada á Madrigal por su hijastro el débil y torpe Enrique IV.

En aquella villa, en aquel alcázar, vivieron pobres y olvidadas la reina viuda y sus dos hijos, el infante don Alonso y la infanta doña Isabel.

Allí, sufriendo privaciones, careciendo de vestidos convenientes, sin leña á veces para defenderse del frio, en los crudos dias de niebla de Castilla la Vieja, la infanta doña Isabel aprendió á conocer la miseria de los pobres en su miseria pro-

pia. Allí, necesitada de justicia, comprendió lo grande, lo sublime, lo necesario de la justicia. Allí adquirió el valor para el sufrimiento, y la energía, la dignidad, la grandeza y la melancolía del alma, de que dió tantas muestras durante su glorioso reinado. Allí, bajo la noble palabra y la santa resignacion de su madre la desgraciada doña Isabel de Portugal, se formó para orgullo de las Españas, nuestra grande é incomparable Isabel la Católica.

Por eso, siempre que recordamos el nombre de Madrigal, le recordamos con amor; porque vá unido á su nombre el de la ilustre reina á quien aman todavia los españoles, á pesar de haber transcurrido más de tres siglos y medio desde el día en que murió.

Hé aquí, pues, lo único que tenia de notable entonces la villa de Madrigal.

Hoy la hace más notable otro recuerdo: el del proceso de Gabriel de Espinosa, el misterioso Pastelero-rey.

II.

Habia además en Madrigal, una mediana iglesia gótica y dos conventos: el uno de frailes y el otro de monjas, cuyas comunidades venian á constituir por lo menos la tercera parte de la poblacion de la villa.

El convento de frailes, tenia la advocacion de San Agustin, y el de monjas el de Nuestra Señora de Gracia.

Los dos conventos eran aristocráticos y ricos por sus extensas posesiones, que constituian la mitad de la demarcacion territorial de la villa.

Los frailes de misa, esto es, los padres del convento masculino, eran todos como de la orden de San Agustin, personas de campanilla; como que todos eran doctores y fuertes en la argumentacion y en el *ergo*: teólogos, juristas y canonistas; y les daba suma importancia el seminario conciliar que tenia puesto á su cargo el arzobispo de Valladolid cuyo seminario traia muchos estudiantes á la villa, que aumentaban su riqueza y su poblacion, aunque tambien es cierto que esto se compensaba

con los continuos escándalos producidos por los traviesos escolares, y por la inmoralidad que sus incontinentes amoríos esparcían entre las mozas del pueblo.

III.

El otro convento, el femenino, el de monjas de Nuestra Señora de Gracia, era aristocrático, no porque las madres fuesen doctoras ni supiesen leer más que de una manera lastimosa el pesado latin de su breviario, sino porque entre las madres había una, que era no menos que sobrina del señor rey don Felipe II.

Esta cualidad de de la señora doña Ana de Austria, hija de don Juan de Austria, había dado al convento de Nuestra Señora de Gracia cierto carácter seglar, que no era lo más conveniente, ni estaba por cierto en acuerdo con la austera severidad de su regla, que era la de las Agustinas descalzas.

Esto consistía, en que doña Ana como persona real tenía servidumbre, y más que celda, casa adherida al convento, en la que entraban y salían libremente visitas, y de la cual salía también con frecuencia doña Ana, habiendo temporadas que pasaba en el campo en una casa de recreo, con traje y costumbres y libertad de seglar.

IV.

Doña Luisa de Grado y doña María Nieto, hermanas de madre, aunque de distinto padre, más que religiosas profesas de San Agustín, eran damas de honor de doña Ana, y la acompañaban á todas partes, ya saliese en carroza, ya se trasladase alguna temporada á su casa de campo.

Era, en fin, doña Ana, una casi infanta que tenía algo de monja, aunque este algo no fuese más que sus votos, y ella creía de buena fé que no faltaba á sus votos usando y en abusando de libertades que estaban en completo desacuerdo con la regla de su orden, porque al ser monja, no había dejado de ser sobrina del rey.

V.

Pero esto habia rebajado la disciplina del convento, lo cual se toleraba, en gracia á la alta categoría de doña Ana de Austria, y creyendo de buena fé que con esto servian de una manera leal al rey.

El convento, pues, estaba continuamente frecuentado en la celda de doña Ana, no solo por los padres graves del convento de frailes, sino tambien por las gentes ricas del pueblo, y por las damas y caballeros que iban alguna vez de la córte, y que venian á formar la córte pequeña de la monja infanta.

VI.

De modo, que los dos conventos influian de una manera grave en Madrigal, y le daban un carácter especial.

Doña Ana de Austria mantenía una pequeña córte de gentes que influian de una manera especial sobre el vecindario, y los padres agustinos una pequeña universidad, que tal podia llamarse al seminario, porque en él se enseñaban letras humanas, cánones, teología y leyes, y los estudiantes eran como todos los estudiantes, un elemento que no podia menos de prestar á la villa parte de su carácter particular.

VII.

Si se hubieran suprimido estos dos conventos, ó sin suprimirlos, se hubiese quitado al uno su seminario, y al otro su infanta, Madrigal hubiera sido una villa como otra cualquiera con una poblacion compuesta de labradores ricos y pobres, devorados los unos por los otros y de algunos pobres y escasos menestrales.

VIII.

Pero los frailes agustinos de Madrigal y las monjas de Nuestra Señora de Gracia, no eran frailes y monjas vulgares.

Estaban ensoberbecidos con su seminario y con su infanta, dominaban á la justicia del pueblo, ó si se quiere ayuntamiento, y no habia casa donde no se sintiese la influencia, ya del escolar, ya del fraile, ya de la infanta.

IX.

Y los unos apoyados por los otros, venian á constituir á la villa en una dependencia *sui generis*.

El fraile, apoderado de la conciencia de la gente rica, se apoderaba de todo lo que podia para aumentar la hacienda conventual; se entrometia en los más pequeños asuntos municipales; lo exigía todo; entraba en todas partes, y en todas partes influía.

Desde que una jóven parecia mujer, hasta que empezaba á parecer vieja, caia bajo la tremenda jurisdiccion del estudiante, que no teniendo otra cosa en que entretenerse, despues de charlar en el aula su leccion en latin, iba á dar lecciones de amor á las pobres chicas, que las aprovechaban de una manera tal, que más de cuatro honrados labradores que necesitaban casarse, iban á buscar novia á Medina del Campo, ó á Arévalo, porque no querian tener mujeres tan sábias en amor como las de Madrigal, lo cual era un error, una ilusion; porque si en Madrigal habia un convento de frailes, y un seminario con un centenar de estudiantes, en Medina del Campo habia veinte y dos conventos con todos sus adherentes; como que Medina del Campo era una de las ciudades más grandes y más ricas de su tiempo, de las de España y fuera de ella, á la que no sabemos por qué se llamaba villa, puesto que contaba doscientas mil almas.

En cuanto á la influencia que la infanta ejercia sobre Ma-

drigal, consistía en el lujo forzado á que obligaba á las familias ricas de la villa, puesto que estas familias la hacían la córte, y la estancia más ó menos larga de los caballeros y de las damas que iban de la córte del rey á pasar algunas temporadas en la pequeña córte de la infanta.

Por lo mismo, los abastecimientos en la villa de Madrigal estaban mucho más caros que en cualquier otra villa de Castilla; por lo que los pobres de Madrigal eran más pobres que los de cualquiera otra parte.

X.

Además de eso, las riñas, los desafueros, los escándalos promovidos por los estudiantes, hacían trabajar á la justicia más de lo justo, y la Chancillería de Valladolid veía con sumo desagrado que Madrigal era una villa revoltosa, por la cual no pasaba noche sin su lance de garrotazos ó cuchilladas, y sin alguna cabeza rota, cuando no sin algun hombre muerto.

Esto había dado ocasion á que la Chancillería de Valladolid destinase exclusivamente un alcalde de casa y corte para los procesos de Madrigal, que este alcalde fuese y viniese continuamente de Madrigal á Valladolid, y que siempre hubiese en Madrigal algunos alguaciles de la Chancillería para ayudar á la justicia del pueblo.

XI.

Dabáanse quejas por la Chancillería al rey, decíase en aquellas quejas que los dos conventos agustinos de frailes y de monjas, eran la causa de la excesiva vitalidad de Madrigal, que era conveniente quitar su seminario á los agustinos, y que recibiesen menos visitas las agustinas: pero los frailes y las monjas tenían más influencia en la córte que la Chancillería de Valladolid: en aquellos tiempos se tenía la costumbre de ver sin extrañeza que estudiantes, hidalgos y soldados, se agujereasen el cuerpo por quitame allá esas pajas, que los frailes

hiciesen lo que les diese la gana, y que las monjas fuesen un tanto galantes.

Además de esto, Felipe II tenia harto en qué pensar con Enrique IV, con los ingleses, con la casa Oranje, con Portugal, con medio mundo, y con su secretario Antonio Perez, que se le habia ido de entre las manos, refugiándose en París y viviendo bajo el amparo de Enrique IV, para que le importasen gran cosa los frailes, las monjas y los estudiantes de Madrigal.

Por lo tanto, las quejas de la Chancillería de Valladolid, eran *vox clamantis in deserto*, y don Rodrigo de Santillana, que así se llamaba el tremendo alcalde, á quien los señores oidores de Valladolid habian espetado los asuntos criminales de Madrigal, se desesperaba; porque sus multiplicadas sentencias, ya de cárcel, ya de azotes, ya de galeras, ya de horca, de nada servian para aminorar los procesos que de Madrigal caian sobre él, fatigándole, abrumándole, desesperándole.

XII.

Pero estaba escrito, como dicen nuestros amigos los moros, que muy pronto el rey debia fijar toda su atencion en la villa de Madrigal, y que un gran proceso, un proceso de Estado, habia de compensar á don Rodrigo de Santillana de toda la fatiga y de todo el trabajo oscuro á que hacia mucho tiempo le tenian reducido los vulgares procesos de Madrigal.

CAPITULO II.

En que se empieza á entrar en lo más grave de nuestra historia.

I.

Por el mes de junio del año de 1595, habia llegado al convento de agustinos de Madrigal, un padre grave, que durante un año y ostensiblemente para asuntos de la órden de san Agustin, habia estado en Roma completamente autorizado por el General de la órden.

Este fraile era el reverendo padre maestro fray Miguel de los Santos, religioso portugués, que sin saberse por qué, habia pedido pasar á Castilla, al convento de su misma órden, que existia en Madrigal.

Era fray Miguel de los Santos un sacerdote austero, como de sesenta años, tenido en gran respeto por su ciencia y por su virtud, que habia logrado en otros tiempos una gran influencia en la córte de Portugal, por lo que los padres agustinos de Madrigal creian haber hecho una grande adquisicion con el pase de este religioso á su convento, y le tenian en grande loa y estima.

La órden del General de los agustinos para que fray Miguel de los Santos pasase á Roma á gestionar cerca de la Sede Pontificia de los asuntos de la órden, habia venido sin que nadie la esperase, y sin indicio alguno de que fray Miguel de los Santos hubiese hecho solicitud alguna para ello.

Tal era, sin embargo, el prestigio de que gozaba en la órden como sábio, justo y rígido el fraile portugués, que se atribuyó su encargo á una acertada eleccion del General de la órden, y nadie sospechó que el padre fray Miguel de los Santos hubiese ido á Roma á otra cosa que á asuntos de la misma órden.

Cuando volvió, fray Miguel guardó la más profunda reserva, y nadie se atrevió á preguntarle; pero se tenia una gran curiosidad, y no pudo menos de repararse en que fray Miguel de los Santos, que era hacia algunos años vicario de las monjas de Nuestra Señora de Gracia, iba al convento mucho más de aquello que su cargo le exigía, y pasaba largas horas encerrado con doña Ana de Austria, sin que nadie hubiese podido saber de qué asuntos hablaban el fraile y la infanta.

II.

Pero se notó que la infanta se hacia más seglar cada dia, que de Medina, que era el emporio del comercio español, á donde refluian todos los productos de la industria europea, venian ricas galas que en nada convenian á una monja, para la infanta, y que su servidumbre se aumentaba.

III.

Doña Ana de Austria apenas contaba veinte y cinco años, y era muy dama y muy hermosa.

En su semblante se veia el sello inequívoco de raza de la casa de Austria.

Tenia los cabellos rubios, el color blanco y pálido, los ojos grandes y azules, de un azul claro como el del cielo por la mañana, la nariz recta y un tanto larga, la boca pequeña, de lábios rojos y el inferior grueso y un poco prominente, la garganta larga y bella, las formas redondas y dulcemente mórbidas, y el conjunto bello y majestuoso.

Decian algunos viejos que la conocian, y que se acordaban

del emperador don Carlos, que doña Ana se parecía toda al emperador, lo que no tenía nada de extraño puesto que era su nieta; y que en lo que más se parecía era en que á pesar de ser afable, era altiva, y en que sabia hacer respetar la magestad, dando á la magestad un gracejoin definible.

IV.

Preguntábanse muchos por qué razon era monja una infanta tan hermosa, sobrina de un rey tan poderoso como Felipe II, cuando muchos poderosos príncipes, siendo aún muy jóven doña Ana, la habian solicitado por esposa: y no sabian qué explicacion darse, sino que la infanta era tan altiva y tan pagada de sí misma, que no habia encontrado un esposo que fuese digno de ella, más bajo que Jesucristo.

Pero los que tal decian se engañaban: todo consistia en que doña Ana de Austria habia nacido excesivamente apasionada y soñadora, en que desde muy jóven habia contraido un espiritualismo exajerado: que habia buscado, siendo aún muy jóven, y antes de que hubiese hablado en su corazon el amor humano, lo grande, lo bello, y lo sublime en la divinidad, habia caido en la contemplacion, y habia contraido eso que se llama vocacion al cláustro.

Por esto habia sido monja doña Ana de Austria.

V.

Pero el cláustro es uniforme y monótono, las monjas frias y feas, y en el recinto de los conventos, la contemplacion toma el carácter del ascétismo severo y descarnado: doña Ana no habia nacido para monja, su vocacion habia sido una equivocacion, y al poco tiempo de haber profesado, sus sueños se habian desvanecido; porque ella se habia levantado ó pretendido levantarse con un amor humano no comprendido, á un amor divino incomprendible, y se habia encontrado flotando sin un punto de apoyo en un vacío oscuro que pesaba sobre su alma

como un océano de inacción, como un caos sin horizonte y sin luz.

VI.

Entonces fué cuando la monja infanta empezó á contraer hábitos seculares, á ejercer la presión de su categoría sobre las monjas, á quienes dominó con facilidad.

Entonces fué cuando se abrió en la parte exterior de la portería del convento, una puerta destinada á dar una entrada independiente á las habitaciones de la infanta, previas las licencias necesarias, que se obtuvieron apenas pedidas, y otra puerta interior, que ponía en comunicación la celda, ó mejor dicho, el pequeño palacio de doña Ana con el monasterio: entonces fué cuando más que como criadas, como damas de honor, pasaron al servicio de doña Ana, doña Luisa de Grado y doña María Nieto, hermosas y jóvenes, que habian sido encerradas en el claustro y sacrificadas por conveniencias de familia: entonces fué cuando doña Ana pidió á su tío don Felipe II, y este se lo concedió, dueñas, meninas, gentiles hombres, pajes y todo cuanto convenia al servicio de una infanta de España.

Doña Ana era, pues, una monja muy singular, tanto en su manera de vivir, como en su traje.

Recibía gentes, salía fuera del convento, como ya hemos indicado, daba saraos, y mantenía mesa de estado, á la que asistían monjas, frailes y seculares.

En cuanto al traje, era también singular: sobre las ricas galas, sobre vestidos de brocado y seda, llevaba un pequeño manto de lana y un escapulario negro, del que no podía despojarse, y sobre los cabellos rubios, largos, cuidadosamente peinados, una sencilla toca blanca, que más que signo de profesión, era un bello adorno.

De la misma manera vestían las hermanas doña Luisa y doña María, y del mismo modo, aunque no eran monjas, para estar en armonía con su señora, las dos dueñas y las cuatro meninas.

Todo esto se toleraba, y es más, todo esto se ocultaba al

severo Felipe II, que no habia dado licencia á su sobrina para tanto, que creia que doña Ana guardaba rígidamente la clausura y el traje conventual, y que entre su sobrina y su servidumbre seglar, existia siempre la reja del locutorio.

El rey no podia saber esto, porque nadie se lo decia: y nadie se lo decia, por no perder los beneficios de la influencia que doña Ana de Austria por su estado de perfeccion, segun el rey creia, tenia sobre él.

Ni el mismo severísimo y tremendo alcalde de casa y córte don Rodrigo de Santillana, que lo sabia y lo notaba todo, porque como hemos dicho, iba y venia con suma frecuencia de Valladolid á Madrigal, se habia atrevido á decir ni una sola palabra, por no exponerse á perder con una indiscrecion su formidable vara de alcalde, con la que se habia casado de una manera indisoluble, y á la que tenia un amor imponderable.

Doña Ana, pues, hacia todo aquello que queria, porque el rey no sabia nada; porque Felipe II era además inaccesible, severo, hombre de pocas palabras, completamente aislado en medio de su reino, rodeado únicamente de los magnates que tomaban parte en la gobernacion del Estado, y que temblaban delante de él, y las hablillas no podian llegar á sus oidos de ningun modo.

VII.

Además de esto, de tiempo en tiempo doña Ana enviaba al rey alguna carta autógrafa que la escribia el papa Clemente VIII, en que la llamaba su hija predilecta, elogiaba su piedad y su celo, y la aseguraba estar reservada por Dios á altos destinos, enviándola desde su silla pontificia su bendicion apostólica.

Doña Ana acompañaba cada una de estas cartas del papa, con una larga y zalamera carta en que llamaba al rey su buen padre, con revelaciones que decia tener acerca de este ó el otro próspero suceso para Felipe II, y añadiendo una sarta de peticiones, ya de nuevos privilegios para el convento de agustinos, ya para exenciones para la villa, ya para el mayor lustre y riqueza de la comunidad de que formaba parte, ya de gracias y

prerogativas para este ú el otro vecino acaudalado, contándose entre estas peticiones la de que el convento de cuya comunidad formaba parte, se llamase de Nuestra Señora de Gracia la Real, en atención á ser monja profesa en él una infanta.

El rey robaba un momento á sus graves y multiplicados negocios, escribía una especie de sermón á doña Ana estimulándola á que siguiese en su vida ejemplar, y á que mirase más al cielo que á la tierra, y concedía á su sobrina todo lo que le pedía porque la creía santa y Felipe II quería estar bien con los santos.

VIII.

Hay que advertir, que Felipe II, á pesar de su terrible carácter, y de su suspicacia, y de su sombría firmeza, que le valieron el sobrenombre que le dió Enrique VIII de Inglaterra, de *Demónio del Mediodía*, si fué uno de los reyes más temidos del mundo, fué el que tal vez vivió más sin saber donde tenía puestos los piés; porque le engañó todo el mundo.

Así es, que nada tenía de extraño que le engañase su sobrina la monja doña Ana de Austria.

IX.

Es un axioma en política, que cuanto más tirano es un rey, tanto más de cerca le rodea la traición, y tanto más se vé obligado á extremarse en la crueldad, y á teñirse en sangre para no ser vencido.

Sus enemigos exteriores ayudaban á los traidores que tenía cerca de sí.

Los Países Bajos, enviando emisarios secretos á su hijo el príncipe don Carlos, ofreciéndole su vasallaje y su soberanía, hicieron traidor á aquel príncipe loco, y Felipe II, exagerado siempre en el recelo, no supo castigar á su hijo sino matándolo de una manera oscura y terrible.

Isabel de Inglaterra, ofreciendo su mano á don Juan de Aus-

tria, y el papa protegiéndole, hicieron imprudente y no traidor á don Juan de Austria, y aquel pavoroso rey que habia matado por recelo á su hijo, mató tambien por recelo á su hermano. Entregó el rey todo el poder de sus armas al duque de Alba en Portugal, fiando en la lealtad y en los altos principios de don Fernando Alvarez de Toledo, y tambien se engañó: no porque el gran duque de Alba hubiese incurrido jamás ni aún con el pensamiento, en la más leve traicion, sino porque habia creido enviar á un vasallo, y habia enviado á un rey; porque el duque de Alba era el último de aquellos nobles señores de la edad media que se hombreaban con los reyes; que eran, si cabe, más soberbios que los reyes; que no encontraban sobre sí á nadie más que á Dios; que desempeñaban por su criterio propio, por su propia voluntad y como mejor querian, los cargos que les cometia el rey, y que como el Gran Capitan Gonzalo Fernandez de Córdoba, enviaban enhoramala al rey que les pedia cuentas, sin que al rey que de tal modo se veia tratado, le quedase otro arbitrio que encogerse de hombros, aunque el tal rey se llamase Fernando V ó Felipe II.

Don Felipe, pues, se habia engañado respecto al duque de Alba.

El duque de Alba habia obrado en Portugal por sí y ante sí con arreglo á la indómita fiereza de su carácter: en todos los actos de su gobierno en Portugal, el severísimo Felipe II creyó demasiada la severidad del duque de Alba para con los portugueses; temió que estos, demasiado oprimidos, se sublevasen desesperados, y envió al duque de Alba oidores para que le ayudasen en la gobernacion de Portugal.

Pero el duque, aunque el palo iba envuelto en seda, sintió el golpe, se irritó, y escribió al rey *que habia determinado ir á besarle las manos á su córte*, lo que no era otra cosa que una soberbia é irreverente dimision, ó mejor dicho, una frase que traducida á su verdadero sentido, queria decir: idos enhoramala vos y vuestro reino de Portugal, y vuestros oidores.

Pues bien, Felipe II se aterró cuando supo la determinacion del duque de Alba de abandonar á Portugal; comprendió que si se habia engañado en enviar allí al duque de Alba, se habia vuelto á engañar al querer domar su carácter indomable; comprendió

que en el estado en que habia puesto los ánimos en Portugal el duque de Alba, solo el duque de Alba podia seguir reprimiendo á Portugal; sabia demasiado que una vez pronunciada una palabra por el duque de Alba, no habia poder humano que le hiciese retractarse de ella, ó dejar de ponerla en ejecucion; y como el duque de Alba habia determinado ir á besarle las manos á su córte y el rey no queria que el duque saliese de Portugal, no encontró más medio para salir del apuro, que trasladar apresuradamente la córte adjunta á su persona á la frontera de aquel reino, y dar en ella á besar sus manos al vasallo que de tal manera le humillaba y que se quedó satisfecho, porque una tal humillacion no podia menos de satisfacerle: porque en aquellas circunstancias, él habia sido más rey que el rey.

Felipe II despues de esto, se trajo á sus oidores, y el duque de Alba se quedó en Portugal haciendo de las suyas.

X.

Y no es esto solo: como en política se engañaba y era continuamente engañado Felipe II, de la misma manera se engañaba y era engañado como hombre.

La mujer que habia logrado conmovér su corazón de hielo, la mujer que habia encendido en él la pasión amorosa de toda su vida, la princesa de Éboli, de quien se creia amado y de quien tenia hijos, le habia hecho traición, amando como él se creia amado á su favorito, á su secretario Antonio Perez, para el cual no tenia secretos de ningun género el receloso Felipe II. Todo para éste rey tomaba proporciones inmensas y trascendentales; quiso despedazar á Antonio Perez, y Antonio Perez se le escapó de la cárcel, y se refugió en Aragon, amparándose de los libres fueros de aquel reino. A causa de esto, Felipe II envió un ejército sobre Aragon; el pueblo de Zaragoza arrastró al marqués de Almenara, que habia pretendido servir al rey á pesar de los fueros, y á la terrible voz de *contrafuero y libertad*, recibió á mosquetazos al general Vargas que mandaba las tropas enviadas contra Aragon: Zaragoza fué vencida, el

Justicia Juan de Lanuza degollado, y rotos y deshechos los fueros de Aragon.

Pero entretanto, Antonio Perez se habia salvado: habia pasado la frontera y estaba bajo el poderoso amparo de Enrique IV de Francia.

XI.

Si hubiéramos de enumerar todas las veces que Felipe II se engañó y fué engañado, llenaríamos un grueso volúmen.

Felipe II con un exceso de autoridad nocivo, provocaba situaciones cuyos resultados no preveia ni podia preveer su escasa inteligencia.

Los que le llaman el Prudente no comprenden, sin duda, que la prudencia es previsora, que no se la puede confundir con el recelo sistemático que conduce siempre al error.

Felipe II nunca previó; receló siempre, y su recelo le llevó de una á otra imprudencia, cuyos resultados fueron tan funestos, que la historia de Felipe II no es otra cosa que un largo, continuado y sangriento drama.

XII.

Así solo, por la ceguedad en que vivia Felipe II, persiguiendo peligros fantásticos, mientras el peligro real se deslizaba mudo é invisible á su lado, así solo se concibe, repetimos, al leer el proceso del Pastelero de Madrigal, que aquella imprudente y audaz conspiracion pasase desapercibida, casi hasta el momento de llegar á su desarrollo; y que solo se supiese por una delacion, cuando las imprudencias de los conspiradores habian dado lugar mucho tiempo antes á que se descubriese por sí misma.

Así se comprende que aquella misma infanta á quien tanto estimaba Felipe II, y á quien tenia en olor de santidad, fuese una de las principales personas, ó más bien, la persona principal de aquella conspiracion.

XIII.

Fray Miguel de los Santos habia estudiado demasiado bien á la infanta doña Ana, y habia comprendido que el claustro á pesar de la libertad de que en él gozaba, era para doña Ana un lugar horrible, un martirio insoportable.

Doña Ana tenia la imaginacion soñadora, novelesca y aventurera, habia nacido para el amor, y sufría al verse obligada por su dignidad, por su gerarquía y por su estado, á renunciar al mundo.

Fray Miguel, antes de partir á Roma, habia procurado imbuir ciertas ideas en el ánimo de doña Ana.

Estas eran, que si bien el papa no podia revocar los votos de una persona vulgar, podia revocar los de una persona real, si esta revocacion era conveniente á los intereses de un rey.

Doña Ana escuchaba esto como el desesperado que oye la enunciacion de una esperanza por remota que sea, y cuando fray Miguel de los Santos la vió ya bien preparada, no se refirió ya solo á generalidades, sino que la dijo que habia tenido revelacion de que Dios no la queria monja, sino casada, y que la tenia guardada para causar el bien de un gran rey y de un gran reino.

XIV.

—Y decidme, padre, dijo la infanta, ¿cómo puede ser eso? ¿á qué rey puedo yo salvar, y á la ventura de qué reino puedo yo contribuir?

Vuecencia (1), señora, dijo fray Miguel de los Santos, ha tenido un primo que murió desgraciadamente en una grande em-

(1) Doña Ana de Austria, aunque estaba considerada por todos como infanta, no lo era; pero estaba reconocida por el rey, como sobrina carnal suya, por ser hija natural de don Juan de Austria: se la concedian consideraciones de infanta y el tratamiento de Excelencia, como se hizo con su padre.

presa, cuando él era muy jóven, y vucencia todavía muy niña.

—El rey don Sebastian de Portugal, dijo la infanta, que cometió la imprudencia de no oír los consejos de mi tío, y fué á perecer á Africa.

—Eso dicen, señora; pero el rey don Sebastian no pereció; vive, y vasallos hay en su reino que lo saben, que trabajan en silencio para que vuelva á su reino, y que verian con gran contento á vucencia esposa del rey don Sebastian.

—Pero el rey don Felipe no consentiría nunca en reconocer al rey don Sebastian, si es que vive, y pueden suceder grandes desgracias.

—El rey no puede desconocer á su sobrino, el rey don Sebastian, ni hacer que sus vasallos, que le conocen, le desconozcan, ni siendo tan justo, pretender seguir usurpando un reino que tiene por herencia, y que apareciendo su legitimo rey, no puede retener por ningun derecho divino ni humano.

—Aunque eso sea, dijo la infanta, el rey mi señor no me dará licencia para casarme aunque el papa me dispense mis votos.

—Desde que vucencia es religiosa, señora, dijo fray Miguel de los Santos, está bajo la absoluta obediencia del papa, y si el papa mandase á vucencia casarse con el rey de Portugal, vucencia no podria dejar de obedecer.

—Obedecería resignada, contestó doña Ana bajando los ojos y poniéndose vivamente encendida; y digo mal resignada; obedecería contenta por ser el esposo que me daría el papa mi primo el rey don Sebastian.

—Don Sebastian es muy bravo, muy noble y muy caballero, y no merece las tribulaciones y las desgracias por que ha pasado.

—Siempre he tenido yo una muy buena memoria para el rey don Sebastian, y por muchas razones, mi padre el señor don Juan de Austria, amaba mucho á su hermana la princesa doña Juana, madre del rey don Sebastian; y á más de eso, el rey don Sebastian fué vencido en Africa y se le tuvo por muerto el mismo año y dos meses antes que mi padre muriese en Namur de una manera harto desgraciada.

—Como que dicen, contestó sutilmente fray Miguel de los

Santos y bajando la voz como si hubiera temido que le escuchasen las paredes, que el señor don Juan de Austria murió á consecuencia de haber usado unos borceguíes moriscos que tenian entre la tela una sustancia venenosa, y que quien le habia regalado aquellos borceguíes, sabia que daba con ellos mucho gusto al rey don Felipe.

—¡Callad! dijo doña Ana poniéndose mortalmente pálida, sobre nuestra familia pesa sin duda la maldicion de Dios.

—Vos lo sabeis: el rey don Felipe encontró muy á su gusto que el 4 de agosto de 1578 desapareciera en los campos de Alcázar-Kivir su sobrino el rey don Sebastian, y que el primero de octubre del mismo año, muriera en Flandes en el campamento cerca de Namur su hermano don Juan de Austria: la fortuna le sonreia, pero le sonreia de una manera horrible: la desgracia del rey don Sebastian en Africa, dejaba el trono de Portugal á un hombre débil, al cardenal don Enrique, tio del rey, á quien se creia muerto: el crimen mataba dos meses despues al gran don Juan de Austria, que estaba próximo á ser rey de Inglaterra por su casamiento con la reina Isabel, lo que hubiera dado grandes disgustos al rey don Felipe; y no es esto solo: diez y siete meses despues, el 31 de enero de 1580, muere el rey don Enrique de Portugal, en ocasion en que tenia Cortes en Almeirin, para tratar de la sucesion de la corona: y cuando acontece esta muerte, se habla tambien de veneno, á pesar de que bien pudo morir de viejo don Enrique, porque ya contaba sesenta y nueve años, y era débil y enfermizo: pero esta muerte sucede cuando interesa al rey don Felipe; cuando el estado llano de Portugal se sublevaba en las córtes, pidiendo que la sucesion á la corona no fuera por herencia, porque de este modo Portugal se uniria bajo Felipe II, heredero por la sangre del cardenal don Enrique á la corona de Castilla; cuando el débil enfermo y viejo rey se doblegaba asustado ante el tumulto del estado llano, y los embajadores del rey don Felipe protestaban enérgicamente contra toda sucesion que no fuese por agnacion rigurosa; y aún estaba caliente el cadáver del rey don Enrique y los gobernadores del reino no se entendian y don Antonio, prior de Ocrato, reclamaba la corona, y Portugal se despedazaba en bandos; cuando el duque de Alba en-

tró en el reino con un poderoso ejército que el rey don Felipe enviaba para sostener con las armas su derecho, y que en pocas jornadas sometió por la sangre y por el terror al reino de Portugal, que aún gime bajo el yugo del rey de Castilla sin que sirvan para nada los tenaces esfuerzos del prior de Ocrato don Antonio, que protegido por los ingleses, aún pretende la corona de Portugal. Todo es sangre, todo misterio, todo horror, en esta época de Felipe II: todo clama venganza al cielo, y la providencia de Dios hace que el rey don Sebastian exista, aunque ignorado, y que para tomar esposa haya puesto los ojos en vucencia, hija de un príncipe sacrificado por el rey don Felipe.

—¡Callad, callad! dijo doña Ana; sois un ministro del Señor, y me estais hablando de venganza.

—La venganza cuando recae sobre crímenes, no es venganza, sino justicia.

—El rey don Felipe me ama, me llama su hija, me concede todo lo que le pido.

—Por remordimiento; porque entre el rey y vucencia se levanta livida la sombra del señor don Juan de Austria, vuestro padre.

—No hay muerte de príncipe que no se achaque á veneno; que no se atribuya á otro príncipe á quien aquella muerte convenia. ¿Dónde está la prueba de que mi noble padre fuese envenenado?

—*Vox populi, vox Dei*, dijo solemnemente fray Miguel de los Santos: la voz de los pueblos és la única que puede acusar á los reyes; y aun así de una manera muy baja, y de oído en oído: y no es solo la voz popular la que acusa al rey don Felipe de la muerte de vuestro padre; le acusan los sucesos: un mes antes de que vuestro padre muriese en Flandes, murió en Madrid durante una noche oscura en la plazuela de Santa María, á manos de un asesino, Juan de Escobedo, secretario de don Juan de Austria, enviado por este á la córte para graves asuntos: todo el mundo supo que aquella muerte la habia mandado el secretario de Estado Antonio Perez: todo el mundo sabe que Antonio Perez era el favorito del rey don Felipe, y el mismo Antonio Perez ha dicho en sus *Relaciones* que el rey don Felipe le mandó la muer-

te de Escobedo, decretada en Consejo de Estado y mandada ejecutar á Antonio Perez: se evitó un proceso á Escobedo, y se le mató de una manera infame, porque se queria que muriese, y queria evitarse que el nombre de don Juan de Austria sonase en un proceso: se queria que don Juan de Austria muriese tambien; pero no se le queria matar por la mano de un asesino y á puñaladas, y se le mató secreta y misteriosamente por medio de un veneno. Sí, la voz pública y los sucesos y los intereses políticos acusan al rey don Felipe de la muerte de don Juan de Austria, y vucencia, señora, hija de aquel grande hombre, tiene el sagrado deber de vengarle, y para eso la Providencia os llama á ser esposa del rey don Sebastian.

—Huérfanas quedamos mi hermana doña Juana y yo, dijo con voz trémula doña Ana, sin saber quiénes han sido nuestras madres, ni otra cosa, sino que éramos hijas naturales del señor don Juan de Austria, y el rey nos ha criado, nos ha amparado, nos ha amado.

—Sí, es verdad, dijo con sarcasmo fray Miguel de los Santos; como negó á vuestro padre la dignidad de infante, á pesar de que era hijo como él, del gran emperador don Carlos V, ni vucencia, ni vuestra hermana habeis sido reconocidas como infantas, á pesar de la sangre del gran emperador, vuestro abuelo, que corre por vuestras venas: que os ha criado y os ha protegido el rey don Felipe, sepultándoos desde niñas en un cláustro, apartándoos de la córte, temeroso de la influencia que pudiérais tener en ella, como hijas del noble don Juan de Austria: casando á vuestra hermana en Italia con un oscuro principillo siciliano, que ningun recelo podia causarle, y haciendo profesar á vucencia en España en este convento, que es el único mundo que vucencia ha visto.

—El rey me da rentas de infanta; el rey me consiente una servidumbre igual á la de una infanta.

—Pero entretanto sois monja profesa; estais muerta para el mundo; no os podeis casar con nadie; porque el rey cree que Clemente VIII no se atreverá á libertaros de vuestros votos: pero yo voy á Roma, vuestros votos serán dispensados por el papa, y un dia muy próximo, el rey don Felipe verá con asombro y con terror, que el rey don Sebastian existe, que se apodera de

su reino de Portugal, que se lo arranca de entre las manos, y que la esposa del rey de Portugal es la monja profesa, la hija de don Juan de Austria, á quien él sepultó en el claustro, despues de haber sepultado á su padre en la tumba.

—Me estais envenenando el alma, exclamó doña Ana profundamente conmovida. ¡Oh y cuánto aborreceis al rey don Felipe!

—Soy portugués; veo á mi patria esclavizada, desangrada, abatida, sujeta al yugo ominoso de un tirano sombrío y cruel; solo por el amor de mi pátria estoy en Castilla; solo por mi pátria vivo hace algunos años en Madrigal, porque vos, en quien yo habia puesto los ojos desde el momento en que supe que el rey don Sebastian vivia en Africa, érais monja en este convento: solo por trataros de cerca, por ganar vuestra confianza y vuestro corazon, he pretendido ser y lo he sido, vicario de este convento: yo sé que puedo fiarme de vucencia, yo sé que si vucencia no se atreve á tomar sobre sí la grande empresa que la propongo, vucencia guardará el más profundo secreto. Pero las desgracias del rey don Sebastian, la necesidad que tiene de vuestra ayuda, y el generoso corazon de vucencia, me mueven á creer que mis afanes durante tantos años, no habrán sido inútiles; que vucencia comprenderá que la justicia de Dios quiere lo que yo la propongo, y accederá á ello.

—¿Y sabéis vos si el rey don Sebastian querrá ser esposo de una bastarda?

—Una hija natural del señor don Juan de Austria, reconocida por él, puede ser esposa del más grande emperador de la tierra.

—¿Y consentirá el papa?....

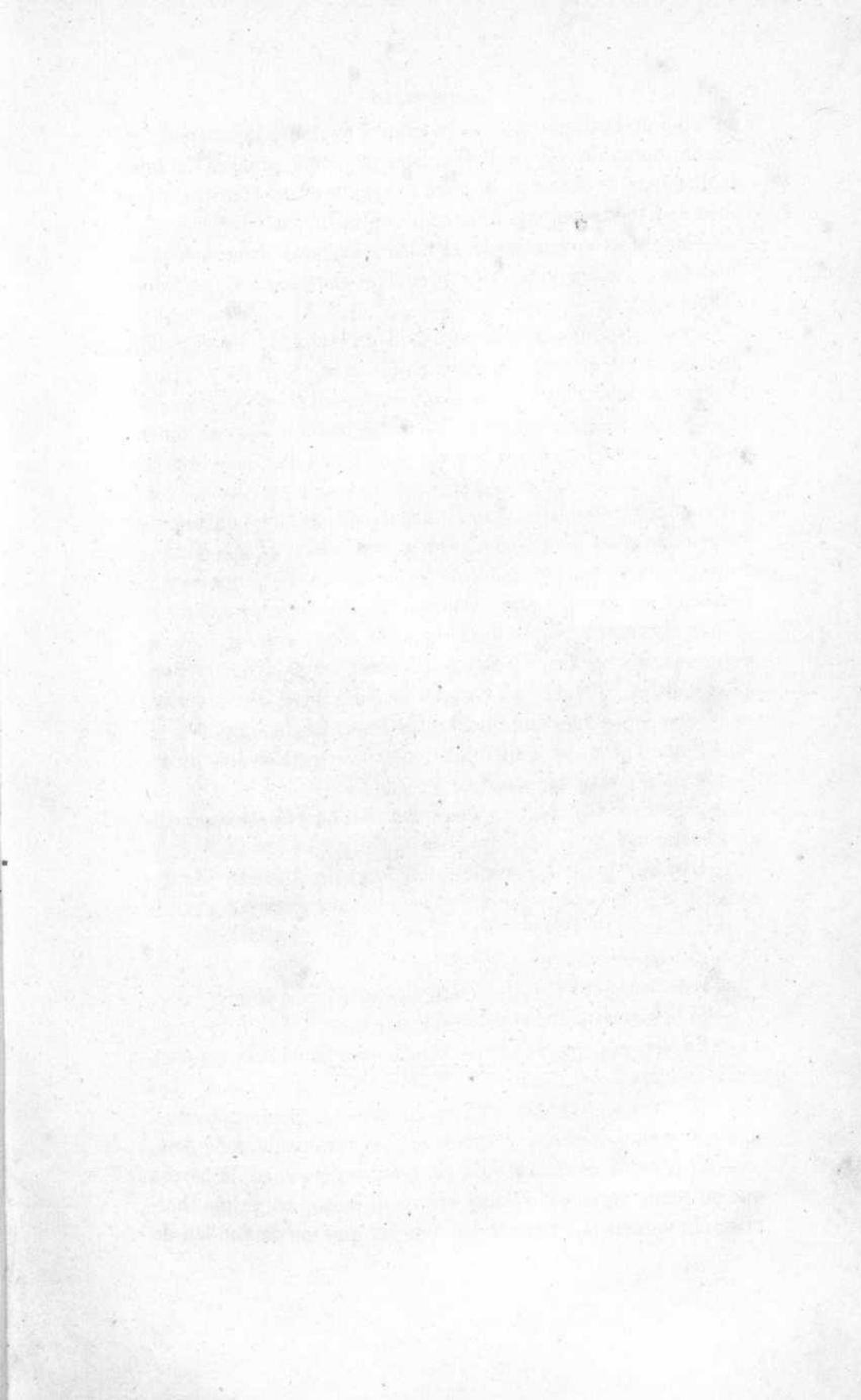
—Este es asunto resuelto: para ello solo voy á Roma.

—¿Y dónde está el rey don Sebastian?

—En Venecia, secretamente amparado por aquella serenísima República.

—En Venecia dicen que hay hermosas y nobilísimas damas, dijo con acento de celos, y ruborizándose vivamente doña Ana.

—El rey don Sebastian sabe ya que vucencia es la esposa que su reino veria con placer sobre su trono, es primo hermano de vucencia, y segun las noticias que me da Guillen de





.....Y LEYO LO SIGUIENTE:

Sousa, que vive hace muchos años al lado del rey, en esta carta, don Sebastian está impaciente por lograrlos; porque en cuanto á conocerlos, ya le hemos enviado el retrato de vucencia, que le ha enamorado grandemente.

—¡Ah! ¡mi retrato! dijo con alegría doña Ana; no sabia yo que se hubiese enviado mi retrato á don Sebastian.

—No se creyó oportuno hablaros de esto, hasta saber lo que el rey don Sebastian contestaba, y el retrato que se le ha enviado, se tomó del grande que hay vuestro al óleo en el alcázar de Madrid.

—Allí no tengo hábitos de monja, dijo con cierta vanidosa coquetería doña Ana; ¿y qué ha dicho don Sebastian?

—En la mano tengo la carta que á propósito de esto me ha escrito el señor Guillen de Sousa, dijo fray Miguel de los Santos, mostrando á doña Ana una carta que habia sacado de entre sus hábitos.

—Leed, leed, dijo con interés doña Ana.

—No hay para qué leer más que lo que á vucencia atañe, que la carta es larga y menudamente escrita, y salvo en lo que á vucencia se refiere, trata de asuntos menudos y enfadosos, que molestarían á vucencia.

—Y que además de eso, son sin duda asuntos que no me conciernen: veamos lo que á mí toca.

Fray Miguel de los Santos sacó una caja de plata y de ella unas antiparras, se las caló y leyó lo siguiente:

—«Mi señor me encarga diga á vuesamerced que ha recibido el retrato de la señora doña Ana, y que desde que lo vió, no pasan diez minutos sin que le saque del pecho y vuelva á mirarle, sin hartarse nunca de contemplar la hermosura de doña Ana, que le parece tal, que arde en deseos de conocerla; porque dice que hay gran diferencia de lo vivo á lo pintado, y que, ó mucho se engaña, ó doña Ana debe de ser muy más hermosa de lo que aparece en el retrato aunque en este está representada muy al vivo: mi señor no ha cesado de hablarme de esto en tres dias que hace que se recibió el retrato, y cada dia con más encarecimiento, y ha mandado llamar un pintor, que aquí los hay muy buenos, para que haga su retrato y enviarlo á vuesamerced cuando hubiere persona de confianza con que hacerlo. Yo creo muy

bien que mi señor está enamorado, y no hay que tomarlo á maravilla; porque mi señora doña Ana es una dama muy hermosa y muy gentil, y se vé muy representado en su retrato el altísimo origen de donde viene, y la magestad de quien ha nacido, no para vivir oscuramente escondida en el rincón de un claustro, sino para brillar sobre un trono al lado de un gran rey.»

Fray Miguel dobló la carta, la guardó, se quitó las antiparras, las metió en su caja y las hizo desaparecer bajo su hábito.

Doña Ana, se habia quedado profundamente pensativa.

La situación en que se encontraba era gravísima: como que se trataba no ménos que de una traición contra su tío el rey de España, de la anulacion de sus votos como religiosa, y de su casamiento con un rey á quien todo el mundo creía muerto.

Las palabras envenenadas del fraile agustino habian caído una á una sobre su corazón, y habian excitado el principio de ódio hácia Felipe II, que germinaba dormido en el alma de doña Ana; porque en el claustro se sabe todo; porque en él habia penetrado también el sordo rumor de la opinión pública, que acusaba á Felipe II de la muerte de don Juan de Austria.

Por otra parte, como hemos dicho ya, doña Ana no habia nacido para monja; el rey la habia mandado profesar, y habia profesado, pero como han profesado tantas mujeres obligadas á obedecer por su debilidad y por su aislamiento, encontrándose colocadas en la situación de mártires.

Así es, que doña Ana, á quien ya se habia hablado mucho del rey don Sebastian, habia contraído por él un extraño amor, ansiándole sin conocerle, formando en su pensamiento un sér fantástico en armonía con las aspiraciones de su alma.

Por eso doña Ana estaba triste y pensativa.

Por eso tenía sus blancas mejillas un débil matiz rosado, y sus ojos dejaban ver una mirada seria, triste, tímida, poderosa.

Doña Ana amaba como todas las vírgenes aman la primera vez.

—¿Y dónde está don Sebastian? dijo.

—Ya os lo he dicho, señora; en Venecia, protegido por la serenísima República.

—¿Y ha estado siempre allí, desde que se salvó de Africa?

—El rey don Sebastian ha estado en Africa diez y siete años, hasta hace algunos meses que pasó á Venecia.

—¿Y por qué el rey don Sebastian no ha dado señales de vida hasta ahora? ¿por qué en el momento en que sanó de sus heridas no hizo saber á su reino que existía, para que su reino le hubie-
ra rescatado de su cautiverio?

—El rey don Sebastian no ha estado nunca cautivo: le salvó una familia mora, y entre ella ha vivido, ocultando su nombre por la vergüenza de su derrota: y si se sabe que el rey don Sebastian vive, es por algunos cautivos portugueses que le han conocido en Africa, que han sido rescatados y han traído á Portugal la noticia. Desde que estas noticias se tuvieron, se envió á Africa al señor Guillen de Sousa, y gracias á las continuas persuasiones de este, se ha logrado que el rey don Sebastian pase á Venecia, para que en la ocasion oportuna venga á su reino, protegido por venecianos, franceses é ingleses.

Pero antes, el rey don Sebastian vendrá de incógnito á España, para, ya disueltos los votos por el papa hacer á vucencia su esposa, salir con ella de España, é ir á ocupar á Portugal, presentándose con una fuerte escuadra delante de Lisboa.

Ahora bien, señora, dígame vucencia si quiere ser esposa del rey don Sebastian, para que yo pida al Papa la anulacion de los votos y la dispensacion del parentesco, y lleve al rey don Sebastian la noticia faustísima de que vucencia consiente en ser su esposa.

—Si Dios lo quiere, y el papa en su alta sabiduría lo estima justo y conveniente, y anula mis votos, yo me tendré por muy honrada, y seré muy contenta de que me tome por esposa una tal persona como el rey don Sebastian, dijo doña Ana con la voz trémula, los ojos bajos y vivamente encendida.

X.

Hablaron aún por espacio de una hora el fraile y la monja, despidiéronse, y al dia siguiente por la mañana, fray Miguel de los Santos partió á Roma con el pretexto aparente de ir como delegado del General de su órden, para asuntos de la misma, cerca de la curia romana.

XI.

Ya sabemos lo que sucedía en Venecia, y cómo salió de ella Gabriel de Espinosa, habiendo sido el héroe de extrañas y sangrientas aventuras.

La Bella Genovesa había aportado al puerto de Marsella, y desde allí, Gabriel de Espinosa se había trasladado á París, buscando el amparo de Enrique IV.

Se habían tenido conferencias entre este rey, Gabriel de Espinosa, el duque de Vendome y Antonio Perez, que como secretario que había sido tantos años de Felipe II y tan de su confianza, era una persona de cuyos consejos no se podía prescindir, tratándose de un asunto tan importante.

Pero Enrique IV no era muy espléndido, ni muy aficionado á tener junto á sí huéspedes tan peligrosos como aquel rey resucitado, propietario de un reino del cual tenía la posesion un rey tal como Felipe II.

Enrique IV contemporizaba cuanto podia, evitaba cuanto podia las guerras, cuando no las tenía, y cuando las tenía escusaba toda complicacion que pudiera dilatar el dia de una paz honrosa y conveniente para la Francia.

Por lo mismo, dió muy buenas esperanzas á Gabriel de Espinosa, porque Enrique IV, sino era pródigo de dinero, no escaseaba las palabras, le dió alguna cantidad, que no pudo buenamente excusarse de darle, algunos regalillos indispensables, y le puso fuera de su reino, logrando con su buena política, que Gabriel de Espinosa le creyese su amigo, y dispuesto á hacer por él todo lo que pudiese, y que Gabriel de Espinosa tuviese tanta ánsia de salir de Francia para comenzar su empresa, como Enrique IV de verle fuera de ella y librarse de un compromiso, que sin haberlo podido él evitar, se le había venido encima.

XII.

En la familia de Gabriel de Espinosa habian acontecido cosas harto graves durante su permanencia en Paris.

La reaccion que se habia operado en Gabriel de Espinosa respecto á Sayda Mirian por los trágicos acontecimientos de Venecia, habia desaparecido.

Sayda Mirian, que una vez en su vida se habia creído amada, comprendió con dolor que Gabriel de Espinosa no la habia amado nunca: lo que era peor aún: que no podia amarla.

Gabriel de Espinosa era un sér impresionable que se engañaba y engañaba mientras duraba la fuerza de la impresion, que se gastaba con una rapidez igual al loco entusiasmo que la habia producido.

Aún no habia terminado la navegacion, y ya Gabriel de Espinosa habia recaído en su indiferentismo, en su sombrío disgusto respecto á Sayda Mirian.

La desdichada estaba en la terrible situacion de la esposa, de la cual se siente hastiado y cansado el esposo.

Veía que separada de él y vuelta á unir por una impresion pasajera, Gabriel de Espinosa estaba ansioso por romper los vínculos que á ella le unian; aun los eternos é indestructibles vínculos con que se siente ligado un hombre bien nacido por el agradecimiento.

Sayda Mirian empezaba á desimpresionarse tambien; empezaba á comprender que era una locura amar con la más sublime de las abnegaciones á un hombre que no comprendia ni agradecia aquel intenso amor.

Pero como no queda vacío en el alma el lugar que ha llenado una pasion, sin que la pasion contraria llene aquel vacío, empezó á nacer y á desarrollarse en el alma de Sayda Mirian esa pasion terrible y excepcional que nosotros nos atrevemos á llamar ódio de amor.

Sayda Mirian empezó á convertirse para Gabriel de Espinosa en el obstáculo más grave de sus proyectos; en la fatalidad viviente que habia de decidir su destino; que habia de llevarle á su último y terrible suceso.

Desde el momento en que el amor despechado de Sayda Mirian, le hizo contraer la resolucion terrible de que Gabriel de Espinosa no perteneciese á nadie ni á nada que no fuese ella, trocó la lucha tenaz de su amor, por la sumision y la tranquilidad intencionada de quien para estar más en posicion de obrar, se plega al carácter, á la voluntad caprichosa, á las excentricidades de la persona de quien se ha apoderado.

Gabriel de Espinosa respiró: se vió libre de las amantes quejas, de los celos, del disgusto, que se hacen tan insoportables cuando provienen de una mujer á quien no se ama, y con la cual se vive.

Sayda-Mirian se hizo fácil, afable, dulce, se manifestó contenta, y Gabriel de Espinosa la trató mejor, por lo mismo que Sayda-Mirian se le hacia ligera: se confió y tuvo para ella un amor de hermano, que no podia satisfacer las necesidades del alma apasionada de Mirian.

XIII.

Y Mirian sufría y lloraba; pero lloraba á solas, y delante de Gabriel de Espinosa y de Aben-Shariar, ocultaba el sentimiento corrosivo de su alma, bajo un exterior tranquilo y alegre, y engañaba á los dos; y Aben-Shariar, al ver tranquila y feliz en la apariencia á Sayda-Mirian, habia vuelto á conceder su ardiente amistad á Gabriel de Espinosa.

XIV.

No podia entrar en peores condiciones en España Gabriel de Espinosa: tenia á su lado el peligro, sin conocerle, en Sayda-Mirian.

Y no era esto solo; entraba en España sin recursos; porque ya sabemos que las inmensas riquezas de Sayda-Mirian se habian agotado, y Aben-Shariar no podia disponer de nada, más que del valor de la Bella Genovesa, porque sus servicios á Gabriel de Espinosa, habian traído para él consecuencias funestimas.

XV.

Todo el mundo sabe que los reyes africanos son los que pueden propiamente llamarse reyes absolutos, y que un africano no es otra cosa que un esclavo del rey, que dispone á su arbitrio de su vida y de su fortuna.

Los reyes africanos están siempre ansiosos de tener la más leve ocasión para despojar á sus súbditos, disculpando el despojo con un leve asomo de justicia.

Manuel Karuk no habia visto, sin rabia, acometida su galera por la Leona, en provecho de una galera de la República.

No habia sabido tampoco sin sentir una rabiosa sed de venganza, que habia ocultado, porque las circunstancias le obligaban á ello, la desastrada muerte de José Kaivar, ni habia podido olvidar, que el hombre por quien tanto hacia Aben-Shariar, por quien tantos peligros y tantos sacrificios habia arrojado, que Gabriel de Espinosa habia tenido una gran influencia en la muerte de su hermana Elena Karuk.

Así es, que tres días despues de haber sido conducido á Corfú por la Leona, y cuando esta se habia hecho á la vela para Túnez, Manuel Karuk fletó una almadía, se fué en ella á Túnez, desembarcó, y se presentó al bey, y le reveló todo cuanto habia hecho Aben-Shariar.

XVI.

No necesitaba el bey de Túnez tanto para tener un pretexto de apoderarse de todo lo que pertenecía al emir Aben-Shariar.

Su alteza el bey de Tunez estaba fieramente indignado: no le bastaba con haberse apoderado de los bienes, de las naves, de los tesoros, de la esposa, de los hijos, de la familia, de todo cuanto era de Aben-Shariar, sino que rugía como un tigre hambriento porque no podia apoderarse de la cabeza del emir, para que sirviese de escarmiento á los traidores, clavada en lo más alto del alminar de la gran mezquita.

Los crímenes de Aben-Shariar eran en efecto terribles para el bey.

Aben-Shariar habia protegido abiertamente á un rey cristiano; habia llevado el traje y habia vivido en las costumbres de los cristianos; habia servido á Venecia, la eterna enemiga de los piratas de la costa occidental de Africa sobre el Mediterráneo, hasta el punto de formar parte del Consejo de los Diez de aquella aborrecida República, y por último, habia ayudado á una galera de Venecia contra un corsario.

Su alteza pues, declaró traidor á Aben-Shariar, se apoderó de su hacienda, y vendió como esclavos á su familia.

XVII.

Cuando Aben-Shariar supo esto, volvió los ojos al cielo desesperado.

No podia acontecerle otra cosa ni peor ni más terrible.

Su pobre familia esclava le hizo llorar llanto de fuego, y vendió lo único que le quedaba; la Bella Genovesa con su rico cargamento de mercaderías venecianas.

Y como á su alteza el bey le importaba mucho más el dinero que la desesperacion del emir, la esposa de Aben-Shariar, la hermana de madre de Sayda Mirian, Fatimatu 'l-Noemi y sus cuatro hijos, fueron entregados á la república de Venecia que anduvo en el trato, y Aben-Shariar tuvo al fin el consuelo de saber que si todo lo habia perdido, su esposa y sus hijos no eran esclavos, y estaban en tierra de cristianos bajo el generoso amparo de Venecia.

Y el puesto de Aben-Shariar en el Consejo de los Diez no se habia ocupado aún, porque aún no habia sido juzgado monseñor Pietro Mastta.

El Consejo de los Diez nada tenia ya que temer de su miembro ausente.

Aben-Shariar, que lo veia perdido todo, se veia obligado á servir lealmente á la República.

Por lo tanto, monseñor Pietro Mastta recibió en Paris un decreto del Consejo de los Diez, por el cual se le absolvía de

todos los cargos que contra él se habían hecho, se le confirmaba en su alta dignidad de miembro del Consejo, y se le mandaba acompañar de incógnito en toda su empresa al rey don Sebastian (que por tal tenía el Consejo de los Diez á Gabriel de Espinosa) y tener al corriente de todo lo que aconteciese al Consejo.

XVIII.

De modo que entraba en España con Gabriel de Espinosa, desconocido, envuelto en el más profundo misterio, un pedazo, por decirlo así, de la recelosa y sagaz república de Venecia.

Pero en cambio, Gabriel de Espinosa acometía sin dinero una empresa de gigante, puesto que no poseía más que la exígua cantidad que al salir de Paris había recibido de orden del económico Enrique IV.

XIX.

Sobre Gabriel de Espinosa caían, terribles y condensadas las consecuencias de su insensata y aventurera conducta. Su imprudencia le había cerrado todos los caminos, la había privado de todos los recursos, y sin embargo, siempre audaz, siempre valiente, marchaba sin vacilar con el corazón sano y la cabeza llena de sueños, su camino de perdición.

CAPITULO IV.

De cómo se presentó en Madrigal y en su pastelería, Gabriel de Espinosa, con lo que le sucedió antes de llegar á ella.

I.

Era el día 15 de Agosto de 1599, antes del amanecer.

La noche imperaba todavía y era oscura como boca de lobo.

A esta hora, por el camino que conduce de Madrigal á Valladolid, entraban en la villa de Madrigal seis personas.

De estas, las cuatro iban á caballo, muy rebozados en tabardinas, la otra que era una mujer con bulto debajo de la capa en que se envolvía, iba en unas jamugas sobre un macho, y la sexta persona era un mozo de mulas que iba á pié, llevando el macho del ronzal.

Eran, pues, estas personas una mujer y cinco hombres.

Caminaban delante el uno de los hombres, ginete en buen caballo, á alguna distancia el otro casi junto á él, la mujer que iba en el macho, y el mozo de mulas que conducía á este, y detrás á cierta distancia como en escolta, los otros dos ginetes.

Entraron de esta manera, y sin hablar una sola palabra, por la calle Real de la villa hácia la plaza, sirviendo de guía el que iba delante, y con gran cuidado sin duda de ser sentidos, porque los cascós de los caballos iban cubiertos con sorderas ó fundas de cuero para que no sonasen las pisadas.

II.

A la entrada en la villa no encontraron una sola persona, ni oyeron el menor ruido: pero á medida que adelantaban, se iba oyendo un rumor vago que crecia, haciéndose cada vez más distinto, y que dejaba percibir una especie de salmodia.

Llegó un punto en que aquel canto se hizo ya perfectamente perceptible, mezclándose á otro algo más lejano que venia por una direccion opuesta.

El ginete que iba delante se detuvo y esperó al segundo ginete, que cuando llegó á él, le dijo:

—¿Por qué te detienes, Navarro?

—Por dos razones, señor, dijo el preguntado; porque ya hemos llegado á la fuentequilla del Arcediano, y no parece fray Miguel ni se siente novedad alguna, y porque andan por la plaza, no ya uno, sino dos rosarios de la Aurora, y mucho será que no haya cuando menos lo esperemos, palos y euchilladas, y nos encontremos en medio descubiertos sin saber cómo.

—Dificultades son estas, dijo el segundo ginete, que por la voz parecia Gabriel de Espinosa, que debia haber mirado bien el fraile, y no exponernos á contratiempos que pueden dar de través con nuestra empresa, apenas la comenzamos.

—Pues volvernos al camino seria peor; porque pronto amanecerá, y nos exponemos á dar con cuadrilleros que nos pregunten de dónde somos y á dónde vamos, y caigan en sospechas, y nos acontezca peor que si decididamente siguiéramos adelante, nos entráramos por la plaza y nos fuéramos en derechura á vuestra casa, donde Gil Perez que conoció mucho á Gabriel de Espinosa, nos espera ya, avisado por fray Miguel de los Santos, que tal vez no está aqui á causa de andar los rosarios por la calle, lo que sin duda no se esperaba, para no dar sospechas si era encontrado.

—Pues á la ventura de Dios, Navarro, dijo Gabriel de Espinosa; que no hay negocio que no tenga peligros y dificultades, y siempre se ha salido mejor de los peligros afrontándolos, que huyendo de ellos: pero para no dar que sospechar, y que no

vean que hemos querido entrar en el pueblo sin ser sentidos, echa pié á tierra y quita las sorderas á tu caballo y al mio, que Cobo se las quite al macho, y Saavedra y Carbalho á sus caballos, y guárdalas en el saco.

El Navarro transmitió esta órden á los otros que no la habian oido, y la operacion de quitar las sorderas se hizo en muy poco tiempo, despues de lo cual siguieron animosamente su camino hácia la plaza, donde ya se oian los cantares de los dos rosarios de la Aurora.

III.

Eran estos dos rosarios completamente distintos por su forma y por su fondo, por decirlo así.

El uno era el de los cofrades de la hermandad de la Soledad, que habian sacado de su ermita á una antiquísima y denegrada vírgen que llevaban en andas cuatro penitentes con túnicas y capuces de nazarenos, y á la cual acompañaban unos cuarenta penitentes igualmente encubiertos con túnicas y capuces, con velas de cera amarilla en la mano, entre los cuales y delante de la vírgen, iban quince ó veinte disciplinantes con las espaldas desnudas, que se zurraban de lo lindo.

Este rosario era grave, triste, sombrío, casi fantástico, y hubiera dado pavor, á atravesar solo entre la oscuridad de la noche, por la destartalada plaza de Madrigal.

Pero entraba al mismo tiempo por la plaza otro rosario alegre, engalanado, risueño, ostentoso, acompañado de unos doscientos locos, esto es, de todos los estudiantes del Seminario de San Agustin.

Lo primero que se veía era una inmensa farola de vidrios de colores, dentro de la cual ardian un número infinito de luces, llevada en unas andas cubiertas de flores, y tan pesadas, que se necesitaban nada menos que ocho estudiantes para conducirla.

Detrás de la farola iban dos hileras de escolares, cada uno de ellos con un farol puesto en la punta de un palo, y luego un estandarte con dos puntas llevado por un estudianton talludo,

que lo menos contaba treinta y cinco años, al paso que las cintas del estandarte eran llevadas por dos escolares nuevos de quince á diez y seis años.

Iban luego otras dos largas hileras de estudiantes con hachas de cera, y al fin de estas hileras, sobre unas pequeñas andas enguirnaldadas, un precioso Niño Jesús, engalanado con joyas que habian prestado para él las jóvenes del pueblo.

Alrededor del Niño iba una turba de estudiantes con las hachas levantadas para alumbrar bien la imagen del Niño Dios, y detrás de este, con candelas de cera blanquísima en las manos, iban vestidas de blanco todas las jóvenes que habian prestado sus alhajas al Niño, acompañadas de sus padres, de sus parientes, de sus hermanos, que aunque no eran estudiantes, eran admitidos por aquella vez en el gremio estudiantil, porque sin ellos no hubieran podido asistir las muchachas, novias todas de los escolares, que habian ideado y llevado á cabo con la cooperacion y el patrocinio de los graves padres agustinos, aquel ostentoso y magnífico rosario á la Santísima y hermosa Virgen de las Azucenas, patrona de los escolares.

Detrás del Niño Dios, de las doncellas y de sus familias, aumentaban el resplandor de las luces y el gentío, los escolares más granados, bachilleres todos, ya en filosofía, ya en teología y cánones, ya en derecho, á juzgar por las grandes borlas blancas, azules ó encarnadas, que se veian en los bonetes que llevaban en las manos, porque todo el mundo iba descubierto, marchaban en doble hilera, cada cual con un hachon de viento.

Por último, iban las jóvenes más principales de la villa coronadas de flores y con ricos trajes blancos, con sus parientes y sus criados, vestidos con bizarros trajes, los músicos con guitarras, chirimías, atabales y triángulos, tocando todos.

Después, fray Miguel de los Santos llevando el rosario, con dos padres graves de san Agustín; luego una preciosa imagen de la Virgen de las Azucenas en andas de plata, en hombros de ocho bachilleres, llevando las cintas las cuatro jóvenes más lindas y más principales de Madrigal, y enderredor de la Virgen, que era una bellísima escultura, con manto de brocado blanco y oro, y cubierta de ricas joyas, una multitud de estu-

diantes con hachas de viento, que producian un vivísimo resplandor, semejante al de una grande hoguera; y en fin, á la derecha del alcalde y á la izquierda del corregidor, la monja medio seglar doña Ana de Austria; tras ella las dos hermanas doña Luisa de Grado y doña María Nieto, las dueñas y las meninas, los gentiles hombres y los pajes de su excelencia, el ayuntamiento de la villa, y cerrando la marcha, casi toda la poblacion de Madrigal.

IV.

Aquel magnífico rosario á Nuestra Señora de las Azucenas, se hacia porque Dios concediese á la infanta el logro de un propósito que su excelencia habia formado; pero en verdad, todo esto habia sido ideado por fray Miguel de los Santos, para llamar la atencion de las gentes de la villa, y hacer de manera, que distraidos en otra parte, pudiese Gabriel de Espinosa llegar sin ser sentido, á la antigua pastelería de Madrigal, y ocultarse en ella, para irse dando á luz conforme viniesen las circunstancias.

Pero fray Miguel de los Santos no habia podido contar con tres eventualidades.

Fué la primera, que preparado el rosario á costa de los estudiantes, se empeñaron estos en que el rosario fuese presidido por fray Miguel, á quien todos, por su buen carácter y su ciencia, y por lo padrino que era de los escolares, tenian estos en grande estima, y tal le apretaron y le comprometieron, que no pudo zafarse del encargo de presidir el rosario, por cuya razon no pudo esperar á Gabriel de Espinosa como estaba convenido, en la fuentecilla del Arcediano.

Fué la segunda eventualidad, que estando en la villa para asuntos de justicia el alcalde don Rodrigo de Santillana, se pegó al rosario con su ronda, por lo que pudiese suceder, porque ya sabemos que la villa de Madrigal era revoltosa, y daba mucho que hacer al duro alcalde. Y la tercera eventualidad por último, fué, que habiendo contado fray Miguel con que la Vir-

gen sería llevada en procesion por un extremo del pueblo desde el convento de agustinos á una ermita fuera de la villa por medio de los campos, donde se cantaría al amanecer una Salve á la Virgen, los estudiantes que eran gente muy poco reglamentable, se metieron por su propia voluntad en la villa, para atravesar por la plaza y lucir su rosario.

La pastelería á donde habia de ir Gabriel de Espinosa, estaba en la plaza, y la hora en que el rosario empezó á entrar en ella, era cabalmente el punto en que Gabriel de Espinosa debia llegar á la villa, atravesarla sin ser sentido, entrar envuelto en la oscuridad y en el silencio en la pastelería, donde ya le esperaba Gil Lopez, y permanecer oculto en ella el tiempo que fuese necesario.

La intencion de fray Miguel de los Santos, era que doña Ana de Austria y Gabriel de Espinosa pudiesen verse secretamente, concluir su matrimonio, y marchar de la misma secreta manera de Madrigal, con nombre de rey y reina.

V.

Con todas estas eventualidades, iba fray Miguel en áscuas, como suele decirse, pero tranquilo y sereno en la apariencia, cantando con voz reposada y grave, padres nuestros y Ave Marías, á los que contestaban en coro al son de la música, las jóvenes, los estudiantes y todo el pueblo que acompañaba al rosario.

Era aquel un canto alegre, alto, sonoro, bello, en completa contraposicion con el canto lúgubre, plañidor y sombrío, del otro pobre y severo rosario de los penitentes, que adelantaba por otro extremo de la plaza, y debia cortar el rosario de la Virgen de las Azucenas, ó que este se detuviera, ó que se detuviera el de los penitentes, mientras pasaba el uno ó el otro.

Aconteció pues, que en el centro de la plaza se encontraron en un mismo punto la cruz verde y sombría de los penitentes y la magnífica farola de los estudiantes.

Habia llegado el *casus belli*.

Pensar en que los buenos tejedores que llevaban con suma

piedad y recogimiento su antiquísima y severa imagen de Nuestra Señora de la Soledad, se detuviesen ó cambiasen de direccion para dejar el paso franco á la procesion de los estudiantes, ó que estos hiciesen alto para que pasasen los penitentes de la Virgen de la Soledad, era pensar en un disparate.

La farola, pues, y la cruz se encontraron formando el vértice de un ángulo, cuyos dos lados constituian los dos rosarios, y los primeros estudiantes y los primeros penitentes se miraron con cólera.

—Paso franco al Seminario, dijo un estudiante de rostro rasgado que iba delante, con el acento más imperativo y más des-cortés del mundo.

—Que eche el Seminario por otra parte, dijo un penitente con un acento muy semejante al de un perro mastin que regaña, que la plaza es bien ancha y la Virgen de la Soledad no tiene que hacerle vénia á la Virgen de las Azucenas, ni á ninguna Virgen, aunque sea á Nuestra Señora de la Antigua de Valladolid.

—Se me está antojando á mí, dijo el estudiante con la cólera de un gallo inglés, que dentro de dos minutos no vá á quedar en Madrigal quien teja media cuarta de tercianela.

—Pues á mí me está dando en la nariz, que en un cerrar y abrir de ojos, no vá á quedar ni memoria de la canalla estudiantil que.....

El tejedor no pudo acabar su discurso, porque el estudianton le habia cortado la palabra, y le habia roto tres muelas, de un furioso *metido* en la cara, con el pomo de la daga que habia sacado cautelosamente en el momento en que se habia encarado con el tejedor.

No habia acabado de suceder esto, cuando el estudiante habia caido al suelo de un desatentado garrotazo aplicado por otro penitente, y aún no habia caido el estudiante al suelo, cuando se oyeron las tremendas voces de:

—¡Aquí de los hermanos de la Soledad! ¡que nos matan!

—¡Aquí del Seminario contra estos villanos!

Y relucieron espadas, y dagas, y puñales, y faroles en alto, y garrotes al aire, y se trabó una, como suele decirse, de quince mil demonios.

Parte de los tejedores se agruparon en torno de la Virgen de la Soledad, y gran parte de los estudiantes al rededor del Niño Jesús y de la Virgen de las Azucenas.

Las mujeres y los viejos huyeron.

Los de la villa que acompañaban al rosario, se pusieron de parte de los tejedores contra los estudiantes, lo que nivelaba las fuerzas, haciendo preveer una pelea tenaz y sangrienta.

La magnífica farola de los estudiantes había caído al suelo y se había roto en mil pedazos: no quedaba un farol vivo, y sus varales servían á los estudiantes que los habían llevado, de armas ofensivas: las velas apagadas rodaban por el suelo, y no quedaban más luces que las hachas de viento, que andaban de acá para allá revueltas en el tumulto.

Doña Ana de Austria y sus servidumbre se encontraban sujetos entre el círculo de estudiantes, que espada en mano rodeaban á la Virgen de las Azucenas, crugiéndose á golpes con los de la villa que ayudaban á los tejedores.

Pero en cambio y como una muestra de la piedad de los buenos castellanos, aunque lo que sobraba en la plaza eran piedras, no se tiraba una sola, por no incurrir en el sacrilegio de que fuese tocada por un impulso humano una imagen divina.

La pelea era al arma blanca y al arma prieta: esto es, á cuchilladas, á puñaladas, á palos; habiendo tambien puñada que hacia ver estrellas al que la sufría, y mordisco que producía un alarido que se oía en el quinto cielo. Como que la gente que andaba á la *greña*, era dura de pelar por una y otra parte.

Al mismo tiempo, fray Miguel de los Santos y los dos religiosos, andaban con los brazos y los mantos abiertos, procurando poner paz, aunque inútilmente, entre aquellos locos furiosos: el corregidor y la justicia del pueblo metían inútilmente á todo el mundo las varas por los hocicos, logrando solamente alcanzar algun sopapo mayúsculo, y don Rodrigo de Santillana, que era todo un alcalde de los que se llamaban de pelo en pecho, con su ronda, compuesta de gente brava, había roto inútilmente su vara de justicia sacudiendo á diestro y siniestro, había desenvainado su espada, é inútilmente gritaba tambien con voz extentórea, y de una manera incesante:

—¡Ténganse á la justicia del rey nuestro señor, miren que yo soy don Rodrigo de Santillana, y he de colgar de la horea á medio Madrigal!

Pero con el ruido del tumulto no oían estas y otras muchas intimaciones y amenazas, que el irritado alcalde soltaba, ó en aquellos momentos se les daba muy poco de don Rodrigo de Santillana y del rey su señor, y de la cárcel, y de las galeras y de la horca, con que el furioso alcalde les amenazaba.

Al que le habian metido un golpe y le habian hecho poner el grito en el cielo, lo que le importaba era dar si podia dos por uno, y no estaba en situacion de pararse en temores ni en consideraciones, por lo que aquello tenia visos de no acabar, sino cuando se hubiesen acabado los combatientes, lo que no podia tardar mucho en suceder, si Dios no hacia el milagro de ponerlos pronto en paz, porque se batanaban y se herian de una manera que ponía espanto, y á cada momento con más furor.

Y era que habia un ódio añejo, una rivalidad feroz, entre los estudiantes y los vecinos de la villa.

VI.

Aconteció, que antes de que se trabase el combate, habian entrado en la plaza y se dirigian harto de prisa para salir pronto del paso, á la pastelería guiados por el Navarro, Gabriel de Espinosa y la mujer, y los tres hombres que les acompañaban.

Pero antes de que llegasen sobrevino el rompimiento, y sin saber cómo, Gabriel de Espinosa se vió cercado por la gente que huía, se le asombró el caballo con el ruido y el resplandor de los hachones, le pilló desprevenido, y aunque era muy buen jinete mordió el freno, y le metió sin que pudiera evitarlo en medio del tumulto.

—¡Ah poder de Dios! dijo Gabriel de Espinosa cuando mano á su espada: ¡siempre como en Alcázar Kivir, siempre atrayéndome al combate, grande ó pequeño; siempre la negra fortuna mia cruzándome el camino!

Y empezó á sacudir mandobles á diestro y siniestro, á tiem-

po que don Rodrigo de Santillana pasaba junto á él gritando por la milésima vez:

—¡Miren que he de ahorcarles! ¡miren que no he de dejar uno! ¡ténganse, vive Dios, al rey nuestro señor y al alcalde don Rodrigo de Santillana!

El buen don Rodrigo estaba ya ronco, sudaba por todos sus poros, y habia cogido más cardenales que los que se necesitan para el cónclave.

VII.

Al oír el nombre de don Rodrigo de Santillana, Gabriel de Espinosa tuvo una buena inspiracion.

Esto es, no pudiendo ya dejar de ser reconocido y escapar del tumulto que arreciaba á cada momento, ayudar á la justicia, y ayudándola, prevenirla bien y ponerla de su parte.

Habia visto á caballo á Carbalho y al Navarro, que habian logrado llegar á la pastelería y dejar en ella á la mujer y al que venia haciendo de mozo de mulas, y que habiendo echado de menos á Gabriel de Espinosa, habian venido á buscarle, le habian visto entre toda aquella gente, á causa de estar á caballo, mientras todos estaban á pié, y se acercaban á él rompiendo por todo.

—Señor alcalde, señor don Rodrigo de Santillana, dijo Gabriel de Espinosa inclinándose sobre el arzon, á tiempo que pasaba junto á su caballo el alcalde.

—¡Eh! ¿qué me quereis? dijo todo hosco don Rodrigo; ¡daos preso!

—Por el contrario, señor don Rodrigo, lo que voy á hacer es ayudaros con los míos á poner en paz á toda esta gente, si es que me dais licencia para que yo haga lo que es menester para ponerlos en paz.

—Matadlos si podeis á todos, y habreis servido bien al rey y á su justicia.

A este tiempo, atropellando á los unos, maltratando á los otros, habian llegado el Navarro, Cobos y Carbalho junto á Gabriel de Espinosa y el alcalde.

—En lances más crudos que este nos hemos visto, amigos, les dijo Gabriel, y tenemos vida para contarlo: así pues, vamos á ver cómo hacemos que estos furiosos obedezcan á la justicia del rey.

Y juntos los cuatro, formando un escuadroncillo, embistieron por lo más espeso de la pelea con sus caballos, y Gabriel de Espinosa delante iba gritando y sacudiendo tajos y reveses.

—¡Por el rey nuestro señor, todo el mundo á su casa, acábase esto, miren que les importa, y que el rey les ha de cobrar la deuda!

Estas voces de Gabriel de Espinosa hubieran alcanzado tan poco fruto como las del alcalde, á no ser porque los cuatro caballos hábilmente manejados, y rompiendo por medio de la turba y girando en todas direcciones, llevaban consigo el atropello y la dispersion; y los hombres de la ronda de don Rodrigo de Santillana, y los de la justicia del pueblo, y algunos vecinos prudentes que ayudaban á la justicia, y parte de los estudiantes más sesudos, que apoyaban á cintarazos las palabras de paz de fray Miguel de los Santos y de los otros religiosos, zurrando de igual modo á los que se les ponian por delante, ya fuesen escolares, ó vecinos, y la reflexion que pasado el primer momento empezó á obrar en todos, haciéndoles temer las consecuencias judiciales que debian necesariamente sobrevenir, todo esto junto hizo fuesen saliéndose de la pelea y escapando á sus casas una gran parte, y que por último, se terminase aquello y no quedasen en la plaza más que Gabriel de Espinosa con los otros tres ginetes, el alcalde don Rodrigo de Santillana con su ronda, la justicia de la villa con sus alguaciles, y los vecinos que la habian ayudado, y como unos sesenta estudiantes que rodeaban las imágenes del Niño Jesús y de la Virgen de las Azucenas, junto á la cual estaba todavía temblando de miedo doña Ana de Austria con su servidumbre, y los tres religiosos y los escolares que habian ido á su lado. Quedaban además acá y allá heridos, contusos, y estropeados, que no podian valerse bien; pero por un casi milagro, á pesar de que la pelea habia durado más de un cuarto de hora, no habia quedado en la plaza ningun muerto, ni ninguna persona gravemente herida.

VIII.

Satisfizose por lo pronto don Rodrigo de Santillana con mandar á su ronda prendiese á todos aquellos cojos y á todos aquellos rencos que no habian podido escapar, y los llevasen á la cárcel, y despues de esta órden, que habia dado de una manera nerviosa, se volvió todo grave á Gabriel, que habia echado pié á tierra como los otros tres ginetes, y guiado por fray Miguel de los Santos se acercaba á doña Ana de Austria que estaba todavía, mal repuesta del susto, junto á la imágen de la Virgen de las Azucenas, entre los escolares y demás gente, á la luz de algunas hachas de viento que alumbraban la escena.

—¿Y quién sois vos que pareceis forastero, y tambien habeis servido al rey? decidme vuestro nombre, caballero.

—Más bajo, señor don Rodrigo de Santillana, dijo sonriendo afablemente y con grave mesura y con gran dignidad á la par Gabriel; yo no soy caballero, ni siquiera hidalgo, sino soldado que ha andado corriendo por esos mundos de Dios sus aventuras, y que viene á Madrigal, de donde fueron sus padres, para cobrar su herencia y ser pastelero en paz y en gracia de Dios, y al servicio del rey nuestro señor y de vuesa merced, señor don Rodrigo de Santillana; pero me habeis preguntado mi nombre, y debo decíroslo; me llamo Gabriel de Espinosa.

—Pues por mi vara de alcalde y mi honra de hidalgo, que me parecísteis y me estais pareciendo mucha más persona de la que decís, dijo el alcalde que se sentia dominado por la mirada que tenia fija en él Gabriel de Espinosa.

—Me he tratado durante tanto tiempo bajo mi bandera y por tantos años con gente tan principal, que no hay que tener á milagro el que yo parezca más de lo que soy, porque se me haya pegado algo de la noble gente con que he vivido.

—Lo de soldado viene á explicar que parezcáis más que pastelero, dijo el alcalde: idos pues, Gabriel de Espinosa, á reposar á vuestra casa, que ya vendrá tiempo en que yo hable más largamente con vos.

Gabriel de Espinosa que habia estado sombrero en mano

desde que le había hablado el alcalde, después de la refriega, saludó al alcalde cortesmente, se retiró algunos pasos con su caballo, montó, montaron los tres que le acompañaban, y al paso, se dirigieron á la pastelería, que estaba al otro extremo de la plaza.

IX.

Después de esto, la justicia del pueblo fué por sí misma á la imágen de la Virgen de la Soledad, que se había quedado absolutamente sola, y la llevó á una iglesia cercana.

Los estudiantes, á la sordina cargaron con el Niño Jesús y con la Virgen de las Azucenas, y se la llevaron á la iglesia de los agustinos.

Doña Ana de Austria con su servidumbre, con fray Miguel de los Santos, los dos religiosos y el alcalde don Rodrigo de Santillana, que la acompañó por respeto, se trasladó á su convento.

En la plaza no habían quedado más que vidrios y varaes de faroles rotos, porque en cuanto á las velas, no había faltado, á pesar del tumulto, quien se las llevase.

X.

Empezaba á amenercer, cuando el alcalde don Rodrigo de Santillana se volvía de acompañar á doña de Austria y se encaminaba á la cárcel, incansable siempre, para tomar declaración á los presos, murmurando por el camino:

—Este soldado, este pastelero, este Gabriel de Espinosa parece mucho hombre: bien podrá ser lo que él ha dicho, de habersele pegado algo de noble de su mucho trato con gente noble; pero aquella mirada, aquel hablar reposado que no parece sino que manda á quien sabe que es más que él... es necesario averiguar quién este hombre es, de dónde viene, y á qué iene.

XI.

Entretanto, doña Ana había quedado profundamente impresionada: mientras Gabriel de Espinosa había hablado, no había dejado de mirarle con una atención y con una ansiedad que hubieran hecho sospechar á don Rodrigo de Santillana, si este no hubiera estado tan dominado por Gabriel de Espinosa.

Doña Ana que estaba enamorada hacia ya mucho tiempo de una manera ideal de Gabriel de Espinosa, se enamoró al verle más y más, fascinada por la magestad ó por la altivez que de Gabriel de Espinosa emanaban.

Parecióle hermoso y jóven, á pesar de estar envejecido por los trabajos: creyó ver en él mucho de régio, túvole sin una sombra de duda por el rey don Sebastian, y se decidió á arros-trarlo todo por él.

Doña Ana estaba más que enamorada: estaba loca.

CAPITULO V.

De cómo se compuso Gabriel de Espinosa para desvanecer por el momento las sospechas de don Rodrigo de Santillana, y en que crece el misterio que rodea á este personaje.

I.

Aún no era el mediodía, cuando don Rodrigo de Santillana creyó que ya había tenido tiempo Gabriel de Espinosa para haber descansado, y le envió un alguacil, mandándole que se le presentase inmediatamente.

Pero don Rodrigo de Santillana no había descansado.

Después de haber tomado algunas declaraciones á los presos del tumulto de la madrugada, había llamado á los hombres más viejos de la villa, y les había preguntado cuánto tiempo hacía que Gabriel de Espinosa faltaba del pueblo, y si había habido algún motivo para que hubiese estado tanto tiempo ausente de él.

Averiguó de este modo que nadie sabía claro, si Gabriel de Espinosa era hijo legítimo ó no de Juan de Espinosa y de su mujer Mari-Perez, ó si había sido recogido del cajón de los expósitos de la iglesia mayor de Santa María de Toledo, y prohibido por los esposos durante un poco tiempo en que tuvieron en Toledo pastelería.

Don Rodrigo de Santillana aprovechó de tal manera aquel poco tiempo, que hizo buscar al cura de la iglesia parroquial de

la villa la partida de esponsorio y la de bautismo de Juan de Espinosa y de Mari-Perez, y de Gabriel de Espinosa; y tal informalidad habia entonces en los libros parroquiales, que por ellos no podia acreditarse que hubiesen existido ni los padres ni el hijo, y el alcalde tuvo que conformarse con lo que de público se sabia en la villa.

Esto nada probaba acerca de la legitimidad ó no legitimidad del nacimiento de Gabriel de Espinosa, ni de quiénes fuesen ó no fuesen sus padres.

Probábase únicamente, que los libros parroquiales no servian para nada, por el descuido de los párrocos y por la informalidad con que se hacian los asientos parroquiales.

II.

Gabriel de Espinosa se presentó modestamente vestido, pero con una marcada delicadeza, que no cuadraba bien ni con la fortuna, ni con las costumbres de un pastelero, á don Rodrigo de Santillana.

Lo de soldado y lo de las costumbres adquiridas por Gabriel de Espinosa por el continuo trato con gente noble, seguia embrollando al alcalde.

Este recibió sentado y cubierto á Gabriel de Espinosa, sin invitarle á que se cubriese ni que se sentase, y para hacer una prueba, le dijo con acento descortés y soberbio:

—Tales cosas he descubierto de vos en una sola hora que de vos he tratado con algunos de la villa, que tengo yo para mí que os he de ahorcar, don villano.

—Repórtese vuesa merced, señor alcalde, dijo tranquilamente Gabriel de Espinosa, sin ponerse pálido ni encendido, y mire cómo trata á un hombre honrado, que aunque vuesa señoría sea alcalde y yo pastelero, no le ha dado el rey la vara para que trate como á un pelaire, á quien, aunque villano, tiene tanta honra como cualquiera.

—Eso ya lo veremos, que tiempo habrá para ello, dijo don Rodrigo que se sentia cada vez más y más dominado por el valor y el no sé qué extraño que se desprendia de Gabriel de Es-

pinosa; pero entretanto, sepamos quiénes fueron sus padres, y qué muestra ha dado de sí para que se le trate como á un hombre de honra y buen servidor de Dios y del rey.

—En cuanto á mi nacimiento, dijo Gabriel de Espinosa; mire vuesa merced que yo mismo no sé lo que piense ni lo que crea; porque unos dicen que yo fuí expósito, recogido en la puerta de la iglesia mayor de Santa María, de la ciudad de Toledo, y decían mis padres, que yo por tales los tengo, que estas eran calumnias que levantaban los de la villa, porque tenían envidia de su buen pasar, y que Mari-Perez, mujer de Juan de Espinosa, me habia dado á luz sin que en ello hubiese género de duda. Yo, por lo mismo, y porque debia creer más á los que me habian criado con amor, que á los que afirmaban que yo era expósito, he creido siempre que Juan de Espinosa y Mari-Perez fueron mis padres, y como á tales los amé, y guardo de ellos buena memoria.

—Hánme dicho tambien que vos habeis andado fuera de España diez y ocho ó veinte años há, por un homicidio que cometisteis, y como vos no podeis probar de contado que vos no lo habeis cometido, doy desde aquí con vos en la cárcel, y os pudro en ella hasta que el delito se aclare, y pueda sentenciar en justicia.

—Eso, señor alcalde, está ya visto y sentenciado; porque es verdad que yo maté á un hombre porque me trató con poco respeto, de lo cual hay papeles en la Chancillería de Valladolid; pero tambien es cierto, que despues de haber servido al rey de Portugal, tomé bandera al servicio del rey de España en Flandes, y le serví tan bien, que por buenos oficios del gobernador don Luis de Requesens, logré indulto del rey de aquella muerte, que hice frente á frente como honrado, y con causa y razon bastante, y aquí está la real carta de gracia para que vuesa merced la vea, que no me dejará mentir.

Gabriel de Espinosa sacó de debajo del justillo una cartera de seda envuelta en una larga cinta, y de ella muchos papeles, entre los cuales buscó un papel sellado, que entregó al alcalde.

III.

Don Rodrigo de Santillana leyó y releyó aquel papel, y le devolvió en silencio á Gabriel de Espinosa.

—Pues que el homicidio es ya asunto buena y legítimamente concluido, sepamos dónde habeis andado los catorce años que van desde este indulto hasta ahora.

—Estuve cuatro años en Flandes, en el escuadron de alabarderos de la guardia de don Luis de Requesens, y aquí está la certificacion en que consta. Despues de esto, serví cuatro años en la isla de Cuba con don Fernando de Cárdenas, como consta por este otro papel: por último, me vine á Europa, y he servido otros cuatro años en el Milanésado, como por esta otra certificacion se prueba. Y habiendo sabido por un soldado que habia hablado con otro de este pueblo, de cuyo nombre no me acuerdo, que mi madre habia muerto, cansado de andar rodando por el mundo, me he venido á esta villa á cobrar mi pobre hacienda; pero antes me pasé por Roma, y pedí confesion al papa.

—¡Confesion al papa! exclamó con asombro el alcalde.

—Señor don Rodrigo de Santillana, un soldado hace tantas cosas en la guerra, por las que la justicia de la tierra no le puede cargar ni un alfiler, pero tan graves á los ojos de Dios y tan pesadas para la conciencia, que bien ha menester una buena absolucion, y yo, como me encontraba en Italia, dije para mí: el viaje á Roma no es largo, y me vendria bien para la salud de mi alma la absolucion del papa; porque he matado en las batallas mucha más gente de lo que era mi obligacion, y he saqueado mucho y cometido muchos desafueros. Y fui, y el papa me absolvió y me dió este papel, y héme aquí, que estoy en Madrigal y delante de vuesa merced, perdonado por el papa, y con el alma más blanca que el armiño.

Don Rodrigo de Santillana leyó con suma atencion el último papel que le habia presentado Gabriel de Espinosa.

Quando dejó de leerle, le miró con asombro y aún con respeto.

—Muchas y grandes cosas debeis haber hecho, cuando el papa os ha dado un papel tan honroso: en cuanto á hombre de aliento, bien he visto yo por mi mismo esta mañana lo que vos valeis, pues solo con vuestros criados habeis hecho lo que no hemos podido ni la justicia del pueblo ni yo; pero aquí se habla de una niña que se llama Gabriela que ha venido con vos y con una mujer encubierta, segun se me ha dicho por personas que os vieron entrar esta mañana en la pastelería: aquí se vé claro que vos habeis tenido esa hija en una dama muy principal, que no consta quien sea ni de qué nacion.

—Es tan alta, señor alcalde, que casi casi es reina.

—No os pregunto quién sea, porque nuestro Santísimo Padre quiere que por altas conveniencias se mantenga secreto el nombre de esa señora; pero me maravilla que siendo tan principal, y debiendo ser por lo mismo muy rica, vos os vengais con su hija á Madrigal, á hacer en esta villa el oficio de pastelero.

—Cada cual sigue su fortuna, señor alcalde, con el camino que Dios le abre, y estas son cosas que se quedan para Dios y para mí; y bien podrá ser que esa dama tan principal haya quedado pobre por mis amores, y que esa dama, yo y nuestra hija, no tengamos para vivir otra cosa que mi poca hacienda y lo que se saque de los pasteles.

—Pastelero tal no he visto en todos los dias de mi vida, dijo el alcalde, y tales aventuras comprendo que habeis tenido, que con ellas pudiera muy bien escribirse una curiosísima historia. Pero tan bien habeis probado que sois Gabriel de Espinosa y que nada en vos hay que sospechar y temer, que podeis iros libre sin temor de que yo vuelva á preguntaros, si no sobreviniere algo nuevo: recoged, pues, vuestros papeles, y que os guarde Dios.

Gabriel de Espinosa saludó con respeto pero con grave dignidad, al alcalde, y salió.

V.

En la pastelería habia mucha gente atraida por la noticia de que Gabriel de Espinosa, el hijo de Mari-Perez la pastelera, ha-

bia vuelto á la villa despues de largas aventuras por el mundo. La mayor parte de aquella gente no conocian á Gabriel de Espinosa, porque los unos eran niños, y los otros no habian nacido aún cuando Gabriel habia salido del pueblo: pero algunos de ellos, de edad provecta los unos, ancianos los otros, le habian conocido, y venian á saludarle, trayendo consigo á los jóvenes que no le conocian.

Pero la villa acababa de pasar por un grave suceso que ponía en cuidado á todo el mundo, porque no se sabia lo que el tremendo alcalde don Rodrigo de Santillana sería capaz de hacer por consecuencia del alboroto de aquella madrugada, y se habló más de ello que de la venida de Gabriel, y creyendo á este persona que podria hacer algo por ellos, puesto que don Rodrigo le habia llamado y no le habia preso, lo que significaba mucho, venian á suplicarle hiciese lo que pudiese por la villa.

—No soy yo persona de tanto valer, amigos, les dijo Gabriel de Espinosa, que pueda prometeros mucho: el señor don Rodrigo de Santillana es hombre que tratándose de la justicia, no escucha palabras ni atiende á razones, vengan de donde vinieren, y tanto ménos, si estas palabras salen de la boca de un pobre pastelero como yo. Ello es la yerdad, que en lo de esta mañana habeis andado desatentados y poco temerosos de la justicia, hasta tal punto, que yo creí haberme engañado y haber dado en otro lugar, en vez de haberme venido á Madrigal: en otro tiempo, Madrigal era una villa quieta y pacífica, y bastaba un desdichado alguacil para poner en paz á los que por acaso y rara vez reñian, y hoy no han bastado ni un alcalde de casa y córte de la real Chancillería de Valladolid, ni la justicia del pueblo, ni las exhortaciones de tres religiosos graves, ni la presencia de una persona real, y menester ha sido valerse de las espadas y apretar los puños y que los alborotadores se cansen, para que se acabe el alboroto: os repito que yo no conozco á Madrigal, y que está muy mudado de como yo le dejé.

—Entonces Madrigal no tenia la plaga de estudiantes que hoy tiene, contestó un viejo, y los ociosos que se vienen al pueblo para hacerse lado por los que privan con doña Ana de Austria, á fin de que esta señora les dé cartas para ir con ellas á la córte á lograr sus pretensiones.

—Los estudiantes, dijo con la boca llena un bachiller talludo y mal encarado que devoraba un pastel allá en un rincón, han hecho de Madrigal una villa honrada de un villano villorrio que era, donde los hombres eran poco más ó menos caballerías de carga.

—Miente el estudiante insolente, dijo un mozo de los de la villa, adelantando hácia el bachiller y blandiendo un garrote.

—No volvamos á lo de esta mañana, dijo con una autoridad que dominó á todos Gabriel de Espinosa, y téngase el villano y cálese el bachiller, no sea que se me acabe la paciencia, y les pese á muchos de haber nacido.

—Pues que se mire cómo se trata al Seminario, dijo el bachiller, que los estudiantes se dejarán rajar primero que consentir en que se los maltrate de obra, ni de palabra.

—Mejor fuera que estudiaran más y gritaran ménos, contestó un viejo, y dejaran en paz á las mozas del pueblo, que esta, señor Gabriel, es la causa de todos los disturbios y de todas las desdichas que suceden; porque en sabiendo que cumple una muchacha doce años, ya tiene sobre sí toda esta plaga estudiantina que no temen ni á Dios, ni al rey, ni á la justicia.

—Ya veremos de arreglar eso, lo de los estudiantes con los padres agustinos, y lo del escándalo de esta mañana, por la intercesion de la señora doña Ana de Austria á quien tengo que ver, porque traigo para ella cartas del papa.

Abrieron todos al oír esto desmesuradamente la boca y los ojos, y el bachillerote dejó de comer, y miró de hito en hito á Gabriel de Espinosa con una expresion que queria significar que lo tenia por loco.

—Idos, pues, á vuestras casas, amigos, continuó diciendo Gabriel de Espinosa, y vos, seor estudiante, no pagueis la costa del pastel que estais comiendo, y haya paz y buena amistad entre estudiantes y vecinos, que ya veremos el modo de que nadie pague la costa de lo que ha pasado esta mañana.

Dicho esto, Gabriel de Espinosa se volvió y se subió por las escaleras, desapareciendo por lo alto de ellas.

—Con muchos humos viene para pastelero, dijo uno de los del pueblo, y cuadra mal el don sin la veinticuatria: allá veremos en qué paran estas misas.

Y se salieron todos sérios y mohinos, porque les habia sentido muy mal la tiesura con que los habia recibido el hijo de Mari-Perez, la pastelera.

—Pues no, dijo el bachiller levantándose y apretándose las agujetas de la pretina; trabajo le mando al que quiera poner los dedos en la nariz de los estudiantes.

Y se salió sin pagar el pastel que habia devorado ni el jarro de vino que se habia bebido, lo que probaba que el desagradecimiento era la cualidad predominante de aquel talludo bachiller en leyes: porque al fin, Gabriel de Espinosa le habia convidado, y no debia mostrarse tan hostil para con él.

VI.

En la expresion que mostraba Gabriel de Espinosa, atravesando un corredor en dirección á una puerta, se notaba que todo aquello le contrariaba sobremanera, y le ponía en gran cuidado.

Llegó al fin á aquella puerta, la abrió con llave, entró en una habitacion pobremente amueblada, á la manera de las casas de la gente humilde de los pueblos, llegó á otra puerta, la abrió tambien con llave, y se encontró en otra pobre habitacion, en la cual habia un gran lecho de nogal y una gran cuna de lo mismo, y sentada en un gran sillón de nogal y baqueta, la sultana Sayda-Mirian, vestida con un sencillo y pobre traje de lugareña de Castilla, pero nuevo y limpio, y que la sentaba muy bien.

Sayda-Mirian mecía la cuna donde dormía la pequeña Gabriela.

La habitacion no tenia á más de la cuna, de la cama y del sillón, otros muebles que una gran mesa de nogal, otro sillón de nogal y baqueta, algunos siales de nogal, estampas de santos en marcos negros sobre las paredes blancas, el piso de baldosas y el techo de viguetas con bovedilla: no tenia más puerta que aquella por donde Gabriel de Espinosa habia entrado; y dos ventanas que daban sobre un huerto, cubiertas con cortinas de lienzo blanco, daban luz al aposento.

—¿Qué ha sucedido? dijo con interés Sayda-Mirian; ese hom-

bre que hemos encontrado aquí, ese Gil Lopez dice que el alcalde don Rodrigo de Santillana es el más temible de los alcaldes del rey de España.

—Afortunadamente, dijo Gabriel de Espinosa, fray Miguel de los Santos ha estado previsor en proveerme de los papeles que he presentado al alcalde.

—Papeles que no tendrías sin la influencia del rey de Francia.

—Si Enrique IV hace esto, es porque le conviene, no porque yo vuelva al trono de Portugal.

—Al fin ha llegado un día en que sepamos que no nos habíamos engañado: que tú eres el rey don Sebastian y no Gabriel de Espinosa.

—¿Quién sabe lo que yo soy? contestó sombríamente Gabriel.

—Nadie mejor que yo sabe cuánto se parecía á tí aquel soldado con quien yo te cambié en el campo de batalla de Alcázar-Kivir, que pasó por el cadáver del rey don Sebastian: por eso no me ha extrañado que Gil Lopez te crea Gabriel de Espinosa, y como á tal te trate, y que fray Miguel de los Santos y Diego Carbalho y Francisco Cobos y Juan de Azcárate, el Navarro, que tanto conocieron al rey don Sebastian, te traten como á tal, y como á tal te respeten, y como á tal te sirvan.

—Puede ser, dijo roncamente Gabriel de Espinosa, que me nieguen un día, como San Pedro negó á Cristo. Me causa un gran cuidado el ver cómo se presentan las cosas: llegamos, y encontramos peligros é inconvenientes, y ya me he visto obligado á responder á un juez, que á no venir tan bien prevenido, hubiera dado conmigo en la cárcel.

—¿Y el alcalde Santillana ha podido alentar sospechas? dijo con ansiedad Sayda Mirian.

—No; pero se ha quedado asombrado de mí y curioso, y no quisiera que un hombre tal hubiese fijado los ojos en mí, que puede ser que tanto los fije, que algo vea; porque estos golillas son gente que de las sombras hacen cuerpo, de lo que yo creo que viene aquello que de algunos alcaldes se dice de que son capaces de ahorcar hasta á su sombra. Es necesario, pues, evitar que don Rodrigo de Santillana me ahorque.

—¡Oh, y qué suposición tan horrible! dijo Sayda Mirian.

—Soy yo tan desgraciado, contestó Gabriel de Espinosa, que todo pudiera suceder.

—¿Y para qué hemos venido entonces á Castilla? dijo Sayda Mirian.

—¿Y dónde habíamos de ir? En Africa no podemos estar; de Venecia nos han arrojado; el rey Enrique IV no nos quiere en Francia; el papa nos dejaria estar en Roma, pero no nos daria un solo escudo; estamos completamente pobres, y nada nos queda más que las tierrecillas que he heredado de Juan de Espinosa.

—Que ó no son tuyas, ó tú no eres el rey don Sebastian.

—Mira, dijo Gabriel de Espinosa, aun no ha llegado el tiempo de que se sepa quién yo soy; tal vez yo mismo no lo sé: puede suceder tambien que el misterio de mi vida no se aclare jamás.

—No sé por qué no me ha pesado nunca de haberte conocido, dijo con despecho Sayda Mirian.

—Porque me amas, contestó con acento concentrado y de una manera profunda Gabriel de Espinosa.

—Te amo, sí, dijo Sayda Mirian, y te amaré siempre, suceda lo que quiera, aunque por tu causa vamos de dia en dia de mal á peor: aunque mal escarmentado de tanta imprudencia, si-gues cometiendo imprudencias: ¿á qué venir á Madrigal á complicar los sucesos, á engañar á esa monja infanta, á dar ocasion que una imprudencia suya nos pierda?

—Siempre hablan tus celos, Maria, dijo Gabriel de Espinosa, y tus celos son el mayor peligro que nos amenaza.

—¿Cuándo me he negado yo á tu voluntad? dijo con un frio acento de reconvencion Sayda Mirian: necesitaste mis riquezas y te las dí; quisiste que nos trasladásemos á Venecia, y te acompañé: una sola vez me he sublevado contra mi suerte: cuando me ví repudiada por tí, cuando te ví próximo á ser esposo de otra mujer; despues ha bastado con que tú me digas algunas palabras afectuosas, para que yo vuelva á ser para tí la amante sumisa y esclava: quisiste que fuésemos á Francia, y fuimos arrojados de allí como de Venecia: pobres ya, sin más recursos que la providencia de Dios, te he seguido á Roma, donde no pudimos permanecer; y estamos en España, á pocas leguas de

ese terrible rey, tu enemigo, que no perdonará medio alguno para destruirte, si conoce tu existencia: y no es esto solo; al venir á España se me ha exigido el más terrible sacrificio que puede exigirse á una mujer: yo no soy aquí tu esposa, no soy la madre de mi hija, sino la nodriza de una gran señora, cuyo nombre está envuelto en el misterio: he sucumbido aun á más; á lo que yo no hubiera creído nunca posible que sucumbiera, á tolerar que cerca de mí, oyéndolo yo, se haga creer á esa doña Ana de Austria, que tú no has venido á Madrigal, sino para tomarla por esposa.

+ —En las circunstancias en que nos encontramos, esto es necesario de todo punto; es preciso que haya una razón para que los nobles de Portugal que han de venir á reconocermé, puedan llegar hasta mí, encubriéndose con el pretexto de venir á ver á doña Ana de Austria: esto no producirá sospechas, porque doña Ana de Austria está muy querida por el rey don Felipe, que la cree santa, y todo el mundo sabe que cuando se quiere obtener una gracia de Felipe II, se busca la intercesión de su sobrina doña Ana de Austria. A más de esto, si alguno de esos magnates de Portugal pudiera dudar acerca de mí, no dudará al saber que doña Ana de Austria está resuelta á casarse conmigo; porque ¿quién puede creer que una sobrina del rey de España, una dama de la casa de Austria, había de consentir por nada del mundo en casarse con un villano, con un pastelero? Pero esto no puede durar mucho: dentro de poco tiempo, gracias á doña Ana de Austria, los nobles de Portugal me habrán reconocido, y me habrá reconocido por ellos don Antonio, Prior de Ocrato, á quien en estos momentos y creyéndome muerto, ayudan los ingleses con soldados, naves y dinero: entonces no seré yo el rey errante y misterioso, pobre y solo, que ha ido á buscar ayuda en las testas coronadas enemigas del rey de España: sino el reino de Portugal, representado por sus grandes, el que irá á pedir ayuda, ejércitos y dinero á los reyes enemigos de Felipe II, para poner en el trono de Portugal, al rey don Sebastian á quien ellos han visto, á quien ellos han reconocido bajo el humilde disfraz de pastelero, y á quien han rendido pleito homenaje en un pobre lugar de Castilla la Vieja, en la celda de una monja; ¡y el día en que

yo pise las playas de Lisboa, cabalgando en batalla, llevando á mi lado el estandarte real de Portugal, y tras mí un ejército, no acontecerá entonces lo que aconteció al loco mancebo de Alcázar Kivir, no; no volverá á verse tendido por tierra el estandarte de Portugal, porque el insensato mancebo murió, y ocupa su lugar un hombre que tiene la mano y la cabeza bastante fuertes para sostener el peso del cetro y de la corona.

—¡Siempre el misterio! dijo Sayda Mirian con la mirada fija; pero serena y fria, en la mirada de Gabriel, que resplandecía con el fuego del entusiasmo y del valor; ¡siempre ese misterio que empezó hace diez y ocho años sobre el campo de Alcázar-Kivir á la vista de un cadáver y de un casi cadáver, completamente semejantes, y que aún dura, desesperándome más cada dia; porque ese misterio guardado por tí, es incomprendible; para con una mujer que tanto te ha amado y te ama; que tanto te ha sacrificado y te sacrifica, y está dispuesta á sacrificarte!

—¡Quién sabe lo que yo soy! ¡solo Dios! y si fuera posible ocultarlo á Dios, ¡tampoco Dios lo sabria!

—¡Siempre cruel, siempre terrible! ¿temes acaso que yo te haya amado por orgullo, y que al decirme tú: yo no soy el rey don Sebastian, yo soy un expósito, yo soy Gabriel de Espinosa, un soldado aventurero, un hombre oscuro, dejaria yo de amarte? ¿crees tú que haya podido estar anhelante, aterrada, durante largas horas de agonía, junto á un hombre hermoso, en el cual apenas habia una chispa de vida, al que solo podia salvar el incesante, el tierno cuidado de una mujer enamorada, sin que esta mujer le amase con toda su alma? ¿crees tú que esta mujer puede renegar por un hombre de su Dios, renunciar un trono, abandonar su pátria, desprenderse de sus riquezas, y ser esclava de un hombre, sin estar por él loca de amor? ¿crees tú que esa misma mujer puede perdonar lo que tú hiciste en Venecia, sin tener llenos el corazon y el alma de un amor insensato? ¿crees tú que sin la incontrastable fuerza de ese amor, me reduciría yo á pasar por una villana, por una criada tuya, por la criada de un pastelero, por la nodriza mercenaria de mi pobre hija, viviendo aquí sola, escondida, viendo venir el peligro, temblando por tí, y por tí llorando y rezando?

¡No, Gabriel, no! tanto amor y tanto sufrimiento por tí, no pueden cambiarse en desamor, porque tú me digas que no eres el rey don Sebastian: ¿será acaso que temas que yo te haga traicion, y me engañes para que no te la haga? ¡no quiero creerlo! ¡no quiero pensarlo, porque eso seria para mí más terrible, no que mi muerte, porque para mí la vida nada vale; pero si más terrible que tu muerte y la muerte de nuestra hija! Sácame de dudas, Gabriel, porque mira: si yo supiera que tú eras el rey don Sebastian, tendria menos miedo; porque no temeria que el rey don Felipe se atreviese á matar á su sobrino, al hijo de su hermana, al rey de Portugal, por la sola razon de conspirar para recobrar su corona.

—¡Mató á su hijo el príncipe don Carlos! ¡mató á su hermano don Juan de Austria! ¿qué le importaria al rey don Felipe matar á su sobrino el rey de Portugal, si matándole retenia entre sus garras ambiciosas su corona? ¡No me preguntes más, María: para tí que me has salvado, para tí que todo lo has sacrificado por mí, seré siempre un misterio, aún cuando te sientes á mi lado en el trono de Portugal!

—¡Gabriel! ¡Gabriel! exclamó Sayda Mirian levantándose y asiéndose al cuello de Gabriel de Espinosa; ¡no me engañes por compasion! ¡no me engañes por asegurar mi prudencia y mi silencio, que harto te lo asegura el amor que me abraza el alma, porque yo te amo más cada dia; porque cada dia me pareces más hermoso y más jóven, á pesar de tu frialdad, de tu desden, de tus locuras! ¿Es verdad, que esa carta de repudio no es más que un medio de que te vales para llegar á tus intentos? ¿es verdad, que cuando recobres tu trono no veré yo junto á tí á otra esposa? ¡ay! ¡no lo digo por ambicion! si yo dejé por tí y sin dolor, de ser sultana absoluta de Marruecos, libre y señora, no esposa esclava de un sultan, sino el sultan mismo; porque yo soy la nieta descendiente en línea recta de Mahoma, el jefe de la santa familia de los Xerifes; si yo tenia valor bastante y prestigio bastante para montar á caballo y dar batalla y vencer al frente de mis kabilas feroces al que hubiera querido oponerse á mi grandeza: si yo pude ser una heroina como Semíramis, y todo esto lo abandoné por tí, ¿qué puede importarme tu pequeño reino de Portugal, en el

cual no sería más que la esposa, la madre de los hijos del rey, tu primer vasallo, pero vasalla siempre, cuando he podido ser señora, y señora absoluta, de un grande, rico y fuerte imperio, en el cual serian esclavos míos los hombres más valientes del mundo? ¡No, Gabriel, no! lo que te habla no es mi ambicion, son mi amor y mis celos: es que yo moriria desesperada si viese á otra mujer tuya.

Y Mirian reclinó sollozando su cabeza sobre el hombro de Gabriel.

—¡María! ¡María de mi alma! exclamó Gabriel asiendo con sus dos manos la cabeza de Mirian y estampando en su pura frente un beso abrasador, que hizo estremecerse toda á Mirian: hay momentos en que me transformo; en que la razon ilumina mi pensamiento; en que te veo tan noble, tan generosa, tan grande como eres, y siento dentro de mí un remordimiento horrible: el remordimiento de mi locura; porque yo estoy loco, María; porque arde en mí un pensamiento terrible, que me hace espantarme de mí mismo; porque tengo siempre delante de mí el funesto campo de Africa, donde ví hundirse entre el polvo sangriento el reino de Portugal: donde ví caer á centenares, dichosos porque cerraban los ojos á aquella ignominia, valientes caballeros, que ya desesperados, en vez de volver con cobarde mano los frenos de sus caballos, se arrojaban en medio de los tigres marroques, buscando una muerte que preferian al cautiverio y á la deshonra.

—¡Tú eres el rey don Sebastian! gritó la sultana devorando con una mirada hambrienta, dilatada, inmensa, lúcida, delirante, la altiva, la magestuosa mirada de Gabriel de Espinosa.

—¡Calla! la dijo Gabriel llevándola al sillón en que Sayda Mirian se sentó maquinalmente, con la mirada siempre fija, absorta y enamorada en el semblante de Gabriel: ¡calla! si soy el soldado Gabriel de Espinosa, no quiero avergüenzarme ante tí, dejándote conocer al impostor miserable: si soy el rey don Sebastian, no quiero que tú no puedas dudar de que yo soy el rey que tiene sobre su frente la vergüenza de la miserable derrota de la batalla de los Xerifes; prefiero ser para tí el misterio; quiero que partan para tí su mútua vergüenza, como impostor

el uno, y como rey deshonrado el otro, Gabriel de Espinosa y don Sebastian de Portugal.

—Si eres Gabriel de Espinosa, vales tanto como un rey, y mereces serlo; si eres el rey don Sebastian.... el rey don Sebastian era muy jóven, tenia sed de gloria, le engañó su corazon, fué vencido por demasiado valiente: no sobrevivió vergonzosamente á su derrota; si murió, su sombra sangrienta vuelve por su honra de rey y de caballero; y si vive, si Dios permitió que hubiera entre aquella gente bárbara, una mujer destinada á salvarle, al borrar recobrando su trono contra todo el poder del rey de España, la mancha de su loca imprudencia que le llevó á ser vencido á Africa, debe decir á su amante, á su esposa, á su reina: ¡yo soy, yo soy el rey don Sebastian! y si esto debe decirse despues del triunfo, ¿por qué no ha de decirse antes, cuando ella está segura de su valor y de su grandeza, y de que si no triunfa será porque no haya dejado de combatirle la dura mano de la desgracia?

—No, nunca; ni ahora ni despues; ni vencido, ni vencedor; ni impostor sentenciado, ni rey temido: para tí siempre el misterio: yo soy quien quieras que sea; Gabriel de Espinosa ó el rey don Sebastian, ó ninguno de los dos.

—Pues bien; tu esposa no volverá á preguntarte más, Gabriel; tu esposa partirá tu suerte, como hasta ahora la ha partido; pero déjala conocer siempre tu amor, Gabriel, no atormentes su alma con tu desden, con tu frialdad; no la abandones nunca, aunque no sea más que por compasion; no pongas, no por Dios, en tu tálamo á otra mujer.

—Doña Ana de Austria no será nunca mi esposa; doña Ana de Austria me servirá; pero no hará jamás que yo falte al agradecimiento que te debo.

—Y sin embargo, si los sucesos no se hubieran opuesto á ello, aquella horrible mujer, aquella Estefana Barbarigo, hubiera sido tu esposa.

—Yo estaba entonces loco; aquella mujer debió darme algun bebedizo; pero aquello pasó: aquella mujer ha muerto, y yo he acabado de conocerte; he acabado de comprender cuánto me amas, por la situacion en que nos colocó aquella locura mia,

En aquel momento se oyó un golpe en la primera puerta que habia cerrado Gabriel de Espinosa.

—Llaman: voy á ver quién es, dijo Gabriel.

Y fué á la puerta de la habitación, la abrió, y luego abrió la segunda puerta.

El que llamaba, era Juan de Ascárate el Navarro.

VIII.

—Fray Miguel de los Santos, dijo, me envia, y dice que está aguardando á vuesa merced; que él no viene por no dar á murmurar nada á estas gentes que son muy maliciosas, y que Dios sabe lo que podian pensar.

Gabriel de Espinosa bajó la cabeza, se quedó por un momento pensativo, cerró la puerta, y dió las dos llaves al Navarro.

—Cuida, le dijo, mientras yo esté fuera, de la señora; y como puede ser que yo tarde, no te muevas de aquí ni bajas abajo, ni te dejes ver, no sea que como está reciente aún el lance de esta mañana, y muchos te habrán conocido y te guardarán enemistad, sobrevenga otro lance, y sea peor que el primero: por eso he enviado á Cobos y á Carbalho á Blanco-Nuño, y te hubiera enviado tambien á tí, á no ser porque es necesario que alguien sirva á la señora mientras yo no esté en casa. Con que atencion y cuidado, y adios.

Y Gabriel bajó las escaleras, y al pié de ellas se encontró con Gil Lopez, que le creia de buena fé Gabriel de Espinosa su pariente.

—Mal día tenemos hoy á pesar de que es fiesta, dijo Gil Lopez; con lo que hubo esta mañana, y con lo bravo que anda por esas calles don Rodrigo prendiendo gente, nadie se atreve á salir á la calle; no entra un alma en la pastelería, y me parece que nos quedamos con los pasteles en el cuerpo.

—Los que no se vendan hoy, dijo Gabriel, se venderán mañana, y si no se vendiesen, tanto dá; que la pérdida no puede ser mucha, y si lo fuese, tendremos paciencia.

—No estamos para pérdidas, hijo, dijo Gil Lopez, que los

tiempos andan malos, y con pocos dias que sigamos perdiendo, será preciso cerrar la pastelería, y que tú te vayas otra vez á la guerra, y yo me meta á peon de campo.

—Ya se verá lo que hay que hacer en esto, dijo Gabriel; ahí traigo unos dinerillos con que se puede entretener la costa aunque se pierda algunos dias, y cuando esos dias pasen, podrá ser muy bien que vengan más dineros, con lo cual los pasteles serán más que oficio, entretenimiento y disculpa, para que nadie se meta á averiguar de donde nos viene la plata que gastemos.

—¿Esos dineros te los enviará sin duda, dijo Gil Lopez, la madre de la niña?

—La madre de la niña es tan rica y tan gran señora, que no nos faltará oro aunque no sea más que por que su hija se crie como una princesa.

—¿Y por qué no te has quedado tú allá con esa señora, ó por qué esa señora no se ha venido contigo?

—Ni yo podia estarme, ni ella venirse: estaba yo en Nápoles muy amenazado, y ella muy temerosa de perderme, y fué necesario darle gusto y venirme; y si ella no se vino, que bien quisiera, porque mucho me ama, fué porque la aseguran allí grandes obligaciones.

—¿Será esa señora parienta del virey? dijo Gil Lopez que creia todo el embolismo de Gabriel de Espinosa.

—Calla, maldiciente, dijo Gabriel poniendo una mano en la boca de Gil Lopez: ¿de dónde sacas tú que la madre de la niña sea parienta ó cosa del virey de Nápoles?

—Fúndome, dijo Gil Lopez, en que el ama de la niña, á pesar de sus humildes vestidos, parece muy dama y muy noble.

—Bien, ¿y qué? dijo con algun cuidado Gabriel de Espinosa, aunque sin darle á conocer á Gil Lopez.

—El ama habla muy bien el castellano.

—Como que es española.

—Pues bien, una señora española y principal, no puede ser ama de cria de una criatura, como esa criatura no sea hija de una reina ó cosa semejante.

—Puede ser que la madre de Gabriela sea nieta de reyes, dijo misteriosamente Gabriel.

Abrió desmesuradamente los ojos Gil Lopez.

—Pues entonces, dijo, lo que te debe sobrar es dinero.

—Así iremos; por lo mismo, importa poco que se vendan pasteles ó no: sigue tú haciendo la jornada de siempre, y lo que sobre que se lo coman los mozos, y lo que estos no pudieren, los perros; pero guarda secreto acerca de si me vienen á mí ó no me vienen dineros de ninguna parte, que aquí de todo se sospecha, y querrian meterse en averiguaciones que es preciso evitar, por la honra de la madre de la niña que es muy gran persona.

—En lo que ha hecho muy mal la tal señora, es en que venga contigo y con la niña un ama de cria tan hermosa, observó maliciosamente Gil Perez.

—¿Por qué dices eso? dijo Gabriel de Espinosa.

—Porque, ó hace mucho tiempo que el ama y tú con la niña no estais á la vista de esa señora, ó si hace poco, esa señora ha debido estar ciega, porque no ha visto lo que he visto yo.

—¿Y qué has visto tú, malicioso y hablador que eres? dijo Gabriel de Espinosa.

—He visto que María te mira que te come, y de tal modo, que se la conoce á legua que te quiere con las entrañas; y lo que es tú, no la miras á ella como mirarias á un gerpil de paja, sino como á una persona que mucho se estima.

—No es mia la culpa de que María por el amor que su señora me tiene, haya caido en la tentacion de quererme; porque así son las mujeres: en viendo que una mujer hermosa y muy envidiada ama á un hombre, le toman aficion, y acaban por quererle tanto ó más que la otra.

—Pero tú tienes la culpa de lo que á la pobre María le pasa.

—¿Y qué le pasa á María?

—Qué le ha de pasar, sino que dentro de poco tiempo tendrá que criar otra criatura.

—¿Se la conoce á María que está en cinta? dijo poniéndose pálido y con sumo cuidado Gabriel de Espinosa.

—Por más que ella se encoje y disimula, y hace lo que todas las mujeres hacen para que no se note lo que quieren ocul-

tar, tengo yo muchos años y he conocido muchas mujeres, para que ellas puedan engañarme.

—Pues cállate, que no todos ven lo que tú, culebron; y aunque ello importa poco, la pobre María se avergonzaría, y bien merece por buena que no se la avergüence.

—Ah! lo que es por eso, descuida Gabriel, yo me callaré como si esto fuera cosa de la familia; como si María fuera mi hija.

—Ya sé Gil, que de tí, á lo menos sabiéndolo tú, no puede venirme nada malo: basta con que mi madre fuera prima hermana tuya; pero bueno es avisarte.

—Descuida, Gabriel, descuida, que por mí nada se sabrá.

—Eso es lo que es menester: y adios, Gil, que tengo que salir de casa.

—Mira que hace un calor que achicharra.

—Tengo que salir por fuerza: me llama el padre fray Miguel de los Santos.

—¿Y qué te quiere fray Miguel? dijo Gil Lopez, que como viejo era muy curioso.

—Traigo de Roma una carta del papa para la señora doña Ana de Austria.

—El diablo eres, Gabriel, y según las cosas que te han pasado, debias estar rico como un genovés.

—Allá veremos, allá veremos lo que viene con el tiempo, mi buen Gil. Pero adios, que el tiempo se pasa y me están esperando.

—Anda con Dios, hijo, anda con Dios, y de prisa para que el sol te haga menos daño.

Gabriel de Espinosa atravesó el despacho de la pastelería que estaba completamente desierto, salió á la calle, y á buen paso se trasladó al convento de san Agustin, que estaba en uno de los extremos de la villa.

X.

En el momento en que preguntó en la portería por fray Miguel de los Santos, un lego le llevó á la celda del religioso.

Era esta humildísima, y á primera vista revelaba la pobreza de fray Miguel.

Lo único que allí representaba algun valor, eran cuatro grandes estantes llenos de libros, encuadernados en pergamino, y guardados por puertas con alambreras.

El demás mueblaje se reducía á una mesa y algunos sillones de nogal, sobre un suelo de baldosas muy limpio y muy regado, para templar en algun tanto el calor, y algunos malos cuadros al óleo, representando santos, esparcidos por las paredes lisas y blanqueadas.

XI.

Fray Miguel salió al encuentro de Gabriel de Espinosa, y le dijo:

—Por dichoso puedo contarme, señor, pues veo á vuestra magestad en mi humilde celda: contado será para mí este dia entre los más prósperos de mi vida, y desde hoy me parecerá mi celda un palacio, pues vuestra magestad la ha honrado una vez con su real persona.

—Dejaos de magestades, mi buen fray Miguel, dijo Gabriel de Espinosa sentándose en un sillón que le habia presentado el fraile: sentaos á par mio, y hablemos quedo no nos oigan y sospechen, y demos que hacer de veras á ese buen don Rodrigo de Santillana: tratadme lisa y llanamente de vos á vos, que yo os lo mando, y me servireis con ello mejor que con las magestades, que ya tendreis ocasion larga de darme, cuando hubieren llegado mejores tiempos.

—Sea como vos quisiéreis, dijo fray Miguel de los Santos; pero me parece imposible que yo pueda echar de mí el respeto en que me poneis.

—Habladme como hablaríais al pastelero Gabriel de Espinosa; y lo digo esto, no porque aquí nos escuchen, que ya tendreis vos buen cuidado de que esto no suceda, sino porque no os acostumbreis tanto á darme magestad, que la solteis delante de gente inadvertida, y me pongais por vuestra imprudencia en un gravísimo caso.

—Me habláis tan severo y me miráis tan fijo, respondió fray Miguel, que no sé bien si tengo la desgracia de que os halleis enojado conmigo, que harto me lo temo.

—Decidme, fray Miguel, dijo con acento opaco, firme y dominador Gabriel de Espinosa, ¿sabeis vos, si yo soy quien soy?

—Yo creo, dijo fray Miguel de los Santos, y lo creo con mi alma y con mi conciencia, que vos sois el rey don Sebastian de Portugal.

Y al decir estas palabras fray Miguel se puso de pié como dominado por un poder superior.

—Pues teneis grandes enemigos, padre, dijo sin dejar su acento de amenaza Gabriel de Espinosa: pero sentaos, no quiero que alguien entre y os vea en esa actitud temerosa.

—Es que poneis espanto, dijo el fraile sentándose.

—¿Creeis vos, dijo Gabriel de Espinosa, cuya severa y terrible magestad crecia, que puede equivocarse un leon con un zorro?

—¿Por qué decís eso, señor?

—Porque una de dos: ó teneis grandes enemigos, padre, ó sois más traidor y más infame que Júdas.

—Veo la calumnia, señor, dijo estremeciéndose fray Miguel, no sabemos si de cólera mal contenida ó de miedo mal encubierto.

—Pues si se os ha calumniado, la calumnia ha salido de la boca de un rey, y de un gran rey, padre, que como yo, aunque por distinto modo, ha sufrido mucho antes de ser rey de Francia, y ha tenido grandes ocasiones de conocer á los hombres: ese rey, fray Miguel, es Enrique IV, rey de Francia y de Navarra.

—Han engañado á su magestad, si su magestad ha dicho de mí que yo soy un traidor.

—Oid lo que me dijo mi primo el rey de Francia hace dos meses, encerrado conmigo en una torrecilla del Louvre.—Allá vais con Dios y vuestra buena ventura, hermano don Sebastian; pero ved bien de quién os servís y con quién habláis, que puede ser que cuando os creais más seguro, os encontreis más vendido, y os brinde la muerte en copa de oro, la mano que creais más amiga: tened por cierto que en todas partes hay Catalinas

de Médicis y Césares Borgia; cuenta, hermano, que vais en busca de vuestra corona de Portugal, como yo he andado en busca de mi corona de Francia, y aprended de mí y sed tan sagaz como yo lo he sido, no sea que la muerte sé os cruce en el camino coronada de flores y sonriéndoos con amor: ya sabeis que cuando la reina Catalina de Médicis, la buena madre de mi buena esposa Margot de Valoix me abrazaba y me besaba en la boca, llamándome su hijo, su querido hijo, yo recibia el beso con la boca fuertemente cerrada, me frotaba fuertemente los labios en cuanto Catalina de Médicis volvia la cabeza, por temor de que la reina Catalina hubiese querido envenenarme con su aliento, y mucho tiempo despues, no comia más que los huevos que iba á coger del nido de las gallinas, ni bebía más agua que la que cogia en el hueco de mi mano de las fuentes públicas, y no me quitaba ni para dormir la cota de mallas, y dormia con un ojo abierto, y con el puñal desnudo, debajo de la almohada: y aunque he sido y soy muy aficionado á las mujeres hermosas, no hacia caso de ninguna mientras tenia el más leve recelo, ni oia la más sencilla palabra de los que me hablaban sin hilar, alambicar, retorcer aquella palabra, estrujándola, buscando en ella un doble sentido; y así con la mano en el timon y los ojos en la brújula, encubriéndome y haciéndome el simple para no ser conocido. para ver mejor, he llegado por entre terribles sirtes dejándome arrastrar por tempestades tan bravías como la horrible noche de San Bartolomé, en que se dió al mundo y á la historia el sangriento degüello de los hugonotes, mis hermanos, he llegado á este hermoso puerto que se llama trono de Francia.—¿Y por qué me decís eso, hermano, pregunté á Enrique IV.—Vos sois demasiado bravo, hermano don Sebastian, confiais demasiado en vuestro aliento y en vuestra fortuna, y no temeis tanto como debiérais á vuestros poderosos enemigos.—Por mí conspira todo un reino, contesté; la gente que me rodea es leal.—Seria yo para con vos traidor y mal caballero, si no os dijese los nombres de dos personas de las que necesariamente os teneis que servir, y de las que debeis desconfiar.—¿Y qué personas son esas, Sire? le pregunté.—Una es vuestro tio don Antonio, Prior de Ocrato, y la otra fray Miguel de los Santos, fraile agustino portugués, que para servir á vuestro tio,

ha pasado á un convento de su misma órden de Castilla.

—¡Yo! ¡yo traidor á mi rey! exclamó poniéndose pálido como un difunto fray Miguel; traidores infames han engañado al rey de Francia; porque yo ni aun puedo atreverme á sospechar que su magestad haya mentido.

—Seguid, seguid oyendo, padre, dijo Gabriel de Espinosa, cuya severidad y cuya magestad crecian de momento en momento: yo pedí á mi primo el rey de Francia me explicase por completo lo que solo me habia indicado: Enrique IV me dijo:

—Hace algunos años, portugueses, que habian sido hecho cautivos por corsarios tunecinos, os vieron y os reconocieron en Túnez; y rescatados algunos de ellos por los frailes de la Redencion de cautivos, llevaron á Portugal la noticia que se estendió como un rumor sordo, ó que fué dada en secreto por temor á las iras del rey de España, de que era falsa vuestra muerte en Africa, que viviais, que os habian visto en Túnez, que os habian tocado, que os habian reconocido. Recordóse que el cadáver que se habia sepultado con régia pompa en Setubal estaba desfigurado; tomáronse lenguas secretamente por los caballeros más principales de Portugal, que estaban descontentos bajo el dominio del rey de España, é invitados con razon, al ver á Portugal unido á la corona de Castilla, convertido en una provincia española, y se obtuvo de una manera discreta de boca de los mismos caballeros españoles, que el rey don Felipe habia enviado á Africa á reclamar el cadáver de su primo hermano el rey don Sebastian, la certeza de que cuando el sultan Ahtmed que les entregó el cadáver, aquel cadáver estaba tambien desfigurado, y no podia decirse ni aun con asomos de verdad, que aquel fuese el cadáver del rey don Sebastian. Algun tiempo adelante, se presentó en Lisboa un hombre misterioso, que no se sabia de dónde iba, ni á qué iba. Aquel hombre entró una noche oscura por un postigo sin ser visto de nadie en la casa del duque de Coimbra, donde estaban secretamente reunidos los principales señores de Portugal. Aquel hombre sacó de su pecho un retrato, y todos reconocieron en aquel retrato al rey don Sebastian. Entonces aquel hombre les dijo:— La serenísima República de Venecia me envia á vosotros con este retrato, que es la copia fiel de un extranjero que se ha presen-

tado al supremo Consejo de los Diez, llamándose el rey don Sebastian de Portugal, y pidiendo proteccion á la República de Venecia. Ahora bien, señores, ¿reconoceis vosotros en el hombre representado en este retrato á vuestro rey don Sebastian? A lo que todos contestaron:—Sí, este es el retrato de nuestro rey.—Miradlo bien, repitió el enviado de la República de Venecia, y responded teniendo en cuenta vuestro honor y vuestra conciencia.—Sí, ese es nuestro rey; lo juramos sobre nuestro honor y sobre nuestra alma.—Pues bien, señores: vuestro rey vive oculto en Venecia bajo la decidida y leal proteccion de la República.—¡Viva nuestro rey don Sebastian! gritaron todos aquellos señores, entre la soledad y el silencio del palacio del duque de Coimbra.

Gabriel de Espinosa se detuvo un momento, é inclinó la cabeza abatido.

Fray Miguel de los Santos tenia fija la mirada en el suelo y temblaba.

Gabriel de Espinosa alzó al fin la cabeza y fijó de nuevo su mirada poderosa y dominadora en el fraile, que como atraído por aquella mirada, levantó la suya, y la fijó entumecida y cobarde en la de Gabriel.

—Oid, padre, dijo Gabriel con la voz más profunda y más severa que antes, lo que continuó diciéndome Enrique IV:—La noticia de que vos, hermano, no habiais muerto en la batalla de los Xerifes de que existiais, en los estados de Venecia, cundió sordamente de boca en boca entre los descontentos del reino de Portugal, y llegó á los oidos de vuestro tio el prior de Ocrato don Antonio, que fuera del reino, protegido abiertamente por Enrique VIII de Inglaterra, pretendia, amenazando constantemente las costas portuguesas con los barcos y los soldados que Enrique VIII le prestaba y le presta, la corona de Portugal. Esto alarmó sériamente á don Antonio, y disgustó á Enrique VIII. A don Antonio, porque vuestra existencia echaba á tierra todos sus proyectos, y á Enrique VIII, porque esperaba sacar más partido de Portugal estando sobre su trono un rey débil, como lo será, si lo es, aunque lo veo muy difícil, el prior de Ocrato, que estando vos sobre el trono; porque en el poco tiempo que reinásteis, dísteis claras muestras de ser un rey bravo, y poco

á propósito para recibir consejos y ceder á influencias; pero en cambio, vuestro nombre era y es, un talisman para los portugueses, mientras que don Antonio no ha sido ni es, ni puede ser para Portugal, más que una conveniencia, más que un médio, para sacudir el yugo extranjero. Determinóse, pues, por Enrique VIII y por el prior de Ocrato ceder á las fuerzas de las circunstancias, y ayudaros hipócritamente en vuestra empresa, de reconquistar el trono de vuestros abuelos. Pero era necesario ponerlos desde muy temprano al lado de la traicion; era necesario un miserable acostumbrado á venderos, que hubiese adquirido por completo vuestra irreflexiva confianza, y que, preparado ya de mucho tiempo antes, no vacilase para emponzoñar vuestra copa ó vuestro plato de rey, consiguiendo de este modo dejar vacante la corona, que se ceñiría fácilmente como heredero vuestro, el prior de Ocrato don Antonio.—Pero yo tengo hijos, mi noble primo de Francia, contesté á Enrique IV.—Los niños se mueren con suma facilidad, mi imprudente primo de Portugal me contestó sonriendo de una manera fria Enrique IV.—El nombre, el nombre de ese traidor que han de poner á mi lado, le pregunté.—No han de ponerle, está ya; porque el hombre que ha de vivir á vuestro lado, que ha de escuchar vuestras más insignificantes palabras, que ha de sorprender lo que murmurais durante vuestro sueño, que lo ha de transmitir secretamente á don Antonio, es el mismo hombre que ha ido á Roma á obtener del papa, y la ha obtenido, la disolucion de vuestro matrimonio con vuestra esposa, la noble doncella mora que os salvó, y de la que no debeis renegar, primo.

—Yo juro *in verbo* de sacerdote, y por la salud de mi alma, que han engañado al rey de Francia: yo desafío al rey de Francia y á todos los reyes del mundo, á que os presenten la prueba de esa horrible traicion, exclamó fray Miguel de los Santos descompuesto, trémulo, aterrado.

—Lo mismo dije yo al rey de Francia: pueden haberos engañado, señor; yo he conocido y tratado desde muy niño á ese religioso, y le juzgo completamente adicto á mí: pedid la prueba de esa acusacion, Sire, á fin de que yo sepa cómo debo tratar á ese hombre; porque leal ó traidor, segun andan mis negocios, le

necesito de todo punto.—Se conoce que habeis reinado muy poco tiempo, primo, y que érais muy jóven cuando reinásteis: de otro modo sabríais que las traiciones más terribles son aquellas de que no puede obtenerse una prueba clara: estas traiciones se sorprenden por medio de agentes leales y astutos, y á quienes se paga á peso de oro, y á quienes se honra y se favorece, para que tengan un gran interés en ser traidores á otro, para servir bien á quien les paga: despues, quedan la experiencia, el conocimiento de los hombres y de las cosas, para saber qué fundamento tienen las revelaciones de los que os sirven: ¿creeis en mi experiencia y en mi sagacidad, de que es una buena muestra la corona de Francia que ciño, primo de Portugal?—Creo en vuestra gran experiencia y en vuestra gran perspicacia, Sire.—Pues bien, retened tenazmente en vuestra memoria, y obrad con arreglo á ellos, los consejos que voy á daros, ya que no puedo daros mucho dinero; porque las guerras que tengo sobre mí, me tienen muy pobre: entregaos confiadamente á fray Miguel de los Santos, que os será leal, yo os lo aseguro, porque así sirve bien á don Antonio, mientras solo se trate de conspirar para ponerlos en el trono de Portugal: es hombre muy docto, muy experto, de gran talento, muy prudente, muy sagaz, muy bravo, que vale, en fin, mucho; seguid ciegamente sus consejos; pero en cuanto seais rey de Portugal, ahorcadle; y si quereis evitar el ruido, convidadle un dia á comer, y que le sirvan un plato sabroso: no tengais por ello remordimiento ni vergüenza alguna, porque quitándole de enmedio, habreis librado al mundo de un traidor.

Se detuvo Gabriel de Espinosa, y permaneció mirando por algun tiempo de una manera terrible á fray Miguel, que estaba completamente aturdido: completamente dominado.

—Ya veis, dijo Gabriel de Espinosa, que he empezado por no hacer caso de los consejos de mi prudente primo el rey de Francia; porque yo he sido, soy y seré, leal, valiente y caballero; porque yo uso de la espada contra el puñal de los traidores; porque no quiero recobrar mi trono, si para recobrarle, me he de ennegrecer con la más leve sombra de traicion.

—¡Oh! exclamó fray Miguel de los Santos cayendo de rodillas: ¡sí, vos sois el noble, el valiente rey don Sebastian!

—¡Ah! con que no mentia mi noble primo el rey de Francia, cuando preguntándole yo qué interés podias tener en que fuese rey mi tio don Antonio, si siendo yo rey podia honrarte y favorecerte agradecido, me contestó:—Que tú me creias un impostor, un miserable, un hombre oscuro, que me aprovechaba de mi extraordinaria semejanza con el desgraciado rey don Sebastian, para pretender su corona.

—Os confieso, señor, que yo no he conocido á vuestra magestad hasta ahora; que no habia creido las cosas extraordinarias que de vos me habian contado: os confieso, que asombrado por la que yo creia en vos extraordinaria semejanza con el rey don Sebastian, con vos mismo, porque yo os he conocido desde niño.....

—Un dia, cuando el rey don Sebastian solo contaba quince años, ó por mejor decir, una noche, tiraron precipitadamente de la cuerda de la campana del convento de Agustinos descalzos de Lisboa, y cuando el portero llegó á la puerta, el que llamaba preguntó con vehemencia por fray Miguel de los Santos, y tiró por la reja de la puerta dentro de la portería un bolsillo lleno de oro, lo que dió por resultado que la puerta se abriese y entrase un jóven con trazas de muy principal, por el rico traje que vestia, pero con el rostro cubierto por un antifaz.

A medida que hablaba Gabriel de Espinosa, el rostro de fray Miguel de los Santos se iba descomponiendo, y marcándose la sombra de su mirada.

—¿Cómo era el traje que vestia aquel jóven? dijo con la voz temblorosa de ansiedad.

—Un birrete de terciopelo leonado con una pequeña pluma de buitre de su color natural en un joyel de esmeraldas, un justillo de terciopelo tambien leonado, con cuchilladas de raso blanco, tomadas de oro, calzas blancas, borceguíes leonados, puñal y espada, limosnera al cinto, y sobre el traje un capotillo de terciopelo gris, con mangas anchas.

—¿Y qué más, qué más llevaba aquel jóven? preguntó con doble ansiedad fray Miguel de los Santos.

—Una estocada larga y poco profunda, pero de la que salia mucha sangre en el hombro derecho.

—¿Quién, ¿quién era aquel jóven, cómo se llamaba? dijo en el colmo de su turbacion fray Miguel de los Santos.

—Aquel jóven era el infante don Sebastian, hijo del príncipe don Juan de Portugal, que rondando encubierto á doña Beatriz de Aponte, habia reñido con un hidalgo, le habia muerto recibiendo en la riña una estocada, y perseguido por la justicia como homicida, habia ido á refugiarse al convento de los Agustinos, y á tu celda, fray Miguel: Dios y tú y el rey don Sebastian, son los únicos que saben este suceso: hé aquí mi hombro derecho, fray Miguel.

Y Gabriel de Espinosa se abrió el justillo y la camisa de Holanda que debajo llevaba, y dejó ver en su hombro derecho, que era blanquísimo, una larga cicatriz.

Además, sobre el pecho de Gabriel, que éste habia descubierto completamente, se veian tres cicatrices de bala, dos de arma blanca, y una de ellas, profunda y larga, sobre el costado izquierdo.

—¿Me conoces ahora? dijo Gabriel Espinosa.

—¡Oh! ¡sí! exclamó fray Miguel completamente dominado; vuestra magestad es el rey don Sebastian.

X.

Gabriel se cubrió el pecho, y dijo á fray Miguel de los Santos:

—¿Estás tú seguro de que yo soy el rey don Sebastian?

—Sí, sí, señor, dijo fray Miguel con vehemencia; lo juraría por la salvacion de mi alma.

—Y te espondrias á perderla, insensato.

—Vuestra magestad me ha revelado un secreto que solo podia revelarme el rey don Sebastian, porque yo á nadie lo he dicho; y el rey don Sebastian, entonces infante, fué curado por mí, sacado secretamente del convento y acompañado á palacio.

—¿Y no pudo haber un testigo oculto de lo que aquella noche hizo el infante don Sebastian? ¿no pudieron decir sus camareros el traje que vestia? ¿no pudo saberse que tuvo una herida en un hombro? ¿no pudo averiguarlo todo esto la justicia de una manera secreta, y callar porque el homicida era el in-

fante don Sebastian? ¿no puedo haberlo sabido yo todo esto? y dime, ¿si al verme en Africa uno y otro portugués cautivos, palidieceron y se arrodillaron á mis piés creyéndome el rey don Sebastian, y yo alentado por ello entré en codicia de un trono, y fui á Venecia, y allí, por las informaciones que se hicieron en el mismo Portugal se me creyó el rey don Sebastian, crees tú, que sabiendo yo las aventuras del infante en aquella noche en que se refugió en tu convento, me faltaria valor para hacerme una herida, cuando tenia valor para llevar adelante una impostura que podia costarme la cabeza?

—Esa cicatriz es muy antigua; señor, y á más de eso, tenéis las siete cicatrices de las siete heridas con que se os encontró como muerto en Africa: cinco en el pecho, una en la cabeza y otra en la mano izquierda.

—Yo peleé en Alcázar-Kivir como el más bravo, y fui tenido tambien por muerto.

—Vuestra magestad es el rey don Sebastian.

—Escucha; si soy el impostor Gabriel de Espinosa, sírvenme; porque en servirme te va la vida; y si soy el rey don Sebastian, sírvenme tambien; porque el rey don Sebastian no hará contigo menos de lo que haria Gabriel de Espinosa.

—¿Pero por qué, señor, ese misterio?

—Quiero que dudes; quiero que si la suerte me es contraria y soy descubierto y sacrificado por el rey don Felipe, nadie pueda decir ni creer que el rey don Sebastian ha sido ahorcado por el rey de España, sino un impostor que se habia atrevido á llamarse rey.

—Sea lo que vuestra magestad quiera; pero nadie me quitará creer que vos sois el rey don Sebastian.

—Más vale así, dijo Gabriel de Espinosa; eso te obligará á ser leal: olvídate de lo que hemos hablado, como si hubiera sido un sueño; pero no te olvides, que al primer asomo de traicion mueres.

—¡Ah! ¡no! ¡yo no puedo ser traidor á vuestra magestad!

—Hablemos de otra cosa: ¿para qué me has llamado?

—La señora doña Ana de Austria está impaciente por hablar con vuestra magestad.

—Déjate ya de magestades, y hasta que yo sea verdadera-

mente rey, guárdate de darme ese tratamiento, y procura estar á mi lado sin esa turbacion que te domina siempre que me ves, y que pudiera dar que sospechar á las gentes: ¿cuándo podemos ir á ver á esa señora?

—En el momento en que vos querais; y nunca será pronto para doña Ana de Austria, porque está impaciente por trataros.

—Pues como yo tambien lo estoy por hablar con ella, vamos cuanto antes, fray Miguel.

Gabriel de Espinosa se levantó, se puso el manto, y ambos salieron de la celda y poco despues del convento, dirigiéndose al de Nuestra Señora de Gracia la Real que no estaba lejos.

CAPITULO V.

De cómo fué la primera entrevista de doña Ana de Austria y Gabriel de Espinosa.

I.

En una sala estensa, que por su riqueza y por su lujo podia llamarse cámara, cuyos balcones entornados á causa del calor, y cubiertos á más por cortinas, apenas dejaban paso á una media luz, sentada en un ancho campé, con un breviario abierto y abandonado en el campé junto á ella, habia una dama á quien ya conocemos.

Era doña Ana de Austria.

Fuera porque allí no la veía nadie, fuera porque se creía autorizada para hacerlo, doña Ana de Austria nada tenia sobre sí en su traje, que revelase era monja, ni del mismo modo tenian nada de conventual las dos hermanas doña Luisa de Grado y doña María Nieto.

Consistia esto, en que doña Ana de Austria esperaba de un momento á otro al Pastelero de Madrigal y á fray Miguel de los Santos.

II.

Doña Ana de Austria y sus dos damas, más bien que sus dos monjas, estaban ocupadas en una conversacion que debía ser muy grata para doña Ana, porque hablaba sobreescitada y con sumo calor; y por la conversacion se comprendia que las dos jóvenes conocian completamente los secretos de su señora.

—Tengo miedo, decia doña Ana; es necesario estar ciegos para no conocer al verle la gran persona que es. ¿Te acuerdas, Luisa, con qué magestad hablaba esta mañana con el alcalde, y con cuánta altivez, en medio de su gran medida.

—Sí, sí, señora, me acuerdo bien; aunque no veia claro por el gran susto que tenia, porque lo que habia pasado no era para menos; yo creí que habia llegado el fin del mundo.

—Pues yo bien ví, aunque no estaba ménos asustada que tú, hermana, dijo María Nieto, que aquel señor era muy gentil-hombre, y que á pesar de no ser mozo, tenia muy buen semblante y muy buena apostura.

—Dios me le saque con bien, y que yo le vea donde deseo; que entonces, queridas mias, no viviremos en un convento, ni estaremos sepultadas en una miserable villa.

—Nosotras, señora, dijo tristemente María, habremos de quedarnos aquí tristes y desesperadas; porque aunque el papa anule vuestros votos, por las graves razones que Su Santidad tiene para ello, no anulará nuestros votos, y nos quedaremos llorando vuestra ausencia entre las tristes paredes de este convento.

—Cuando yo sea reina de Portugal, el papa Clemente VIII no me negará lo que yo le pida, y vivireis á mi lado, en mi cámara, como vivís ahora.

—¡Ah, señora, y cuán buena sois!

—Pero es necesario que seais muy prudentes para que guardéis en vuestro pecho como en una tumba el secreto que os he confiado; porque en ello va más de lo que parece, y si sucediera una desgracia, esa desgracia os alcanzaria tambien á vosotras. Figuraos lo hermoso que será para vosotras á quienes

vuestros padres han sacrificado, vivir en el mundo, gozar de las fiestas y de los saraos, de una córte espléndida, escuchar á lo lejos á la media noche la campana de algun convento que toca á maitines, sin que tengais que abandonar el lecho ó las fiestas para acudir al coro: no oir nunca las severas palabras de una abadesa fea y vieja, sino la amistosa conversacion de una reina jóven; recordad como un sueño el convento, y tened el corazon abierto á la luz y á la vida.

—¡Ah, sí! eso debe ser muy hermoso, dijo doña Luisa de Grado, suspirando.

—Eso será, y no tardará mucho tiempo; pero me está acabando la impaciencia: ¿diste á Cacabelos la carta que te dí para que la llevase á fray Miguel, María?

—¡Ah! sí, señora; hace dos horas largas.

—¿Y por qué no habrá venido ya fray Miguel? Esto me tiene con un cuidado mortal: yo no sé por qué, no se me quita de la memoria ese don Rodrigo de Santillana.

—Vaya un alcalde tieso y feo, dijo Luisa; no parece sino que tiene en el cuerpo la autoridad de todos los reyes del mundo, segun se muestra de grave en el semblante, y de campanudo y severo en sus palabras.

—Es que es alcalde de casa y córte, Luisa, dijo María, y afirman que los estudiantes y los vecinos le tienen gastada al buen señor la paciencia.

—No hay alcalde de casa y córte, que porque manda en nombre del rey, no se tenga en tanto como el rey, ni hay paciencia que baste para sufrir á estos tales golillas, dijo doña Ana; pero guardésemel el señor don Rodrigo de meterse ni por asomo en lo que á mí me importe, porque con una media carta mia á mi tio el rey don Felipe, se le cae la vara de las manos, y de tal modo que no la vuelve á coger.

—Pues bueno seria quitar de enmedio á ese cuervo, dijo María; que maldito si yo me fio de lo bueno que el tal señor haga.

—No seria prudente estando en el pueblo una persona tal como don Sebastian, irse al rey con quejas del alcalde, no fuera que el rey diera en sospechar, y mandase averiguar y descubriese lo que una vez visto causaria desgracias irreparables: es

necesario usar de mucha discreccion y tener mucha prudencia que el negocio en que nos encontramos no es para ménos, y pedid á Dios que no se tuerza y tenga una desdichada salida. ¡Pero cuánto tarda fray Miguel! Vé, María, vé, no sea que Cabelos haya hecho una de las suyas, y como hace tanto calor, haya dejado para la tarde el llevar la carta, y esté dulcemente durmiendo al fresco.

—Yo le encargué que la llevase al momento, señora, se lo encargué con mucho encarecimiento. Voy al momento á ver lo que haya.

Y María salió.

—Yo no sé por qué á mí tambien, señora, dijo Luisa, me causa terror ese don Rodrigo de Santillana: tres noches seguidas he soñado que me agarraba y ponía en el tormento.

—¡Jesús! no digas eso por Dios, Luisa; me das espanto, dijo doña Ana, poniéndose pálida como un cadáver.

—Será aprension, señora; como os habeis metido en una tan grande empresa, y tan dura y tan peligrosa, nada tiene de extraño que el miedo me haya hecho ver visiones negras.

—Por lo mismo, Luisa, es necesario tener mucho valor y mucha prudencia: no se llega al logro de una grande empresa, sin haber dominado el temor, sin haber sufrido, sin haber luchado; sé valiente, Luisa mia, y cuando hayamos vencido, tendrás tanta más alegría y tanto más orgullo, cuanto más fuerte hayas sido en la lucha.

—¡Ah, señora! nada temais de mí ni de mi hermana María, que venimos de nobles abuelos; y aunque mujeres, no mancharemos la buena fama que ha ganado su noble sangre: pero acá dentro hay un poco de miedo, añadió sonriendo la jóven, y un poco de miedo es muy bueno; porque el miedo quando es poco, hace muy prudente á las personas.

—Pues es necesario, Luisa, de todo punto necesario, prudencia y valor.

III.

—Ya está aquí el buen fray Miguel de los Santos, y viene con él el honrado Gabriel de Espinosa, dijo entrando María.

Inmediatamente tras la jóven, entraron el agustino y Gabriel.

Doña Ana, que al oír la voz de María habia fijado la vista en la puerta, al ver á fray Miguel y á Espinosa, cambió de color, y se puso sucesivamente y con una misma intensidad, pálida y encendida.

—Dejadnos solos, dijo con voz apagada á las dos jóvenes que salieron, y continuó mirando de una manera intensa á Gabriel de Espinosa, que algo avanzado á fray Miguel de los Santos, adelantaba hácia doña Ana con una dignidad, una soltura y una gallardía que enamoraban á la monja.

IV.

Por algun tiempo nada dijeron ninguno de los tres personajes; ni doña Ana, ni Gabriel, ni fray Miguel.

Al fin, Gabriel de Espinosa sacó un pliego envuelto en un paño de seda, le desenvolvió, le besó sobre el sello, que era el sello pontificio, se acercó más á doña Ana, y la dijo entregándola el pliego:

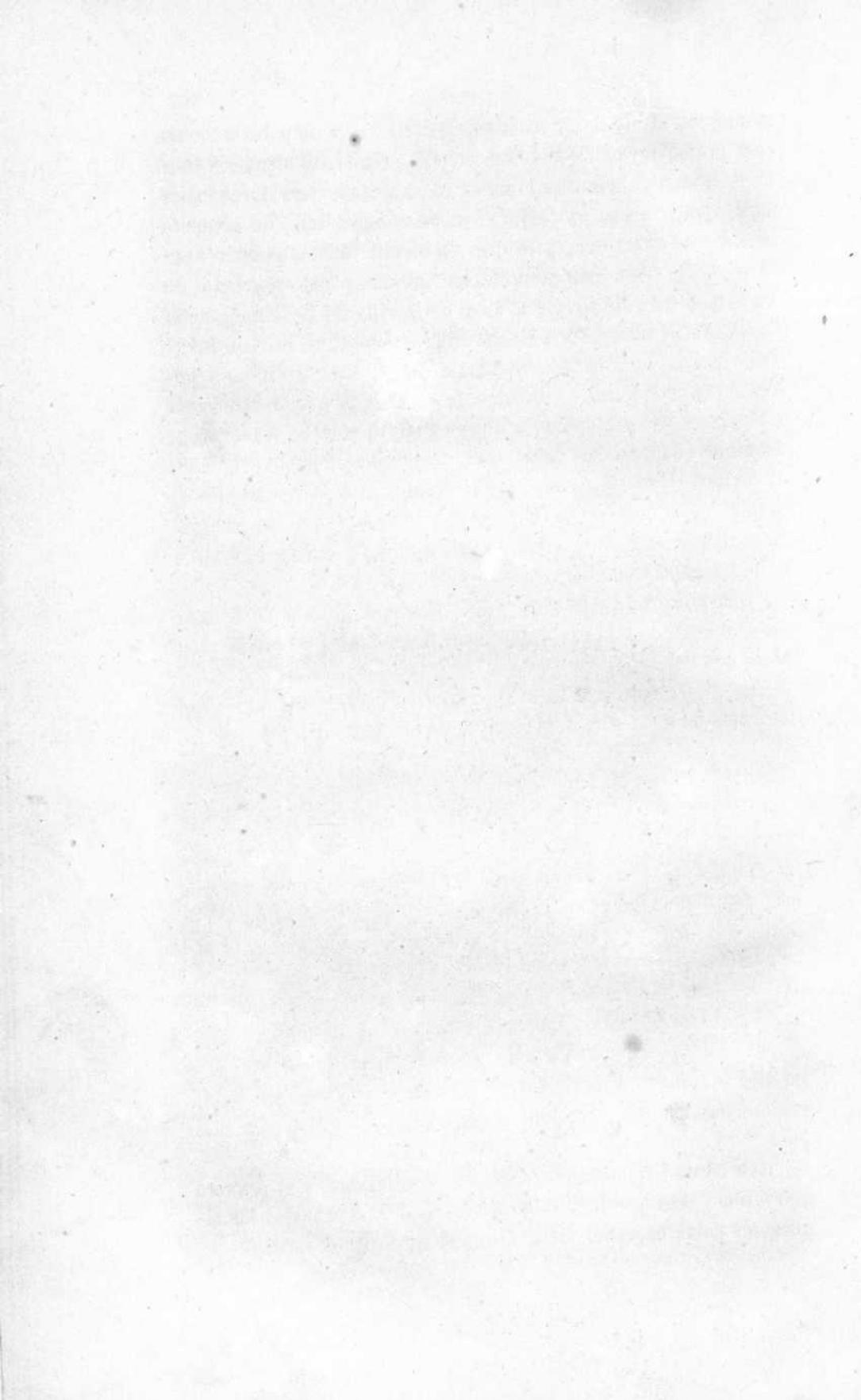
—Antes de que hablemos una sola palabra, señora, acerca de nosotros, ved lo que para vos me ha entregado nuestro Santísimo Padre Clemente VIII.

Doña Ana que tenia los ojos fijos en el suelo, tomó el pliego con mano trémula, rompió el sello, y encontró bajo el sobre una carta del papa y tres breves pontificios.

«Ahí te envío, mi querida hija, decia la carta despues del encabezamiento de fórmula, á mi muy querido hijo el fidelísimo rey de Portugal don Sebastian, cuyas desgracias merecen el amparo de todo el que tenga un corazon bueno y generoso. Él vá en tu busca, como el náufrago que vá en busca del puerto en que espera encontrar abrigo y seguridad. Tus votos te impedirian escuchar sus pretensiones, que son graves y muy importantes para la salud del sometido Portugal, y para el bien de Europa y de toda la cristiandad: por lo mismo, yo que he recibido de Jesucristo la potestad de atar y de desatar, te he absuelto de tus votos, dejándote libre, para que puedas contraer matri-



VED LO QUE PARA VOS ME HA ENTREGADO NUESTRO
SANTISIMO PADRE.



monio con el rey don Sebastian, y ayudarle y ampararle como cosa propia tuya, sin cometer en ello pecado, ni ofender á Dios ni al mundo. Asimismo, como tú necesitas servidores leales para ayudar en su propósito al rey don Sebastian, he absuelto tambien de sus votos, para que sin ofender á Dios puedan ayudarte, á las dos monjas profesas agustinas del convento de Nuestra Señora de Gracia la Real de la villa de Madrigal, doña Luisa de Grado y doña María Nieto, que segun he sido informado por el maestro fray Miguel de los Santos te sirven y gozan de tu confianza. Asimismo te encargo la mayor prudencia y sigilo en este grave asunto, que es tal, que si se trasluciese, acontecerian grandes desgracias, que todos tenemos el deber de evitar. Continúa pues, y que continúen tus dos sirvientes, siendo en la apariencia religiosas, y evitando todo lo que pudiera causar escándalo visto en una monja, y causar agravio á la buena reputacion del convento. »

Una inmensa alegría iluminaba el semblante de doña Ana; sin acabar de leer la carta del papa, desdobló los otros tres pliegos y los examinó.

Estaban escritos en latin y eran tres breves que anulaban los votos de doña Ana de Austria y de las otras dos jóvenes.

V.

Doña Ana se levantó, guardó en un secreter aquellos papeles, volvió á sentarse en el camapé, y dijo á Gabriel de Espinosa y á fray Miguel con el semblante resplandeciente de alegría:

—Sentaos vos, señor, y vos tambien, padre, y perdonad si no os lo he dicho antes. La carta y los breves de nuestro Santísimo Padre Clemente VIII, me han causado tal turbacion y tal alegría, que el gozo de verme libre de unos votos que habia pronunciado contra mi voluntad, no me dejaba pensar en otra cosa.

Gabriel de Espinosa y fray Miguel se sentaron, y el primero dijo á doña Ana que le miraba con ansia de escucharle, las siguientes palabras, ó por mejor decir, el siguiente discurso:

—Por dichoso debo tenerme y me tengo, señora, puesto que mis ojos ven ya la celestial hermosura de que el cielo con pródiga mano os ha dotado, y que tanto anhelaba ver y admirar. A buena fortuna tengo desde este momento mis negras desdichas y mis largos y penosos trabajos, que sin ellos no llegaría yo al venturoso punto en que estoy, y no os hablára y os viera. Creed, señora, que si para mí tienen gran precio la corona y la honra que he perdido, le tiene más la esperanza de que vos me ansieis y seais mía, y tengan en vos felice y próspero fin mis desventuras. Por vos anhelo, y por vos ansío; y más quiero la corona por ceñirla á vuestra hermosa frente, que por volverla á poner sobre la vieja y ya cansada cabeza mia: que tanto estoy ya acostumbrado á los contratiempos, á las fatigas y á las desventuras, que bien podría pasar sin ser dichoso, á no ser vos mi única dicha, y acabar oscuro y desventurado y tenido por muerto como he vivido desde mi juventud hasta ahora.

A lo cual respondió doña Ana con la vista baja y las mejillas teñidas de rubor:

—No sois vos, señor, el que ganais con que yo os ame, sino yo la que gano tanto con ser amada por vos, que me parece sueño y fantasía el que hayais puesto en mí los ojos para llevarme á vos, poniéndome sobre vuestro corazón, eligiéndome vuestra esposa. Desde el momento en que ví vuestro retrato, que ha más de un año, vivo turbada y combatida, porque mis votos me prohibían amaros, y mi corazón rebelde os amaba, y mi pensamiento no podía echar de sí vuestra imágen ni olvidaros un solo punto. Y era la verdad, señor, que cuanto más mi obligacion me aconsejaba no amaros, más os amaba mi alma, y más fija estaba en vos mi memoria, y más me pesaba sin poderlo yo remediar el voto que me separaba de vos y que hacía que mi amor á vos fuese un gran pecado. Pero hoy, el vicario de Jesucristo ha tenido la dignacion de soltarme de mis votos, y yo no puedo deciros más, señor, sino que soy tan dichosa, que la alegría me trae las lágrimas á los ojos, y no sé si estoy soñando ó despierta.

—De opinion soy, dijo fray Miguel de los Santos, que el casamiento aunque secreto, debe hacerse cuanto antes, para lo cual traigo autoridad del papa; que mejor os entenderéis, seño-

res, siendo el uno del otro, y libertad y espacio tiene la señora doña Ana, como persona real que es en el convento, para que os podais ver y comunicar, y hablar de vuestros asuntos, no ya como personas que han de juntarse en uno, sino como esposos unidos ya, y que tienen la obligacion de morir el uno por el otro.

—Muy de prisa andais, fray Miguel, dijo poniéndose más encendida que la púrpura doña Ana de Austria, y no quiero yo que tan de prisa vayamos; no por mí, que soy toda con el alma y con la vida, humilde y venturosa esclava del rey mi señor, y que lo que más anhelo, es que me tenga por suya y tenerle yo por mio, sino porque quiero que su magestad me trate y me conozca, y vea con quien se casa, y cuando yo le haya llevado en dote, no riquezas, que no las tuvo ni pudo dejármelas el desventurado padre mio, sino sacrificios y empeños acometidos y vencidos sin miedo en servicio suyo. Y fuera de esto, porque le amo tanto y no quiero que mi amor tenga sombras ni recelos, deseo que la boda no se haga hasta que el señor don Sebastian esté puesto en su trono y triunfante de sus enemigos; que si entonces me toma por esposa, segura podré estar de su amor, y no como si ahora me hiciese suya, que por exceso y firmeza de amor, podria creer alguna vez, que si se me habia dado por esposo, habia sido por asegurar lo poco que yo puedo servirle para su grande intento, y no quiero dar lugar ni aún al asomo de esta negra sospecha, que me mataría.

—Ofenderíame yo, señora, dijo Gabriel de Espinosa con toda el alma en los ojos, si no fuera porque soy tan vuestro esclavo, que palabra que salga de vuestros lábios no puede ofenderme, por las palabras que acabais de decirme. ¿Pues cómo pensar que yo con vos me casára solo porque vos me ayudárais, y no por el amor que os tengo y que me abrasa las entrañas? Villano fuera si con tal fingimiento os tratara, y el rey don Sebastian bien ha podido ser temerario y desdichado, pero nunca ha podido dejar de ser leal y caballero. Si su corazon no fuera vuestro, no le pondria en vuestras manos; y si no estuviera para con vos tan sin voluntad, como que vuestra voluntad es la suya, ni os hubiera hablado de amores, ni acaso hubiera venido á veros: ¿ni cómo haberos visto, haber recreado los ojos en vuestra belleza, haber ardido en esperanzas, y no contar como

eternidades los momentos que tarde en gozar el cielo de teneros mía? ¿ni cómo por distinto modo, saber que sois hija del nobilísimo, famoso y mal aventurado don Juan de Austria, sin tener á vanagloria el llamaros esposa? Porque sois tanto, señora, ya se recuerde de donde venís, ya se mire solo á lo que valeis como hermosa y como discreta, que no puede menos de tenerse por bienaventurado sobre la tierra, aquel que por vuestro amor hayais hecho vuestro dueño.

—Sea lo que vos queráis, señor don Sebastian, dijo doña Ana, toda confusion y terneza; que no sé lo que vuestras palabras tienen para mí que si yo dijera que puedo hacer otra cosa que obedecerlas á todo mi placer, mentiría; y ni aún mentir pudiera, porque despues de haberos escuchado, no me queda voluntad sino para obedeceros.

—Hágase pues, la boda, dijo fray Miguel de los Santos que era un tanto nervioso y dado á que se hiciese gran caso de sus palabras; que en que se haga ahora ó se haga despues, se aventura tanto, que es una gran locura el aventurarlo.

—Si mi amor, si mi alma, si todo mi deseo y toda mi voluntad me están dando á un tiempo guerra para que esta boda se haga tan pronto, como que trayendo vos las facultades que traeis del papa, bastaria con que la señora doña Ana y yo nos diésemos las manos, nos jurásemos eterna fé, y vos nos bendijérais; el caso árduo en que me encuentro, me obliga á dilatar esta boda, á trueque de no caer en la nota de poco leal y de poco caballero.

—¿Pues por qué habíais de ser mal caballero y desleal? dijo doña Ana mirando por aquella vez frente á frente y de una manera altiva á Gabriel de Espinosa; ¿por qué, señor, habíais de cometer una falta, casándoos en este mismo punto conmigo? Libre soy yo, y libre os creo; porque aunque sé de vos algo que me punza en el alma, no puedo menos de considerar que vos habeis vivido mucho antes de conocerme, y que nada tiene de milagroso el que vengan trás vos historias é inconvenientes.

—A merced tendria, señora doña Ana, dijo Gabriel de Espinosa poniéndose levemente pálido, me declarárais el enigma que hallo en vuestras palabras.

—Sabido es, dijo doña Ana con el acento de la mayor fran-

queza, que en los lugares cortos en que la gente no tiene otro divertimento que avizorar para murmurar cuanto en el pueblo sucede, no puede haber nada oculto ni secreto: esta madrugada, cuando aún era de noche, habeis entrado, señor, en Madrigal, y ya mis criados han oido murmurar á los del pueblo, que con vos ha venido una hermosa ama de cria, que más tiene semblante de dama principal que de labriega, con una niña hermosísima que aún no cuenta dos años. ¿Será esta la causa de que vos no podais tomarme por esposa en este mismo punto? y os digo que estas palabras hay que tomarlas, no por empeño ni por facilidad en mí, sino como pregunta justa y necesaria; porque bien creo, que cuando yo me allano, no hay por qué nadie, por alto que fuere, no pueda tener á honra el allanarse conmigo.

—El parabien me doy, señora, de lo que acabais de decirme, respondió Gabriel de Espinosa, que sin demudarse y con grande cortesanía y afecto, habia escuchado las altivas palabras de doña Ana; por dichoso me tengo de haberos oido hablar así, porque si yo hubiera podido dudar de la seguridad que me habeis dado de vuestro amor, el veros celosa y ofendida de mí, y tan altiva como conviene á quien vale por tantas razones lo que valeis, me habria dejado completamente satisfecho del grande amor que me teneis; porque no hay amor sin celos, ni celos que no se engañen; porque cuando no se engañan, no son celos, sino evidencias; ni una persona tal como vos puede tener celos sin que sean altivos y acometan valientes: Dios quiere sin duda que yo me maraville más y más de vos á cada momento, y á cada momento os ame más, y más os estime, y más os desee. Pero como esos celos que tanta ventura me dan, han nombrado personas que viven y que están á mi lado, y una de las cuales es tan cosa mia, como que es mi hija, voy á deciros ahora lo que pensaba deciros despues, y sin que vos me lo hubiéseis preguntado, y aunque no hubiéseis sabido que conmigo habian llegado á Madrigal una ama de cria y una niña de pecho. Y claro está y evidente es que yo no he tratado de ocultarlo, porque si ocultarlo hubiera querido, no hubieran venido á Madrigal ni la niña ni el ama, ni me hubieran faltado maneras para evitar que en todos los dias de vues-

tra vida hubiérais vos sabido que yo tenia una hija. Ficción y engaño, nunca en mí cupieron; y si yo no os amara, no os lo diria; ni aun cuando con el dogal á la garganta pudiera yo libramme de la muerte y de la infamia con fingirme de vos enamorado, fingiríalo; que quien en Africa se metió entre las contrapuestas lanzas de los feroces moros, prefiriendo morir como caballero, á sobrevivir al desastre de los suyos por miedo á la vergüenza, por nada del mundo mentiría en su edad madura, cuando tan caballero supo ser cuando todavía era un mozo imberbe.

—Si altiva soy, no lo sois vos menos, señor, dijo doña Ana, y pésame de lo que he dicho, porque veo que mis palabras os han dado enojo, y por ello os ruego que las olvidéis y las tengais no solo por no dichas, sino que ni aún siquiera por pensadas. Yo os creo, señor, y yo os amo; y os amo tanto, que por ser esa niña vuestra hija, por mí la tengo ya, y como si fuera mí la amo, y os pido que la enviéis por acá para que yo la vea.

—Ya se han cumplido diez y siete años desde el funesto dia, en que por mi codicia de fama y por mi temerario arrojó, llevé á morir sobre el sangriento campo de Alcázar-Kivir á lo más grande, á lo más heróico de la nobleza portuguesa. Diez y siete años, señora doña Ana, han pasado desde aquel sangriento y negro dia, y aun no he podido borrar el horroroso desastre ni una sola vez: desde entonces se han cerrado mis ojos al sueño sin que la pavorosa vision deje de entristecerme el alma, sin que haya visto mi estandarte real derribado sobre los cadáveres sangrientos de mis nobles muertos; sin que el alarido de los moros haya cesado de resonar en mi oido. Batallaba yo desesperado, habia perdido tres caballos, y habia visto morir á tres valientes que habian descabalgado para que cabalgase su rey; habia roto un centenar de lanzas, mi espada habia saltado en pedazos en fuerza de caer sobre los arneses enemigos; me cercaban como los buitres cercan á la presa, y herian sobre mí como el herrero sobre el yunque.

—Tal lo pintais, señor, dijo doña Ana estremeciéndose, que da pavor el escucharos.

—Por algun tiempo sin más armas que la desesperacion y el coraje, revolví mi caballo sobre el tumulto de los infieles, hasta

que mis armas despedazadas ofrecieron lugar en qué herirme á los hierros enemigos: caí, y las tinieblas de la muerte me rodearon.

Guardó silencio Gabriel de Espinosa é inclinó la cabeza sobre el pecho, como agoviado por la pesadumbre de aquel tristísimo recuerdo.

—Un dia abrí los ojos, y mis ojos vieron los ojos de una mujer, que dejaban caer sobre mi semblante lágrimas de dolor. Aquella mujer, y perdonadme si ahora no os cuento toda la historia de mis amores con ella, es la madre de mi hija Gabriela.

—¡Ella os volvió á la vida, ella gozó la ventura de velar junto á vuestro lecho, de veros al fin abrir los ojos, cuando lloraba desesperada! dijo dolorida doña Ana y pálida como una muerta; ¡cuánto habreis amado á esa mujer! ¡cuánto ha debido trocarse esa mujer, para que vos no la ameis ya! porque vos, sin duda no la amais, señor; porque si la amáseis no me amaríais á mí, y vos me amais, pues que me lo decís, y yo no puedo, no quiero, no debo dudar de lo que vos afirmáis!

—Yo nunca he amado á esa mujer, dijo estremeciéndose dentro de sí mismo Gabriel de Espinosa, aunque doña Ana no pudo notar su estremecimiento.

—¡Nunca! ¿y os recogió casi cadáver del campo de batalla, y veló junto á vos, y lloró por vos, y á la vida os volvió, y no la amásteis? ¿Y sin amor la hicisteis vuestra, y sin ser amada la sin ventura os dió hijos? ¡Ah rey don Sebastian! ¿y por qué desde este punto no dejo yo de amaros, al conoceros desagradecido é insensible para esa mujer que os dado más de lo que yo puedo daros, y en vez de perder el amor que os tengo, os amo más, y más por vos me empeño?

—Porque el amor baja del cielo, dijo Gabriel de Espinosa, y no amamos porque queremos, sino porque el amor nos roba la voluntad y nos hace sus esclavos: no se ama de agradecido, ni hay beneficio que llevándose más allá del agradecimiento, nos embargue el alma y la entregue enamorada á quien ha sido tan bienhechor nuestro que le debemos á un tiempo la vida, la honra y la fortuna. Yo quise poder más que Dios, trocar mi agradecimiento en amor; soñé, y desperté de mi sueño demasiado

tarde; María se había convertido por mi amor; María había creído las palabras y las promesas que yo la dí y la hice, fingiéndome enamorado, ó creyéndome tal vez enamorado de agradecido: yo mandé á mi corazón que amase, que yo creía poder mandar en mi corazón: yo quise que mi alma dijese por medio de mis ojos amores á aquella desdichada, y hubo un punto en que su gran hermosura me quitó la razón: hubo un punto en que yo que nunca había amado, creí amor lo que solo era agradecimiento y deseo. Pero yo no amaba: yo me encontré obligado sin voluntad, empeñado sin placer, cautivo de mi agradecimiento.

Gabriel de Espinosa se detuvo.

Entonces que protestaba de sus relaciones con Sayda Mirian delante de doña Ana, amaba con toda la violencia de su alma á Sayda Mirian.

Y ¡cosa terrible! á pesar del amor intenso que por Sayda Mirian sentía, la altiva belleza de doña Ana, esa belleza especial, típica, por decirlo así, de las damas de la casa de Austria, fascinaba, dominaba, envolvía á Gabriel de Espinosa; y la fuerte pureza de doña Ana, la delicadeza voluptuosa de su esbelta y dulce forma, un no sé qué de verdaderamente noble y grande, que de ella fluía, la nítida y trasparente blancura de su tez, el rubio pálido y bellissimo de sus cabellos, la mirada de sus grandes ojos celestes, fija, ansiosa, enamorada, en los ojos de Gabriel, le hacían desearla con un empeño voraz.

Pero al mismo tiempo, Gabriel de Espinosa veía entre la mirada celeste de doña Ana y la suya, la negra é incontrastable mirada de Sayda Mirian, y mientras hablaba, escuchaba en su oído el terrible acento de la sultana que le decía:—Mientes al afirmar á esa mujer que no me amas; ó estás loco ó eres un villano.

Y Gabriel de Espinosa, no pudiendo resistir á aquella voz severa que resonaba dentro de su conciencia, se apresuró á decir con un doloroso afán:

—Perdonadme, señora, si no prosigo, porque el hablar de esto me martiriza; pero oidme: nuestra boda no debe efectuarse, porque así lo aconsejan dos graves razones: bueno será que pase tiempo, y que vos veais que nada que temer teneis de mis cosas: esto por una parte; por la otra, yo no puedo ser vuestro

esposo sino cuando sea digno de serlo á la faz del mundo entero y puesto sobre mi trono. De otro modo, vuestro casamiento conmigo sería para vos una desgracia y una deshonra.

—¿Cómo puede ser que el teneros por esposo, traiga sobre mí la deshonra y la desgracia? dijo con una amante altivez doña Ana.

—Bien se os alcanza, señora, dijo Gabriel de Espinosa, que nos encontramos en un gran peligro, que un contratiempo cualquiera, ó una traicion villana puede dar noticia al rey don Felipe de nuestra conspiracion, y si por mi desventura doy en la cárcel, contad con que he dado con la escalera de la horca.

—¡Ah! ¡no digais eso por Dios, señor, porque me hareis morir de espanto! exclamó con toda su alma doña Ana.

—Vos lo sabeis bien; el rey don Felipe si me coje entre sus manos, me arrojará al verdugo, sin que para salvarme me aprovechen pruebas; sin que me sirva ni aún para la clemencia el ser yo hijo de su hermana: bien lo sabeis, señora; si soy preso, porque Dios haya querido que yo naciese para la desgracia, soy hombre muerto en cuerpo y en alma, sino para con Dios, para con los hombres. El rey y sus alcaldes arrojarán sobre mí la mancha que cae sobre los impostores, y vos no conocéis la excesiva altivez portuguesa. Aunque todos los portugueses me hubiesen visto y reconocido, al verme ahorcado, negarian que yo era su rey; y no solo lo negarian, sino que me creerian de buena fé un villano impostor; cerrarian los ojos á su misma razon; porque no hay un portugués que crea ni pueda creer, que un rey de Portugal pueda ser ahorcado, ni que un ahorcado haya podido ser rey de Portugal.

—Estais diciendo cosas muy espantosas, señor.

—Digo la verdad: muy pronto, algunos de los principales señores portugueses vendrán á Madrigal, con el pretexto de pedirnos recomendaciones para el rey vuestro señor tio: vos vereis á esos señores ponerse pálidos cuando me vean los ojos, y caer de rodillas y temblando á mis piés. Pues bien, si me ahorcan, oireis decir á esos mismos señores, ú oireis que han dicho, que yo era un impostor, un infame, un brujo que habia hecho pacto con el diablo, y que me habia valido de malas artes para engañarlos; porque ellos, antes que hombres, son por-

tugueses: á Dios mismo no concederian el poder, os lo repito, de ajusticiar á un rey de Portugal. Si ahorcado, impostor; no hay remedio. Que lo diga fray Miguel de los Santos, que está tan callado y tan sério, que sabe quién yo soy, como sabe quién es él mismo, porque es portugués, y por lo tanto, á pesar de haber andado en mis asuntos, en viendo que me ahorcan, se creerá engañado por la mágia negra, negará con los diez dedos de las manos cruzados.

—¡Oh! si ahorcan á vuestra magestad, señor, no me dejarán á mí para que lo cuente, dijo fray Miguel de los Santos.

—No importa, dijo Gabriel de Espinosa; al mismo pié de la horca y antes de que os echen el dogal al cuello, os acordareis de que sois portugués, y me negareis.

—¡Oh, y qué temores, señor! dijo doña Ana.

—Bueno, buenísimo es ser prudente, dijo fray Miguel de los Santos; pero no es bueno ser tan desconfiado: la tela está urdida de tal manera, que es muy difícil que den con el hilo, y falta poco tiempo para que llegue á feliz término nuestra empresa. Dentro de pocos dias llegarán á Madrigal el duque de Coimbra y algunos otros señores portugueses, que solo vienen á reconocer, para llevar á Portugal la noticia de que os han visto, os han reconocido y os han besado las manos. No tardará mucho tiempo en que durante una noche oscura desembarqueis cerca de Lisboa, os presentéis á los nobles portugueses en la casa del duque de Coimbra, y á una señal dada, se lancen á la calle miles de portugueses armados, á cuyo frente entrareis en batalla. Si triunfais, sereis rey; y si sois vencido, morireis combatiendo como combatisteis en el Africa, y como allí, caeréis con la corona en la cabeza, si esto es posible; porque al éco solo de vuestro nombre, se levantarán hasta las piedras en Portugal: ese valiente reino que os está esperando, señor, desde hace diez y siete años, que no ha creído en vuestra muerte, al veros vivo y á su frente, peleará por vos, con la rabia y la ferocidad del leon.

—Sí, dijo doña Ana; vuestro reino de Portugal lidiará por vos como un solo héroe.

—Y si no lidia por mí, dijo Gabriel de Espinosa, ¡ay de él! porque sin mí vivirá Portugal aherrojado bajo el yugo de los

españoles, que cuando se apoderan de una presa, la retienen con una fuerza incontrastable; yo soy el único que puedo dar á Portugal su perdida libertad, y si yo no se la doy porque mi mala ventura me lo impida, no se la dará don Antonio, mi buen tío el prior de Ocrato; él débil y viejo, y los ingleses que le ayudan, tienen mucho miedo á los españoles: así pues, Portugal y yo no podemos ser libres, sino el uno por el otro: sin Portugal, yo soy un hombre muerto, y sin mí Portugal, un esclavo.

—Dios protegerá á vuestra magestad, dijo doña de Austria; en cuanto á mí, señor, mi vida y cuanto valgo y cuanto tengo, es de vuestra magestad.

—Pues bien, señora, dijo Gabriel de Espinosa; vos sois mucho para con el rey don Felipe, y es necesario que empiecen vuestros buenos oficios.

—Mandad, señor, dijo doña Ana.

—¿No os parece fray Miguel, dijo Gabriel de Espinosa, que el alcalde don Rodrigo de Santillana con quien ya nos hemos encontrado, es un peligro para nuestros intentos?

—Yo no sé por qué ese hombre me espanta, dijo fray Miguel, y seria bueno que la señora doña Ana que tanto puede en la córte, hiciese de modo que le quitasen de aquí.

—¿Y cómo? dijo doña Ana.

—Quejándoos de él al rey don Felipe, dijo fray Miguel, á lo cual será necesario que tengais un motivo en que fundaros.

—Decidme, porque yo no encuentro bien el pretexto para quejarme, y el rey quiere mucho á ese alcalde, y tiene en él una gran confianza.

—El lance de esta mañana nos viene á las mil maravillas, dijo Gabriel de Espinosa; el alcalde está tan bravo, que tiene á medio Madrigal preso, y amenaza con ahorcar á unos cuantos, con echar á galeras á muchos, y con dar azotes á infinitos. Y en medio de todo, lo que sucedió esta mañana es una cosa inevitable, y si se dió alguna paliza y empeñados en el lance no obedecieron á don Rodrigo de Santillana, bastaría con castigar á algunos de cada uno de los bandos, sin llegar á la horca ni á las galeras, y considerar que todo el pueblo ha sido culpable, y que no puede castigarse á sangre á todo un pueblo.

—Llamaré á don Rodrigo de Santillana, y le pediré que levante mano y suelte á todos los presos, contentándose con una buena reprension y con algunas multas, dijo doña Ana.

—A lo cual se negará redondamente el alcalde, dijo fray Miguel; porque en empezando don Rodrigo un proceso, el proceso ha de seguir adelante, á no ser que el rey le mande que le rompa; y como el rey no manda romper ninguno, sucederá que don Rodrigo se empeñará en seguir con su tema, y vos, señora, tendreis motivo para quejaros.

—Voy á mandar que llamen al momento á don Rodrigo de Santillana.

—Quitad á todo vuestro poder á ese hombre de enmedio, dijo Gabriel de Espinosa; porque mucho me temo que si permanece aquí, como es por su oficio tan aficionado á averiguarlo todo, descubra algo y coja algun hilo de nuestra trama, y comprometa nuestra empresa.

—Por lo mismo que don Rodrigo es aficionado á averiguarlo todo, y como hace ya muy cerca de dos horas que estamos en el convento, me parece prudente que nos salgamos, no sea que nuestra larga visita llame la atencion del alcalde, que sabe todo lo que sucede en Madrigal, y hasta lo que se piensa en él.

—Decís bien, fray Miguel, dijo doña Ana; y aunque por mi deseo yo me estaria eternamente al lado del señor rey don Sebastian, me parece prudente que no sean largas sus visitas ni muchas, que pronto, si Dios quiere, tendrán fin sus trabajos, y podremos vivir unidos para no separarnos jamás.

Gabriel de Espinosa y fray Miguel se levantaron.

—Puesto que la necesidad me obliga á apartarme de vos, señora, dijo Gabriel, me alejo de vos, pero solo con el cuerpo, porque el alma con vos se queda: tratadla bien como á quien tanto os quiere, y pensad alguna vez en mí, segura de que mi pensamiento estará siempre fijo en vos.

—Enviadme el ama con la niña, dijo doña Ana; quiero conocer á vuestra hija, quiero ver si se os parece.

—Os las enviaré, señora, dijo Gabriel de Espinosa, cuyo corazon se comprimió.

—Adios pues, señor, pensad mucho en mí, y ya que no

puedo veros tanto como deseo, que fray Miguel de los Santos que como es nuestro vicario viene todos los dias y á todas horas al convento, y puede veros siempre, me traiga á cada hora nuevas de vos.

Despues de esto, y de algunos cumplimientos más, Gabriel de Espinosa y fray Miguel de los Santos salieron.

Doña Ana de Austria se quedó pensando de una manera ardiente en Gabriel.

Se habia enamorado de él, con toda la fuerza de sus veinte y seis años de abstinencia de amor.

Poco despues de la salida de Gabriel, doña Ana llamó, y se la presentaron las dos hermanas.

—María, dijo doña Ana, ve y dí á Cacabelos que vaya á la posada del alcalde don Rodrigo de Santillana, y le diga de orden mia que se me presente al momento.

La jóven salió.

—Tú, Luisa, ven á ponerme los hábitos: con don Rodrigo hay que andar con cuidado: seria capaz de decir al rey que habia visto en mí una dama y no una monja, y esto no agrada-
ría ciertamente al rey mi tio.

Y doña Ana y doña María salieron de la cámara por una pequeña puerta.

CAPITULO V.

De cómo don Rodrigo de Santillana tuvo varios disgustos seguidos.

I.

Cacabelos era un viejo enjuto, negro, largo, que cuando joven había servido y sido alférez en Italia, llevando mucho tiempo y con valor la bandera de la compañía del bravo capitán don Hugo de Moncada.

Inválido en Pavia, en donde á pesar de su delgadez que le hacia un blanco muy difícil, había recibido cinco mosquetazos, pasó al servicio de la casa del emperador, entre lo que podía llamarse clase media de la servidumbre: esto es, ni tan alto como los gentiles hombres ni los camareros, ni tan bajo como los mozos de cámara, los palafreneros y demás gente menuda.

Queríale el emperador por ser hombre bravo, afable y listo, y con cuatro palabras familiares que el emperador solía decirle alguna vez al paso, y con alguna palmadita en el hombro con que solía honrarle alguna vez el poderoso Carlos V cuando estaba de buen humor, habíase estirado tanto Cacabelos, que no había quien aguantase su prosopopeya, ni quien le hiciese servir para nada, según andaba ensoberbecido, grave y tieso.

Llevósele el emperador á San Gerónimo de Yuste, cuando llegando al colmo de su grandeza y de su política, se quitó de

la cabeza la corona cuyos cuidados y empeños eran ya mucho peso para sus cansados años, y Cacabelos fué en Yuste lo que habia sido en la córte: una figura inútil que para nada servia, como no fuese para irritar á todo el mundo con su soberbia.

Pero murióse el emperador á quien hacia mucha gracia aquel singular personaje, por lo que nuestro hombre hacia lo que queria, y eclipsóse el sol de la fortuna y de la vanagloria de Cacabelos.

Felipe II no gustaba de la gente soberbia, ó por mejor decir, no consentia otra soberbia que la suya, y Cacabelos se encontró sin amparo en la servidumbre de don Felipe, obligado á hacer lo que le mandaban para evitar que le pusiesen en la calle; y como su soberbia anterior habia irritado á muchos, de tal manera usaron y aún abusaron de él, le tenian siempre tan presente para enviarle acá y allá, que al poco tiempo, Cacabelos, que en el fondo era un buen hombre, se domesticó, se hizo servicial, se transformó completamente, y llegó á ser más listo que Cardona.

Cacabelos era una liebre en lo ligero, y un lince en lo inteligente para desempeñar los encargos que se le cometian.

Ya viejo, de la servidumbre del rey habia pasado á la servidumbre de doña Ana de Austria, y aunque no habia perdido lo ligero y lo listo, habia vuelto á recaer un tanto en su soberbia, porque doña Ana le queria mucho, y le daba, como suele decirse, alas.

Pero Cacabelos en cambio, era todo en cuerpo y alma de doña Ana, y hubiera sido capaz de arrojarse al fuego por ella.

II.

A veces se determinan graves situaciones por una causa muy extraña y muy difícil de prever.

El bueno de Cacabelos, sin saberlo y sin quererlo, fué culpable de la predisposicion de espíritu reconrosa en que don Rodrigo de Santillana se puso respecto á doña Ana de Austria, y de la pugna que se estableció entre esta y el formidable alcalde, por lo que vamos á relatar.

III.

Iba Cacabelos estirando sus largas piernas y cogiendo vara y media de cada paso, por desempeñar pronto el encargo de su señora, y en cinco minutos se plantó desde el convento en la casa que el alcalde tenia en la plaza, aunque la distancia de esta al convento era larga.

Hacia, como hemos dicho, mucho calor, eran las tres de la tarde, y en el soportal de la casa que servia de posada á don Rodrigo, dormitaba á causa de la cálida temperatura, un corchete de los de buena casta, que así tenia cara de amigo, como suavidad un puerco espin.

Era este corchete de los que duermen con un ojo abierto, y aunque Cacabelos se entró ligerísimo por el zaguan haciendo caso omiso del corchete de guardia, este, antes de que Cacabelos pasase de la segunda puerta, se desperezó y dijo con acento insolente:

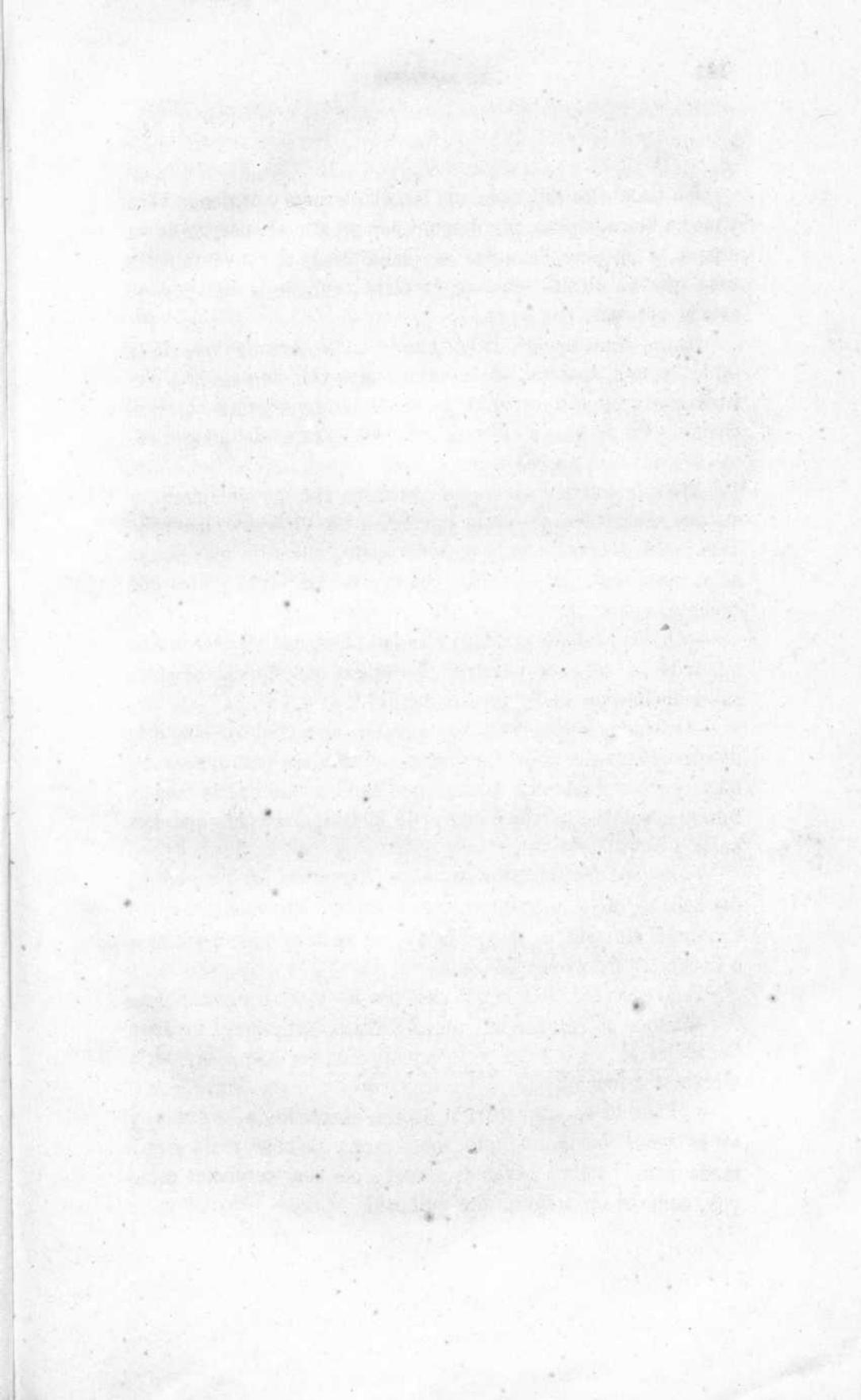
—¡Eh, don fulano! ¿á dónde vais tan tieso, que no parece sino que toda la casa es vuestra? ¿No sabéis que aquí no se entra sin pedir licencia al alguacil Lamprea?

—Del lampreado que os voy á meter, si no hablais con más decoro, bergante, dijo Cacabelos volviéndose todo soberbia y bilis, y mirando de una manera que parecia que queria comérselo al corchete, os voy á convertir en fantasma, para que deis susto á la villa.

Púsose de pié con mucha calma Lamprea, sacó un cordel del bolsillo de los gregüecos, y se acercó irreverentemente á Cacabelos sin saber lo que se hacia, en ademan de ir á amarrar á Cacabelos para llevarle á la cárcel.

Pretender describir lo que pasó por los ojos, por el semblante, por todo el sér, en fin, moral y físico, del alfez inválido Cacabelos al verse tratado de aquel modo por Lamprea, seria atreverse á mucho.

—¿Para mí sacais cordeles, ladron escapado de la horca, y así os venís hácia mí, que soy persona de casa real, y quitando esto, hombre capaz de almorzarme diez corchetes como vos, como si me tragara diez guindas?





..... Y ARRIMO UN TAL PUNTAPIE.

Y haciendo atrás su pierna derecha, la dejó ir, y arrimó un tal punta pié en el vientre al corchete, que este dió un grito como si le hubieran metido todas las tripas en prensa, y sin poderse valer, cayó cuan largo era de espaldas, y empezó á dar las voces más desaforadas del mundo, apellidando favor al rey y á la justicia, y de tal manera, que don Rodrigo de Santillana que estaba trabajando con un escribano en una sala baja, ocupado con su feroz actividad de costumbre, en el proceso del alboroto de aquella mañana, no pudo menos de salir al patio, y del patio al zaguan, porque tal vuelta de puntapiés estaba dando el irritado Cacabelos, al vencido corchete Lamprea, que este ponía el grito en el cielo pidiendo socorro contra el asesino.

La ronda de Santillana estaba fuera haciendo prisiones á diestro y á siniestro en el pueblo, y no había en la casa del alcalde más gente que él, el escribano de cámara Ruy Dávalos, y dos viejas criadas que servían al alcalde.

Don Rodrigo de Santillana cegó y no vió, al presentarse á sus ojos el descomunal atropello, de que Cacabelos, fuera de sí, hacia víctima al aporreado Lamprea.

Don Rodrigo, aunque ya de sesenta años, era un hombre de pelo en pecho, y tan propenso á romper á palos su vara de justicia, como á firmar una sentencia de horca.

Ver aquello, entrar rápidamente en la sala que había abandonado, coger de un rincón su espada, salir con ella desnuda al zaguan, é irse de punta sobre Cacabelos, fué obra de algunos segundos.

Pero Cacabelos, que como ya hemos dicho, era listo como una ardilla, y valiente como quien había servido tantos años al emperador en la brava compañía de Moncada, dió un salto de costado, que hizo que el alcalde diese la estocada al aire, saltó de nuevo atrás porque el alcalde se le venía encima, se puso á la parte afuera de la puerta exterior, y dijo verdinegro de cólera.

—Mire vuesa señoría lo que hace, que yo soy hidalgo y alférez de los buenos de los tercios viejos de Italia, y sirvo á la señora doña Ana de Austria, y gozo fuero de casa real, y no he de dejar que me toquen al pelo, ni vuesa señoría ni todos los alcaldes de casa y córte del mundo.

Cacabelos no sabia lo que hacia ni lo que se decia, herido en lo más vivo de su soberbia.

El alcalde estuvo cinco minutos sin poder hablar de cólera, y temblándole la espada en la mano frente á frente del larguísimo Cacabelos, que le miraba soberbio y dispuesto á todo como un gallo inglés peleador.

El escribano Ruy Dávalos miraba aquello desde la segunda puerta profundamente escandalizado, y Lamprea se levantaba como podía con las manos puestas en el estómago, lanzando cada quejido, y de tal manera lastimosos, que hubieran podido ablandar á una piedra.

—¡Os he de ahorcar, y os he de descuartizar, y os he de poner por los caminos, bellaco infame y osado que sois, dijo el alcalde, que con la lengua no bien suelta aún, y más que seais criado del papa y tengais fuero del cielo, que no de casa real! ¡ea, daos preso ú os mato!

—Me ha asesinado, señor, dijo con voz quejumbrosa y dolorida Lamprea.

—Callad vos, é idos enhoramala á acostar, y reventad ó no, que á mí se me da tres ardites de lo que os suceda, dijo el alcalde que no conocia á nadie.

Lamprea se entró para adentro encogido, y el alcalde de casa y córte se salió para fuera espada en mano á prender á Cacabelos, que viéndose encima al alcalde, tiró por fuero propio de su espada, sin meterse á considerar lo que podria sobrevenirle ó no.

En aquel momento, un ginete que sin duda venia á casa del alcalde, puesto que paró su caballo delante de ella, se puso de la manera más oportuna del mundo entre Cacabelos y don Rodrigo.

IV.

Era el ginete un hombre hermoso y de aspecto noble y bravo, como de cuarenta y cinco años, blanco, pálido, con grandes, poderosos y expresivos ojos negros, y con traje rico de camino á la usanza veneciana.

Llevaba una sombrilla para guardarse del sol, y tras él venían cuatro criados armados con espadas y lanzas á la gineta como se acostumbraba en aquellos tiempos, en que á pesar de la Santa Hermandad abundaban los malhechores en los caminos, y era por ello necesario viajar con escolta.

Aquel hombre que parecia tan caballero y tan rico, y visiblemente extranjero por su tipo y por su traje, era un antiguo amigo nuestro.

En una palabra, Yayhe-ben-Shariar.

—¿Qué es esto? dijo con voz tranquila y afable: espadas en la manos y cólera en los ojos; un viejo soldado á lo que veo, y un viejo caballero puestos frente á frente: dóime el parabien de haberme puesto tan á tiempo entre vosotros, señores.

—Mejor hiciérais, dijo don Rodrigo, en ayudar á un alcalde á prender un malhechor: que aunque por vuestro acento me pareceis extranjero, todo hombre honrado tiene la obligacion de ayudar á la justicia donde quiera que se halle.

—¡Ah! ¡vos sois el alcalde don Rodrigo de Santillana! dijo Aben-Shariar con acento frio y acerado, contestando á las palabras del alcalde, descortesés por el acento con que las habia pronunciado. ¿Y vos quién sois, añadió Aben-Shariar sin esperar la respuesta del alcalde, volviéndose al alférez inválido.

—No tengo por qué callar mi nombre, contestó el preguntado que no se apeaba de su soberbia, y cuya cólera no amenguaba; yo soy Gaspar de Cacabelos, antiguo alférez de don Hugo de Moncada en los tercios de Italia; criado despues del señor rey don Felipe, á quien Dios guarde; criado ahora de la excelentísima señora doña Ana de Austria, á quien Dios prospere; hidalgo de los buenos, que tiene su solar antiguo en Astúrias en la villa de Cacabelos, hombre de bien y de honra, que no se dejará insultar ni maltratar por ningun golilla, venga lo que viniere y suceda lo que quiera, que no sucederá, porque ahí está doña Ana de Austria, que es muy capaz y muy poderosa, de apretar las agujetas al mismísimo presidente de la Chancillería de Valladolid si á mano viene.

—Mire la señora doña Ana de Austria no le apriete los cordones del justillo hasta que dé gritos, don Rodrigo de Santillana, que ella, la buena señora, si bien se mira, tiene en gran parte

la culpa de los desacatos, de las licencias y aun de los delitos de la gente de la villa.

Y don Rodrigo, olvidado de todo en su cólera, pronunció estas palabras de una manera altamente ofensiva á doña Ana de Austria.

Aben-Shariar no dijo una palabra, y permaneció impassible, porque acaso le importaba mucho ver en lo que aquello paraba.

—Quien os va á dar de cuchilladas por lenguaráz, descomedido é insolente en ofensa de una persona real, de una religiosa, de una dama, que es no ménos que sobrina del rey nuestro señor é hija del ilustrísimo don Juan de Austria, soy yo: y Cabelos fué á dar la vuelta al caballo de Aben-Shariar para ir sobre el alcalde.

—¡Eh! ¡estaos quietos, cien rayos y cien legiones, alférez! exclamó Aben-Shariar, que comprendió que era necesaria su intervencion; y vos, señor don Rodrigo, dad muestra de la prudencia que requieren vuestra nobleza, vuestro oficio y vuestras canas, ó de lo contrario, con esos cuatro criados míos os prendo á los dos, y doy parte al rey, de que vos, don Rodrigo, habeis inferido descortés y deslealmente una grave ofensa á una señora de la familia real, y de que vos, alférez, os habeis atrevido al rey, faltando escandalosamente y de una manera gravísima al respeto que debeis como todo ciudadano á un ministro de justicia.

—Aquí no hay ciudadanos, sino vasallos, dijo el alcalde, agarrándose á un pelo.

—Sea como vos querais, que esto importa muy poco, dijo Aben-Shariar; yo hablo como se habla en mi tierra, donde como no hay rey, no hay vasallos: en una palabra, y como habeis recibido hace dias una carta en que se os anunciaba mi venida para un asunto importante, sabed que yo soy patricio genovés, y me llamo Pietro Mastta.

—¡Ah! ¿vos sois?...

—Sí, dijo Aben-Shariar desmontando y entregando su caballo á un criado que desmontó al mismo tiempo; por lo mismo que yo soy el que soy, y que puedo lo que valgo, considerad si os interesa el hacer buen caso de mis palabras: envainad, pues, ambos vuestras espadas, y entremos.

—Con gran asombro del escribano que estaba en el zaguan, y que siempre habia visto irascible é inexpugnable, por decirlo así, á don Rodrigo, este se puso la espada bajo el brazo, porque no podia envainarla, á causa de que se habia dejado dentro la vaina, y se metió en la casa, ostensiblemente contrariado y pensativo.

Cacabelos, á quien el sesgo que habia tomado el negocio por la intervencion del extranjero, habia puesto curioso y admirado, envainó su espada y se fué tras Aben-Shariar, que habia entrado en la casa detrás del alcalde.

Metiéronse así uno tras otro, incluso el escribano, en la sala donde poco antes trabajaba don Rodrigo, harto ageno de todo aquello, y deteniéndose el alcalde junto á la gran mesa de despacho, puso su espada desnuda sobre los papeles, y permaneció de pié sombrío y taciturno, mirando á Aben-Shariar de una manera tal que se comprendia que le tenia miedo.

V.

—Tomad y leed, dijo Aben-Shariar dando un pliego cerrado al alcalde que este abrió, y al leer el cual, se puso densamente pálido.

—De esto hablaremos despues, dijo don Rodrigo, poniendo el pliego que habia leído sobre la mesa, y sobre el pliego la empuñadura de su espada.

—¿Cuál ha sido la causa de lo que he presenciado? dijo severamente Aben-Shariar, convirtiéndose en más alcalde que don Rodrigo de Santillana, con grande admiracion del escribano Ruy Dávalos, que llegó á creer que soñaba, al ver por la primera vez tan manso á don Rodrigo.

Cacabelos, á quien habia dirigido su pregunta Aben-Shariar, contestó con un acento altivo y campanudo:

—He entrado en la casa de este alcalde á traerle un mandato de su excelencia mi señora doña Ana de Austria, y el alguacil que estaba de guardia me ha faltado al respeto preguntándome con palabras descortésas, villanas é insolentes á dónde iba: yo le he contestado como debia, y él creciendo en audacia y des-

vergüenza ha sacado un cordel para atarme; porque todos los ministrillos que trae á Madrigal don Rodrigo de Santillana, están puestos tan sobre sí y tan sacados de cuello, que creen que todos y cada uno de por sí puede hacer lo que hace este señor alcalde, que no es poco, ni es medianamente tolerable. Yo, haciendo lo que debia al verme tratado con tan poco respeto, dí de puntapiés al corchete; á los gritos de este acudió don Rodrigo espada en mano, haciendo de este modo necesaria y legitima la defensa. Fuera más prudente y más comedido el alcalde, y averiguara la razon de por qué vapuleaba yo á su corchete, y acabáramos porque reconociendo la razon que tengo, enviara como debia á la cárcel al corchete, para que los otros por el escarmiento aprendieran á ser corteses y comedidos.

—Hablárais, vos, estúpido, dijo don Rodrigo, y yo os hiciera justicia; que nadie puede dudar de la rectitud de don Rodrigo de Santillana.

Al decir estas palabras, el alcalde vió fija en sus ojos una mirada tan profunda y tan severa de Aben-Shariar, que sin ser poderoso á otra cosa, bajó los ojos completamente dominado.

—Cuando á mí me hablan espada en mano, y me amenazan con la horea sin oirme, dijo Cacabelos, no soy mio, ni sé ni puedo hacer otra cosa, que echar mano á mi espada y ponerme frente á frente de quien me ofende.

—Basta ya, idos, dijo el alcalde; señor Ruy Dávalos, llevad ahora mismo á la cárcel al alguacil Lamprea.

El escribano salió.

Cacabelos permaneció tieso é inmóvil.

—¡Vive Dios! dijo don Rodrigo, ¿qué haceis que no os vais? ¿ó quereis que me arrepienta de dejaros ir libre?

—Aún no os he dicho lo que he venido á deciros, y necesito cumplir con mi obligacion, dijo Cacabelos.

—Pues hablad pronto y marchaos, ó por Dios vivo que si se me acaba la poca paciencia que me queda, me echo sobre vos y os rajo.

—La señora doña Ana de Austria os manda que vayais al momento á su presencia, dijo enfáticamente Cacabelos.

—Decid á esa noble señora, que irá en cuanto me sea posible á ponerme á sus piés: ahora, marchaos sin demora.

- Que os guarde Dios.
—Id en paz.
Cacabelos salió, saludando profundamente á Aben-Shariar, y mirándole con curiosidad.

VI.

Quedaron solos Aben-Shariar y don Rodrigo.
—En Venecia, señor, dijo don Rodrigo de Santillana, un juez es más respetado.

—Los magistrados venecianos no cuestionan jamás con nadie, ni descienden á lo que solo compete á los oficiales secundarios de justicia. Allí se manda y no se disputa: allí el juez no habla con el criminal, más que para oírle y sentenciarle en justicia.

—Allí no teneis un rey que os pida imposibles: los venecianos respetan las leyes, y los españoles no respetan más que la fuerza.

—Empezando porque los que están obligados á obedecer, son los primeros que desobedecen.

—¿Por qué decís eso, caballero?

—Porque una casi infanta, una sobrina del rey, os ha mandado que os presentéis inmediatamente á ella, y aun estais aquí.

—Es que temo ponerme delante de doña Ana. De seguro no me manda ir á verla, sino para ponerme en aprieto. Esta mañana ha habido un alboroto en la villa, y tal y tan escandaloso, que me he visto obligado á prender mucha gente: y como doña Ana de Austria es el paño de lágrimas del pueblo, me estoy temiendo que hayan ido á llorarla cuitas, sé la haya ablandado el corazón y me mande soltar los presos, lo que no puedo hacer sin notorio agravio á la justicia.

—Pues bien, id y salid de vuestro apuro como podais, que si esperais para ir á que nosotros hayamos concluido, como tenemos que hablar largamente, tardareis mucho y ofendereis á doña Ana.

—Pues quedaos aquí entretanto, señor Pietro Mastta, que yo

en cuanto mande aposentar á vuestros criados, me voy al convento.

—Mis criados estarán ya aposentados en el meson.

—Vos os aposentareis en mi casa.

—Veremos primero cómo salimos.

—Yo espero que nos entenderemos.

—Pues id, y volved cuanto antes.

El alcalde envainó su espada, se la ciñó, se puso su bonete negro y su manteo, tomó su vara, y despidiéndose por el momento de Aben-Shariar, salió.

VII.

Don Rodrigo de Santillana encontró completamente vestida de monja á doña Ana de Austria, y de la misma manera á las dos hermanas doña Luisa y doña María.

El alcalde sabía que doña Ana ejercía sobre Felipe II una gran influencia, y por ello la trataba con temor y respeto, y doña Ana hacia del alcalde lo que solamente hubiera podido hacer el rey.

—Beso respetuosamente los piés á vuestra excelencia, dijo el alcalde, que se habia detenido á alguna distancia, inclinándose profundamente.

—Sentaos, señor don Rodrigo, dijo doña Ana.

El alcalde se sentó con gran compostura.

—¿Cómo os va de salud, don Rodrigo?

—Para servir á Dios, al rey y á vuestra excelencia, muy bien, señora: ¿y vuestra excelencia goza de buena salud?

—Sí, señor alcalde.

Puso en cuidado á don Rodrigo aquel señor que doña Ana habia antepuesto á su nombre y á su oficio, porque doña Ana que era muy áfable, le trataba comunmente con una gran lisura.

Por algun tiempo, se guardó por entrambos silencio.

Parecia como que doña Ana temia abordar la cuestion, y el alcalde que comprendia para qué le habia llamado doña Ana, se mantenía parapetado en la más profunda reserva.

Era al fin necesario hablar, y doña Ana haciendo un violento esfuerzo, dijo:

—Me teneis muy disgustada, señor don Rodrigo.

—Siéntolo en el alma, señora, porque el disgusto de vuestra excelencia es para mí una gran desgracia.

—Habeis tratado muy mal al señor Gaspar de Cacabelos, que es un hidalgo honrado, y que sobre todo, está á mi servicio, dijo doña Ana.

—El alguacil causante del disgusto, señora, dijo con alguna impaciencia el alcalde, está ya en la cárcel, y no escapará sin una buena vuelta de azotes.

—Pero entre tanto, el buen Cacabelos, que cuida mucho de su honra, está con un calenturon que se muere.

—Y yo, señora, estoy que me ahogo con las insolencias que me ha metido en el cuerpo ese señor Cacabelos, y por las que lo hubiera pasado muy mal á no ser criado de vuestra excelencia; y perdóneme vuestra excelencia si me impaciento contra mi voluntad, porque las cosas que me están sucediendo desde esta mañana, son más para contadas que para sufridas.

—Vos teneis la culpa, dijo severamente doña Ana, y más que vos el presidente y los oidores de la Chancillería de Valladolid, que no dicen á mi tío el rey, nuestro señor, que por más que vos seais un gran caballero y un hombre de honra, no servís para alcalde, sino más bien, quitando lo bajo del oficio, para cómitre de galera y azotador de galeotes: todo lo llevais á filo de espada: se asusta con vuestro nombre á los muchachos; habeis pasado á ser refran; meteis en la cárcel al que no estornuda á vuestro gusto, azotais por cualquier nimiedad; poneis á la vergüenza al más honrado por un quitame allá esas pajas, y para que vos ahorqueis á un cristiano, se necesita muy poca cosa.

—Si vos me conoceis, señora, dijo don Rodrigo que estaba azul, comprendereis que me estais dando tormento.

—Váyase por lo mucho que vos atormentais; pero noto que me tratais de vos, y aunque seais mucho, aun os falta mucho que ser para que podais tratarme sin atrevimiento de tal á tal.

Doña Ana tenia toda la seca é insoportable altivez de los príncipes de la casa de Austria.

Cacabelos se lo habia contado todo, y estaba terriblemente irritada contra don Rodrigo.

Pero por orgullo no hacia cargo á don Rodrigo de las pala-

bras ofensivas que en desacato suyo había dejado oír el alcalde á Cacabelos.

—Perdóneme vuestra excelencia si me he olvidado un instante del tratamiento que á vuestra excelencia corresponde, como hija del excelente é ilustrísimo señor don Juan de Austria, de gloriosa memoria, y como sobrina carnal del rey nuestro señor, á quien Dios guarde; pero tratame vuestra excelencia de tal modo, sin duda porque le han informado mal de mí, que no es mucho que yo que respeto y amo á vuestra excelencia, dolorido por sus palabras, me haya olvidado del tratamiento, aunque nunca del respeto que vuestra excelencia merece como dama, como religiosa, y por venir del ilustre y altísimo origen de donde viene.

—Yo, señor don Rodrigo, os aprecio mucho, os tengo en mucho, porque caballeros como vos hay pocos, y porque la justicia en vuestras manos está segura de ser vendida. Pero si bien es cierto que vuestra vara de alcalde no se dobla, también es cierto que es de hierro, y que vuestro celo por la justicia os lleva á ser riguroso hasta tal punto, que si todos los alcaldes y justicias del rey mi tío y señor fuesen como vos sois, muy pronto los reinos del señor don Felipe serian una inmensa cárcel levantada sobre un cementerio, en la cual no andarian libres más que golillas y los alguaciles.

—Están los tiempos tan malos, y con las muchas guerras que mantiene el rey nuestro señor, vienen de allá de los ejércitos tantos aventureros y tantos perdidos, que han picardeado á la gente, y puéstola tan sobre sí, que es poco lo que hacen el tribunal del Santo Oficio y la justicia ordinaria para reprimir herejes y revoltosos. Poco es tener de hierro la vara, porque yo en vez de ella quisiera tener la espada de fuego del arcángel san Miguel, y aunque nos quedáramos pocos, los que quedáran serian buenos; y vale más pocos y buenos, que muchos y malos.

—Vos, señor don Rodrigo, veis las cosas, no como las cosas son, sino como á vos os parecen: quisiérais vos, y este es achaque de todos los ministros de justicia del reino, que solo al veros temblase y se metiese en un puño todo un pueblo, olvidándoos de que los castellanos, de tan buenos como son, pecan de bravos, y que menos se alcanza con ellos por la fuerza,

que por la prudencia y los buenos medios. Dígalo si no lo de esta mañana. Alboroto hubo, pero uno de esos alborotos inevitables, que tendrán siempre lugar aunque se castiguen á sangre; porque á los castellanos, cuando un insulto les sube la sangre á la cabeza, no se acuerdan de que hay oidores, ni alcaldes, ni picota, ni galeras, ni horcas, y darán siempre en el desacato y en la rebelion, si antes de que hayan satisfecho el grito de su honra se mete en medio de ellos la justicia. Yo no digo, y tenedlo muy en cuenta, que vos no hicisteis muy bien en meteros á cuchilladas con vuestra ronda en medio del tumulto y procuráseis reprimirle; pero digo sí, que nada de lo que hicieron ó digeron entonces, ha podido ni debido tomarse á desacato ni resistencia á la justicia del rey; porque en aquellos momentos estaban encolerizados, y no sabian ni lo que hacian resistiéndooos y contestando á vuestras palabras.

—Con ahorcar á los unos, echar á galeras á los otros, y no dejar al menos sin azotes á ninguno, ya lo tendrán para otra vez en memoria, y bastará el alguacil más ruin para poner en paz á un pueblo entero.

—Mañana y por menos que hoy harán lo mismo, sino es que hacen más, á pesar de vuestra horca y de vuestras galeras.

—Yo juro á vuestra excelencia, que Madrigal no se atreverá en mucho tiempo á subirse á las barbas á un alcalde.

—Si Madrigal no lo hace porque le despoblaeis, que no le despoblareis, porque por fortuna para estos reinos hay en ellos quien es más prudente que vos, y puede más que vos, y deshace un alcalde de la misma manera que le hace, se alborotarán mañana Rioseco ó Arévalo, ó la misma Medina del Campo, sin que para dejar de alborotarse, les venga en memoria lo que vos habeis hecho en Madrigal, si es que os lo dejan hacer, que eso aún no lo habeis visto.

—Daré, señora, con la vénia de vuestra excelencia, parte al rey, de que hay una persona real que pone entorpecimientos á su justicia, dijo don Rodrigo, á quien como tenia poca, se le habia acabado la paciencia, y poniéndose de pié tan lívido y tan pálido ya, que parecia el cadáver de un envenenado.

Esto consistia en que la bilis del buen don Rodrigo de Santillana, era poco ménos que ácido prúsico.

—Pues oid lo que os digo, señor alcalde, dijo doña Ana sin levantar la voz más de lo que antes la habia levantado; yo, doña Ana de Austria, sobrina de su magestad el rey de España, nieta del glorioso emperador don Cárlos, os mando en nombre del rey nuestro señor y mientras el rey nuestro señor determina lo que haya de hacerse, que si bien podeis prender, cumpliendo con vuestra obligacion, á todo el que os pareciere culpable, no paseis más adelante, ni echeis cadenas ni grillos á los presos, ni os propaseis á dar á ninguno un solo azote, ni aun siquiera poner á nadie á pan y agua, mientras el rey nuestro señor no determine lo que hubiere de hacerse. Y porque veais que yo os conozco bien, y que sabia que no os apareiais de vuestra extremada severidad y de vuestra secatura por mi intercesion, hé aquí cerrado y sellado un pliego que he escrito mientras vos tardábais, en que doy parte al rey nuestro señor de lo que ocurre, que hubiera inutilizado á ser vos más razonable, y que en este momento va á partir para Madrid. ¡Hola, Castrownuño!

Inmediatamente se presentó un hombre como de treinta años, de buen talante, y ya con botas y espuelas.

—Al momento á caballo, y de parte mia entregad en Madrid este pliego al señor cardenal Granvela, para que dé cuenta inmediatamente de él al rey nuestro señor.

Castronuño tomó el pliego, se inclinó profundamente y salió.

—¡Hola! ¡Alvarado! dijo llamando de nuevo doña Ana.

Se presentó otro hidalgo jóven, pero sin traje de camino.

—Id y decid al corregidor y al prior de los agustinos, que pueden enviar la queja que ya saben al rey nuestro señor.

Alvarado se inclinó y salió.

—Pues señora, nunca he estado tan contento como lo estoy, dijo don Rodrigo; se me echan encima una persona real, un prior de agustinos, y un corregidor; voy con permiso de vuestra excelencia á seguir prendiendo gente, por si el rey nuestro señor me manda castigar á todos los culpables; pero no procederé contra ellos, hasta que el rey me mande proceder. ¿Tiene vuestra excelencia algo más que mandarme?

—Sí, don Rodrigo; os mando en nombre del rey, que per-

manezcáis preso en vuestra casa, hasta que el rey determine si habeis de procesar ó ser procesado por desacato á mi persona, de lo que daré á seguida parte al rey.

—¡Yo desacato, señora!

—¡Idos!

—Ha de escucharme vuestra excelencia.

—Idos, ó por Dios vivo, que he de ver si hay quien pueda ponerlos en la cárcel si lo mando yo.

El alcalde salió verdi-negro de cólera.

Doña Ana se quedó murmurando.

—De esta vez me parece que nos vemos libres de don Rodrigo.

Entre tanto, el alcalde bajaba las escaleras murmurando:

—Sin duda estorbo, y me quieren echar de aquí. ¿Pero por qué estorbaré yo?

Y el alcalde se dirigió á su casa, buscando en su pensamiento la resolucíon del acertijo de por qué estorbaba él en Madrigal.

VIII.

Cuando llegó á su casa encontró en la ante-cámara de la sala baja, en donde esparaba paseando Yayhe-ben-Shariar, al escribano Ruy Dávalos, que como era la hora de la siesta, estaba adormilado en un sillón.

—Eh, señor Ruy Dávalos, dijo don Rodrigo de Santillana moviéndole bruscamente; despertad, que no estamos en tiempo de reposos ni regalos.

—¿Vamos á continuar el proceso, señor don Rodrigo? dijo Ruy Dávalos restregándose los ojos. ¡Válgame Dios y qué días nos busca su Divina Magestad!

—Desde ahora hasta que venga resolucíon de Madrid, no podemos hacer proceso á nadie: por la primera vez de mi vida se me ha puesto entredicho.

—¿Y por quién, señor don Rodrigo? ¿quién hay en la villa que mande más que vuestra señoría? preguntó admirado Ruy Dávalos.

—Una persona real.

—¡La señora doña Ana de Austria! perdóneme su excelencia, pero ¿qué la importa que vuestra señoría prenda aunque sea al *sursum cordam*?

—Pues ahí vereis; pero aquí debe haber gato encerrado, y juro á Dios y á la vara que llevo con honra desde hace treinta años, que yo he de saber si hay gato, y de qué casta es: entretanto, estoy preso en mi casa de orden de la señora doña Ana de Austria.

—¡Preso vuestra señoría! ¿Y quién, abajo del rey nuestro señor, ó de los señores oidores de la Chancillería de Valladolid reunidos, puede prender á todo un alcalde de casa y córte?

—Qué quereis, señor Ruy Dávalos; así andan las cosas: doña Ana de Austria no es infanta, ni aunque lo fuera, tendria jurisdiccion sobre mí; pero es sobrina del rey, se la tiene por santa en la córte, porque yo no he dicho á la córte que es una santa que anda muy suelta, ni lo diré nunca, y si yo no obedeciera á lo que doña Ana me ha mandado en nombre del rey, me lo tomaria el rey á desacato, y puede ser que me hiciera matar á oscuras como á Montigni, en un calabozo enlutado con bayetas negras, sin más testigos que un alcalde, un fraile, un escribano y un verdugo; y aún así, sabe Dios como saldremos.

—Pero yo no entiendo esto: ¿si no se ha de hacer justicia, para qué alcaldes? y si no alcaldes, ¿para qué justicia?

—Así anda el mundo, y así ha andado siempre: para los de abajo, la vara de un alcalde es de hierro: para los de arriba, la vara de un alcalde se convierte en una caña podrida: me voy cansando, y juro á Dios, que en saliendo de esto, si me dejan la vara, he de hacer dejacion de ella, para irme á mis tierrecillas á vivir tranquilo. Pero entre tanto, por la primera vez de mi vida estoy preso, aunque soy un preso muy extraño; porque puedo prender á todo el que quiera. Por lo tanto, señor Ruy Dávalos, y ya que prender podemos, poned preso en su celda al prior de los agustinos: encerrad en el convento á todos los estudiantes que no estén ya en la cárcel, para que aunque presos, no pierdan ni un solo dia de aula, mandad al corregidor que no salga de su casa, y ponedle un alguacil de guar-

dia ; y á todo vicho viviente que se encontrare con méritos para ser preso, metedle en la cárcel. Que no se ponga á nadie grillos ni esposas , ni á nadie se tome declaracion : extended todos estos autos en forma , y traédmelos para que los firme.

IX.

—Sois el alcalde más divertido del mundo, dijo Aben-Shariar que habia escuchado todo esto sin que le viera Ruy Dávalos , apenas don Rodrigo hubo entrado en la sala.

—¡Divertido, eh, monseñor! dijo don Rodrigo de Santillana que echaba fuego por los ojos.

—¡Pues no! llevais vuestra severidad hasta un extremo, que deleita.

—Extrañame que diga eso un senador del Consejo de los Diez de la tremenda República de Venecia.

—Cuando hace ocho años estuvisteis vos allá, don Rodrigo, y tuvimos ocasion de conocernos, creo que no habeis visto ni un ejemplo de lo que está sucediendo aquí.

—¿Y qué hariais vos, monseñor, si os encontráseis en el caso en que me veo?

—Antes de contestaros, voy á suplicaros que no me deis el tratamiento que podria convenirme en Venecia.

—¿Cómo que podria?

—Sí, don Rodrigo, yo ando alejado del Consejo, he hecho dejacion de mi cargo, el Consejo ha decretado que yo siga siendo uno de sus miembros, y yo que me he empeñado en no serlo, hace ya algunos meses que por no asistir yo á sus deliberaciones, el Consejo de los Diez ha venido á ser el Consejo de los Nueve, y cuando he necesitado venir á España á buscaros, la licencia que como patricio de Venecia y no como senador he pedido para salir del territorio veneciano, se me ha concedido como senador segun habeis visto en la carta que os he entregado, y que aún teneis sobre la mesa: ¿habeis leído bien esa carta, señor alcalde?

—Sí, monseñor.

—Pues no la habeis leído bien, cuando me dais ese trata-

miento. Hacedme la merced de leerla alto, para que yo me convenza de que la habeis leído bien.

El alcalde, á quien turbaba, como hemos dicho antes, y seguía turbando Aben-Shariar, tomó la carta de sobre la mesa, y la leyó con un acento ronco y particular, por el que se comprendía que estaba fuertemente contrariado, y se esforzaba en vano por disimularlo.

La carta decía así:

«El Consejo de los Diez de la serenísima República de Venecia, á su magestad católica el rey de España don Felipe II.

Señor: á vuestros reinos va á asuntos particulares suyos, el patricio veneciano, senador de la República de Venecia, y uno de los diez de nuestro Supremo Consejo monseñor Pietro Mastta. Va de incógnito, y queremos que su incógnito se respete, aún cuando por cualquier accidente llegue á descubrirse la alta dignidad de que se halla investido. Si por acaso monseñor Pietro Mastta fuese preso, por cualquier razon ó motivo que estimasen justo los que por vuestra magestad están encargados en sus reinos de hacer cumplir y respetar las leyes, desde el momento en que esta nuestra carta á vuestra magestad, le sea presentada, deberán en cumplimiento de la fidelidad que á vuestra magestad deben, suspender el proceso, guardar secreto acerca de esta carta, y remitirla con toda seguridad á vuestra magestad, para que vuestra magestad se entere de ella.

Monseñor Pietro Mastta, es inviolable; como que por la altísima dignidad de que está investido, representa por sí solo y bastantemente á la serenísima República de Venecia. Por lo tanto, y velando el Consejo de los Diez por la inviolabilidad y la dignidad del Estado de Venecia, quiere, que si monseñor Pietro Mastta incurriere en un delito, vuestra magestad asegure de una manera digna y decorosa á monseñor Pietro Mastta, avise con la brevedad posible al Consejo de los Diez, para que este envíe comisarios que juzguen del delito: y tenga vuestra magestad en cuenta, que si el delito se probare con arreglo á las leyes de vuestros reinos, monseñor Pietro Mastta será arrojado del Consejo, depuesto y degradado de su dignidad de senador, borrado su nombre como patricio del libro de oro de Venecia, declarado no ciudadano de ella, y entregado á

vuestra justicia. Pero si vuestra magestad se desentendiere de esta carta, no reconociere la inviolabilidad de monseñor Pietro Mastta, y mandare proceder contra él, la serenísima República de Venecia se considerará gravemente ofendida, tendrá á vuestra magestad por su enemigo, le declarará la guerra, y la hará á vuestra magestad con todo su poder, con la ayuda de Dios, de la Virgen María y del evangelista san Márcos.»

Seguian la fecha que era de primero de Agosto, la firma del Dux, las de los del Consejo de los Diez, notándose la singularidad de que tambien firmaba monseñor Pietro Mastta, y el gran sello de Venecia.

Aquella carta pesaba tanto en las manos de don Rodrigo, que casi no podia sostenerla, porque hay momentos en que un peso moral abruma tanto como un peso físico.

Por lo mismo, don Rodrigo volvió á poner, apenas leida, aquella carta sobre la mesa.

—Veo, dijo Aben-Shariar, que á pesar de lo claro y terminante de esa carta, no la habeis comprendido.

—¿Y qué os mueve á creer que no he comprendido lo que se contiene en este documento?

—Que no me lo habeis devuelto, señor don Rodrigo de Santillana, y que vos no podeis tenerlo más que el tiempo extrictamente necesario para remitirle con completa seguridad y sigilo al rey don Felipe: para ello, era necesario que vos me hubiéseis preso por un delito, y aún no hemos llegado á ese caso, ni llegaremos.

—Sin embargo, señor Pietro Mastta, la presencia en España y de incógnito, de un personaje tal como vos, haria concebir sospechas al menos prudente; y como el rey mi señor no puede fiar mucho en la buena amistad de Venecia, yo como leal vasallo del rey de España, he determinado enviar y enviaré, esa carta al rey mi señor.

—Estais sentenciado, don Rodrigo, á hacer disparates por exceso de una severidad que no comprendo en vos; porque para ser severo con justicia respecto á los demás, era necesario que empezárais por ser severo con vos mismo. ¿Pues qué, no habeis vos cometido faltas, y faltas gravísimas, don Rodrigo?

Vos, terrible para con los demás, no sabeis que alguno que

fuese tan terrible como vos, sería para con vos severísimo? y sobre todo, vuestra severidad aunque no fuese extraña, porque de nada tuviérais que acusaros, será siempre ciega é imprudente. ¿Creéis que el rey os agradecería el que le pusiérais gratuitamente en un apuro de que no sabría cómo salir, si le remitiérais esta carta? Lo que vos podeis hacer y lo que no hareis, yo os lo aseguro, es avisar al rey de que en sus reinos, cerca de su córte, existe no menos que un miembro del Consejo de los Diez, de la República de Venecia; y aún así, el rey recelaría mucho; se pondría muy sobre ascuas, pero no sabría qué hacerse ni qué partido tomar; porque como yo no cometeré ningun delito, ni vengo para nada que tenga que ver con la cosa pública de estos reinos ni con la amistad que existe entre la República de Venecia y el rey de España, todo lo que fuese atentar al libre ejercicio de mi libertad, sería ofender á un Estado poderoso, á quien no se puede creer enemigo mientras él no lo declare, y con el que debe evitarse por todos los medios posibles y razonables una guerra.

—¿Pero á qué habeis venido aquí, señor Pietro Mastta?

—He venido á España solamente á buscaros; he preguntado por vos en Valladolid, y me han dicho que os encontrábais en Madrigal, y á Madrigal me he venido. Como vos me conocéis, como vos sabeis que yo pertenezco al Consejo de los Diez, os he presentado esta carta del Consejo, para que comprendais cuanto importa guardar secreto á cerca de mi persona.

—Pero si ningun objeto político traeis, señor Pietro Mastta, ¿por qué no venís con vuestro nombre y vuestros títulos?

—Cabalmente, para evitar recelos y asechanzas; porque tal es vuestro rey, que le bastaría con saber que habia en sus Estados un senador de Venecia, y á más del Consejo de los Diez, para que levantase castillos en el aire y cometiese alguna torpeza: tan es así, que á no ser por la gravedad del asunto que me trae, no hubiera venido.

—Estoy ansioso por conocer ese asunto, si es posible que yo le conozca.

—¿Pues no ha de serlo, si es un asunto vuestro, don Rodrigo?

—¡Mio!

—Sí, ciertamente; y para concluir este preámbulo y entrar en la cuestion, olvidaos de que yo soy lo que soy, y para contestaros á lo que me preguntais acerca de lo que yo haría puesto en vuestro lugar, solo tengo que deciros, que en Venecia no suceden estas cosas, y que yo no desempeñaría por nada del mundo el oficio de alcalde de casa y córte que vos desempeñais. A otros paises, otras costumbres: y á otras costumbres, otras leyes.

Y Aben-Shariar, haciendo punto redondo, se acercó á la mesa, tomó la carta, y la guardó.

X.

Despues de esto, tomó un sillón, lo acercó á la mesa, se sentó, y el alcalde se sentó tambien.

—¿Vos sois viudo, don Rodrigo?

—Sí señor, desde hace muchos años.

—¿Vos no teneis familia, don Rodrigo?

—No señor.

—En España se entiende.

—En ninguna parte.

—¿Cuántas veces habeis estado en Venecia?

—Las dos veces que he sido alcalde en la Chancillería de Nápoles.

—¿Y no guardais ningun recuerdo de Venecia?

—He conocido en ella á muchas personas, y entre esas personas á vos, hace ocho años.

—¿Recordais para lo que me visteis á mí?

—Si señor: un galeon de Venecia habia apresado á una nao española creyéndola pirata, y el gobierno de Venecia la habia declarado buena presa: los dueños de la nao habian representado al virey de Napoles, y yo fui comisionado para el arreglo pacífico de este asunto, que tenia algo de político; porque al ser apresada la nao, tenia desplegada la bandera española.

—Aquel asunto se arregló pronto y satisfactoriamente para ambos gobiernos.

—Es verdad; y á vuestros buenos oficios se debió el que no se agriasen las contestaciones entre Venecia y España.

—Gracias á mi paciencia; porque vos habeis sido siempre, don Rodrigo, iracundo y violento, y quereis llevarlo todo á punta de lanza. Mi primer y más penoso trabajo, fué el reducirlos á la razon, y apeáros de vuestras exageraciones; porque no sé cuantas cosas pediais para que España se satisficiera de un pretendido agravio, porque la verdad es, que la nao apresada era pirata, habia desplegado ilegítimamente la bandera española, y no hay razon alguna para pretender que la bandera cubra el delito; pero tampoco estaba Venecia en el caso de romper sus buenas relaciones con España por un asunto tal; se creyó, porque se quiso creer, que la nao no era pirata; se indemnizó á los dueños, se salió de aquel apuro, y todos quedamos contentos.

—Por vuestros buenos oficios, lo repito; así lo manifesté al virey de Nápoles, conde de Lémus, que os escribió dándoos las gracias.

—Cumplí en aquella ocasion con mi deber como gobernante de Venecia, y no hay por qué agradecerme lo que hice. Pero antes que de Venecia saliérais, cumplí tambien con mi deber respecto á vos como hombre. Me debeis la vida, señor don Rodrigo de Santillana.

—¡Yo! dijo el alcalde con extrañeza.

—Vos.

—Si os debo la vida, lo ignoro,

—Porque yo cuando os la salvé, no me dí á conocer de vos. ¿No recordais haberos encontrado en un gran peligro, en un peligro de muerte, hace ocho años, en Venecia, en el Gran Canal, más alla de Rialto?

—Si, dijo estremeciéndose el alcalde, como al recuerdo de un gran peligro unido á una de esas situaciones que jamás se olvidan: estuve á punto de ser asesinado, y fui salvado no sé por quién.

—Por mí: los del Consejo de los Diez velan siempre por Venecia, y uno de ellos alternativamente recorre durante la noche en una góndola del Estado los canales, para ver si se ejerce bien la vigilancia por los esbirros: el senador que hace este

servicio va generalmente disfrazado y cubierto el rostro con un antifaz para poder observar mejor, y muchas veces, él mismo comete una falta para probar si se obedecen bien las leyes, y procura sobornar con oro á los esbirros, que cumpliendo con su deber le prenden.

—Lo mismo solemos hacer los alcaldes en España.

—Es bueno que los encargados superiores de hacer cumplir las leyes, vean por sí mismos si cumplen con su obligacion los encargados inferiores. Pero viniendo á nuestro propósito: está mandado en Venecia que las hosterías no se abran á nadie despues de haber sonado el toque de reposo de la gran campana de San Márcos, á cuya hora deben apagarse las luces y quedar libres los canales. Se me habia dado parte de que los esbirros de Rialto faltaban á su deber, permitiendo que en la gran hostería de Rialto, permaneciesen gentes y tuviesen lugar aventuras galantes en las altas horas de la noche. Esto era demasiado grave: entré en una góndola con algunos esbirros secretos del Consejo, y me encaminé á la hostería de Rialto.

—En aquella hostería habitaba yo.

—Era y es la mejor hostería de Venecia, donde se alojan los príncipes y los grandes señores que van á visitarla. Yo sabia la señal que era necesaria para que la puerta de la hostería se abriese: tres golpes dados en la puerta con la mano y un ligero silbido: salté en tierra delante de la hostería sin que un solo esbirro apareciese para detenerme, á pesar de que allí hay muchos, porque hay que guardar las grandes riquezas de los judíos, que tienen sus magníficas tiendas en el puente de Rialto; llegué á la puerta de la hostería, llamé como estaba convenido, é inmediatamente la puerta de la hostería se abrió; entré, me encontré en un espacio oscuro, en el vestibulo, y la puerta volvió á cerrarse: adelanté sin vacilar; porque conocia demasiado la hostería: mas allá del vestibulo encontré los departamentos iluminados ni más ni menos que como cuando en las horas permitidas la hostería estaba abierta al público. En una mesa, junto á la puerta del primer salon, reparé en cuatro condotieros de los de más terrible aspecto; de esos que no se ven en ninguna parte, y que cuando se les vé se puede estar seguro de que junto á ellos existe un gran crimen. Pasé sin hacer ni un solo

movimiento que pudiera inspirarles sospechas, y seguí acompañado de uno de los sirvientes de la hostería hasta un retrete particular en donde entré. Lo primero que hice fué sacar del bolsillo cuatro escudos de oro y ponerlos en las manos del sirviente.

—¿Y por qué esto? me preguntó.

—Tú tienes cara, hijo, le respondí, de ser un buen muchacho á propósito para sacarme de un apuro en que me encuentre. Como á la hostería de Rialto viene todo el mundo, yo he dicho: allí donde todo el mundo va, encontraré indudablemente lo que necesito.

—¿Y qué necesitais, excelencia, me respondió sonriendo el sirviente de la hostería; porque yo estaba haciendo sonar monedas de oro dentro de mi bolsillo.

—Padezco de una dolencia singular, amigo, le dije; tengo atravesado en el corazon un hombre.

—Vamos, una espina ponzoñosa, contestó guiñando un ojo, y con una sonrisa sesgada el sirviente; las espinas de los dedos se sacan con una aguja; las espinas del corazon se sacan con un puñal: tambien se sacan las espinas de los dedos con un unguento, y tambien hay unguentos, aunque algo más caros, para quitarse de encima lo que se atraviesa en el corazon.

—¿Un veneno, eh?

—O una cosa semejante.

—Pues mira, acabo de ver al pasar por la gran sala, cuatro buenos muchachos, cada uno de los cuales me parece muy á propósito para quitarme del corazon al hombre que me hace daño en él.

—Yo no sé si esos querrán, me dijo; porque no los conozco mas que desde hace una hora que llegaron detrás de una dama que está arriba encerrada en el aposento de uno de los huéspedes, de un señor muy tieso y muy sério, ya de años, que es español, y ha venido hace un mes de Nápoles.

Al oír esto don Rodrigo se puso pálido, y su mirada se hizo vaga.

Aben-Shariar continuó:

—Échame para acá uno de esos tunos.

—Si no le doy cebo, no vendrán; porque son muy desconfiados estos pillos de condotieros.

—Pues toma, y dales, contesté entregando algunas monedas de oro al sirviente que salió y volvió á los diez minutos con el condotiero más arrogante y más bravo que he conocido en Venecia, y que fué lástima que acabase tan pronto y tan desastrosamente su carrera.

—Buenas noches, excelencia, me dijo sin quitarse el sombrero, y con la espada desnuda debajo del brazo en que tenia revuelta la capa, que caia por detrás derribada del hombro derecho; está ave fria (y señalaba al sirviente) me ha dado diez buenos cruzados de oro de vuestra parte, y yo que sé responder como se debe á tan buenos cumplimientos, tengo el honor de venir á veros, excelencia, para ponerme á vuestras órdenes.

—Véte y cierra la puerta, ponte en acecho, y tose recio si se acerca alguien.

El sirviente salió.

—Vamos: por las prevenciones que tomáis, excelencia, me parece que se trata de algo sério.

Me puse de pié, adelanté hácia el condotiero, y me abrí las ropas exteriores, dejándole ver mi justillo interior.

El condotiero dió atrás dos pasos aterrado, dejó caer la enorme espada desnuda que llevaba debajo del brazo, tembló y cayó de rodillas.

—¿Y por qué se alteró de tal manera aquel hombre? dijo el alcalde.

—Por lo que habeis visto aterrados ante vos á tantos criminales al mostrarles el signo de la justicia: vosotros lleváis un signo demasiado visible; una larga vara negra que es más alta que vosotros, y que á tener hierro os pudiera servir de pica. Nosotros llevamos oculto nuestro signo de justicia, y no le dejamos ver sino cuando conviene: vuestro distintivo se ve desde muy lejos, y el nuestro solo se ve cuando estamos muy cerca; vuestro distintivo solo amenaza con una pena dada é invariable con arreglo al delito, porque vosotros seguís de una manera inalterable la letra de las leyes que los criminales conocen en lo que les concierne, tambien ó mejor que vosotros. Nuestro distintivo causa un terror frio al que le vé, por leve que sea su culpa; porque detrás de nuestros distintivos de justicia, están las prisiones de la inquisicion del Estado, cuyos misterios nadie

ha descubierto, y cuyos horrores exagera la imaginacion, porque nosotros no hacemos ni más ni ménos que lo que vosotros haceis; esto es, atormentar para descubrir la verdad, y despues extrangular ó sofocar: pero se habla de emparedamientos, de muertes por hambre, de despedazamiento, de horrores; y el terror, un terror frio, un terror de muerte se apodera del que vé lo que en aquellos momentos vió el condotiero, y que no fué más que lo mismo que vais á ver ahora, don Rodrigo.

Y Aben-Shariar se abrió el colete de gamuza, y dejó ver bajo él, sobre un justillo de raso negro, las tres letras bordadas con hilo de plata que ya conocemos: C. D. X.

El alcalde se inmutó al ver aquellas tres letras, aunque no era veneciano, ni estaba en Venecia.

Y se inmutó, porque sabia demasiado que el pavoroso poder de Venecia alcanzaba á todas partes; que aquel á quien Venecia sentenciaba, moria, aunque estuviese lejos de ella, ya fuese rey ó príncipe, magnate ó mendigo. Porque Venecia disponia siempre de agentes admirables, que sabian hacer que el tósigo devorase las entrañas de los sentenciados de la República.

Don Rodrigo sabia que nadie veia aquellas tres formidables iniciales, sin que su sola vista fuese la amenaza séria de una gran desgracia.

Por eso don Rodrigo al verlas se inmutó.

XI.

Aben-Shariar permaneció algunos segundos mirando fijamente al alcalde, absorviendo su turbacion y dejándole ver las tres letras de plata en fondo negro, que parecian atraer la mirada cobarde de don Rodrigo.

Al fin, Aben-Shariar cerró su colete de gamuza, ocultando las tres letras.

Pero ya habia acabado de convertirse en un sér completamente terrible para el alcalde.

XII.

Este, sin embargo, se rehizo.

—¿Y por qué llevais, dijo pretendiendo ser severo, ese distintivo de autoridad en los dominios del rey de España, cuando su magestad no os autoriza para ello, y cuando, sobre todo, ese distintivo no tiene aquí fuerza alguna?

—Le llevo... por costumbre. Y en cuanto á lo de que aquí no tiene fuerza alguna este distintivo, es tal y tan respetable para el que le conoce, que el mismo rey de España con todo su poder, sentiria al verle un recelo vago y frio, y comeria con inquietud los platos que le presentasen sus gentiles-hombres. ¿Quién se atreveria á llevar sobre sí las iniciales del Consejo de los Diez, aunque fuese en el rincon más apartado del mundo, que no expiase su audacia, si no estaba autorizado para llevarlas? ¿ni quién aun estando autorizado, las mostraria, sin tener para ello el consentimiento de la República, y su poder entero al lado?

—¿Quiere esto decir, que esas letras que acabo de ver, son para mí una amenaza? dijo con bravura don Rodrigo.

—No, por Dios; no creais eso; os he mostrado estas letras porque ha venido á punto, como se muestran sin trascendencia alguna á un antiguo conocido, que es al mismo tiempo un alto ministro de justicia, familiarizado con estas cosas y un caballero.

—Habeis tomado, sin embargo, una posicion extraña, que no comprendo.

—En último caso, esto quiere decir, y no os lo debo ocultar, que aunque yo estoy solo en España, Venecia está en España conmigo, viendo, oyendo y juzgando con mis ojos, con mis oídos y con mi razon.

—Es decir, que Venecia nos espía.

—Algo más noble y más alto que eso, señor don Rodrigo; un tan alto magistrado como yo, no puede confundirse nunca con un miserable espía: podrá ser un testigo vigilante, un terrible poder oculto; pero más bajo que esto, no.

—Perdonad; ha sido una mala eleccion de palabra: he querido decir que Venecia, por medio de vos, nos observa.

—Eso es distinto: eso pudiera ser, pero no lo es: os repito que he venido á España sin ningun objeto político, que todo se reduce á un asunto particular, que os interesa mucho á vos, y que aunque no tanto, me interesa tambien á mí; y como en España vos sois mucho, y estais ensoberbecido porque llevais treinta años de ser alcalde de casa y córte, lo que es lo mismo que decir que llevais treinta años de ser poco ménos que el rey don Felipe, es bueno que sepais que teneis enfrente un poder fuerte, y que si no obrais estrictamente en justicia en el asunto que me trae á España, podrá suceder que sepais por experiencia propia si el poder de Venecia alcanza ó no á los que están fuera de sus Estados, aunque los proteja un rey tan fuerte como el rey don Felipe.

—Resulta siempre que está suspendida sobre mi cabeza una amenaza, dijo sobreponiéndose á todo por un esfuerzo heroico Santillana, y con la expresion y el acento de una noble altivez.

—Lo que teneis sobre vos, dijo friamente Aben-Shariar, no es una amenaza, sino una leal advertencia.

—Lo que no comprendo, dijo don Rodrigo, es cuál pueda ser ese asunto particular mio, que ha obligado á venir secretamente á España, no ménos que á uno de los altos magistrados que forman el supremo Consejo de Venecia.

—Continuemos mi interrumpido relato, y pronto sabreis cuál es ese asunto, don Rodrigo, dijo Aben-Shariar.

Guardó por un momento silencio, y luego continuó:

XIII.

—Os decia, que el condotiero cayó á mis piés temblando cuando yo me acerqué á él y me abrí mis ropas.

Ya habeis visto lo que vió el condotiero sobre mi pecho, y habeis comprendido por qué razon cayó de rodillas.

Yo me acerqué á él, le levanté de una manera brusca, y le dije sin soltarle la mano:

—Vas á morir de una manera miserable si no revelas al Es-

tado lo que habeis venido á hacer aquí, tú y tus tres compañeros.

—Hemos venido á pasar alegremente la noche, me dijo sobreponiéndose á todo con su infinita audacia de condotiero.

—Vosotros no sois bastante ricos para hacer una cuenta en la hostería de Rialto: vuestro lugar está en las tabernas de la plaza.

—Alguna vez, excelencia, nos hemos de regalar el cuerpo como los grandes señores.

—¿Y por qué has tomado mi dinero y has venido á ponerte á mi disposicion?

—El dinero se toma siempre, y es muy justo servir y complacer al que nos le dá.

—Pero cuando se dá tanto dinero, el que le toma se obliga á todo.

—Esa no es una razon: puede haber un hombre que dé su dinero por el solo gusto de darlo; porque de todo hay en el mundo, y el venir á agradecerlo, no quiere decir que vendamos por dinero nuestra alma al diablo.

—Estás preso por la inquisicion del Estado, le respondí por única contestacion.

—¡Preso!

—Sí; y los otros tres que te acompañan.

—Es decir, que os habeis propuesto saber, excelencia, á qué hemos venido aquí mis compañeros y yo, y que si no os lo digo, nos harán pedazos hasta que lo digamos en la cárcel de la inquisicion?

—Eso es.

—¿Y si os lo digo?....

—No se os pondrá á la prueba del tormento.

—¿Ni se nos prenderá?

—Si dices la verdad y la prueba, no.

—Pues voy á cantar lo mismo que una alondra, excelencia; pero soltadme, que teneis la fuerza de un toro, y me estais rompiendo el brazo.

—Habla, dije soltándole.

XIV.

El condotiero se arregló su capa, su redecilla y su gorra, y me dijo con una serenidad insolente:

—Hemos venido para dar de puñaladas en una góndola, y arrojarle despues al canal, á un caballero que saldrá de aquí con una dama.

—¿Sabeis el nombre de ese caballero?

—Nosotros nunca ajustamos un difunto, sin saber qué clase de persona es, su nombre, su procedencia y su categoría, para poner el precio conveniente. El difunto de que ahora se trata, es un caballero español, muy principal, que está empleado por el rey de España en Nápoles, que ha venido á Venecia no sé á qué, y que se llama don Rodrigo de Santillana.

El alcalde hizo un movimiento de indignacion.

—No lué mala suerte la vuestra, dijo Aben-Shariar, de que yo rondase aquella noche, y se me ocurriese entrar tan á punto en la hostería de Rialto. ¡Me debeis decididamente la vida, don Rodrigo! Si yo no entro aquella noche allí, sois hombre muerto.

—¿Y por qué no me lo dijisteis entonces, como me lo decís ahora, para que yo os lo agradeciera?

—Lo que se hace en cumplimiento de un deber, no exige, no merece el agradecimiento. A más de eso, el bien debe hacerse por el bien mismo, no porque nos le agradezcan. Pero continuemos.

—¿Sabes tú por qué causa se pretende la muerte de ese caballero? pregunté al asesino.

—La causa me importaba poco, con tal de que me pagaran bien la muerte; me contestó con su eterno descaro el condotiero.

—Pero sabrás quién te ha mandado dar de puñaladas á ese hombre.

—Sabeis demasiado, excelencia, que estas cosas se tratan siempre con antifaz; yo no puedo deciros otra cosa, sino que ayer, un hombre que parecia criado de casa grande, habló con-

migo, me propuso el negocio, y yo convine en él, mediante la suma de cien cruzados, que se me entregaron poco despues. Se convino en que esta noche á la una viniésemos en una góndola á la hostería de Rialto, otros tres y yo; que entrásemos en la hostería, y nos colocásemos en la gran sala, junto á la puerta por donde se pasa para atravesar la sala y llegar á las escaleras: que cuando viésemos bajar á un caballero alto, blanco, pálido, sério, de más de cincuenta años, asido del brazo de una dama enmascarada, con antifaz y manto negro, y vestido celes-te, los siguiéramos, y cuando entrasen en una góndola, nos fuésemos detrás de ella con la nuestra, y á la salida del Gran Canal nos apoderásemos de la góndola y del caballero, le apartásemos de la dama, llevándole á la góndola, sujeto y con la boca tapada, y le llevásemos hasta las lagunas, en medio de las cuales le mataríamos y le arrojaríamos al agua; despues de lo cual iríamos á dejar en tierra á un incógnito que habria estado con nosotros, para ser testigo de que habíamos cumplido aquello á que nos habíamos obligado. Esa es la historia, y nada más tengo que decir, y que la Santa Madonna me falte á la hora de mi muerte, si no os he dicho la verdad, excelencia.

—Pues bien, vete á donde estabas, no digas ni una sola palabra de lo que sabes ni aún á tus compañeros. No te olvides de que la hostería está cercada, de que nadie puede escapar, y de que si pretendes escapar, antes del amanecer has acabado de muy mala muerte.

—Descuidad, excelencia.

—Vete.

XV.

El condotiero salió, y poco despues salí yo tras él á la gran sala, me senté en una mesa algo distante, pedí vino, y permanecí observando á los condotieros.

Poco despues, aparecísteis vos llevando del brazo á una mujer, salisteis con ella, salieron tras vos, y despues de un ligero intervalo, los cuatro condotieros, y tras los condotieros yo.

Mi góndola siguió sin perderla y sin ser vista por ella, la

góndola de los condotieros. Ya sabéis lo que sucedió despues.

—Sí, la góndola en que yo iba con una dama fué acometida de repente, me sentí sujeto, y sin poder valerme, sin poder gritar, porque me habian tapado la boca, fui trasladado á otra góndola. Aquella góndola anduvo algun tiempo, y despues se detuvo, y fui sacado de ella y puesto sobre el borde de un canal. Una vez allí, me destaparon la boca y los ojos que también me habian vendado, me desataron, y me encontré solo y sin espada y sin puñal, porque me los habian quitado, entre algunos hombres vestidos de negro y enmascarados.

—Señor don Rodrigo de Santillana, me dijo uno de aquellos hombres afectando la voz, sin duda para que no le conociese...

—Aquel hombre os dijo, continuó Aben-Shariar interrumpiendo al alcalde:—Pues habeis concluido ya los asuntos que os trageron á Venecia, idos de Venecia cuanto antes, porque aquí peligra vuestra vida, y no siempre estará la República á vuestro lado para salvaros.

—Es verdad, dijo don Rodrigo de Santillana: y sin darme tiempo para contestarle, aquel hombre añadió dirigiéndose á los demás que sin duda eran sus inferiores: llevad á este caballero á la hostería de Rialto.

—Aquel hombre era yo, dijo Aben-Shariar, y no hice esto solo; necesitaba saber por qué se habia querido matar, y me trasladé á las prisiones de la inquisicion del Estado, á donde habia sido conducida la mujer con quien habiais salido de la hostería.

XVI.

Don Rodrigo escuchaba con la más grande atencion.

—Aquella mujer, dijo Aben-Shariar, estaba sin antifaz en las prisiones, y al verla retrocedí: era una de las damas más hermosas, más nobles y más codiciadas de Venecia: se llamaba.....

—Gabriela Prósperi, dijo con voz ronca don Rodrigo de Santillana.

—¿Y nada os dice vuestra conciencia, al recordar el nombre de esa mujer? dijo Aben-Shariar.

—Ha sido la causa de una de mis debilidades, dijo el alcalde; cuando yo fui á Venecia diez años antes de la época en que vos me conocísteis, solo tenia cuarenta años; aún hervía jóven la sangre en mis venas.

—Y Gabriela solo coñtaba quince, y debia ser tentadora; pero las mujeres á los quince años, don Rodrigo, no saben lo que aman, ni por qué aman: están en el período más peligroso de la vida de la mujer: es una verdadera desgracia para ellas el tropezar á esa edad con un hombre experimentado, conocedor de las debilidades de la mujer: vos entrábais con suma confianza en la casa del patricio Prósperi, os sedujeron la pureza y la hermosura de Gabriela, os enamorásteis de ella, no con el alma, sino con los sentidos, y la pobre niña fué vuestra, porque no podia menos de serlo; porque su ignorancia de la vida no podia luchar con vuestra experiencia; porque os ayudaba ese exceso de vida que se advierte en las mujeres muy jóvenes, y que no han amado aún, pero ansian conocer el amor. ¿Por qué al ser vuestra Gabriela, no la hicísteis vuestra esposa?

—Porque he sido casado una vez, y aunque me fué muy bien con mi esposa, juré no volverme á casar.

—Pero no jurásteis no seducir á ninguna mujer.

—Sea como quiera, yo no pude ni debí casarme con Gabriela.

—Pero Gabriela pudo ser madre por culpa vuestra.

Alzóse de repente el alcalde de su sillon, y miró espantado á Aben-Shariar.

—¡Madre decís! ¿tengo yo un hijo?

—Teneis una hija, que cuenta ya diez y nueve años, y os reclama su nombre, y la enorme suma de veinte mil florines que os dió su abuelo, el padre de Gabriela, y que se perdieron en vuestras manos.

—Gabriel Prósperi me dió aquel dinero para hacer una especulacion en Nápoles, y aquel dinero me fué robado en el camino, y me ha sido imposible devolverle.

—Yo no dudo de que el dinero os fuera robado; pero esto no consta, y sois deudor por lo mismo de veinte mil florines, á Marieta Prósperi, heredera de su madre, que ha muerto hace poco tiempo. Yo, que me habia interesado por ella desde el dia

en que la prendí, porque me convenció de que tenía razones bastantes para mataros, puesto que vos, libre, y deudor de ella de una manera doble, porque la debíais la honra que la habíais quitado, y el dinero que os dió su padre, os negásteis á contraer matrimonio con ella, cuando ella permanecía aún jóven y hermosa, y vos empezábais á ser viejo, cuando ella os sacrificaba su libertad por su honor; cuando yo quise ser mediador en esto, ya no os encontré; habíais cobrado miedo á los puñales venecianos, y habíais escapado. Preciso fué, pues, que Gabriela tuviese paciencia; pero yo que soy muy rico; yo, que la ví pobre, la reintegré de lo que vos la debíais, haciendo que ella me transfiriese el derecho de teneros por deudor.

—¡Cómo! dijo el alcalde verdaderamente contrariado.

—Sí, Gabriela habia quedado pobre cuando habló con vos en la hostería de Rialto; apenas tenia dinero para pagar vuestra muerte: ¡vuestra muerte que la pedia su venganza! porque vos os habíais olvidado de todo; vos os negábais á todo.

—Yo no sabia que tenia una hija: nada me dijo Gabriela.

—Ella quiso evitar la más horrible de las ofensas; que dudaríais de que Marieta era vuestra hija; que os negaríais á todo avenimiento, como negábais la deuda de los veinte mil florines.

—Me los robaron en la Calabria, dijo con una impaciencia agresiva don Rodrigo de Santillana, y yo no puedo deber lo que no pedí.

—Y decidme, don Rodrigo, ¿si os viéseis obligado á sentenciar un pleito?...

—Yo no soy oidor, y por lo tanto, yo no tengo que sentenciar pleitos; yo como alcalde de casa y córte, solo tengo que castigar delitos.

—Pues mejor, don Rodrigo; porque de delitos se trata.

—¡De delitos!

—Sí; si una mujer viniera á vos, y os dijera: «Yo soy menor de edad; un hombre de cuarenta años, investido con una alta dignidad, noble por su casa, caballero por sus hechos, me ha dado palabra y fé de esposo, me lo ha asegurado en un papel firmado por él, he sido suya, y he sido engañada, abandonada, burlada; hacedme justicia, porque para eso os paga el rey, y eso os manda Dios;» si eso os dijera una pobre jóven,

don Rodrigo, vos, el severísimo alcalde de casa y córte, el que encuentra para delitos muy disculpables, tales como el homicidio en riña, poco castigo la horca; vos, el que cuando yo llegué queríais hacer pedazos á un pobre diablo de hidalgo, porque defendía su dignidad contra vuestros atropellos, ¿qué hubiérais hecho vos, al averiguar que el hombre que habia seducido y dado palabra de esposo á aquella infeliz niña deshonrada, era un hombre casado; porque vos lo érais entonces, don Rodrigo, hace veinte años, y lo érais despues, hace diez años, cuando Gabriela desesperada os tendió un lazo para vengarse de vos matándoos, porque no encontraba en vos al esposo; porque hasta en la miserable cuestion de intereses os negábais á todo; porque la desventurada sin honra ya, se veia próxima á una horrible miseria, con su hija, con vuestra hija: ¡si á vos os viniesen, repito, alcalde de casa y córte, con un negocio de este género! ¿qué haríais?

Don Rodrigo se retorció, literalmente hablando, como una sabandija arrojada al fuego, y su semblante, generalmente pálido, se enrojeció de vergüenza.

—¡Responded! insistió el implacable Aben-Shariar, cuya voz era acusadora y terrible: ¿qué haríais, obrando en justicia?

—¡Fué un olvido de mí mismo, fué una horrible desgracia; yo estaba loco! barbotó don Rodrigo.

—Os voy á decir lo que vos hubiérais hecho con el miserable, con el infame seductor, con el hombre que perdía por una pasión impura á una jóven honrada, inocente, menor de edad, y faltaba á la fe prometida á su esposa: vos hubiérais revuelto de arriba á bajo el Fuero Juzgo, las Siete Partidas, el Fuero Real; toda la inmensa balumba de vuestras leyes, para encontrar una, con arreglo á la cual hubiérais podido enrodar, ahorcar y descuartizar al culpable. Ahora bien, don Rodrigo de Santillana, ¿creéis que la justicia es igual para todos los tiempos y para todos los países?

—Sí; murmuró completamente aturdido el alcalde.

—¿Creéis que todo hombre investido con la magistratura, sea cualquiera su pátria, es idóneo para calificar, si no para sentenciar fuera de su pátria un delito?

—Sí, repitió con acento profundo y cavernoso don Rodrigo.

—Ahora bien; ¿creeis que yo, como senador del Consejo de los Diez, soy un magistrado bastante para poder juzgar respecto á vos?

—Despues del rey nuestro señor, no hay en España un magistrado cuya dignidad sea tan alta como la vuestra, monseñor.

—Pues bien, yo no os hablo de lo que hubiera hecho la noche aquella, en que despues de haber oido á Gabriela Prósperi en las prisiones de Estado, salí ansioso en busca vuestra, y no os encontré. Entonces estaba en Venecia, en mi casa; con vos no quise hacer nada, aunque os hube á las manos; pero mandé tirar á las lagunas atados de pies y manos á los cuatro condottieros y al criado de Gabriela, y á ella la puse en libertad, porque bien mirado, ella no pretendió hacer con vos otra cosa que lo que hubiera hecho el Consejo de los Diez obrando en justicia; porque el que roba la honra, es un ladron más criminal que el que roba la hacienda; y el que mata el alma de una criatura, condenándola á una eterna desesperacion, es un asesino mil veces más feroz, mil veces más sin corazon que el que mata de una vez y con una sola puñalada el cuerpo de su víctima. ¡Ah don Rodrigo! yo os hubiera hecho pedazos por mí mismo y con mi sola autoridad, que allí era bastante en el calabozo más lóbrego, más frio, más profundo, de las cárceles de la inquisicion del Estado, sin daros tiempo para más, que para poner vuestra alma bien con Dios.

—Me encontrais demasiado culpado, monseñor, dijo trémulo el alcalde: vos no sabeis...

—Sí, sí, dijo con un inexorable sarcasmo Aben-Shariar; Gabriela á los quince años debió ser para vos una tentacion de esas que vuelven loco al hombre más cuerdo; ¿pero para qué se han hecho las leyes sino para procurar con el terror que los hombres se defiendan de la locura que hace incurrir en el crimen, poniéndoles enfrente la infamia y el cadalso? ¿pues qué es el oro mas que la tentacion irresistible, que hace de un hombre un asesino y un ladron?

—¡Monseñor, yo no reconozco el derecho que os abrogais para tratarme asi!

—Ya os rebelais, dijo friamente Aben-Shariar; me negais el derecho de juzgaros, y sin embargo, ese derecho incontestable

está escrito en vuestra conciencia; temblais, os retorceis, estais pálido, como un muerto; y es que teneis delante el espectro de vuestro delito que os acusa, que no os perdona; es que veis á Gabriela Prósperi, avergonzada, deshonrada, desesperada: es que veis á Pietro Prósperi muriendo abatido por la deshonra y la desgracia de su hija: es que para vos, juez acostumbrado á exagerar el delito de los otros, vuestro delito se agranda, presentándoseos en toda su horrible desnudez: y es en fin, que no podeis levantar la frente radiante de dignidad, porque vuestra cabeza se inclina bajo el peso del remordimiento.

En efecto, don Rodrigo tenia inclinada su cabeza hasta el punto de que su barba descansaba en su pecho, como sucede con la cabeza de un ahorcado.

—Soy viudo, dijo con acento casi ininteligible el alcalde.

—¿Y bien, qué? contestó con acento glacial Aben-Shariar.

—Puedo reparar mi falta, haciendo mi esposa á Gabriela.

—Gabriela ha muerto hace dos meses, maldiciéndoos, dijo Aben-Shariar, cuya voz, cuyo aspecto se hacian de instante en instante más terribles.

El alcalde lanzó un gemido ronco, que parecia arrancado del fondo de su alma, y se cubrió el rostro con las manos.

Aben-Shariar desplomó sobre él una mirada candente y torva como la del tigre sobre su presa, y sacó de debajo de su colete una cartera, y de ella dos papeles doblados que desplegó lentamente: luego se levantó, apartó las manos del alcalde de su rostro, y le puso delante de los ojos aquellos papeles.

El alcalde lloraba.

—Leed, dijo con un incontrastable acento de mando Aben-Shariar.

El alcalde, completamente dominado, leyó lo siguiente con la voz conmovida, de una manera que daba miedo, porque en aquella conmocion se veia el estado de su alma:

«Juro á Dios y á la Santa Virgen Maria contraer matrimonio con Gabriela Prósperi, hija del patricio veneciano Pietro Prósperi, cuando por la dicha Gabriela me fuere demandado; y si á ello me negare, que me castiguen los hombres en la tierra y Dios en el cielo.»

Aben-Shariar quitó aquel papel de sobre el otro, y repitió con voz opaca:

—Leed.

El alcalde obedeció temblando.

«Hoy día de la fecha, el patricio veneciano Pietro Prósperi, me ha entregado veinte mil florines de oro para emplearlos por su cuenta en especulaciones en el reino de Nápoles, y así lo declaro y lo firmo para su resguardo. Venecia 15 de Agosto de 1558.

—Don Rodrigo de Santillana del Consejo de Estado del virey de Nápoles.»

—Leed el respaldo, dijo Aben-Shariar volviendo el papel.

Don Rodrigo leyó:

«Como heredera de mi difunto padre el señor Pietro Prósperi, trasmito esta deuda para que pueda legítimamente cobrarla, á monseñor Pietro Mastta, senador de Venecia y del Consejo de los Diez, que ha tenido compasion de mí, y me ha entregado los veinte mil florines de que se confiesa deudor de mi padre, don Rodrigo de Santillana, que fué en los años pasados de 1558, del Consejo del virey de Nápoles: Venecia 30 de Octubre de 1568.—Gabriela Prósperi.»

Más abajo se leía con una letra en que se dejaba conocer una mano débil y temblorosa.

«Confirmo lo anteriormente firmado por mí hace diez años, ahora que estoy próxima á aparecer ante el tribunal de Dios, y la tutela de mi hija Marieta de Santillana, que encargo á monseñor Pietro Mastta, senador del supremo Consejo de los Diez del Estado de Venecia. En esta ciudad, á las tres de la mañana del día 10 de Junio de 1578.—Gabriela Prósperi.»

—¡Mi hija! ¡vos sois el tutor de mi hija! exclamó anhelante don Rodrigo.

—Sí, pero vuestra hija no sabe que sois su padre, dijo Aben-Shariar guardando los papeles, ni lo sabrá nunca, á ménos que vos merezcáis con vuestra conducta posterior, que una criatura tan hermosa, tan cándida, tan noble como Marieta Prósperi, os llame su padre y os sonría.

—La sonrisa de mi hija seria para mí el perdon de su madre, exclamó con voz suplicante don Rodrigo.

—Mereced ese perdon.

—¿Y qué he de hacer yo? ¿qué puedo hacer yo? dijo desesperado don Rodrigo. ¡Yo por mí desdicha no puedo levantar de su tumba á Gabriela, y la amo, monseñor, la amo! ¡la recuerdo incesantemente, la veo por todas partes!

—Sin embargo, hace seis años que habeis enviudado, y no habeis corrido á buscarla, á reparar vuestro crimen.

—La he buscado y no la he encontrado, monseñor.

—¿Que la habeis buscado!

—Sí, he escrito al embajador de España en Venecia, este se ha valido de la inquisicion del Estado, y no se la ha encontrado: os lo puedo probar con cartas del embajador, y con una certificacion legalizada de la inquisicion de Venecia, que tengo entre mis papeles en mi casa de Valladolid.

—¿Y cuándo mandásteis hacer esas pesquisas?

—Hace cinco años; apenas cumplido el luto por mi mujer.

—Es verdad, dijo sombríamente meditabundo Aben-Shariar, y como hablando consigo mismo: hace cinco años estaba yo en la mar: Gabriela hacia más de tres que estaba escondida en el monasterio de las Ursulinas, ocultando su vergüenza bajo un nombre supuesto, protegido por mí el misterio de su existencia. ¡Oh! ¡la desgracia! ¡lo que no puede preverse!

—Si yo pude enloquecido por su hermosura olvidarme de todo y cometer un delito, no lo niego; apenas me he visto libre, he hecho lo que mi corazon y mi honra me aconsejaban á un tiempo: la he buscado, y he sufrido la desgracia de no encontrarla: el terror de ignorar lo que habia sido de ella: yo ignoraba tambien, ella no me lo habia dicho, que teníamos una hija; pero vos me lo habeis revelado, y yo quiero mi hija, es mia, dádmela, que yo pueda hacerla tan feliz como he hecho desgraciada á su madre.

—Mereced á Marieta.

—¿No he hecho lo bastante buscando á su madre?

—¡Ah, sí, es verdad! dijo de una manera dura y fria Aben-Shariar; vuestras heladas canas buscaban la ardiente hermosura que recordaban vuestros sentidos.

—¡Ah, no, no! ¡Gabriela hubiera sido mi hija más que mi esposa: el amor que yo sentia y aun siento por ella, no es el ardoroso é impuro amor de la juventud, es el amor del alma!

—¡Ah! ¡y qué hermosa estaba con sus treinta y nueve años, aun en los momentos en que moría! dijo de una manera cruel Aben-Shariar, que nunca había sido tan corsario como entonces.

—¿Qué os he hecho yo, dijo con una energía desesperada don Rodrigo, para que así me despedaceis el corazón?

—Todo lo que hemos hablado, dijo cambiando de tono Aben-Shariar, ha venido por sí mismo, y como consecuencia del asunto que me ha traído á España. Este asunto se reduce al pago de los veinte mil florines que me debéis.

Este brusco cambio de situación de Aben-Shariar, lastimó más que todo lo anterior á don Rodrigo.

Le aconteció lo que á un caballo de raza, al que un jinete inexperto ó loco refrena de repente, pretendiendo pararle en lo más violento de su carrera.

Don Rodrigo que se había levantado, cayó de nuevo sobre su sillón, como si le hubiera sentado en él el rudo efecto de la extraña salida de Aben-Shariar.

—¡Los veinte mil florines! exclamó con asombro: ¡y me los pedís en el momento en que me veis desesperado por la muerte de Gabriela! ¡en el momento en que os pido mi hija!

—Esto es muy natural; en medio de todo, yo soy genovés, y como genovés, comerciante antes que nada; vos me debéis, porque como alcalde sabéis muy bien, que si roban á un hombre un depósito, está obligado á responder de él al poseedor del depósito: no entrarais con los veinte mil florines en la Calabria, que es un país muy poco seguro, en que vuestro rey de España no puede acabar con los bandidos, y no os hubieran robado, ni hubiera yo tenido necesidad de tener ocho años veinte mil florines sin ganar un solo maravedí: para cobrarlos he venido yo mismo; porque como habeis visto, no podia entregarse el documento que os hace deudor mio, porque en ese documento vuestra hija Marieta no tiene el apellido de los Prósperi, sino el vuestro; el que le corresponde, porque sois su padre: este es asunto que solo puede tratarse entre nosotros dos, y como por el estado de mis negocios, me hacen falta de una manera imperiosa esos veinte mil florines, he pedido licencia al Consejo de los Diez, y he venido á España, os he buscado en Valladolid, y

por último en Madrigal, donde me han dicho os encontrábais. Ahora bien; don Rodrigo, ¿estais dispuesto á pagarme esa cantidad?

—Venderé mi hacienda.

—¿Y cuánto vale vuestra hacienda?

—Ni mil florines.

—Pues bien, don Rodrigo, vended vuestra vara.

—No me darán por ella mil ducados.

—No, no me habeis entendido; vuestra vara no significa solo el oficio de alcalde que habeis comprado ó que os ha dado el rey; representa tambien la justicia.

—¡Y habeis querido decirme que venda yo la justicia! exclamó olvidándose de todo, sobreponiéndose á todo en el lleno de su severa dignidad don Rodrigo.

—Dicen que en España todo se compra y se vende, dijo con un frio desdeñoso Aben-Shariar.

—¡Mienten! esa es una infame calumnia de las que se cuentan de España fuera de ella; porque todo el mundo teme ó envidia á España, exclamó don Rodrigo pálido de cólera.

—¿Y cómo diablos me vais á pagar entonces los veinte mil florines?

—No os los pagaré: yo he obrado de buena fé; no me he apoderado de ellos, no me los he comido; me los han robado, y en nuestra España, monseñor, al que no tiene el rey le hace libre.

—Si os demando, nadie creará que os han robado ese dinero: yo lo creo, don Rodrigo, pero no podeis probarlo, y todo el mundo supondrá que os habeis quedado con ellos, y perdereis la honra y el oficio de alcalde, y os vereis obligado á huir, si es que no os prenden á petición mia como estafador.

—¡Vive Dios, que no se en qué me tengo que no os mato! dijo ébrio de cólera don Rodrigo.

—Estais atado de piés y manos; os tengo en mi poder, y haré de vos lo que quiera.

—Pues ved lo que haceis, porque os pudiera pesar.

—Ved vos cómo cumplís conmigo, porque de lo contrario, Santillana, sois hombre muerto.

—Mirad vos, no sea yo quien os mate.

—Con la espada no podeis, ni con las leyes tampoco.

—Lo veremos; entretanto os pido formalmente mi hija.

—Yo os declaro que no la tendreis, sino cuando me hayais pagado los veinte mil florines.

—La buscaré; me ampararé de la serenísima República de Venecia, que me hará justicia.

—¿Y cómo probareis que Marieta Prósperi es vuestra hija?

—Su madre ha escrito mi apellido despues de su nombre; su madre la ha llamado momentos antes de morir, Marieta de Santillana.

—Sí; pero esa declaracion implícita de que Marieta es vuestra hija, hecha por Gabriela moribunda, está en un documento en que yo aparezco acreedor vuestro por veinte mil florines; ya comprendereis, Santillana, que sin entregarme vos esa cantidad, no podeis poseer el documento en que se prueba que Marieta es vuestra hija, dijo Aben-Shariar dejando ver en su boca una sonrisa de triunfo.

—Yo os haré ¡vive Dios! que presenteis ese documento; no para que me lo entregueis, sino para que conste que yo soy padre de Marieta.

—Torpe andais para alcalde, Santillana, dijo Aben-Shariar; ¿pues qué, no sabeis que poseo un documento que me hace inviolable? ¿sois tan necio que creéis que el rey de España arrosstrará por vuestros asuntos una guerra con Venecia?

Santillana rugió porque se sintió impotente contra Aben-Shariar.

Este tomó su sombrero de sobre la mesa.

—¡Os vais! dijo con ánsia don Rodrigo.

—Pues no, ¿hemos de estar hablando eternamente de esto? Ya es bien por la tarde, mi querido Santillana; me vuelvo á Valladolid, y quiero llegar temprano; que no están muy seguros en España los caminos, y no es prudente andar por ellos de noche: meditad lo que os conviene hacer en las circunstancias en que os encontráis, y pongamos punto redondo á nuestra conversacion. Si dentro de algunos dias quereis verme, buscadme en Valladolid ó en Madrid.

—Nos veremos, monseñor.

—Pues bien, hasta la vista. Adios.

—Esperad: voy á mostraros el camino.

El alcalde acompañó hasta la puerta á Aben-Shariar, y este montó en su caballo, que le tenia un criado.

Aben-Shariar y don Rodrigo se despidieron afable y cortesmente, como si nada hubiera pasado entre ellos, y el primero partió.

El alcalde permaneció en la puerta, hasta que Aben-Shariar se perdió por una de las bocas-calles de la plaza, y luego se metió para dentro murmurando:

—Estoy completamente atado por monseñor Pietro Mastta, y yo no creo, no puedo creer, que le muevan á hacer lo que hace los veinte mil florines: ¡qué será esto, Dios mio, qué será!

CAPITULO VII.

De cómo Gabriel de Espinosa pudo creer que estaba seguro en Madrigal.

I.

Pasaron algunos dias sin que aconteciese nada notable.

Los alborotadores de la madrugada del quince de Agosto continuaban en la cárcel presos por el alcalde Santillana, y éste, preso en su casa por doña Ana de Austria.

La resolucion del rey tardaba, porque Felipe II cuidaba demasiado de los negocios, y tardaba mucho en sus resoluciones.

Fray Miguel de los Santos y Gabriel de Espinosa, jamás se veian de una manera pública; pero se veian mucho en la casa de doña Ana de Austria, y decimos en la casa, porque doña Ana tenia más bien casa que celda.

II.

Los amores de la ex-monja con Gabriel de Espinosa, habian crecido hasta tal punto, que la más interesada porque los negocios que se traian entre manos se concluyesen, era doña Ana.

Se habia hecho de Gabriel de Espinosa en su imaginacion un fantasma soñado, embellecido con cuantas cualidades deseaba el hombre de su amor doña Ana.

Gabriel de Espinosa vacilaba entre la sublime abnegacion de Sayda-Mirian y el apasionado amor de doña Ana.

Sayda-Mirian habia llegado hasta el punto de consentir en ir á ver con su hija, y pasando por su nodriza, á doña Ana de Austria.

Gabriel de Espinosa que temia que aquellas dos mujeres se viesen, habia apurado los pretextos para evitarlo; pero cuando vió que doña Ana empezaba á dudar, se vió precisado á ceder, y cuando volvió á su casa se encerró con Sayda-Mirian, y la dijo:

—¿Habria algo en el mundo que tú no sacrificarás por mí, María?

—¡Ah, no, Gabriel! dijo Sayda Mirian, por tí todo; el corazon, la paz de mi alma, la vida, que es todo lo que me queda.

—Tú no debiste venir á Madrigal.

—Yo no podia separarme de tí; yo no podia vivir en la terrible ansiedad de lo que te aconteciese.

—Yhaye, que vive de incógnito en Castilla, que ha estado hace quince dias en el pueblo, que ha aterrado á don Rodrigo de Santillana, que ha hablado conmigo en medio de un camino, sin que nadie haya podido verlo, nos hubiera servido de intermediario y te hubiera tenido al corriente de lo que me hubiera sucedido.

—No; yo necesito tenerte á mi lado, verte todos los dias, partir contigo el peligro: de otro modo, yo hubiera vivido muriendo.

—No te se ha podido ocultar de tal manera que no se sepa que estás aquí: ha sido necesario que te dejes ver alguna vez, para no excitar con tu retraimiento sospechas; y ha sucedido lo que yo esperaba: tu hermosura ha llamado de tal manera la atención, que la pastelería está más concurrida que nunca, y ya ha habido por tí músicas y riñas entre los estudiantes.

—Yo no puedo evitarlo, ni creo que por eso puedas tú tener recelo alguno.

—Yo no puedo recelar de tí; pero estas cosas han llamado más y más la atención de doña Ana de Austria.

—Me pesa esa mujer en el alma, dijo Sayda-Mirian.

—Mis propósitos me obligan á engañarla, María.

—Dicen que es muy hermosa.

—¿Y qué importa? ni es tan hermosa como tú, ni vale para mí lo que tú vales: tú me amas, ya me creas rey, ya me creas aventurero: para tí es igual que yo sea Gabriel de Espinosa ó el rey don Sebastian: tú me amas á mí, no á lo que yo soy.

—¡Oh, sí! Yo te amaría del mismo modo, aunque mañana supiese que eras el hijo de un verdugo.

—Pues bien, si mañana llegase á convencerse doña Ana de que yo era Gabriel de Espinosa, el pastelero de Madrigal, se avergonzaría aún de haber hablado conmigo: es orgullosa con el insoportable orgullo de los de la casa de Austria, que pretenden descender directamente de Dios, no como los demás hombres por medio de Adán, sino de una manera privilegiada, y basta con que se la conradiga, para que aunque no tenga razón se irrite; pero tú vas á verla, y juzgarás mejor de ella por lo que en ella veas, que por todo lo que yo te diga.

—¡Que voy yo á verla! dijo palideciendo densamente Sayda-Mirian.

—Es necesario: me he excusado ya tanto, que el continuar excusándome, sería causar sospechas que deben evitarse de todo punto, porque una sospecha podría causarnos desgracias incalculables: vé ahí por qué te he dicho que ha sido una imprudencia tu venida á Madrigal.

—Iré á ver á esa mujer, dijo con acento de triste resignación la sultana. ¿Y cuándo?

—En el momento, María: como que he venido contando con

que comprenderias la necesidad de ceder á los caprichos de doña Ana y me seguirias.

Sayda-Mirian se levantó, tomó una toquilla, se la puso con suma gracia sobre los magníficos cabellos, tomó en sus brazos á su hija, la acarició, y dijo á Gabriel:

—Estoy pronta.

Gabriel sintió una sensacion amarga en el alma, al comprender hasta dónde llegaba la abnegacion del amor de Mirian, y salió de la estancia en silencio, seguido por ella.

III.

Era ya por la tarde: á aquella hora solia salir Mirian con su hija á pasear por el campo.

Los estudiantes lo sabian, y á aquella hora, con la esperanza de verla, llenaban la pastelería.

Gil Lopez estaba de enhorabuena, porque á causa de Mirian, á quien él como todos creia simplemente nodriza de la hija de Gabriel y de una gran señora, hacia una gran venta de pasteles.

IV.

Cuando Sayda-Mirian cruzó esbelta, gentil, hermosísima, el despacho de la pastelería, los estudiantes todos, como gente que nada teme y que nada respeta, á pesar de que iba con Gabriel, la saludaron ruidosamente, y se cruzaron de todas partes las galanterías y los requiebros.

Gabriel pasó sério y grave, y Sayda-Mirian modesta é indiferente.

V.

Cuando llegaron al convento, Gabriel se hizo anunciar á doña Ana, é inmediatamente fué recibido.

Mirian se vió obligada á pasar por una nueva humillacion; porque cumpliendo con la etiqueta, se quedó esperando en la antecámara. Pero apenas Gabriel dijo á doña Ana que allí estaba su hija con su nodriza, doña Ana que por instinto tenia celos de Sayda Mirian, y ansiaba conocerla, sirviéndola de pretexto la hija de Gabriel, hizo entrar á Sayda Mirian.

VI.

Sayda-Mirian estaba prevenida; tenia un gran dominio sobre sí misma, y aunque su alma se conmovió de terror y de celos á la vista de la hermosura y de la altivez de doña Ana, y del riquísimo traje que vestia, su semblante permaneció sereno y tranquilo, sin dejar conocer la más leve conmocion.

Doña Ana, por el contrario, se inmutó: nunca habia visto una hermosura tan resplandeciente, tan magnífica, tan rica, tan pura, tan embriagadora, como la de Sayda-Mirian: nunca unos ojos tan grandes, tan negros, tan hermosos, tan dulces, tan llenos de vida, y de una vida que parecia consagrada solo al amor, como los de Sayda-Mirian. Nunca una actitud tan noble, tan bella, tan fácil, tan encantadora: el traje de la sultana, era pobre, sencillo, como el de una aldeana de Castilla, pero sobre Sayda-Mirian, adquiria aquel traje una belleza y una elegancia infinitas, que hacian que no se notase la falta de la riqueza.

Sayda-Mirian, además, habia conservado por un privilegio de su maravillosa hermosura, tal fuerza de juventud, que á pesar de que ya contaba treinta y cuatro años, parecia una jóven de veinte y cuatro: una de esas jóvenes reflexivas y pensadoras, que por su expresion triste y melancólica, parecen hermosas cuando no son más que bellas, y se hacen irresistibles cuando como Sayda-Mirian son verdaderamente hermosas.

VII.

Doña Ana de Austria se sintió humillada como mujer, delante de Sayda-Mirian.

Las dos hermanas, doña Luisa de Grado y doña María Nieto, causaban en gran parte el despecho de doña Ana, porque miraban de una manera franca con el asombro de la envidia á Sayda-Mirian.

Ésta se habia detenido á alguna distancia de doña Ana con su hija en los brazos, y habia saludado profundamente y en silencio á doña Ana, que la miraba sin ocultar su asombro, y dejando ver una expresion de celoso despecho que duró un solo momento, pero que se dejó conocer de todos: esto es, de Gabriel de Espinosa, del padre fray Miguel de los Santos, y de las dos hermanas doña Luisa y doña María, que eran las únicas personas que estaban allí presentes.

VIII.

Gabriel habia temido esto, y por esto habia procurado evitar en cuanto le habia sido posible el que Sayda-Mirian y doña Ana de Austria se viesen.

Pero no habia creído nunca, ni que doña Ana sufriese una impresion tan terrible al ver á Sayda-Mirian, ni que Sayda-Mirian resistiese con tanta naturalidad y de una manera tan impasible, la vista de doña Ana.

IX.

Para Gabriel de Espinosa, aquel momento fué decisivo en favor de Sayda-Mirian.

Gabriel de Espinosa no podia olvidarse de lo que Sayda-Mirian habia sido, de lo que era, de los sacrificios que por él habia arrostrado, del inmenso amor que reducía á Sayda-Mirian á la triste y dolorosa situacion en que en aquel momento se encontraba.

Gabriel de Espinosa sabia cuánto le amaba Sayda-Mirian; pero nunca hubiera creído que aquel amor hubiese resistido á tal prueba.

Sayda-Mirian estaba allí, como si nada absolutamente le

hubiera importado que Gabriel de Espinosa amase ó no á otra mujer, como si solo hubiera sido la nodriza.

X.

Y de tal manera, con tal fuerza de voluntad sostuvo Sayda-Mirian esta ficción, que doña Ana dejó de sufrir, porque dejó de estar celosa, y se acercó sonriendo á Sayda-Mirian, y la tomó de los brazos la pequeña Gabriela.

Afortunadamente, la niña se parecía de una manera completa á Gabriel de Espinosa, y solo tenia de Sayda-Mirian la pureza de las formas y lo fuerte de la hermosura.

Pareció como que Gabriela comprendió por instinto la situación, y rechazando á doña Ana, se volvió á Sayda-Mirian, y ocultó su pequeño semblante en el seno de su madre, lo que contrarió fuertemente la irreflexiva altivez austriaca de doña Ana.

Sayda-Mirian sintió en su alma una alegría infinita, que no salió sin embargo á su semblante.

—Perdonad, señora, dijo Sayda-Mirian; pero los niños no saben lo que hacen; no os conoce, y por lo mismo os extraña: cuando os vea algunas veces más, será completamente distinto; porque mi Gabriela es excesivamente cariñosa.

Sayda-Mirian pronunció aquel *mi Gabriela* de una manera ardiente, lo que nada tenia de extraño, porque hay nodrizas que aman á los niños que crían como si fueran sus madres.

Peró el movimiento natural de la pequeña Gabriela, ofendió de una manera grave la exajerada altivez de doña Ana, que prescindió desde aquel momento de la niña, la tomó una especie de ódio, y para disimular dirigió la palabra á Sayda Mirian:

—Vos no sois española, la dijo notando el acento visiblemente extranjero de Sayda-Mirian.

—No señora, contestó esta, no soy española.

—¿Y de dónde sois? preguntó doña Ana, á quien empezaba á mortificar de una manera grave Sayda-Mirian.

Sayda-Mirian que estaba ya prevenida, contestó:

—Soy de la isla de Malta.

—¿Y de buena familia?

—¡Oh! sí señora; de la mejor familia de la isla.

—Y sin embargo, sois nodriza.

—La madre de esta criatura es tal, que bien puede ser una reina nodriza de su hija.

Dijo Sayda-Mirian estas palabras con tal altivez, que doña Ana de Austria tuvo que hacer un violento esfuerzo para ocultar su irritacion.

—No os pregunto ni vuestro nombre, ni el de la madre de esa niña, porque segun creo son un misterio.

—Que puede aclarar si quiere el señor Gabriel de Espinosa, dijo Sayda Mirian sin dar la menor intencion á estas palabras, y con gran naturalidad.

—Señor Gabriel de Espinosa, dijo doña Ana de Austria; os doy las gracias porque me habeis dejado conocer vuestra hermosa hija y su hermosísima nodriza.

—¿Sois casada? dijo doña Ana dirigiendo la palabra á Sayda-Mirian.

—¡Oh! sí señora, dijo la sultana poniéndose vivamente encendida; si yo no fuera casada, no criaría á Gabriela; esto sería de todo punto imposible.

—¿Y vuestro marido, es persona principal?

—Tan bueno, como el mejor entre los mejores.

—¿Y consiente vuestro marido que esteis en Madrigal?

—Yo, señora, no hago nada, no me atrevería á hacer nada sin su consentimiento.

—¿Sabeis á qué ha venido á Madrigal el señor Gabriel de Espinosa?

Mirian miró naturalmente á Gabriel porque no sabia qué contestar. Gabriel dijo:

—Lo sabe: sabe como lo sabeis vos, señora, que yo soy el rey de Portugal.

—Por eso sin duda, la madre de vuestra hija que debe tener una gran confianza en esta dama, ha querido que ella os acompañe, para que sea testigo de vuestras acciones; porque sin duda que vos, primo, cumpliendo con vuestro deber, os casareis con la madre de vuestra hija.

—Eso no puede ser, señora, dijo Sayda-Mirian, porque hace mucho tiempo, ha más de diez y seis años, que la madre de Gabriela es la esposa de un rey.

—¡Ah! la madre de Gabriela es una reina.

—Nieta de reyes, y descendiente de uno de los más grandes conquistadores y legisladores del mundo: por eso, pues, nada tiene de extraño que yo crie á Gabriela, y que acompañe al rey don Sebastian con un nombre supuesto; por eso, señora, no es posible que su magestad el rey don Sebastian se case con quien hace ya muchos años es esposa de un gran rey.

Doña Ana se tranquilizó. Sus recelos habian desaparecido.

Dada la situacion de Gabriel de Espinosa á quien ella creia el rey don Sebastian, todo aquello era verosímil. Doña Ana, pues, se desarmó; logróse que Gabriela se dejase tomar en brazos por doña Ana, la hizo esta algunos regalillos, y Sayda-Mirian, Gabriela y Gabriel de Espinosa se volvieron á la pastelería.

XI.

Apenas estuvieron solos, Sayda Mirian rompió á llorar.

—¡Oh! ¡cuánto he sufrido! ¡cuánto! exclamó.

—Yo en cambio he gozado; he sido feliz, dijo Gabriel de Espinosa; yo no sabia cuánto me amabas, cuánto era capaz tu amor de hacer por mí. ¡Oh! tienes razon, María, la madre de Gabriela no puede casarse, porque está ya casada, y casada con un rey.

—Sí, pero ese rey la ha repudiado; el papa ha disuelto su matrimonio con él.

Gabriel de Espinosa fué á un arca, la abrió, buscó entre algunos papeles uno, y vino con él junto á Sayda Mirian.

—Mira, la dijo: este es el breve pontificio, por el cual Clemente VIII ha disuelto nuestro matrimonio: míralo, léelo.

—¿Y para qué?

—En el momento en que lo hayas leído, voy á romperle.

Mirian tomó el papel, y á pesar de que estaba escrito en latin, comprendió claramente por algunas frases y por su nombre y por el de Gabriel, que constaban en aquel escrito, que aquel escrito era el breve de anulacion de su matrimonio.

Luego le entregó á Gabriel, y este le rompió en pequeñísimos pedazos.

Mirian se arrojó delirante en los brazos de Gabriel.

XII.

Gabriel de Espinosa se sentia mejor.

Obraba con arreglo á su conciencia, y esto hacia su vida más fácil.

Es verdad que engañaba á doña Ana de Austria, que gracias al talento y al valor de Sayda-Mirian habia perdido todo el recelo, y se adormia confiada en los amores de su rey don Sebastian.

Pero Gabriel decia cuando pensaba en esto:

—Si llevo al trono de Portugal porque al fin la fortuna me sonrie, porque solo falta la venida del duque de Coimbra, del marqués de Almeida y del conde de Novoa, que verán en mí, de seguro, á su rey, y que irán á decir al reino que don Sebastian no ha muerto y á sublevarlo en su nombre, nada habrá perdido doña Ana de Austria: me la llevaré conmigo, se encontrará libre, la declararé infanta de Portugal, y se conformará con esto y con casarse con algun príncipe ó rey, que no faltará alguno, que siendo ella quien es y tan hermosa, quiera tomarla por mujer: y yo, haciendo reina de Portugal á mi María, habré cumplido con Dios, con el mundo y con mi conciencia.

CAPITULO VIII.

De cómo doña Ana acabó de perder todo recelo por la venida de tres hombres á Madrigal, y la marcha de otro á Valladolid.

I.

Habian llegado los primeros dias de Setiembre, y en Madrigal se encontraba todo en el mismo estado.

Los alborotadores del 15 de Agosto continuaban en la cárcel sin que se les tomase declaracion ni supiesen lo que se iba á hacer de ellos, y el alcalde don Rodrigo de Santillana continuaba tambien preso en su casa, y en un estado de preocupacion y de ansiedad, á causa de sus asuntos particulares, porque despues de su grave conversacion con Aben-Shariar no habia vuelto á saber de él, y fuertemente preocupado tambien como alcalde, porque tardaba demasiado la resolucion del rey don Felipe, acerca de la queja que doña Ana habia dado al rey contra don Rodrigo, para que éste, que conocia demasiado á Felipe II, no temiese por lo que tardaba en resolver, algun suceso grave.

La verdad es, que la conciencia del alcalde le decia que habia andado excesivamente rígido y tremendo con los de Madrigal, y que el rey podia no encontrar muy de su gusto el que se apretase tanto á sus leales vasallos.

Una de las cosas más terribles del rey don Felipe, era que, ni sus secretarios, ni sus oidores, ni sus alcaldes, ni ninguno, en fin, de los que le servian, sabian á qué atenerse para que el rey estuviese contento de ellos; porque Felipe II, como todos los despótás, era muy difícil de satisfacer, y vacilaba demasiado en sus resoluciones, para que los que estaban pendientes de ellas no esperasen con ansiedad la determinacion del rey.

II.

De la misma manera, á doña Ana de Austria le inquietaba esta tardanza, porque ella creia haber dicho lo bastante al rey acerca de la intemperancia y de la violencia de don Rodrigo de Santillana, en cuya queja la habian sostenido el superior de los Agustinos y el ayuntamiento de Madrigal, para que el rey sin más informacion hubiese quitado de la villa al alcalde, y enviado otro, que por malo que fuese, no podia ser tan formidable como don Rodrigo de Santillana.

III.

Entretanto, doña Ana y Gabriel de Espinosa se veian, ya en altas horas de la noche, ya en la casa de campo que doña Ana tenia fuera de Madrigal, acompañados siempre de fray Miguel de los Santos, y ocupándose siempre de los medios de apresurar la ida de Gabriel de Espinosa á Lisboa.

Se habian recibido algunas cartas de Portugal que los habian alentado en extremo: todo Portugal sabia ya que el rey don Sebastian no habia muerto; se conspiraba en secreto, y el espíritu público, siempre hostil á los españoles, siempre ansiando romper el yugo, no podia ser mejor ni inspirar otra cosa que la casi certeza del triunfo.

Doña se volvía más loca cada dia.

De una parte la enloquecia el amor, y de otra la ambicion. Gabriel de Espinosa habia llegado á ser para ella ese hombre á quien una mujer se consagra en cuerpo y en alma, y su cabeza ardía por ceñir la corona de Portugal.

Sayda-Mirian entretanto, sufría y lloraba, á pesar de las protestas de amor de Gabriel de Espinosa; le veía profundamente preocupado, y dudaba: temía que al cabo aquella mujer que representaba su ambicion le enloqueciese, le hiciese olvidarse de ella, y romper con su conciencia y con sus deberes.

Sayda-Mirian no habia podido olvidar que doña Ana de Austria era hermosa, que amaba á Gabriel, que era sobrina del rey, y el único medio por el cual podia Gabriel llegar al logro de sus proyectos.

IV.

Así las cosas, llegó el día 4 de Setiembre de 1578.

Aquel día por la tarde, entró en el pueblo una verdadera cabalgata, de esas que acompañan en sus viajes á los grandes señores.

Una nube de criados, de mozos de espuela y de acémilas, y tres grandes coches, dos de los cuales iban vacíos, porque en el uno de ellos por ir acompañados, iban los dueños de los tres.

Estos tres señores eran portugueses, y muy ricos, á juzgar por el número y la calidad de los criados.

Eran el duque de Coimbra, el marqués de Almeida y el conde de Novoa, diputados que la nobleza de Portugal enviaba para reconocer á Gabriel de Espinosa.

V.

El duque de Coimbra era un señor viejo, altivo y finchado como buen portugués: bien que en esta parte en nada le cedia el marqués de Almeida y el conde de Novoa.

Todo cuanto se diga acerca de un señor portugués de aquellos tiempos, es insuficiente para dar á conocer lo que aquellos señores eran: ni comprendemos tampoco cómo aquellos señores podían sufrir rey, ni reconocer superior sobre la tierra, ni otra superioridad que la de Dios; y aún así, estándose Dios

en el cielo; porque de otro modo, bajando Dios á la tierra, aquellos señores estaban muy expuestos á incurrir en la soberbia de creerse tanto como Dios.

Conocíase esto en su gravedad, en la magestuosa compostura de su mirada, en lo pausado y grave de sus palabras, á pesar de que iban solos en el carruaje, y los tres eran iguales entre sí.

Por lo demás, cuando llamaban á alguno de sus servidores, en la manera de hablarle se comprendía que no consideraban hombre á aquel hombre, sino un sér de distinta raza, una especie de cosa que se pagaba para que sirviese lo mejor que pudiera, y que debía tratarse completamente de alto abajo y con una poca más de consideracion que á un animal.

Pero lo que no podía comprenderse, era que con tanta soberbia aquellos nobilísimos señores, no hubieran muerto todos reventando de soberbia al verse mandados por el duque de Alba, que como ya hemos dicho, era siete veces más insoportable que un rey.

VI.

Una hora antes, habian entrado en la villa tres mayordomos y algunos lacayos, criados de aquellos tres señores, que habian recorrido todas las casas de posada de Madrigal, alborotando la villa, por la cual corrió muy pronto la noticia de que llegaban tres grandes señores portugueses, con más de sesenta criados.

Este alboroto no consistía en que la venida de aquella nobilísima gente fuese una cosa nueva y extraña para Madrigal, porque como ya hemos dicho, á causa de doña Ana de Austria y de la influencia que esta tenia con su tío el rey don Felipe, la estancia de grandes personajes en Madrigal, era cosa á la que los de la villa estaban muy acostumbrados.

Por lo que alborotaba la venida de los portugueses, no era porque se supiese el objeto de la ida de aquellos señores á Madrigal, porque esto era un secreto político perfectamente guardado, sino porque soberbios en todo, nadie gustaba tanto como

los portugueses, y daban tanto á ganar á las gentes de tráfico, que venian á ser el mayor número de los habitantes de la villa.

Abrieron estos los ojos de á palmo para ver mejor y servir mejor á los portugueses, y las bolsas para recibir el dinero que los portugueses debian soltar á manos llenas.

VII.

Al mismo tiempo, un ginete con trazas de soldado, sobre un cuártago enorme, llevando la direccion de Medina del Campo á Madrigal, pasó á buen andar junto á la especie de convoy de los portugueses, los adelantó, entró en la villa, se dirigió sin detenerse en ninguna parte al convento de monjas de Nuestra Señora de Gracia la Real, entregó un pliego para doña Ana de Austria de parte del rey, pidió el recibo, se lo dieron, volvió á montar á caballo, se fué en derechura á la plaza, echó pié á tierra en el soportal de la casa de don Rodrigo de Santillana, y se hizo anunciar de orden del rey al alcalde.

Inmediatamente fué introducido.

—Ya era tiempo de que alguien viniese de allá, dijo don Rodrigo de Santillana: ¿quién os envia, hidalgo?

—El cardenal Granvela; yo soy para serviros, secretario de su señoría y me llamo Baltasar de Alvarado.

—Buen apellido teneis.

—Vengo de buena casa.

—Paréceme que teneis más de soldado que de secretario.

—He andado mucho tiempo en las guerras del rey nuestro señor, y he sido y soy capitan de infantería; pero canséme de la mala vida de campaña y de las malas pagas, quitando el peligro, porque en esto no se para el buen soldado, y acomodéme con el cardenal Granvela, que es un excelente señor, y con el cual estoy á pedir de boca.

—¿Y qué encargo os ha dado su excelencia? dijo Santillana que estaba impaciente, aunque por sostener su tiesa gravedad lo disimulaba.

—El cardenal mi señor, dijo Alvarado, que sin duda tiene

á vuestra señoría en mucho por lo que de vuestra señoría me ha dicho, os besa las manos y os entrega por mi medio estos dos pliegos para traer los cuales y otro del rey nuestro señor, que acabo de dejar á la excelentísima señora doña Ana de Austria, he venido inmediatamente á Madrigal.

Baltasar Alvarado miró el sobrescrito de tres pliegos que habia sacado del interior de su colete, y dió dos de ellos á Santillana.

—¿Y para quién es ese otro pliego que os guardais, señor Alvarado? dijo Santillana que no pudo contener su deseo de saber á quién iba dirigido el otro pliego.

—Del rey nuestro señor, para el presidente de su real Chancillería de Valladolid.

Inquietó esto al alcalde, porque vió que el asunto se presentaba sério, como no podia menos, siendo un asunto en que tomaba parte el rey don Felipe; pero disimulando la impresion desagradable que aquello le habia causado, abrió el pliego sobre cuya nema se veia el sello de las armas del cardenal Granvela, como si hubiera temido abrir antes el pliego del rey, en el cual no sabia si estaba guardada para él una desgracia.

A la cabeza de aquel pliego, se veia la cifra de Jesús, María y José. Por bajo se leia:

« Señor don Rodrigo de Santillana: Mi muy estimado amigo: yo no sé qué enemigos tenga vuestra merced, ó qué cosas haya hecho vuestra merced en deservicio del rey nuestro señor, que su magestad, en lo poco que habla, me ha dejado conocer que está contra vuestra merced, no tan enojado que tenga yo que advertirle que se encuentra en peligro, pero si lo bastante para que viva avisado y mire lo que hace, no sea que su magestad le encuentre tan buen servidor que pueda avenirle por ello á vuestra merced algun trabajo. Su magestad es tan recto, y quiere las cosas tan en balanza, que es necesario estudiar mucho para ponerse en el gusto de su magestad; bien lo sé yo esto, como quien teniendo sobre sí los gravísimos cuidados de esta gran república, vive hace algunos años al lado del señor rey don Felipe, que es tan gran rey, que no parece sino que Dios le da fuerzas para sobrellevar tanto peso, y le ayuda con su divina sabiduría, para salir adelante de tanto y tanto gravi-

simo negocio como le rodea. Y viniendo ahora á las pocas palabras que de acerca de vuestra merced he oido al rey, allá van, para que vuestra merced las estudie y las dé vueltas y las digiera, y sepa á qué atenerse; porque yo, ni sé qué piense, ni qué diga á vuestra merced; porque cuando el rey me dió la minuta del decreto que recibirá vuestra merced con esta carta, dijo como para sí y como quien no cree que le escuchan:—Alcaldes son estos, que valen tanto, que es cosa de no saber cómo pagarles.»

Despegósele la carne de los huesos á Santillana al leer las anteriores palabras, y se le nublaron los ojos hasta el punto de serle necesario hacer un violento esfuerzo para seguir leyendo: por fin sus ojos vieron, y continuó:

» Ya se le alcanza á vuestra merced, que es hombre de experiencia, que las palabras que yo oí al rey son tales, que quien conozca algo á su magestad, no sabria decir si son un favor ó un disfavor; porque una de las cosas más difíciles que yo encuentro para los que en cualquier oficio andan al lado de su magestad, es saber cuándo está contento ó enojado, y acertar con el enigma de sus palabras; y como vuestra merced verá cuando lea el decreto del rey nuestro señor, que nada dice que se pueda tomar ni en favor ni en daño de vuestra merced, hé aquí que yo que aprecio mucho á vuestra merced porque sé cuanto vale, le aviso por lo que pueda convenirle, y porque sé que vuestra merced es un buen caballero, y que cuando hubiere leído esta carta la quemará y echará las cenizas al aire; porque vuestra merced sabe que al rey nuestro señor le parecen traiciones estas confidencias, y solo por el afecto que tengo á vuestra merced, y porque le conozco, y sé que no me pondria en ningun compromiso, y porque tengo una gran confianza en la persona que ha de poner esta carta en mano de vuestra merced, y que antes se la comerá que ojos humanos fuera de vuestra merced la vean, he podido atreverme á tanto; y basta ya, porque el despacho es tanto y tan celoso el rey por que ningun asunto se demore más de lo justo, que no tengo tiempo para nada, y quisiera que los dias se volviesen años. Guarde Dios á vuestra merced, y le dé salud y buenos sucesos. De Madrid, á 2 de Setiembre de 1578.—El cardenal Granvela.»

Guardó cuidadosamente el alcalde esta carta en un bolsillo de su loba, y se limpió con el pañuelo el sudor que le habia causado la carta del cardenal Granvela, lo que probaba hasta qué punto respetaban sus vasallos al señor rey don Felipe II.

Despues, abrió el otro pliego, sobre cuya nema estaba el sello de las armas reales.

«El rey.—Luego que recibiereis este nuestro real decreto, sin dilacion alguna saldreis de la villa de Madrigal, y os trasladareis á vuestra sala de alcaldes de casa y córte de nuestra real Chancillería de Valladolid, por convenir así á nuestro real servicio. Dado en nuestro alcázar de Madrid, á dos dias del mes de Setiembre de 1578.—Yo el rey.—A don Rodrigo de Santillana, alcalde de casa y córte de la real Chancillería de Valladolid.»

Dejó el alcalde el decreto sobre la mesa, y se volvió á limpiar el sudor que de nuevo habia cubierto su semblante.

—Besad las manos de mi parte al señor cardenal Granvela, dijo Santillana, y si habeis de descansar, quedaos en casa, donde se os preparará aposento.

—Mil mercedes, señor don Rodrigo; pero en cuanto me deis el recibo del pliego del rey nuestro señor, que os he entregado, monto á caballo, y parto á Valladolid á entregar este otro pliego al señor presidente de la Chancillería.

Escribió don Rodrigo el recibo, dióselo á Alvarado, salió este, montó á caballo, y partió.

Con el pliego que llevaba para el presidente de la Chancillería, se llevaba el alma de don Rodrigo de Santillana.

VIII.

Antes de proseguir en lo de Madrigal, sigamos á Alvarado y hagamos con él el camino hasta Valladolid.

Tanto picó el buen hidalgo, que aunque habia salido de Madrigal á las cinco de la tarde y tenia el caballo cansado, y cansado estaba él mismo, llegó á la seis á la puerta del palacio de la Chancillería de Valladolid, y se hizo anunciar al presidente en nombre del rey.

Inútil es decir que inmediatamente fué recibido por aquel alto personaje.

Alvarado le entregó el pliego, le exigió el recibo, se lo dieron, salió, y se fué á descansar.

IX.

Hé aquí lo que el presidente leyó en el pliego que le habia entregado Alvarado.

« El rey.—Por cuanto conviene á nuestro real servicio que el alcalde de casa y córte de esa nuestra real Chancillería don Rodrigo de Santillana, actúe sin distraerse en otros negocios de nuestro real servicio en su sala de alcalde de esa real Chancillería, os mandamos que para sustanciar y terminar los procesos que hubiere en la villa de Madrigal, nombreis de nuestra real órden, á persona docta y competente, para que se traslade sin pérdida de tiempo á aquella villa, y entienda en comision de justicia á los procesos que en ella hubiere pendientes, hasta su terminacion.—Dado en nuestro alcázar de Madrid, á dos dias del mes de Setiembre de 1578.—Yo el rey.—Al presidente de la real Chancillería de Valladolid.»

Inmediatamente fué llamado don Luis Portocarrero, alcalde asimismo de aquella Chancillería, y enviado á Madrigal con su escribano adjunto y su correspondiente ronda de seis alguaciles, todos los cuales, quien á mula, quien á burro, se pusieron inmediatamente en camino, sin más prevencion que dinero y camisas limpias, el que pudo.

Esta seccion de justicia se encontró á mitad de camino entre Madrigal y Valladolid, con la otra seccion de justicia, compuesta de don Rodrigo de Santillana, del escribano Ruy Perez, y de seis corchetes, entre los cuales iba el aporreado Lamprea, que todavía no podia enderezarse bien, á consecuencia de la paliza del pundonoroso hidalgo Cacabelos.

Saludáronse cordialmente Santillana y Portocarrero, y el primero dijo al segundo:

—Paciencia os mando para lidiar con los frailes, las monjas, los escolares y los vecinos de Madrigal, que no parece si-

no que el diablo se ha apoderado de una villa que era antes tan pacífica, y que tan poco daba que hacer: allá os encontrareis la mitad de los habitantes de la villa metidos en la cárcel, y tan vírgenes de proceso, como á muy pocos se les ha tomado declaracion: componeos vos allá como podais; que en cuanto á mí, si no fuera por lo que me sé y lo que Dios sabe, seria un dia de contento este, en que me veo libre de Madrigal.

—Allá nos compondremos como podamos, señor don Rodrigo; y en último caso, con ahorcar á la mitad de la villa y enviar á la otra mitad á galeras, yo os juro, que se queda Madrigal más tranquilo que un cementerio.

—Os aconsejo que antes de todo, pidais consejo para hacer justicia á la señora doña Ana de Austria; porque de no, tendreis mucha razon, pero vuestra razon os valdrá lo que me ha valido á mí la mia, y os enviarán como á mí á vuestra sala, sin deciros el por qué.

—Pues en haciendo lo que vos habeis hecho, esto es, manteniendo sin doblar nuestra vara, habremos cumplido con Dios, con el rey y con nuestra conciencia.

—Así lo creo; con que adios, señor don Luis Portocarrero, que ya es bien de noche, y nos queda á entrambos mucho camino.

Estrecháronse las manos los dos alcaldes, y siguieron, Santillana para Valladolid, Llanos para Madrigal.

X.

Veamos el pliego del rey que habia recibido doña Ana de Austria.

«El rey.—Mi muy amada hija: he recibido con sorpresa vuestra queja contra don Rodrigo de Santillana, y pésame que este alcalde haya entrado con vos en contestaciones, que yo hubiera querido se evitasen de todo punto. Vos sois una persona que por su recogimiento y por su piedad está alejada del mundo, y no conoce á estas gentes de justicia, cuya gran severidad es necesario tolerar y aún aplaudir, primero, porque mandan en nuestro nombre y saben hacer que se respete; y

segundo, porque con su rigorosa severidad, tienen escarmen-
tada y temerosa á la mala gente, evitan muchos delitos, y por
la salud comun, vale más que sean rigurosos que si fuesen
blandos; porque la blandura no se entien-
de por los malos como misericordia, sino como debilidad, y abusan de ella acreciendo
los delitos y perjudicando gravemente á los de buena y honrada
vida. Don Rodrigo de Santillana es tal vez más severo de lo
que acaso conviene, pero esto consiste en el celo con que nos
sirve y nos ha servido toda su vida. En lo tocante á desacato,
si hubiere sido tal que resulte en menoscabo de nuestra digni-
dad, por ser vos tan próxima parienta nuestra, como que sois
hija de nuestro queridísimo hermano don Juan de Austria, es-
perando estoy vuestra queja para castigar á sangre á don Ro-
drigo si hubiere razon para ello. Pero si el desacato consiste
más en lo que hayais visto, que en lo que ello en realidad hu-
biere sido, si no os hubiere faltado al respeto de una manera
que no fuera posible disimularlo, de príncipes es no dar á en-
tender ni siquiera que es posible que un vasallo le falte al res-
peto, porque peor es moverlo que dejarlo, cuando al moverlo
no hubiese de encontrarse causa bastante para entregar al cu-
chillo al que ha sido bastante audaz para incurrir en el desaca-
to.—Disgustado me tiene, aunque de ello no os haga cargo, el
que vuestro rosario de la Virgen de las Azucenas haya dado
ocasion al escándalo de Madrigal, en que ha sido desconocida
nuestra autoridad y el respeto que se debe á las sagradas imá-
genes y á las cosas santas: yo creo, mi muy querida hija, que
teneis el corazon demasiado blando, y habeis oido más á las lá-
grimas y las súplicas de las familias de los presos, que al es-
plendor de la justicia y á lo inviolable de nuestra dignidad real.
Lamentable es que por las malas costumbres que cunden en-
tre la gente, sucedan alborotos como el de Madrigal; pero lo
que es necesario reprimir de todo punto, es la soberbia de los
que al mandar la justicia en nuestro nombre desobedecen y nos
ofenden, y ofendiéndonos, dan en el feo delito de traicion.
Vos decís que aquello fué inevitable; que fué un acaso, que
si no obedecieron á don Rodrigo de Santillana, fué porque con
el tumulto no le oyeron: que gran parte de la villa se puso al
lado de la justicia: que duró poco el alboroto, y que por mi-

lagro no resultaron personas muertas ni mutiladas. Decís que los que están presos son los más honrados, los más cristianos y los más laboriosos de Madrigal: lo mismo me dicen el prior de los Agustinos y el corregidor de la villa; y como esto es ya una informacion bastante acerca de esos desagradables sucesos, vos por persona real, y el prior de los Agustinos por persona calificada, y el corregidor por su oficio, bastais para producir una prueba completa, vengo en indultar de las penas á que se hayan hecho acreedores todos los que tomaron parte en el alboroto de la madrugada del quince de Agosto pasado, y que se sobresean los procesos, salvo que se aperciba á los presos, antes de ponerlos en libertad, que si reincidieren en el mismo delito, no les servirá el indulto que hoy les otorgo, y les será cargado lo que antes hicieron con lo que despues hicieron para la pena. Con esta mi carta particular para vos, va mi real carta de gracia á peticion vuestra para los delincuentes; y os encargo, que con esa nuestra real carta de gracia contesteis á las exposiciones de los frailes Agustinos y del ayuntamiento de esa villa.—Los dos recomendados que me enviásteis para que se hiciese al uno corregidor en Indias, y al otro abastecedor de nuestros ejércitos de Flandes, están ya favorablemente despachados; pero os rogamos, nuestra muy querida hija, que no seais tan blanda de entrañas para los pretendientes, porque ó nos comerán por el pié, ó tendré yo el disgusto de no atender como quisiera á todas vuestras recomendaciones.—Sé que van á veros á Madrigal, á fin de que les sirvais de intercesora para conmigo en los asuntos de aquel reino, el duque de Coimbra y otros dos grandes señores de Portugal, que han estado algunos dias en la córte, y han dicho á todo el mundo que no me pedirán audiencia sino cuando se me presenten con cartas de recomendacion vuestras para mí. Este asunto es muy grave, y quiero que andeis con mucha prudencia, y os tomeis tiempo y me aviseis de todo secretamente, para lo cual he mandado poner postas en el camino, y á fin de que vuestras cartas puedan llegar á mí en veinte y cuatro horas. Recibidlos un dia, oidlos, comunicadme en seguida lo que os dijeren, y no volvais á recibirlos bajo pretesto de enfermedad ó con otra escusa hábil, hasta que yo os haya escrito aconsejándoos lo que debeis

decirles; porque en estos negocios de Portugal, es necesario andar muy alerta, y vos podreis descubrir más que yo si los viera, porque con vos no estarán tan sobre aviso.—Guárdeos Dios muchos años, mi muy querida hija, y no os olvidéis en vuestras oraciones de rogar á Dios por vuestro tío el rey don Felipe.—A la señora doña Ana de Austria.

Esta carta estaba escrita de la cruz á la fecha por el rey, y dejaba conocer en la manera de su escritura, que habia sido escrita muy despacio.

A doña Ana, que no era tan cándida como su real tío creia, se la alegró el alma al leerla.

El rey no desconfiaba de ella.

La quitaba de encima á don Rodrigo de Santillana, indultaba á los de la villa, expresando que lo hacia por su recomendacion, lo que debia doblar el afecto de los de Madrigal hácia ella, y lo que era infinitamente mejor, nada sospechaba de la ida á Madrigal del duque de Coimbra, del marqués de Almeida y del conde de Novoa.

Era más de lo que podia desearse.

Como eran las seis de la tarde, y aún quedaban dos horas para la noche, doña Ana mandó llamar inmediatamente á don Rodrigo de Santillana, con la no benévola intencion de quemarle la sangre haciéndole dar cumplimiento por sí mismo á la real carta de gracia.

Pero cuando Cacabelos llegó á casa del alcalde, encontró que este habia ya levantado el campo y desaparecido sin haberle dicho á nadie á donde iba; porque si bien es cierto que Santillana era tremendo para hacerse obedecer, era de la misma manera exagerado en la obediencia, y sin tomarse tiempo más que para quemar la carta del cardenal Granvela, y para que le hiciesen la maleta, se puso en camino con Ruy Perez y su ronda, y llevaba ya cerca de una hora de camino cuando Cacabelos fué á buscarle.

XI.

Sintiólo mucho doña Ana, porque perdía la ocasion de mortificar á don Rodrigo, y hubo de contentarse con la mortifica-

cion que ya don Rodrigo tenia en el cuerpo; pero para no dilatar la ejecucion del indulto del rey, envió la carta de gracia al corregidor de la villa, que como sabemos estaba preso en su casa por don Rodrigo, y que se encontró legitimamente libre por la carta de gracia del rey, y en el mismo punto se fué á la cárcel á darla cumplimiento, poniendo en libertad á los presos.

Despues, y con toda la solemnidad de pregon real, la carta de gracia fué publicada en la plaza y en los demás lugares de costumbre de la villa, en medio de una multitud frenética de alegría, que victoreaba al rey y á doña Ana de Austria.

XII.

Cuando el duque de Coimbra, el marqués de Almeida y el conde de Novoa entraron en Madrigal, era de noche, y lo que vieron les causó una indecible satisfaccion portuguesa.

No habia casa por pobre que fuese en Madrigal, en que no hubiese como iluminacion al menos un pobre candil, y las campanas de la villa repicaban, y los vecinos, viejos, mozos, mujeres y niños, andaban de acá para allá, ébrios de alegría.

Como los buenos señores portugueses habian enviado delante sus mayordomos para que les buscasen hospedaje, el diablo se les metió en el cuerpo, les removi6 la vanidad, y creyeron no menos, que sabedores los de la villa por sus mayordomos de que tres tan altos personajes iban á honrarla, no habian podido menos de iluminar sus casas y echar á vuelo las campanas para recibirlos.

El duque de Coimbra mandó hacer alto, llamó á su secretario, y del mismo modo llamaron á los suyos los otros dos señores, y les mandaron que descargasen de las acémilas las maletas en que iba el dinero, y fuesen algunos criados arrojando monedas á las gentes para corresponder de este modo al digno recibimiento que les hacia Madrigal.

Hízose así, y los de la villa que veían aquello, no acertaban por qué los criados que iban á caballo delante de los coches, arrojaban á derecha é izquierda dinero; pero lo recogian con algazara, y la gente acudia y se aumentaba en derredor de los

criados, que sérios y graves como buenos portugueses, arrojaban de cuando en cuando puñados de monedas de plata.

A cada momento, los tres señores, engañados por aquella algazara, se pavoneaban más, cuando hé aquí que un pobre clérigo que acertó á pasar y vió aquello, dijo á los criados:

—¿Por qué tirais dinero, como si se tratara de bautizo de príncipe ó boda de rey?

—Mándanlo así sus excelencias el ilustrísimo señor duque de Coimbra, y el ilustrísimo señor marqués de Almeida, y el ilustrísimo señor conde de Novoa, dijo en portugués reventando de hinchazon uno de los criados.

—¿Y por qué mandan eso vuestros amos? dijo admirado el clérigo.

—Para córresponder como nobles portugueses al recibimiento que les hace la ilustre villa de Madrigal.

Soltaron la carcajada, no solo el clérigo, sino tambien la multitud que rodeaba á los criados, que se pusieron pálidos de cólera al ver que se burlaban de ellos.

—¿Y por qué os reis? ¡cuerpo de Cristo! gritó fuera de sí echando mano á la espada y mirando fosco en torno suyo.

—¿Por qué nos hemos de reir, sino porque estais locos? dijo un estudiante de los que acababan de ser puestos en libertad.

—¡Ah, castellano ruin! pues ya verás si estamos locos ó no, dijo el portugués tirando de la espada y echándole el caballo encima al estudiante, que se hizo atrás y soltó el trapo á reir al mismo tiempo que caia una tempestad de silbidos sobre los portugueses.

El acometedor dejó caer el brazo, y se quedó mudo y helado.

Aquéllos silbidos habian herido de muerte su vanidad, y como criado portugués de un gran señor, muerta su vanidad, era hombre muerto.

Oyóse entonces, partiendo de uno de los coches, una voz que gritaba:

—Sebastian, Sebastian, ¿qué es eso?

Sebastian no contestó por la sencilla razon de que se habia quedado convertido en una estátua, y no oia.

—Esto es, señor, dijo el eclesiástico que habia hablado antes,

acercándose al coche, que vuestra excelencia se ha engañado.

—¿Y por qué me he engañado yo? dijo con énfasis el duque de Coimbra.

—Porque vuestra excelencia ha creído que las luminarias que se ven en las calles y el repique de las campanas es por la venida de vuestra excelencia á Madrigal, dijo mesuradamente el clérigo.

—¿Y por qué son, si nó? dijo con doble énfasis el duque de Coimbra.

—¡Ah, señor! por un magnánimo rasgo de clemencia del rey, nuestro señor. Sabed, que sin la real carta de gracia que esta tarde se ha pregonado, dentro de poco hubieran sido ahorcados muchos infelices, y echados á galeras infinitos hombres: hoy por la clemencia de nuestro amado rey, todos esos desgraciados están libres; sus familias los han visto volver perdonados, y sin que nadie se lo mande, el vecindario ha encendido luminarias, y se han echado á vuelo las campanas: todos andan locos de alegría, porque hubiera sido horrible ver tanta muerte, tanta desdicha tanta familia desesperada. Dios bendiga al rey nuestro señor, y le proteja: oid.

En aquel momento una turba que entraba en la calle, gritaba con frenesí:

—¡Viva nuestro señor el rey don Felipe! ¡viva la señora doña Ana de Austria!

Y los vivos se repetían sin cesar.

—Ya lo veis, señor, dijo el clérigo; en Castilla no se encienden luminarias ni se echan las campanas á vuelo más que por Dios y por el rey: ¡y si siempre fuera por esta causa! ¡si los reyes supieran que vale más y á más obliga la clemencia que el castigo!

Quedóse el duque de Coimbra tan sin voz y tan hecho estatua como se había quedado antes su mayordomo; pero recordándose dijo:

—Y bien, no importa: personas somos las que aquí venimos, que bien merecemos las luminarias y los repiques.

Y luego gritó asemándose más por la portezuela:

—¡Sebastian! sigue arrojando dinero por el duque de Coimbra, en albricias de la clemencia del rey, nuestro señor; ¡viva el rey!

El nombre del duque de Coimbra, unido á aquel rasgo de generosidad y á aquel *viva* al rey, cambió como por encanto la disposicion de ánimo de los buenos y expansivos castellanos, que siguieron adelante hácia la plaza, rodeando los coches, recogiendo el dinero que arrojaban los criados, y gritando con un creciente entusiasmo:

—¡Viva el rey, nuestro señor! ¡viva doña Ana de Austria! ¡viva España!

Y de tiempo en tiempo se oía:

—¡Vivan los nobles portugueses!

La vanidad del duque de Coimbra y de sus dos ilustres compañeros, y la de todos los portugueses que allí iban, se sintió satisfecha.

XI.

Así llegaron á la pastelería de Gabriel de Espinosa, que era la mejor posada que habían encontrado en el pueblo los mayordomos, ó por mejor decir, el lugar fijado para la estancia, aunque por disimular, se habían visitado algunas otras posadas.

Duraron las luminarias, los repiques y la algazara, hasta la oracion de las ánimas, en que el corregidor, que rondaba para evitar otro alboroto que fuese peor que el pasado, fué mandando á los que andaban por las calles se recogiesen á sus casas.

Callaron las campanas, se apagaron las luces, y Madrigal quedó desierto, envuelto entre la sombra y el silencio.

CAPITULO VIII.

¿Era rey ó impostor?

I.

Los tres magnates portugueses ocupaban una gran sala en el piso superior de la pastelería.

En aquel piso solo habitaban ellos entonces, y al otro extremo de un corredor, Gabriel de Espinosa y Sayda-Mirian con su hija.

Gil Perez, los mozos y las criadas de la pastelería, dormían en el piso bajo.

Los tres mayordomos de los tres señores habían sido aposentados también en el piso bajo.

Los demás criados estaban en otras posadas.

II.

El duque de Coimbra sabía, porque así se lo había escrito fray Miguel de los Santos, que la noche que pasase en Madrigal, al dar las doce abriese la puerta de su aposento, y viese si frente á ella al otro extremo de un corredor se veía otra puerta abierta, y tras aquella puerta el reflejo de una luz.

En ese caso, los tres señores debían abrir silenciosamente su puerta, atravesar sin hacer ruido el corredor, procurando que no se sintiesen sus pisadas pasar de aquella puerta abierta, cerrarla y llamar recatadamente á otra puerta que encontrarían cerrada en aquel mismo aposento.

III.

El duque de Coimbra, para cumplir con más exactitud lo que se le había prevenido, cuando llegó la media noche volvió á leer y leyó á sus compañeros la carta en que aquello se le prevenía.

Luego, y como la hora era llegada, los tres grandes llegaron á las puertas de su aposento con el corazón palpitante y la abrieron.

Al fondo de un espacio oscuro, se veía una puerta abierta á causa del reflejo de una luz.

Ninguno de los tres personajes dió un paso; los tres se miraron pálidos y conmovidos.

Era aquella una situación solemne.

—Si no se nos ha engañado, dijo el duque de Coimbra, dentro de poco vamos á ver á nuestro noble y desgraciado rey don Sebastian. ¿Os acordais vos bien de él, Almeida? ¿y vos, Novoa?

—¡Oh, sí! dijo Almeida, le he tratado harto; y luego, yo estaba á su lado aquel funesto día en Alcázar-Kivir: el rey había perdido el yelmo, peleaba con la cabeza descubierta, recibió una herida en la cabeza, vaciló, pero no cayó, y siguió arremetiendo.

—Poco despues recibió una herida en la mano izquierda, dijo el conde de Novoa, y sin embargo, no perdió las bridas.

—Yo habia caido antes de que el rey perdiese el yelmo, dijo el duque de Coimbra; yo caí al caer el estandarte real, despues de haber visto al rey herido en la cabeza.

—Yo fui hecho cautivo algun tiempo despues, dijo el conde de Novoa, y ya no ví al rey que se habia revuelto con los ginetes moros.

—Yo le conocería en el juicio final entre todos los muertos, dijo el duque de Coimbra: yo estoy seguro de reconocerle si está vivo, como reconocí su retrato cuando hace algunos años nos le presentó en Lisboa aquel enviado de la República de Venecia.

—Como le conocimos todos, dijo Novoa.

—Pero un retrato no es un hombre: ¿estais seguros, amigos, de que reconocereis sin equivocaros al rey don Sebastian?

—¡Sí, por mi honor! dijo Almeida.

—Sí, por mi honor y por la salvacion de mi alma! añadió Novoa.

—Tened presente, caballeros, dijo creciendo en solemnidad el anciano duque de Coimbra, bajando la voz, que se hacia á cada momento más conmovida, atrayéndolos á sí asidos por las manos: tened muy en memoria, que si cuando nosotros volvamos á Portugal, decimos en voz muy baja, pero que sin embargo resonará en el corazon de todos los portugueses, que nuestro rey vive, que está en Castilla, que le hemos hablado (y el duque de Coimbra agitaba cada vez con más fuerza las manos de sus amigos), Portugal entero se preparará en silencio al combate, y cuando una noche digamos con la voz de una campana: ¡Alzáos, portugueses, vuestro rey pisa ya las playas de Lisboa! ¡a combatir, á perder la vida por don Sebastian y por Portugal! no habrá un solo brazo portugués en Lisboa que no esté armado, no habrá un solo brazo armado que no hiera, no habrá un solo corazon que tiemble; pero para triunfar necesitamos de la ayuda de Dios, y no podemos tenerla si no tenemos de nuestra parte la razon y el derecho: si el hombre á quien vamos á ver es el rey don Sebastian, para saber lo cual hemos venido, la razon y el derecho son nuestros, porque el rey don Sebastian es el rey le-

gítimo de Portugal, si vive. Pero si es un impostor, si nos engañamos, por desgracia, el rey legítimo de Portugal, doloroso es decirlo, pero es cierto, es el rey don Felipe. Ved, pues, cuánto importa que no nos engañemos; ved, pues, cuánto es necesario que no nos dejemos alucinar por las apariencias y por el deseo.

—Estoy seguro de no engañarme: si la persona que vamos á ver dentro de un momento, no es el rey don Sebastian, si es un impostor, le mato como un perro, dijo enérgicamente Almeida.

—Y yo, dijo Novoa.

—Y yo tambien, añadió el duque de Coimbra: ahora bien, amigos míos, vamos á salir de dudas.

Los tres salieron, se encaminaron silenciosamente á la puerta que se veía al otro extremo del corredor, pasaron por élla, y llamaron con recato á otra puerta que habia dentro del aposento.

IV.

Abrióse aquella puerta, y el duque de Coimbra y los otros dos señores retrocedieron.

—Quien habia abierto la puerta era Sayda-Mirian.

Pero no Sayda-Mirian con el humilde traje de campesina castellana; sino Sayda-Mirian con un magnífico traje de dama veneciana, con los cabellos bellamente peinados, pero sin una sola joya de precio.

Sayda-Mirian no las tenia ya.

Estaba tan hermosa con su traje de terciopelo negro, severo y sencillo, rebosaban de ella tal magestad y tal dominio, resplandecía tanto su hermosura, que los tres nobles portugueses que no esperaban encontrar una dama tal como Sayda-Mirian, se asombraron, se sintieron dominados.

—¿Sois, caballeros, el duque de Coimbra, el marqués de Almeida y conde de Novoa, diputados del reino de Portugal? dijo con acento grave y sereno Sayda-Mirian.

—Sí señora, nosotros somos.

—¿Traeis con vos, señor duque de Coimbra, una señal por la cual se os pueda reconocer?

—Sí señora; dijo el duque de Coimbra sacando de debajo

del justillo un objeto envuelto en sedas que desenvolvió y entregó á Sayda-Mirian.

Este objeto era un retrato de Gabriel de Espinosa, el mismo que se habia hecho en Venecia y que el Consejo de los Diez habia enviado á Lisboa por medio del esbirro Nicolino Razzi.

Sayda-Mirian miró aquel retrato, le conservó en su poder, y dijo á los portugueses:

—Pasad, señores; la persona que buscaís os espera.

Y volviéndose, se encaminó lenta, magnífica, magestuosa, á una habitacion inmediata.

Los tres nobles siguieron tras ella.

—Indudablemente, decia para sí el viejo duque de Coimbra mientras seguia á Sayda-Mirian, esta dama es una persona real: sin duda es la sobrina del rey don Felipe, doña Ana de Austria; pero esta señora es monja: ¿cómo está á estas horas fuera del convento?

V.

Entraron al fin en la habitacion que ya conocemos: en la habitacion que ocupaba en la pastelería Sayda-Mirian.

Sentado junto á la mesa en que habia dos candeleros de cobre con velas de cera, con un traje negro de patricio veneciano, puesto el birrete y con espada y puñal á la cintura, estaba Gabriel de Espinosa.

La espada que llevaba ceñida con rica empuñadura de oro, con corona real en el pomo, era la misma con que habia combatido el rey don Sebastian en la batalla de Alcázar-Kivir, y que como sabemos, habia recogido del campo de batalla Sidy-Juzef-Al-Hhayzarí, padre de Sayda-Mirian.

VI.

Gabriel de Espinosa permaneció un momento mirando fijamente á los tres magnates portugueses, que por su parte, estaban mudos de asombro y de alegría.

Habian visto ó creído ver, que nosotros no lo sabemos, al rey don Sebastian.

La verdad es, que si Gabriel de Espinosa no era el rey don Sebastian, su actitud, su mirada, la expresion de su semblante, eran las de un rey.

Sayda-Mirian completaba la fascinacion de su grande y magestuosa hermosura, apoyada en el respaldo del sillón donde estaba sentado Gabriel de Espinosa, y fijando en los enviados portugueses una mirada grave y tranquila.

VII.

Gabriel de Espinosa permaneció por un momento sentado é inmóvil, y luego se puso lentamente de pié.

Sayda-Mirian dejó de apoyarse en el respaldo del sillón, y Gabriel de Espinosa que la tenia á su izquierda, la asió de la mano.

Los tres nobles cuya fascinacion, cuya turbacion, cuya alegría aumentaban de momento en momento, cayeron de rodillas.

—¿Por qué te arrodillas tú delante de mí, ilustre duque de Coimbra, y vosotros, noble marqués de Almeida, valiente conde de Novoa, que no doblais la rodilla sino ante Dios ó el rey?

El viejo duque de Coimbra miraba anhelante á Gabriel de Espinosa. Estaba pálido, tembloroso, queria hablar y no podia; la conmocion embargaba su voz.

Otro tanto acontecia á Almeida y á Novoa.

Pero de los semblantes de los tres rebosaba la alegría y el orgullo.

Veian ó creian ver delante de sí á su querido, á su llorado, á su anhelado rey don Sebastian.

Sayda-Mirian observaba con ansiedad mortal aquel reconocimiento mudo, pero indudable, de los tres nobles portugueses.

La mano de Mirian apretaba febril y temblorosa la mano de Gabriel, que miraba conmovido la turbacion de los tres nobles y leales portugueses.

—¡Señor, señor! dijo el duque de Coimbra que al fin pudo hablar, con acento supremo y solemne: ¡con que no habeis muerto! ¡con que Portugal puede al fin entregarse á la alegría



..... ALZAD CABALLEROS.

y arrojar la vaina de la espada para combatir al lado de vuestra magestad, y ó con vuestra magestad morir, ó con vuestra magestad ser libre!

—Alzad, caballeros, dijo con voz serena Gabriel de Espinosa, y como quien está acostumbrado á recibir el homenaje de sus vasallos.

Los tres nobles se pusieron de pié.

Gabriel de Espinosa permaneció tambien de pié como un rey en audiencia, teniendo á Mirian asida de la mano.

—¿Estais seguros, señores, dijo Gabriel de Espinosa sin perder ni un solo momento su serenidad y su facilidad en las maneras de rey, estais seguros de que yo soy don Sebastian de Portugal y no un impostor?

—Sí, sí, vuestra magestad es nuestro rey don Sebastian de Portugal, exclamaron los tres nobles.

—Ved lo que decís, dijo severamente Gabriel de Espinosa, no sea que si soy vencido me negueis despues.

—Si sois vencido, señor, dijo el duque de Coimbra, no podremos negaros, porque habremos muerto combatiendo á vuestro lado.

—Por última vez, señores, ¿estais seguros de que yo soy el rey don Sebastian?

—Sí, sí señor, contestaron los tres.

—Pues bien, dijo Gabriel de Espinosa presentándoles á Sayda-Mirian: hé aquí á mi esposa: hé aquí á vuestra reina, doña María de Souza, que ha partido su destierro en Africa conmigo.

—¡Qué! su magestad la reina vuestra esposa, dijo el anciano duque de Coimbra, es la noble doncella africana á quien vuestra magestad debe la vida, á quien Portugal debe su rey? ¡Ah, señora! permítame vuestra magestad besar su mano en nombre de Portugal agradecido.

Sayda-Mirian se quitó la mano de sobre los ojos á donde la había llevado para ocultar su conmocion, y la tendió al duque de Coimbra, que la besó de rodillas, y sucesivamente Almeida y Novoa, que á seguida besaron la mano de Gabriel.

Sayda-Mirian lloraba de alegría, de felicidad.

Gabriel la amaba, no podia dudar de ello.

Doña Ana de Austria no era para él más que un medio.

VIII.

Sayda-Mirian se separó de repente de Gabriel, fué á la cuna, tomó á la pequeña Gabriela en brazos, y la presentó á los tres nobles:

—Hé aquí nuestra hija Gabriela de Portugal, dijo Sayda-Mirian con un acento tal, que se comprendia claramente que no dudaba, que creía como los tres nobles, que Gabriel de Espinosa era el rey don Sebastian.

Sayda-Mirian estaba engrandecida, más hermosa, más noble, más régia, por decirlo así, que nunca.

Se la habian quitado del alma dos pesos enormes. El uno, la duda de si Gabriel la amaba ó no: el otro, la duda de si Gabriel de Espinosa era ó no el rey don Sebastian.

Aquellas dos terribles dudas la habian agoviado durante diez y ocho años, y al verse libre de ellas era completamente feliz.

Los tres portugueses estaban trasportados de alegría, de entusiasmo.

Habian ido á buscar á don Sebastian, y no solo le habian encontrado, sino que habian encontrado una familia real.

Además de eso, aquella mujer tan noble y tan hermosa, les hablaba como Gabriel, con el lenguaje pátrio; esto es, en el más correcto y puro portugués.

IX.

El duque de Coimbra y los otros dos señores besaron tambien la mano de la pequeña Gabriela.

A más de eso, Sayda-Mirian, como no podia encubrirse, como estaba erguida, dejaba conocer á las claras su avanzado estado interesante, como hoy se dice, lo que notaban con alegría los portugueses, porque podia muy bien suceder que la criatura que llevaba aún en su seno Sayda-Mirian, fuese un varon en vez de una hembra, ó lo que para ellos era lo mismo, un príncipe real en vez de una infanta.

—Por las palabras que has pronunciado, primo duque de Coimbra, dijo Sayda-Mirian que estaba aleccionada por Gabriel de Espinosa acerca de como debía hablar y tratar á los portugueses, por lo que te he oído, conoces mi historia.

—Nos la ha referido Guillen de Souza, arrancándonos lágrimas de entusiasmo por vuestra magestad, y de despecho porque no podíamos expresar á vuestra magestad nuestro amor y nuestro agradecimiento: Guillen de Souza, señora, nos ha dicho cuanto ha hecho vuestra magestad por su esposo el rey nuestro señor: sabemos que sin vuestra magestad, nuestro rey hubiera perecido abandonado entre los cadáveres del campo de batalla de Alcázar-Kivir, donde todos caímos el terrible día 4 de Agosto de 1574; todos sabemos que vuestra magestad veló junto al lecho de nuestro rey, disputándole á la muerte, y Portugal que ha sabido esto con enternecimiento, ama á vuestra magestad, señora, y enloquecerá de alegría al verla sobre su trono, enriquecida con todas las dotes que el Altísimo puede dar á una dama; virtud, valor, grandeza y hermosura.

—¡Ah! no más, caballero, no más; ¡yo me siento morir de felicidad! dijo Sayda-Mirian dejándose caer con su hija en los brazos sobre un sillón; ¡yo no sabia lo que era ser feliz!

Y rompió á llorar; pero con un llanto de alegría, de placer; sonriendo al mismo tiempo, con una sonrisa que iluminaba su hermosura, con algo de divino, y besando á su hija con un amor inmenso.

Sayda-Mirian era un poema, que exhalaba de sí una fragancia deliciosa, y envueltos en la atmósfera mágica que rodeaba á Sayda-Mirian, los tres nobles portugueses reventaban, por decirlo así, de orgullo y de entusiasmo.

—La conocéis y la admiráis, dijo Gabriel de Espinosa señalando á Sayda-Mirian; comprendéis con cuanta razon la amo; con cuánta razon he puesto sobre su cabeza la corona que de derecho me pertenece, y que podrá convertirse en la corona del martirio; pero sin dejar jamás de ser la corona de mis padres y de mis abuelos; la corona de Portugal. La conocéis, conocéis á mi hija, sabéis que en las entrañas de mi esposa, porque harto claro se deja ver su estado, hay otro hijo mio, que verá pronto la luz, y que ó me engañan las señales que tengo,

ó será príncipe. Pues bien, caballeros, puesto que sois diputados de mi reino de Portugal, puesto que mi reino os ha dado ámplios poderes para todo, jurad sobre la espada de vuestro rey, por vuestro honor y por vuestra alma, en nombre de mi reino de Portugal, lo que vuestro rey os vá á decir.

Y Gabriel de Espinosa desnudó la indudable espada del rey don Sebastian, y presentó su brillante y ancha hoja á los tres nobles, que cruzaron sobre la espada real sus tres espadas desnudas.

—¿Reconoceis y jurais por reina vuestra á mi esposa doña María de Souza? dijo Gabriel de Espinosa.

—Sí; la reconocemos y la juramos por nuestra reina, ante Dios, ante la santa virgen María, ante san Dionisio nuestro patron, y en nombre del reino de Portugal, por nuestro honor y sobre nuestras armas, dijo el duque de Coimbra, cuyas palabras iban repitiendo inmediatamente los otros dos nobles.

—¿Reconoceis y jurais del mismo modo por vuestros príncipes á mis dos hijos, sus altezas la princesa doña Gabriela y el infante que ha de nacer, mediante Dios?

Los tres nobles juraron solemnemente.

—¿Jurais, añadió Gabriel de Espinosa, cuya voz se hacia á cada momento más solemne, si yo muero antes de llegar á Portugal ó en la demanda de mi trono, sostener con las armas hasta morir, los derechos de la reina mi viuda y los de los dos príncipes mis hijos?

Los tres magnates otorgaron con entusiasmo aquel juramento.

—Miradlo bien, repitió Gabriel de Espinosa acreciendo en solemnidad, mirad que una desgracia cualquiera puede hacer que yo muera ahorcado como un impostor, á manos de mi tío el rey don Felipe.

—Vengaremos á vuestra magestad, y pondremos en el trono á aquel de vuestros hijos á quien el trono corresponda, ó Portugal quedará reducido á sangrientos escombros.

—Que Dios premie vuestra lealtad si así lo haceis; y si no lo hiciéreis, que Dios os maldiga por vuestra cobardía y por vuestra traicion.

—Amen: dijeron los tres nobles, dando á aquel amen la fuerza de un solemnísimo juramento.

Gabriel de Espinosa retiró su espada y la envainó.

Lo mismo hicieron los tres nobles.

—Escuchad ahora, dijo Gabriel de Espinosa: nadie nos oye; nadie sabe que vosotros conocéis al pastelero de Madrigal: vivís en su casa, como por casualidad, como huéspedes que pagan su posada: cuando me encontráreis con mi humilde pero necesario disfraz de hombre comun y villano, miradme como miraríais á vuestro huésped el pastelero: ni más ni menos: tratadme con altivez; yo daré ocasion á que delante de todo el mundo me trateis con desprecio: es necesario engañar á mi tío el rey de España, que tiene ojos y oídos en todas partes. Del mismo modo, cuando encontráreis á la reina disfrazada con el humilde traje de labriega castellana, con la princesa doña Gabriela humildemente vestida en los brazos, guardaos de rendirla la más leve demostracion de respeto: ni aún siquiera llevéis las manos á vuestros capacetes: obrad como obraríais si solo supiéseis que era la hermosa nodriza de la hija de un pastelero: tal vez la manceba de un pastelero. Es necesario pasar ese triste camino; es necesario mentir; es necesario que el rey crea que solo habeis venido para tomar por intercesora con él, á mi prima doña Ana de Austria: os dirá que está destinada á ser mi esposa: guardaos de hacerla comprender que yo la engaño, como por necesidad lo hago. Lo que sucede, es inevitable; así lo ha querido Dios; me he visto abandonado por Venecia y por Francia; se me han cerrado las puertas de Inglaterra; no he podido esperar en un reino amigo á que Portugal se prepare para el combate, y ha sido una fortuna que fray Miguel de los Santos haya podido seducir, engañar, á doña Ana de Austria, á fin de que sin que el rey de España pueda sospechar, pudiérais venir á reconocerme, para volver á testificar á los portugueses que su rey vive, y está dispuesto á morir, no solo por recobrar su corona, sino tambien por volver á su pátria su perdida libertad: que lo que ha sucedido aquí, quede guardado profundamente en vuestra conciencia: que nadie lo sepa hasta que volvais á Portugal: toma mi espada y guárdala, duque de Coimbra: en mi poder, la espada de los reyes de Portugal, es un peligro: guárdala tú, noble descendiente de los heróicos duques de Coimbra; guárdala para entregarla á

tu rey, desnuda y pronta á herir cuando tu rey pise armado la querida, la suspirada playa de Lisboa.

—¡Ah, señor! dijo el duque de Coimbra con las lágrimas en los ojos tomando la espada y besándola en la cruz, donde estaban esmaltadas las armas de Portugal: Dios quiera que no tarde el día en que yo devuelva á vuestra magestad esta arma sagrada, para que en las manos de vuestra magestad sea la espada terrible como el rayo, de la pátria esclava que rompe sus cadenas y se levanta para combatir.

—Guárdala, y sé prudente: como desaparece esa espada en tus manos, los trajes que vestimos desaparecerán tambien: nada nos quedará, sino lo que buenamente puede pertenecer á un villano.

—Por lo mismo, mis buenos amigos, dijo Sayda-Mirian levantándose y dejando en la cuna á la pequeña Gabriela que se habia dormido, para en el caso de que sobrevenga un registro fortuito, la reina vá á daros algunas alhajas que valen muy poco para lo que somos, pero que causarian sospechas encontradas en poder de unos pobres villanos.

Y Sayda-Mirian se acercó á un arca de pino, la abrió, sacó un cofrecito de oro labrado con arabescos esmaltados, y le llevó sobre la mesa y le abrió.

—Aquí están, amigos míos, las ajoreas y las arracadas que yo tenia sobre mí cuando encontré casi cadáver en Alcázar-Kivir al rey, mi señor: aquí están tambien la gargantilla, la cruz de oro, las arracadas y los brazaletes que yo llevaba puestos el día en que me desposé en Africa con vuestro rey: aquí está la cruz que pendia del cuello de mi primer hijo muerto; aquí la cruz de mi hija doña Gabriela: toma tú, duque de Coimbra, esta es la cruz mia; toma tú, marqués de Almeida, la cruz de mi pobre hijo don Sebastian, que si viviera seria ya mozo y capaz de combatir al lado de su padre; toma tú, conde de Novoa, la cruz de mi hija doña Gabriela; ponedlas pendientes de vuestro cuello sobre vuestro corazon, y que ellas os alienten, recordándoos que yo os las doy, para servir lealmente hasta morir á vuestro rey.

X.

Necesario es conocer el carácter especial, el orgullo y el entusiasmo de los portugueses, para comprender el efecto que causó en los tres magnates este tierno y hermoso rasgo de Sayda-Mirian.

Toda su alma, toda su sangre eran de Gabriel de Espinosa y de su familia.

La bravura ardía en sus nobles semblantes: las lágrimas asomaban á sus ojos: estaban transportados, besaron las cruces que Sayda-Mirian les habia dado, y las guardaron en su pecho sobre su corazon.

XI.

—Toma estas pobres alhajas, Coimbra, dijo Sayda-Mirian, y guárdalas; no te las regalo, porque son testigos de dos horas de felicidad inmensa de vuestra reina; las unas estaban sobre mí en el momento en que volvió á la vida vuestro rey: las otras me recuerdan el momento más venturoso de mi vida; aquel en que enamorada, loca, fuí su esposa en cuerpo y en alma. Por eso no te las doy; por eso no las he vendido, aunque bien sabe Dios cuán pobres y cuán necesitados estamos.

—Vuestras magestades, señora, dijo el duque de Coimbra poniendo bajo su brazo junto á la espada real que antes le habia entregado Gabriel, el cofrecillo que Sayda-Mirian le habia dado, vuestras magestades no son pobres, desde el momento en que el reino de Portugal representado por nosotros, grandes del reino, elegidos por todos los grandes, hemos reconocido á vuestras magestades, y les hemos rendido pleito homenaje, como nuestros señores naturales, en nombre de Portugal. Yo venia prevenido de algun dinero que se ha recogido voluntariamente, y por lo pronto, y voy á entregar á vuestras magestades dos mil doblas de oro que me han sido entregadas.

—No me las entregueis, dijo Gabriel de Espinosa, dadlas á

fray Miguel de los Santos, que en su poder no nos traerán un quebranto: no quiero tener en mi casa nada que cause sospechas.

—Mañana mismo recibirá fray Miguel de los Santos esa cantidad, dijo el duque de Coimbra,

—Yo, dijo Gabriel de Espinosa, por mi voluntad no me separaría de vosotros: teniéndooos á mi lado, me parece que me rodea todo mi reino de Portugal. Esta humilde estancia me parece la cámara real de mi palacio de Lisboa: este humilde suelo, la grada más alta de mi trono: pero es necesario ser prudentes, es necesario abreviar. Tomad una carta que he escrito antes de que viniérais, para que la guardéis y la mostreis en Portugal cuando volvais, á mis grandes y á todos mis leales portugueses que estuvieren en el secreto y se acercaren á vosotros.

Y sacando de su ropilla una carta doblada, pero sin cerrar, la entregó al duque de Coimbra, que instintivamente desdobló la carta, se acercó á una luz, y la examinó.

—¡Ah! ¡señor! dijo, los altos dignatarios de Portugal que conocen vuestra escritura, no podrán ni aun dudar de lo que les diremos, cuando vean esta carta de vuestra magestad.

—Por eso la he escrito, dijo Gabriel: bueno es que á más de vuestro dicho que vale cuanto puede valer, porque nadie puede dudar de vuestro honor y de vuestra lealtad, lleveis con vosotros una prueba indudable. Ahora volveos á vuestro aposento: olvidaos mientras esteis en España de que me habeis visto, de que me habeis hablado esta noche: pero recordadlo todo sin perder lo más mínimo cuando volviéreis á Lisboa, que será pronto, porque el rey don Felipe, por la intervencion de doña Ana de Austria, tardará ménos de lo que acostumbra en despachar los asuntos aparentes que habeis tomado por pretesto para venir á Castilla. Aconsejaos con fray Miguel de los Santos acerca de lo que debeis hacer cuando hableis con doña Ana de Austria, y adios.

Los tres magnates besaron las manos á Gabriel de Espinosa, y se volvieron silenciosamente á su habitacion.

Nadie podia saber que en la pastelería de Gabriel de Espinosa habia sido reconocido en la noche del 4 de setiembre de 1578, el rey don Sebastian de Portugal, en la persona de Gabriel

de Espinosa, por una diputacion de la alta nobleza del reino de Portugal.

XII.

—¡Oh! exclamó Sayda-Mirian, arrojándose delirante de alegría en los brazos de Gabriel de Espinosa, resplandecientes la mirada y el semblante, apenas salieron los tres magnates: ya no puedes mantenerme en la horrible incertidumbre de si eras Gabriel de Espinosa ó don Sebastian de Portugal, rey mio; ya no tiemblo; ya no dudo por tu amor; ya no me extremezco por el porvenir de mis hijos; ¡qué feliz soy!

Y en los ojos de Sayda-Mirian lució un ardiente relámpago de pasion, y su boca contraida por el amor, estampó un hambriento beso en la boca de Gabriel.

—Yo tambien soy feliz, dijo Gabriel de Espinosa: porque al fin he vencido mi locura; porque he cumplido con mi amor y con mi deber, partiendo mi trono con mi ángel salvador, con mi alma, con la madre de mis hijos.

—Has dicho mi trono, dijo Sayda-Mirian, siempre con los brazos echados al cuello de Gabriel, sonriéndole, mirándole con la embriaguez de la locura de la mujer de alma poética y de gran corazon enamorada y feliz.

—Sí, dijo Gabriel gravemente; he dicho mi trono, no porque el trono de Portugal haya sido mio, que eso Dios y yo lo sabemos, sino porque he hecho mi última prueba, y ya le tengo por mio.

Ocultóse bajo una nube de tristeza la radiante alegría de Sayda-Mirian.

—Esos nobles, dijo, han palidecido al verte; sus miradas se han extraviado, ha pasado por ellos algo terrible, y han caido de rodillas á tus piés: yo los observaba, los observaba con ansia, queria saber lo que pasaba por ellos; y ni un solo momento han vacilado, ni un solo momento han dudado, y es que no podian dudar, es que tú eres el rey don Sebastian.

—Si yo no hubiera sabido que la duda era imposible, que

necesariamente debian creerme su señor el rey don Sebastian, yo no me hubiera expuesto á la vergüenza ni al peligro de que me reconociesen impostor.

—¿Pero por qué tenias esa seguridad, sino porque eres don Sebastian? dijo anhelante Sayda-Mirian.

—Porque desde el momento en que volví á la vida, tú me trataste como rey; porque tú me dijiste que sobre el campo se habian encontrado dos cadáveres exactamente iguales y heridos por casualidad en las mismas partes del cuerpo; tú me dijiste que la herida de la mano del otro era transversal, mientras que la mia es recta: hoy solo se acuerdan de una mano herida, de una cabeza y de un pecho heridos: el rey don Sebastian tenia dos lunares de sangre sobre el hombro derecho, y yo tengo la cicatriz de una bala en el mismo lugar donde tenia los dos lunares el rey don Sebastian. Además de eso, don Sebastian siendo infante recibió en una aventura amorosa una larga herida en la parte anterior del brazo derecho.

—Tú tambien tienes la cicatriz de esa herida, dijo Sayda-Mirian.

—Yo sabia la aventura del príncipe don Sebastian por la misma dama por quien don Sebastian riñó, matando á un hidalgo imprudente, que enamorado de la dama habia provocado á don Sebastian. Desde que ví en Africa que los cautivos portugueses que habian conocido al rey don Sebastian me tomaban por él, me preparé para el dia en que me fuese posible presentarme como su rey á los portugueses. Entonces, yo mismo me hice esa herida cuya cicatriz tengo en el hombro.

—No, no: desde que estás á mi lado no has estado nunca herido.

—Yo me hice esa herida durante una de mis expediciones marítimas, y no volví á Tunez sino cuando la herida estuvo cicatrizada.

—Yo te he visto siempre esa cicatriz, dijo Sayda-Mirian.

—Tú no puedes jurarlo, dijo severamente Gabriel.

Sayda-Mirian vaciló.

—Además, antes de ir á Africa, sabia yo que me parecia completamente al rey don Sebastian, y el rey don Sebastian lo sabia tambien: lo sabia todo el que nos conocia á los dos; solo

nos diferenciábamos en la voz y en el traje, y en que él era rey y yo soldado.

—Pero si eso es cierto, dijo Sayda-Mirian, tú eres un impostor, y yo no quiero que seas impostor; te quiero mejor pobre pastelero, que rey infame. Pero esto no es verdad, no; tú eres el rey don Sebastian: á más del reconocimiento de tus vasallos, á más de las señales que tienes sobre tu cuerpo, en tu mirada, en tu semblante, en tus palabras, en todo lo que haces, en todo lo que dices, aparece la magestad de un rey.

—¿Y qué, un soldado español no vale tanto como un rey?

—No, no y cien veces no; no puedes engañarme, dí lo que quisieres, pero tú eres indudablemente para mí el rey don Sebastian.

—No lo he dicho yo sino á los que ha sido necesario decirselo: ellos lo han oído, nadie más lo oirá; te lo repito, María, Dios y yo sabemos solamente quién yo soy.

—Y yo tambien, dijo Sayda-Mirian.

—Si así lo crees, inútil será que yo me esfuerze en probarte lo contrario.

—¿Pero ¿esa carta que has entregado al duque de Coimbra, y en la cual ha reconocido la escritura del rey don Sebastian?

—Tú no me has visto escribir esa carta; esa carta, pues, puede haber sido falsificada.

—Quiera Dios que estemos pronto sobre el trono de Portugal.

—Entonces, como ahora, solo Dios y yo sabremos si soy ó no don Sebastian de Portugal, el impostor ó el rey.

Y despues de esto, la conversacion fué terminando, porque Gabriel de Espinosa se recogió al lecho, y á poco se durmió.

XIII.

Sayda-Mirian se quitó su traje de dama, tomó el de caballero que se habia quitado Gabriel de Espinosa, y se puso á cortar aquellos dos trajes en pequeños pedazos con unas tijeras.

Antes del amanecer, Gabriel de Espinosa se levantó, tomó aquellos pedazos que estaban envueltos en un paño, bajó al huerto, puso piedras en el paño, ató sus puntas y arrojó el envoltorio al pozo de la noria.

Nada quedaba ya que en un registro pudiera hacer sospechoso al pastelero de Madrigal.

CAPITULO IX.

En que el alcalde de casa y córte don Luis Portocarrero , se encuentra con que nada tenia que hacer por lo pronto en la villa de Madrigal , con otros sucesos que se relatarán.

I.

Aquella misma noche llegó á Madrigal el alcalde don Luis Portocarrero con su adjunto- escribano Cosme Pedralva y su reata de seis alguaciles pendencieros, cada uno de los cuales llevaba colgada del costado una tizona más grande que él, y que pudiera hacerle decir á un chusco, que el alcalde no llevaba seis alguaciles con espada, sino seis espadas con alguaciles.

Cuando el alcalde Portocarrero entró en el pueblo, estaba oscuro como boca de lobo, y se vió obligado á aporrear la puerta de las casas de ayuntamiento, hasta que despues de un largo aporreo apareció un alguacil lego, esto es, un alguacil de la villa, que asomando su cabeza por un ventanillo puesto allá junto al tejado, dijo con la voz más grosera y más insolente del mundo:

—¿Qué se les ocurre á estas horas? si vienen á que se les haga justicia, espérense á que Dios haya amanecido, se haya levantado el alcalde, y se les hará toda la justicia que fuere menester.

—Baje enhoramala, don Perdido, dijo despreciativamente el escribano Cosme Pedralva, si no quiere que mañana por la mañana le arrimemos un trato de cuerda á las ancas, que ponga el grito en el cielo y salte la sangre á los tejados.

—Me alegraría yo de saber quién es capaz de azotarme á mí en la villa, dijo el alguacil urbano, ó más bien villano, porque Madrigal era villa y no ciudad.

—Pues dad por recibidos medio ciento de los buenos, dijo con la voz fuera de tono el alcalde Portocarrero, porque le habia sacado de quicio la insolencia del alguacil municipal.

Siempre ha existido una gran antipatía, no sabemos por qué, entre el municipio y la justicia ordinaria.

En aquellos tiempos, un alcalde pedáneo de un villorro incógnito, se creia no menos que un rey, y no podia sufrir al alcalde realengo ó de casa y córte que creia llevar asido al rey por los cabezones.

Así es, que nada tenia de particular la insolencia del alguacil madrigaleño, que se creia no menos que el rey en persona; ni tampoco tenia nada de particular el disgusto de aquella seccion de la justicia ordinaria, que se componia del alcalde Luis Portocarrero, del escribano Cosme Pedralva, y de seis alguaciles apaleadores de rompe y rasga.

—¿Y quién es, dijo desde el ventanillo el de Madrigal, el que le vá á aplicar medio ciento de azotes en las ancas al ministro Anguila? dijo el alguacil villano con su insolente voz nasal llevada al colmo de la insolencia.

—¿Quién ha de ser, dijo con voz estentórea y terrible el escribano Cosme Pedralva, sino su señoría el señor alcalde de casa y córte de la real Chancillería de Valladolid, alcalde don Luis Portocarrero?

Nada se oyó en contestacion á estas palabras.

El alguacil Anguila habia enmudecido como hubiera enmudecido un griego antiguo á la vista de la cabeza de Medusa. Pero lo cierto es, que apenas acabadas de pronunciar por Pe-

dralva sus feroces palabras, feroces por la manera con que las habia dicho, y habiendo trascurrido cuando más seis segundos, se abrió de golpe la puerta de las casas de ayuntamiento, y apareció en ella un hombrecillo en paños menores, descalzo, liado en una tabardina y con un candil en la mano.

—¿Quién sois vos? dijo el alcalde Portocarrero soltando la carcajada al ver aquella ridícula figura.

—¿Pues no he dicho ya, dijo con la voz humilde y compungida el del candil, que yo soy Periquete Anguila?

—¿Y cómo diablos estais ahí, cuando hace un momento estábais junto al tejado?

—Señor, á mí me llaman Anguila porque me escurro y me deslizo, y en un cerrar y abrir de ojos, quien me vió aquí me encuentra allá.

—Pues que os llamen anguila ó relámpago, y dadle gracias á Dios de lo pobre diablo y de lo divertido que sois, y de que yo lo tomo á risa y me olvido de lo de los cincuenta azotes.

—Pues mire vuestra señoría, dijo Anguila, que si quien llama y á quien yo respondo, es el señor don Rodrigo de Santillana, me manda sú merced tratar de manera que no me queda hueso sano.

—¿Y quién os manda á vos, dijo benévolamente Portocarrero, que era un buen sujeto, y echando pié á tierra de su mula, insolentaros con quien no sabeis quién es ni lo que puede?

Y el alcalde acompañado de su escribano y de sus alguaciles que habian echado pié á tierra, se entró en el zaguan de las casas de ayuntamiento.

—Es señor, que estamos llagados de estudiantes, dijo meticulosamente el corchete municipal: no hay noche en que no me despierten diez veces:—«Anguila, échate acá, que ya traemos el aceite hirviendo y te cenaremos: Anguila, pregúntale á las siete cabrillas qué hora es: Anguila, mira por donde anda la hija del tío Carcamales, que se ha perdido y dice su padre que anda en las costuras del manteo de un estudiante: Anguila, hijo, échate acá abajo para que yo me limpie las narices contigo, porque me he dejado el pañuelo en el seminario.—Y eso, cuando no me sueltan una pedrada diciéndome:—Allá vá eso, hermano Anguila, para que calientes el estómago, si

como es muy probable te has acostado sin cenar.—¿Qué sabia yo, si en vez de ser un respetabilísimo alcalde de casa y corte el que llamaba á las casas de ayuntamiento, eran los endiablados de los estudiantes que venian á darme matraca?

Riéronse todos, no ya solo por lo que habia dicho Anguila, sino tambien por la ridícula caricatura que representaba su persona, y el alcalde le dijo:

—Os perdono de vuestras impertinencias, por las razones que me habeis expuesto; pero vengamos á lo que importa: es ya la media noche, y necesito aposentarme yo, y que se aposente esta honrada gente de justicia que viene conmigo.

Apenas oyó esto el alguacil Anguila, fijó el candil por su extremo en una grieta de la pared, y se escurrió, perdiéndose de vista y volviendo á aparecer instantáneamente con algunas llaves puestas en una correa.

—Venga vuestra señoría tras mí, que en un cerrar y abrir de ojos vá á estar vuestra señoría aposentado.

Y apretó á correr hácia fuera.

—¡Eh! ¡ministro! dijo el alcalde Portocarrero, ¿á dónde diablos vais descalzo?

—¿Eso qué le hace? voy allá al frente de la plaza.

Y desapareció.

—Alguacil divertido tenemos, dijo el alcalde Portocarrero adelantando hácia la salida.

—¡Eh! ¡aquí, señor alcalde! ¡á los soportales de enfrente! gritó desde el otro extremo de la plaza la voz del alguacil Anguila.

—Ese hombre debe de tener familiar, dijo riendo el alcalde Portocarrero, y andando en la direccion que le habia marcado la voz de Anguila.

Decir que un hombre tenia familiar, era en el lenguaje de aquellos tiempos lo mismo que decir que un hombre tenia el diablo en el cuerpo, ó lo que es igual, que habia hecho pacto con el diablo. A esto daba con razon lugar, la increíble é inaudita ligereza de Anguila.

Antes de llegar á la mitad de la plaza, sirvieron de guia al alcalde y á su gente, dos luces que Anguila tenia levantadas en las manos.

— Cuando llegaron, vieron que aquellas dos luces provenían de dos velas de cera puestas en candeleros de metal.

— ¿Quién vive en esta casa? preguntó el doctor Portocarrero al alguacil Anguila.

— Nadie, señor; esta casa es del ayuntamiento de la villa, estaba desalquilada desde hace algún tiempo, y en ella ha vivido desde que vino á Madrigal hasta que esta tarde se ha marchado, el señor alcalde de casa y córte don Rodrigo de Santillana.

— ¡Ah! ¿aquí ha vivido don Rodrigo?

— Sí señor; y como se ha ido esta tarde, no se han sacado todavía ni las camas ni los muebles, por lo que vuestra señoría no tiene que ir á una posada, porque ya está preparado su aposentamiento.

En esto, ya habían entrado en la sala baja donde hemos asistido anteriormente á la entrevista entre Aben-Shariar y don Rodrigo de Santillana.

Todo estaba en el mismo estado en que lo vimos entonces. Solo había la diferencia, de que la mesa estaba completamente limpia de papeles; pero quedaban media docena de plumas en el gran tintero de mármol.

— Que se acomoden como puedan los alguaciles, dijo el alcalde Portocarrero á Pedralva; que suelten las bestias en el patio, y vos, añadió dirigiéndose á Anguila, ved si hay dos lechos para el señor Cosme Pedralva y para mí.

— Voy á hacer á vuestra señoría la cama que está allá en aquel rincón, dijo Anguila dejando los candeleros sobre la mesa, y deslizándose con una velocidad increíble hácia el otro extremo de la sala.

— Para correo, valeis de oro diez veces más de lo que pensais, dijo el alcalde Portocarrero, á quien había puesto de buen humor el rarísimo alguacil Anguila.

— Sépase vuestra señoría, dijo Anguila volviendo y golpeando los colchones de la cama, que más de una vez he llevado yo pliegos del señor don Rodrigo de Santillana al señor presidente de la Chancillería de Valladolid, sin echar en el camino más de media hora, y me he vuelto en otra media, sin descansar más tiempo que lo que han tardado en darme la contes.

tacion, y un momento para echar un cuartillo en la taberna que he encontrado al paso.

—Hacedme la merced de decirme, dijo Pedralva, que era el tunante más socarron del mundo, si os disparan con arcabuz desde Madrigal cuando vais á Valladolid, y os vuelven á disparar desde Valladolid cuando volveis á Madrigal.

—Yo no lo sé, dijo Anguila; pero la verdad es, que en cuanto yo echo á andar, me entra un tal movimiento de piernas, que aunque yo quisiera andar despacio no podria: pero ya está hecha la cama del señor alcalde, y tan bien hecha, que apostaría cualquier cosa á que su señoría no ha dormido en cama tan bien mullida como en la que vá á dormir esta noche.

—Pues aunque me pidan lo que me pidieren, dijo el alcalde Portocarrero, os tomo desde ahora por mi criado, solamente por el gusto de tener á mi servicio una ardilla.

—Pues advierto á vuestra señoría que va á tener un pleito enrevesado con el corregidor y los veinticuatro de la villa, que no me sueltan á tres tirones. ¡Bah, bah! como Madrigal ha sido muchas veces dote de reinas, tiene el privilegio de villa de voto en córte, en mancomunidad con Medina del Campo y Arévalo: Madrigal es una muy noble é ilustre villa, señor alcalde, tiene alcázar, y en él vivió mucho tiempo la señora reina doña Isabel de gloriosa memoria, cuando era infanta. Madrigal la crió, y la cercana villa de Medina del Campo la vió morir en su castillo, y el guion y la manguilla y los clérigos y los regidores, y toda la gente de Madrigal, fueron á la hora á acompañar el entierro de la reina: si no, ahí están el tío Perote y el tío Rodajas, que el uno tiene noventa y cinco años, y el otro ciento, que llevaron cirios en el entierro, y que cuentan maravillas de la riqueza y de la pompa con que asistió la villa de Madrigal al entierro de la reina Isabel.

—Gran reina, gloria y orgullo de España, dijo el alcalde Portocarrero.

—El tío Perote y el tío Rodajas lloran cuando hablan de ella, dijo Anguila, y dicen que en los tiempos de los señores Reyes Católicos, nadie maltrataba como ahora á los pueblos, y que cuanto más pobre era y más desdichado el que iba á pedir justicia á la reina doña Isabel, con tanto mayor

gusto y más paciencia, y como una madre le oía su alteza.

—En cambio, dijo el doctor Portocarrero poniéndose sério, los pueblos no estaban tan discólicos como ahora, ni era menester comisionar especialmente un alcalde de casa y corte para poner en temor de Dios y del rey á una villa de mil vecinos como Madrigal.

—Los estudiantes y los frailes y las monjas tienen la culpa, saltó Anguila, que si los padres Agustinos no dieran alas á los estudiantes, y la señora doña Ana de Austria no quisiera que las imágenes de su convento y las de los frailes tuvieran más privilegios que las de la parroquia y las de las capillas y oratorios de la villa, no se hubiera armado la zalagarda que se armó el quince de Agosto último, entre los estudiantes y los tejedores, sobre si se había de esperar Nuestra Señora de la Soledad á que pasase Nuestra Señora de las Azucenas, ó que se esperase Nuestra Señora de la Soledad. Por cierto, que todavía me está á mí doliendo un hombro, del descomunal cintarazo que me apretó en aquella zalagarda el bachillerote Corchuelos, y que si algo siento en este mundo y sentiré mientras viva, es que no hayan ahorcado ó echado por lo menos á galeras, que bien lo merece, al tal diablo de bachiller, que es el estudianton más malo del Seminario.

—Pues descuidad, maese Anguila, que ya os saldreis con vuestro gusto, si yo encuentro méritos en lo que el señor Corchuelos hubiere hecho para ahorcarle ó enviarle á galeras, ó á donde fuere menester.

—Pues tendrá vuestra señoría que esperarse á que se arme otra barahunda; porque en lo tocante á lo del quince de Agosto, ya no hay nada que decir.

—¿Cómo es eso? ¿pues á qué vengo yo á Madrigal sino á terminar con eficacia los procesos que haya dejado pendientes en la villa mi compañero don Rodrigo de Santillana?

—Es que en la villa no queda por desgracia ningun proceso pendiente, ni hay un solo preso en la cárcel, y vuestra señoría tendrá que estarse con las manos cruzadas hasta que caiga qué hacer, que no tardará mucho; porque los benditos de los estudiantes son la piel del diablo, traen locas á las mozas, y están picados con los del pueblo, y los del pueblo con ellos.

—¿Cómo es eso? dijo el alcalde Portocarrero.

—Como que el rey nuestro señor ha indultado por una real carta de gracia y por la intercesion de su sobrina la señora doña Ana de Austria, á todos los que fueron presos por el alboroto del quince de Agosto.

—Pues ya que el rey nuestro señor ha sido misericordioso con ellos, el primero que caiga paga por todos, dijo el alcalde Portocarrero: idos con el señor Cosme Pedralva, y acomodadle bien. Buenas noches, y hasta otro dia.

—Dios dé á vuestra señoría muy buenas noches, dijo Anguila, y salió con el escribano, y con una de las luces que tomó de sobre la mesa, dejando solo al alcalde, de quien se despidió Pedralva de una manera familiar aunque respetuosa, como se despiden dos antiguos conocidos.

II.

Como el alcalde habia trasnochado, se levantó un poco tarde: es decir, á las siete de la mañana estaba entre sábanas, y no eran ménos de las nueve, cuando lavado y vestido, tomó su vara, y acompañado de Pedralva y de dos alguaciles, se dispuso á salir para presentarse en el pueblo y dar á conocer con su presencia, que no por haberse ido de Madrigal don Rodrigo de Santillana, dejaba de haber alcalde de casa y córte en el pueblo.

Apenas el alcalde Portocarrero habia salido de su alojamiento, cuando vió venir como un rehilete, con su traje y su varilla negra de alguacil, al inolvidable Anguila.

—Señor alcalde, dijo llegando junto á él y quitándose su gorilla: ya tiene vuestra señoría ocasion de sentar la costura á su placer al bachilleron Corchuelos: ¿vé vuestra señoría lo levantado que tengo este carrillo, y lo colorado que debe estar, porque me echa fuego?

—Sí, hombre, sí: ¿qué os ha sucedido?

—Nada, señor alcalde, dijo Anguila creciendo en la indignacion con que habia empezado á hablar: esto no es más que una bofetada de las de á diez quintales, que me ha disparado el suso dicho bachiller en esta cara, que es la cara de vuestra señoría

porque vuestra señoría representa aquí al rey, y yo tambien le represento, aunque en grado mínimo, como mínimo ministro de justicia.

—Pues ahí me las den todas, dijo riendo el alcalde Portocarrero al soltar esta frase, que ha venido á ser un adagio vulgar.

—Pues yo pido un escarmiento, ó no habrá justicia en la tierra, y nos maltratarán á todos los oficiales de justicia que servimos lealmente al rey nuestro señor.

—¿Pero qué ha sucedido? dijo ya sériamente el alcalde Portocarrero.

—Lo que sucede es que allí en la pastelería se van á matar: porque por la María Juana, que en mal hora vino al pueblo, el bachiller Corchuelos y Gabriel de Espinosa el pastelero, están espada en mano, y están revueltos en la broma sin lograr que los respeten, tres señores principales, tres príncipes ó duques que han venido de Portugal, y van acudiendo estudiantes y pelaires, y se va á armar una, que como vuestra señoría no lo corte á tiempo, el suceso va á ser tal, que se va á quedar en mantillas lo del quince de agosto.

Y como obedeciendo á un impulso superior á sus fuerzas, Anguila se volvió y apretó á correr hácia la pastelería con un trotecillo menudo y ridículo, pero con una velocidad inaudita.

—Uno, al momento, que vaya á avisar á los otros cuatro que vengan; dijo el alcalde Portocarrero, y dió á correr tambien acompañado de Pedralva y del otro alguacil, y contento porque le habia caído que hacer, hácia la pastelería, á la cual en efecto iban llegando algunos estudiantes y algunos menestrales, y dentro de la cual se oían voces acaloradas.

III.

Veamos por qué causa habia recibido aquella descomunal bofetada, el corchete municipal Periquete Anguila.

Era aquel dia, dia de Santa Obdulia, y habia en una capilla de la iglesia parroquial, una imágen de esta vírgen y mártir á la que se tenia por milagrosísima en la villa, y en cuyo altar se

decía una misa, que por devoción y por costumbre de los de Madrigal, era tenida como segunda misa de precepto.

Sayda-Mirian, de una parte por devoción, y de otra porque Gabriel de Espinosa no quería dar lugar á murmuraciones, porque de todo se murmura en los pueblos, respetando la costumbre, habia bajado para ir á la misa de Santa Obdulia á la iglesia parroquial.

Al atravesar la sala de despacho de la pastelería, un estudiante, que no era otro que el bachiller Corchuelos, que estaba dando cuenta de una empanada y habia consumido ya dos cuartillos, la vió más hermosa que nunca, porque el reconocimiento de Gabriel de Espinosa y de ella misma como reyes de Portugal por los tres magnates portugueses, la habia causado una alegría que la hacia aparecer radiante de juventud y de hermosura, y como parecia ir sola, porque Gabriel de Espinosa que venia detrás estaba todavía en lo alto de las escaleras, Corchuelos abandonó su almuerzo, y antes de que Sayda-Mirian llegase á la puerta, se le puso delante con una audacia procaz y una sonrisa repugnante, y la dijo:

—Antes de dejar ir sola á una perla como tú, perderia yo todos mis grados y el ala izquierda del corazon, lucero: ya sabes tú que yo me desvivo por tí, y que te he dado músicas y te he seguido como á la sombra, y lo que es de hoy no pasa, sin que logren premio mis fatigas.

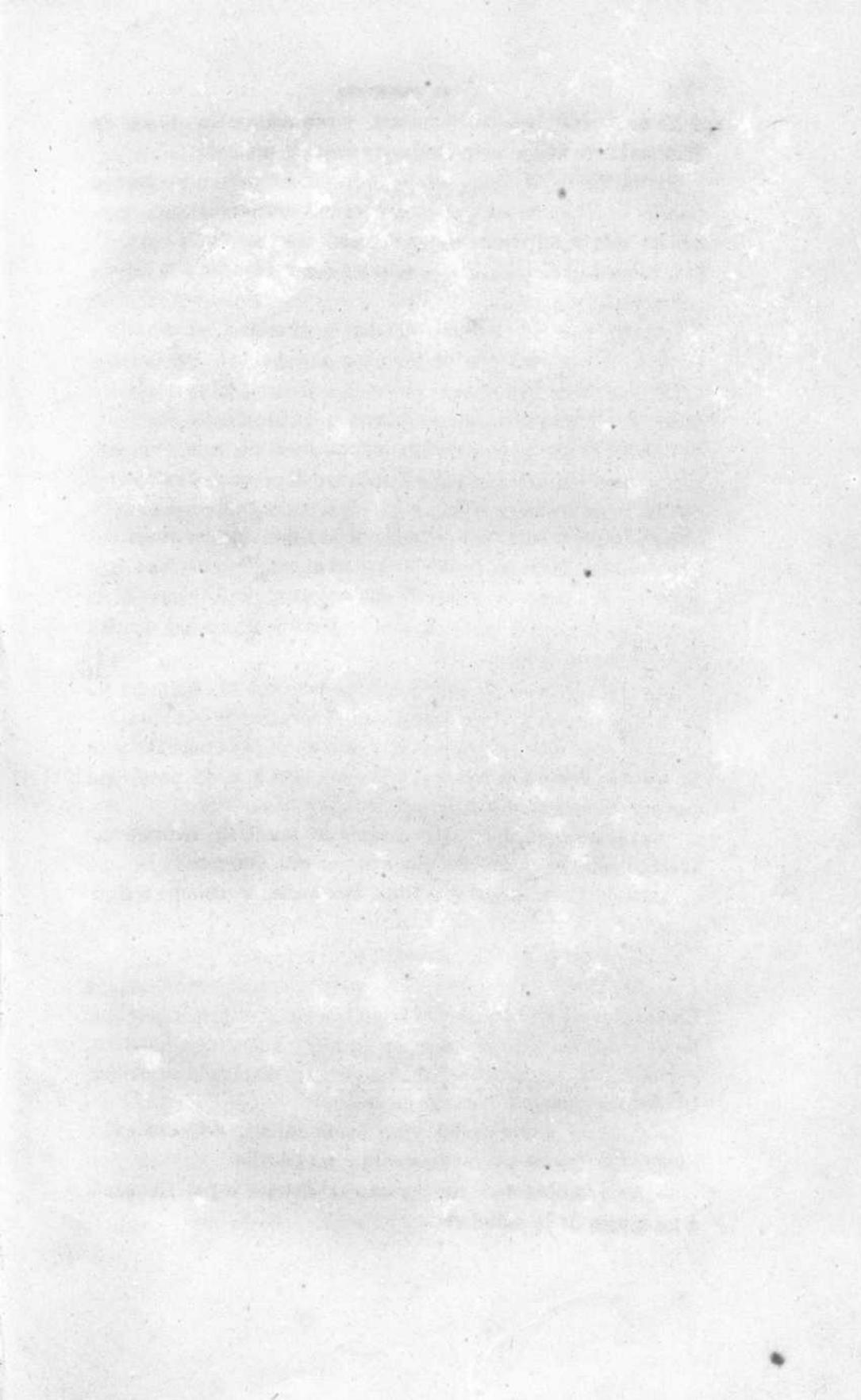
Sayda-Mirian que habia escuchado muda de indignacion al estudiante, se retiró dos pasos al ver que Corchuelos llevaba su audacia hasta estender la mano hácia ella, y exclamó trémula de ira:

—¡Quitaos de delante, miserable, ú os pesa!

—¿Y quién ha de hacer que me pese? exclamó con insolencia Corchuelos viendo al viejo Gil Lopez que acudia: ¿cse vejete que no tiene fuerza para mantenerse en pié? Vamos, déjate querer, paloma; vente conmigo y hablaremos, que hablando se entientien las gentes, y no te ha de pesar.

—¡Apartad enhoramala! gritó Sayda-Mirian, retrocediendo, porque Corchuelos se acercaba más y más á ella.

—¡Aquí, muchachos, con las estacas! dijo Gil Lopez, llamando á los mozos de la pastelería.





¿COMO TE LLAMAS, MISERABLE?

En aquel momento se sintió bajar violentamente por las escaleras, y apareció Gabriel de Espinosa, que lívido de cólera, se lanzó sobre el estudiante, que al verle se hizo atrás tomando rápidamente distancia, y tiró de su espada.

Gil Lopez y Sayda-Mirian se arrojaron sobre Gabriel de Espinosa y le contuvieron, al mismo tiempo que los dos mozos de la pastelería acudían con garrotes.

—¿Qué vas á hacer, Gabriel? dijo Sayda-Mirian: no te pierdas, ni pierdas tu casa por un estudiante borracho.

—¿Cómo te llamas, miserable? dijo Gabriel de Espinosa sacando su cabeza lívida de coraje por entre Sayda-Mirian y Gil Lopez, de los cuales no podía desasirse: dínelo y véte, porque no me dejan llegar á tí y acude gente, y yo necesito buscarte para matarte.

—Lo mismo me buscarás tú, dijo soltando una insolente carcajada Corchuelos, que yo busco á mi abuela; tú eres un cobarde, y no mereces tener á esa real moza.

Gabriel rugió, llevó delante de sí á Sayda-Mirian y á Gil Lopez, mientras los mozos no se atrevían á llegar al estudiante porque tenía fama de valiente, y algunas personas se paraban delante de la pastelería.

A este tiempo habiendo oído la voz de Gabriel de Espinosa, el duque de Coimbra y los otros dos nobles, ó lo que para ellos era lo mismo, la voz del rey don Sebastian, acudieron con sus ayudas de cámara.

—¡Ténganse todos! exclamó hablando mal en castellano el duque de Coimbra, á tiempo que Gabriel desasiéndose por un violentísimo sacudimiento de Sayda-Mirian y de Gil Lopez, desnudaba una larga daga que llevaba por única arma á la cintura, y se iba sobre el estudiante, que se puso en guardia.

—¡Atrás ante el duque de Coimbra, pastelero villano! gritó el duque, poniéndose entre los dos contendientes, mientras Sayda-Mirian y Gil Lopez pugnaban en vano por asir de nuevo á Gabriel.

—Quítate tú de enmedio, Coimbra! exclamó Gabriel de Espinosa, que estaba fuera de sí de furor.

Entretanto, Corchuelos enviaba enhoramala á Almeida y á Novoa, que le habían intimado se retirase con su insoportable altivez portuguesa.

Nadie se entendía, todos gritaban, los tres nobles estaban puestos en medio de Gabriel de Espinosa y del estudiante, y los tres ayudas de cámara habían subido á cojer tres espadas para hacer que Corchuelos se fuese más que á paso, cuando sobrevino todo rapidez y todo celo Periquete Anguila, sin otras armas que su varilla negra de corchete, y se puso verde, lívido y amojamado al ver á Corchuelos, contra el cual había contraído un ódio de muerte desde que Corchuelos le había metido el cintarazo y le había hecho andar de medio lado durante quince días.

Anguila se enderezó, se estiró creciendo lo menos cuatro dedos, y dijo echando fuego por los ojos y tocando con su varilla en el hombro á Corchuelos:

—¡Dése preso el bachilleron bergante, al rey nuestro señor!

Pero sentirse tocado Corchuelos con la varilla de Anguila, levantar el brazo izquierdo, darle aire, sacudir como única contestacion una horrible bofetada de revés á Anguila, que de resultas dió tres vueltas sobre sí mismo, fué todo obra de un momento, y obra de otro momento fué el volver en sí Anguila, comprender su impotencia, y tomar á escape el camino de la casa del alcalde don Luis Portocarrero para pedirle venganza.

IV.

Ya hemos visto, que apenas dado parte del suceso al alcalde de casa y córte, Anguila, más alentado ya, se volvió con una rapidez casi eléctrica á la pastelería: esto es, al lugar de la pendencia.

Fuera, cinco ó seis estudiantes que habían acudido, empezaban á insolentarse puestos de parte de Corchuelos, con otros seis trabajadores y menestrales que se ponían de parte del pastelero.

Dentro, Gabriel de Espinosa rugía como un leon y llenaba de improperios á todos los que le contenían, incluso los tres grandes.

Los ayudas de cámara no podían llegar á Corchuelos, porque sus señores, Sayda-Mirian, Gabriel de Espinosa y Gil Lopez, revueltos todos, les obstruían el paso, y las mozas de la